

MARIA
LA HIJA
DE UN JORNAL

DRPS
FA
1035

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria
0500773038





MARIA
LA HIJA
DE UN JORNAL



2



Ex Libris



Russell Perry Schold III

H
EP

PL DRPS FA/1035 v.2

050077338

477 pag. unius fortide

R-C

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO.



IMPRESA DE DON FRANCISCO ESTEBAN DE VEGA
CALLE DE SAN MARTIN, 100.

MARÍA

LA HIJA DE UN JORNALERO,

ORIGINAL

PARTE CUARTA,

DE D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

TOMO II.

MADRID — 1846.

—
IMPRESA DE DON WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

CALLE DE SAN ROQUE, NÚM 4.

Es propiedad del autor.

MARIA

LA HIJA DE UN JORNALERO

C'est la cause de l'humanité tout entière que nous servons.

Carta de Mr. Eugenio Sile á D. W. Ayguals de Izo.

TOMO II

PARTE CUARTA

TAMBIEN LA VIRTUD ES NOBLEZA

CAPITULO PRIMERO

LAS SORPRESAS

PARTE CUARTA,

Tambien la virtud es nobleza.

El verdadero noble es el que se funda en la virtud, y no en el rango. El rango es un accidente que puede perderse, pero la virtud es una cualidad que permanece siempre. El noble es el que se preocupa de los demás, y no solo de sí mismo. El noble es el que se levanta por encima de los intereses personales, y se dedica al bien común. El noble es el que se esfuerza por mejorar a los demás, y no solo por mejorar a sí mismo. El noble es el que se preocupa de la honra de su familia, y no solo de su propia honra. El noble es el que se preocupa de la honra de su país, y no solo de su propia honra. El noble es el que se preocupa de la honra de la humanidad, y no solo de su propia honra.

PARTE CUARTA.

TAMBIEN LA VIRTUD ES NOBLEZA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LAS SORPRESAS.



AS facciones carlistas que á fines de 1835 sufrieron recios descalabros que habíanlas dejado reducidas casi á la nulidad, recobraron desde el mes de marzo tal incremento en Cataluña, Aragon y Valencia, y tales estragos cometian impunemente en todas partes, que el despecho de los liberales era general en España. En los escandalosos triunfos del enemigo, en la apatía, desorganiza-

cion, falta de disciplina, desnudez y hambre del ejército leal, traslucíase la trama infernal del *Angel exterminador*, á cuya poderosa voluntad parecia estar supeditado aquel gobierno tenaz, aborto del engaño y de la apostasía. Al través de todas sus disposiciones, arbitrarias, violentas, osadamente infractoras de las leyes, vislumbrábase el maquiavélico empeño de enaltecer á los carlistas y humillar á los liberales como para crear una situación desesperada, en la que no hubiese mas puerto de salud que una transaccion con don Carlos. Este plan horroroso, si hemos de creer las indicaciones hechas por fray Patricio en los anteriores capítulos, estaba perfectamente fraguado en el club apostólico de los *exterminadores*, y debia llevarse á efecto con el cabecilla Gomez, que estaba en íntimas y continuas relaciones con fray Patricio. La nacion entera sospechaba estos planes de retroceso, de baldon y de iniquidad, tanto por los progresos de la rebelion, como por el estado de escasez y miseria en que se tenian á los valientes soldados de la libertad, por el desprecio con que se miraba el heroismo de la virtuosa Milicia nacional, y por las incessantes persecuciones que sufrían los partidarios de la democracia.

El descontento era ya general. En toda España no podia contar el ministerio con mas simpatías que las de los enemigos del pueblo. Empezaba á chispear el volcan que mas tarde habia de convertir en polvo los colosales proyectos del *Angel exterminador*; y el orgullo insensato de los miserables gobernantes, hízoles olvidar que no hay diques contra el furor de un pueblo justamente indignado, que no hay poder que alcance á esclavizar á la nacion QUE QUIERE SER LIBRE.

La misma revolucion que derrumbó á Mendizabal y provocó el advenimiento al poder de Isturiz y Galiano, habia de ser indudablemente muy superior al partido en que habíanse afiliado.

Y no se crea que inventamos estos sucesos porque así cumple al desarrollo é interés de una *mera fábula*. Cuantos acontecimientos políticos referimos en esta historia, llevan el sagrado sello de la verdad.

«El gabinete Isturiz (1) habia apelado al pais con una disolucion de Córtes, y esta brusca y atrevida resolucion fué conside-

(1) CRÓNICA CONTEMPORANEA, tomo tercero, pág. 133.

rada desde luego por los hombres pensadores como una provocacion imprudente de resultados terribles. La nacion recogió el guante que el obcecado ministerio le habia arrojado, y abalanzada con ahinco á las urnas electorales, en todos los puntos del reino con poca diferencia triunfó la oposicion, á pesar de que la violencia del gobierno se habia llevado al extremo de separar de sus destinos á todos los que no participaban de su furor é intolerancia, y se habia echado mano de todos los recursos por bastardos que fuesen para ganar las elecciones en sentido ministerial. Falto el gobierno de fuerza moral, tuvo que confiarse á la de las bayonetas, recurso imperdonable en un ministro de un gobierno representativo, donde el alma de la fuerza es la opinion, y donde la dimision es el único medio que puede adoptar un gobernante honrado, cuando la mayoría del pais rechaza su administracion y su sistema. A proporcion que preveía el gabinete su derrota, eran sus providencias mas violentas. El miedo empezaba á dejarse traslucir por medio del furor y de las tropelías cometidas por las autoridades militares; todo lo cual eran nuevos combustibles arrojados á la hoguera que debia pronto arder.»

La libertad se hundía, y no les quedaba ya á los liberales mas medio de salvacion que rebelarse contra la obcecacion de sus opresores. En todas partes empezaba á manifestarse abiertamente la indignacion nacional; solo en Madrid era preciso conspirar en secreto, y el intrépido don Luis de Mendoza no titubeó en asociarse con otros jóvenes de acreditado valor, entre los cuales se contaba el malogrado don Iginio García, sargento de fibra republicana, de una honradez á toda prueba, de una audacia, de una entereza sin igual.

La Constitucion del año doce era la bandera que debia enarbolarse dentro de pocos dias. Se contaba con algunos oficiales y con la mayor parte de los sargentos y soldados de la guarnicion, con todo un batallon de la Milicia nacional, de que era comandante desde las últimas elecciones el denodado Mendoza.

El triunfo era seguro, porque segun se manifestaba la opinion pública, no cabia la menor duda en que al dar el grito sacrosanto de ¡libertad! todos los liberales secundarian el glorioso levantamiento.

Don Luis habíase enterado del sitio que ocupaba en la cárcel

Verdad
de los sucesos
públicos
de 12
febrero

de Córte el virtuoso padre de María, y se proponía él mismo salvarle al primer estallido de la conspiración.

Con esta seguridad presentóse de nuevo en casa de la baronesa***, y sin manifestar los medios de que pensaba valerse para libertar al desventurado Anselmo, hizo formal promesa de que no se pasarían muchos días sin que abrazase María á su querido padre.

La baronesa*** que sabía por su hermano la sentencia de muerte que iba á pronunciar el tribunal contra aquel desdichado, único infortunio que se oponía á la completa felicidad de María, recibió la promesa de Mendoza con imponderable satisfacción. Prometió á don Luis conducirla ella misma el día siguiente á la presencia de su amada, en cuya salud notábase una mejoría sorprendente. Su voz había recobrado el agradable metal que la enfermedad había enronquecido, y empezaban sus mejillas á colorearse de ese ligero carmin que tan bien sienta en la sedosa tez de las morenas.

Don Luis rebotaba de alegría al considerar que su amante era digna de su amor, y ansiaba el momento de obtener un generoso perdón, por haber abrigado en su pecho las injuriosas sospechas que le hicieron infeliz.

Antes de ver á su amada, quiso proporcionarle una agradable sorpresa, y de acuerdo con la baronesa*** aprovecharon la hora en que de órden del facultativo estaba María en el baño, para colocar en su habitación un nuevo adorno, que no podía ser indiferente á la sensible jóven.

Despidióse don Luis lleno de gratitud hácia su generosa protectora, abrasado de amor por la inocente María, y ansiando el dichoso momento de contemplar su hermosura.

Bajó la baronesa*** al jardín, donde estaba el cuartito del baño. María salía ya de él. Su amiga ayudóla á vestir, y se dirigieron ambas al aposento de la convaleciente.

No es posible describir con propiedad el gozo de María cuando entró en su habitación.

— ¡Mi canario! — exclamó llorando de alegría y corriendo hácia la jaula. — ¡Mi pobrecillo canario! — repetía conmovida de ternura, mientras la tierna avecilla, aleteando de júbilo, sacaba entre los alambres su piquito de marfil como pidiendo un beso á su antigua compañera.

María subió á una silla, y al acercar sus labios á la jaula, los picoteó dulcemente el pajarillo, y saltando de una en otra cañita como frenético de placer, prorumpió en melodioso canto que tenía embelesada á María, hasta que una nueva sorpresa, mas grata aun, la sacó de su delicioso éxtasis.

El médico que acababa de entrar en su cuarto, le dijo:

— María..... una visita.

Bajó María de la silla, volvió el rostro.... y lanzó un grito penetrante, un grito de amor y de felicidad.

— ¡Madre mia!

— ¡Hija de mi alma!



Hé aquí las únicas exclamaciones que se oyeron al presentarse Luisa con sus hijos.

Arrojóse María en los brazos de su madre, los besos y los sollozos suplían á las palabras que ni una ni otra podían articular, tal era la emoción de sus almas.

Los demás hijos lloraban.

La baronesa y su hermano animaban este grupo de ángeles, y lloraban también de placer.

Después de algunos minutos en que á fuerza de llorar quedaron desahogados los corazones de la madre y de la hija....

—¡Manuel! ¡Rosa! ¡Joaquín!—esclamó María estrechando sucesivamente en sus brazos á sus hermanitos.

—María, María—esclamó á su vez Luisa embriagada de placer.—Ven, hija de mi alma, ven, que quiero verte... quiero contemplar tu hermosura... ¡Qué linda eres!

—¡Madre!... ¡Madre mía!...—dijo María asombrada.—¿Será posible?...

—Sí, hija mía... te veo...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!..... Si esto es un sueño, haz que no despierte nunca.

—No es sueño, no, hija mía.... es la realidad... Mira cómo encuentro tu mano.

Luisa cogió la mano de María y la llenó de besos.

—Gracias, gracias, Dios mío... ¡Cuántas felicidades en un momento!... ¡Madre de mi corazón!... pero ¿cómo ha recobrado usted la vista?... ¿Quién ha hecho ese prodigio?

—Este generoso caballero.

Y Luisa señaló á don Antonio de Aguilar.

—¡Mi salvador!—esclamó María, y se arrojó á las plantas del digno facultativo.

Imitaron su ejemplo todos sus hermanos y hasta la virtuosa madre, que dulcemente conmovida pronunció con ternura estas palabras:

—Señor, nada tenemos con que pagar los inmensos beneficios que hemos recibido de usted... Ha hecho usted la felicidad de una familia honrada, que estará siempre dispuesta á sacrificarse en obsequio de su bienhechor.

—Lo sé, amigos míos, lo sé—respondió el médico, haciendo que se levantasen aquellas virtuosas criaturas.—Mis afanes quedan bien recompensados con ver á ustedes felices.

Al levantarse María, miró en derredor como si un pensamiento triste la hubiera sobresaltado de improviso.

—¿Qué tiene usted, María?—le preguntó la baronesa*** que acababa de notar la agitación de su amiga.

—¡Mi padre!... ¡mi padre!...—esclamó María con ansiedad.—¿Dónde está mi padre?

—Sosiéguese usted—respondió la baronesa.—Su padre de usted no ha podido venir; pero no tardará usted en abrazarle.

—¿Pero dónde está?—repuso María, como si un fatal presentimiento agoviase su corazón.

—Se lo diré á usted—respondió la baronesa***—si me promete no alterarse.

—¡Dios mío!... ¡yo tiemblo!... ¡Que nunca haya de ser completa la felicidad!...—dijo María con zozobra.—¿Ocurre alguna desgracia?...

—No, amiga mía—repuso la baronesa***—Ya sabe usted que en estos tiempos de revueltas por la mas leve sospecha se prende á cualquiera... y...

—¿Está preso?

—Sí, María, está preso; pero su prision no debe darnos recelo alguno. Se justificará su inocencia, y se le pondrá pronto en libertad.

—¿Y no podemos ir á verle?

—Es imposible por ahora... está incomunicado.

—¿Incomunicado!... Pues ¿cómo sabe usted que se le pondrá pronto en libertad?

—Porque acaba de decírmelo el que ha jurado salvarle á todo trance.

—¿Y quién es esa alma generosa?—preguntó María con ansiedad.

—Don Luis de Mendoza—respondió en tono de satisfacción la baronesa***.

María bajó los ojos. Una sonrisa celestial embelleció sus virginales lábios, y su rostro pálido se encendió como el coral. El nombre de su amante era una garantía solemne. Don Luis de Mendoza había jurado libertar al honrado Anselmo; don Luis de Mendoza era todo un caballero que no podía faltar á sus promesas, y el declararse defensor del padre de María, era un título

mas de amor para esta jóven que ya con delirio le adoraba.

—Vamos, vamos—dijo en tono jovial el facultativo—no hay que andarse ahora con recelos infundados. Tenemos una seguridad completa de que todo saldrá á medida de nuestros deseos, y no hay que empañar la felicidad de este dia con melancólicas ideas. Hoy comeremos juntos, y pasaremos algunas horas deliciosas, que serán el preludio del bello porvenir que debe hacer desaparecer para siempre hasta la mas leve memoria de los pasados infortunios. Al anochechar regresarán Luisa y sus hijos á su antigua habitacion, donde no les faltará nunca un socorro proporcionado á sus necesidades, si no para vivir con opulencia, para pasarlo cómoda y decentemente. Se le buscará á Manuel una buena colocacion. y nada habrá ya que desear.

En este momento anunció el negro Tomas que la sopa estaba en la mesa.

Don Antonio asió de la mano á Luisa. La baronesa*** cruzó su brazo con el de María, y dirigieronse todos llenos de júbilo y de esperanzas al comedor.

CAPÍTULO II.

EL AMOR.



De cuantas pasiones agitan el corazón humano, la que sobre todas se enseñorea y le domina, es indudablemente el amor. La historia de todos los tiempos y países nos revela esos grandes acontecimientos que han llenado el universo de asombro, y rara vez han dejado de tener su origen en el amor. El ha transformado los hombres en héroes, impeliéndoles á portentosas hazañas; pero desgraciadamente no solo les ha conducido por la senda de la virtud, pues si bien ha engendrado el heroísmo en corazones generosos, ha arrastrado á los malvados á crímenes enormes, á venganzas sangrientas y desoladoras. Hombres indomables que han hecho temblar al orbe entero, héroes de fibra de hierro, á quienes

jamás intimidó el bélico choque de las armas, y entre el mortífero estruendo de embravecidas lides han mostrado impertérritos la frente erguida y serena, han temblado ante la dulce mirada de una beldad, y postrándose á sus plantas, han rendido al amor sus laureles y trofeos.

Nada hay comparable al tormento de una pasión mal correspondida, y si lo acerbo de tamaño padecer engendra á veces crímenes en almas no avezadas á la maldad, horribles deben ser las consecuencias que produzca un amor frenético y despreciado, cuando arde á guisa de volcan en corazones corrompidos, sin freno abandonados al impulso de abominables inclinaciones.

Las traiciones en amor, sin embargo de ser desgraciadamente harto frecuentes en la sociedad, irrogan tambien con frecuencia lamentables estragos, porque nada iguala á la iracundia de los celos, y los ultrages de este género suelen á menudo lavarse con la sangre fermentada del culpable.

Pero en contraste de los excesos á que conducen las pasiones hijas del crimen, ó amancilladas por el engaño y la traicion, se ostenta puro como el incienso de sacrosanta pira, el amor correspondido, el amor sublime basado en la virtud, que liga con lazos indisolubles dos corazones tiernos nacidos el uno para el otro. La dulce felicidad que este amor engendra, es una emanación del cielo, es un bálsamo consolador que filtra en lo mas recóndito de nuestras almas, y las inunda de una delicia indefinible.

María y el jóven Mendoza adorábanse con esta pureza de sentimientos, y estaba ya próximo el momento feliz de su anhelada entrevista, precursora del mas halagüeño porvenir.

En una sala de las de la casa de la baronesa^{***}, esta amable señora y María, sentadas en un mismo sofá, ambas elegantemente pero con sencillez vestidas, estaban en amistosa conversacion.

—Está usted pálida, María—dijo la baronesa—pero muy linda, muy interesante. ¿Se siente usted bien?

—Perfectamente—contestó María.—¡Oh! he pasado una noche muy feliz. He dormido poco, pero mis pensamientos eran todos tan lisonjeros!...

—Por Dios, amiga mia, ahora que empieza la dicha de usted, lo primero de todo es procurar conservar la salud. Pero ya me hago cargo que esa palidez no debe alarmarnos. Será seguramente

hija de la emocion que debe usted sentir en este momento.

—En efecto, señora....

—¡Señora!.... ¡Siempre señora!.... ¿No sabe usted que este dictado no me gusta?

—En efecto.... mi generosa amiga....—dijo María con timidez.

—Así, así—esclamó la baronesa estrechando la mano de María con adorable bondad.

—Me siento conmovida.... Mi corazon late con mas fuerza que nunca, y sin embargo, mi agitacion tiene un no sé qué de dulzura y ansiedad, que no sé cómo explicarla.

—Todo eso es muy natural.... Con todo, es indispensable reanimar el espíritu. ¡Su mano de usted tiembla!... ¿Y por qué?

—Yo misma lo ignoro.

—¿Teme usted la presencia de un jóven virtuoso que la adora?

—No, amiga mia, no temo su presencia; pero luchan en mi interior mil encontradas sensaciones. Ansio el momento de ver á ese jóven tan digno de ser amado; pero considero que el amor de una pobre, por sincero que sea, es un galardón mezquino para tan sublimes virtudes. Nunca ha turbado mis sueños la mas leve idea de ambicion; pero en este momento desearia haber nacido reina, y poder poner á los piés de mi amante mi cetro y mi corona.

—Buena recompensa seguramente para un republicano. No sea usted así, María. Lejos de entregarse á esas románticas reflexiones, debe usted envanecerse de su virtuosa pobreza. Ella acredita que don Luis la quiere á usted por su propio mérito, por su virtud y su hermosura. Estas son las mejores prendas que una muger puede llevar á un esposo, que por otro lado ocupa en la sociedad una posicion tan brillante como honrosa.

El ruido de un tilburí que se paraba á la puerta de la calle, interrumpió este amistoso diálogo. La baronesa^{***} se asomó precipitadamente al balcón, y volviendo á entrar en la sala, se arrojó sobre María, le dió un afectuoso beso, y esclamo llena de gozo:

—¡Él es! Ya me figuraba yo que adelantaria algo su visita.

María se compuso los pliegues de su vestido, miró si tenia bien colocado el medallon que llevaba pendiente de una cinta

negra azulada de *moiré*, cogió la mano de la baronesa y se arri-
mó á ella llena de rubor y confusion.

Apenas apareció el marquesito de Bellafior en el dintel de la
puerta, hermoso carmin coloreó las virginales megillas de María.
Sus bellos ojos brotaron lágrimas de gozo, que procuró rápida-
mente ocultar en su pañuelo.

Don Luis de Mendoza presentóse sencillamente vestido, pero
con exquisita elegancia. Corbata de raso negro, cuyo lazo estaba
hecho con gracioso abandono, hacia resaltar la blancura de su
finísima camisa de holanda con diminutos y multiplicados pliegues
en el pecho, donde lucian tres botoncitos negros con un grueso
brillante en el centro de cada uno. El chaleco abierto era de
piqué color de ante, que casaba perfectamente con el verde
bronceado de su frac, cuyos grandes botones de metal cincelado
lucian como el oro. Su pantalon blanco, bastante ajustado, aboti-
naba el pié sumamente reducido, que calzaba lustrosa bota de
charol. Llevaba guantes pajizos, y un baston de concha con puño
de oro.

A corta distancia del sofá repitió don Luis el saludo que había
hecho al aparecer; pero sin articular una palabra. Sus ojos se fi-
jaron en el rostro de María, que encontró bastante demudado;
pero que le pareció mas hermoso que nunca, porque revelaba
los padecimientos que la habian agoviado, y esto aumentaba el
interés que sus bellas facciones inspiraban.

—Ya veo, amiguito, que es usted puntual—dijo la baronesa ***
como para sacar al marquesito del éxtasis en que parecia su-
mergido.

—Amiga mia—respondió don Luis—me he tomado la liber-
tad de anticiparme un poco á la hora que usted me señaló, por-
que.... la verdad.... no he podido contener mi impaciencia. Es-
pero que me disimulará usted este desvío de sus instrucciones,
en gracia del motivo que le ha producido, que no se habrá segu-
ramente ocultado á la penetracion de usted.

El marquesito tomó asiento enfrente de las dos bellezas.

—Concedo el indulto—dijo sonriéndose la baronesa—con tanta
mejor voluntad, cuanto que ya cierta persona participaba tam-
bien de la impaciencia de usted.

Al decir estas palabras, dirigió la baronesa una graciosa mi-

rada á María. Esta modesta criatura bajó los ojos y se entretuvo
en jugar con el lazo de su cinturón.

—¡Será posible!—esclamó don Luis sin poder disimular su
gozo.

Y luego, como diestro galanteador, añadió con intencion:

—¿Y quién podia participar de mi impaciencia? ¿Conoce us-
ted, señorita—y dirigió la palabra á María—á quién podia in-
teresar mi presencia en este sitio?

María no pudo pronunciar una palabra; pero levantó el ros-
tro y respondió con una sonrisa tan encantadora, que espresó
mas que cuanto hubieran podido proferir sus lábios.

—Esa celestial sonrisa—esclamó don Luis con entusiasmo—
me da la vida. Veo que perdona usted mi torpeza, mi injusta
desconfianza, la indisculpable ligereza con que ofendí su virtud.

—Por Dios, amigo mio—repuso la baronesa—no se hable
ahora de cosas pasadas. Lo cierto es que María se ha portado
siempre como á su honradez cumple, que es digna del amor que
usted le profesa, que si en un arrebato de celos cometió usted
una falta, ha sabido usted reconocerla á tiempo y está dispuesto
á repararla. Y á propósito de este asunto, ¿cuándo alcanza us-
ted la libertad del virtuoso Anselmo?

—Señora—dijo don Luis en tono solemne, llevando su dies-
tra sobre el corazon—juro por el acendrado amor que profeso
á María, que dentro de breves dias abrazará á su digno padre.

—¡Cuánta felicidad le deberé á usted, don Luis!—esclamó
María llena de júbilo.—¿Con qué podré pagar á usted tan gran
beneficio?

—Con su amor, hermosa María—dijo don Luis conmovido.—
Todas mis glorias, todas mis ambiciones se reducen á ser amado
de usted. ¿Puedo lisonjearme de alcanzar este galardón?

—No me atrevo á responder—dijo María llena de angelical
rubor, mientras una lágrima se deslizaba por el carmin de sus
megillas;—pero si algo espresan estas dulces lágrimas de grati-
tud que vierto, debe usted leer en ellas lo que siente mi co-
razon.

—Sí señor—dijo la baronesa con su acostumbrada joviali-
dad—en esas hermosas lágrimas debe usted leer que María le
adora con toda la sinceridad del primer amor; pero este amor

virtuoso y puro exige que usted, amigo mio, sepa apreciarlo cual merece, y me lisonjeo de que correspondiendo á él como el honor requiere, jamás injustos celos ni sospechas infundadas volverán á turbar el sosiego de los dos. Ya se ha logrado pues todo el objeto de la primera entrevista, se aman ustedes como nunca; son ustedes felices, y haciendo yo un papel desairado, mientras se prodigan piropos, me entretendré en tocar el piano.



La amable Emilia sentóse en efecto junto al piano y tocó selectos pasages de las mejores óperas, mientras los venturosos amantes tuvieron un delicioso coloquio que concluía de este modo:

—¿Con que tanto me ama usted, María?

—Sí, don Luis, desde el primer dia que ví á usted, no he dejado de amarle un solo momento.

—Yo tambien la adoro á usted, y cifro todos mis deseos en apresurar el feliz momento de nuestra union. Mi padre debe llegar de un dia á otro, y estoy cierto que aprobará y bendecirá nuestro enlace. Mil veces me ha dicho que desprecie las preocupaciones del mundo, y no busque mas que virtud en la muger

que elija por esposa. Cuando llegue este venturoso instante, créame usted, María, no tendré mas afanes que hacer á usted feliz.

—Ni yo podré nunca dejar de serlo á su lado. Sé que me ama usted por mí sola.... sin títulos.... sin esperanzas.... la pobre María merece su amor de usted.... ¡Oh! tiene razon la señora baronesa, esto debe llenarme de orgullo.... seria muy criminal si no amase á usted como sus bondades merecen.... si dejase alguna vez de adorarle como le adoro.... no, no sucederá.... yo lo juro por lo mas sagrado....

—¡Ídolo mio! —esclamó como fuera de sí de alegría el enamorado Mendoza.

Iba á proseguir su contestacion á María, cuando la baronesa*** volviendo el rostro hácia los felices amantes, les preguntó sonriéndose:

—¿Qué les parece á ustedes de estas últimas variaciones? Son del célebre Thalberg. —Y añadió con graciosa ironía:—No dudo que las habrán escuchado ustedes con mucha atencion. No, pues ahora es preciso que se aproximen ustedes, porque quiero ser oída. Voy á celebrar nada menos que su felicidad, entonando una cancioncilla á propósito.

María y don Luis aproximaron sus sillas al piano, y la baronesa cantó con admirable perfeccion la cancion siguiente:

LAS ROSAS DE AMOR (1).

—→→→→→

CORO.

*Galas purpurinas
del vergel de honor,
carecen de espinas
las rosas de amor.*

I.

Cándidas palomas
exentas de orgullo,
vuestro dulce arrullo
dice encantador:
Que entre los halagos

(1) Ha puesto en música esta cancion el acreditado maestro español don Joaquin Espin y Guillen, académico filarmónico de Bolonia, autor de la ópera Padilla ó el asedio de Medina y director de la *Iberia Musical*.

de dos almas finas,
carecen de espinas
las rosas de amor.

II.

Sola en la pradera
¡oh tórtola! gimes,
y tu seno oprimes
con fiero dolor!...

Si junto á tu amado
de júbilo trinas,
no hallarás espinas
en rosas de amor.

III.

Bella mariposa
que ornas el tomillo,
lindo gilguerillo,
dulce ruiñeñor,

Vuestro gozo espresa
con frases divinas
que no tiene espinas
la rosa de amor.

IV.

Hermosas palmeras
que ufanas se mecen,
arroyos que ofrecen
su riego á la flor,

Dicen, á los besos
de auras matutinas,
que no tiene espinas
la rosa de amor.

V.

Peces salpicados
de vivos matices,
salud felices
ál sol bienhechor.

Amad; y en el seno
de ondas cristalinas
decid: no hay espinas
en rosas de amor.

VI.

¡Oh amor! te saludo,
iman de mi anhelo,
bálsamo del ciclo,
don consolador!

Gozadle en buen hora,
almas peregrinas,
que no ofrece espinas
la rosa de amor.

María y don Luis, que durante el delicioso canto de la baronesa habíanse cruzado incesantemente las mas tiernas y espresivas miradas, aplaudieron de corazon la letrilla que acababan de oír.

—Nada falta en usted, amiga mia—dijo don Luis.—Talento, instruccion, hermosura, generosidad....

—Luisito, Luisito, por Dios—esclamó sonriéndose la baronesa—cuidado con las lisonjas, que hay aquí quien puede tener celos, y.....

—Es la pura verdad—contestó María—reune usted cuantos atractivos puede desear una muger.

—Bah! bah!.... dejémonos de cumplidos—repuso la baronesa—y vamos á dar un paseo por el emparrado del jardin.

Levantáronse los tres, cogió la baronesa un brazo del marquésito, hizo que María cogiese el otro, y desaparecieron.

Mientras los dos amantes se creían felices para siempre, estaba fray Patricio urdiendo nuevas maquinaciones contra ellos. Conduciremos el lector á la habitacion de aquel malvado.

CAPÍTULO III.

NUEVAS MAQUINACIONES.

Era uno de los días mas calorosos del mes de julio.

Fray Patricio solia dormir buenas siestas, y tenia la costumbre de madrugar para solazarse con el frescor de la mañana.

Al levantarse tomaba un buen vaso de leche de vaca mezclado con agua de cebada para refrescar la sangre. Fumaba un grueso cigarro de papel, y aguardaba la hora de tomar el chocolate despachando en mangas de camisa su vastísima correspondencia.

A las ocho de la mañana entró en su cuarto la *tia Esperanza* para levantar la cama, y dijo á fray Patricio:

—Hoy, padre mio, tendrá usted que mortificarse un poco. Acabo ahora de encender lumbre y no está listo el chocolate, porque he salido para hacer las averiguaciones que me encargó usted, y despues he oido una misa en el Buen Suceso.

—¿Y qué es lo que ha averiguado, buena hermana?

—Grandes cosas.

—Deje para despues el arreglo de la alcoba, siéntese, y espíqueme el resultado de sus diligencias.

Sentóse la beata junto á fray Patricio, sacó este la caja, tomó un polvo, y alargándola á su compañera, metió tambien esta sus largos y descarnados dedos en la provision de rapé, sacó su parte, y la hizo durar hasta el fin del coloquio, aspirando á intervalos con su arqueada y colosal nariz el olorcillo del tabaco.

—Pues señor — dijo la *tia Esperanza* con aire de satisfaccion — he hecho descubrimientos importantes. La Colasa y la Eduvigis están ya en la *Casa galera* (1).

—Eso lo sé yo desde ayer — respondió fray Patricio. — El suicidio del marqués de Casa-cresta nos ha favorecido mucho. Hasta los ciegos andan vendiendo un romance de la vida y milagros de la

(1) Desde el año 1610 se pensó en establecer en la cárcel de Corte la debida separacion para las mugeres de mala vida, perseguidas y castigadas por los tribunales, y ya en 1622 aparece un auto acordado de la Sala de alcaldes, destinando á la *Casa galera* una parte de las condenas que se hiciesen en los repesos. Posteriormente la galera aparece estuvo á cargo de los hospitales, hasta que en 1673 la congregacion de esclavos del dulce nombre de María, fundada por el beato Simon de Rojas en el convento de la Trinidad, principió á recojer los mendigos de ambos sexos, y de aquí tomó origen el establecimiento del Hospicio: en 1722 se ideó el establecimiento en él de una vivienda separada con el título de *galera* para depósito de las mugeres mundanas. Así siguió con muchos trabajos, hasta que á mediados del siglo pasado se trasladó la galera á una casa propia de los hospitales en la calle de Atocha, poniéndose su direccion á cargo de la junta suprema de aquellos, y manteniéndose precariamente con algunas limosnas y mandas, hasta que el dos de mayo de 1808, á favor de la revolucion de aquel dia, se fugaron las reclusas y quedó abandonado el establecimiento. Concluida la guerra, y vuelta á restablecer la galera con varios arbitrios que concedió el gobierno, quedó dispuesta en la calle del Soldado, en el edificio que sirvió antes de Inclusa, bajo la direccion de la Sala de alcaldes: en cuyos términos ha continuado mezquinamente, hasta que en 1837 ha sido trasladada al ex-convento de Monserrat, calle Ancha de San Bernardo, que fué comprado con este objeto á la hacienda nacional á censo reservativo. La Audiencia territorial, que sustituyó á la suprimida Sala de alcaldes, continuó teniendo á su cargo la proteccion de esta casa, hasta que en octubre de 1842 ha quedado cometida á la misma sociedad filantrópica de mejora del sistema carcelario. Nombrada por esta una comision de su seno, con el objeto de plantear y arreglar el nuevo sistema del establecimiento, esta lo ha llevado á cabo en términos, que honra el celo é inteligencia de sus individuos; dando cómoda distribucion al edificio, estableciendo nuevos reglamentos, arreglando el sistema interior doméstico, estableciendo nuevas labores y trabajos, en que se ocupan todas las reclusas, y las enseñanzas de leer, escribir y contar, mejorando en fin, y moralizando su condicion, de suerte que hoy puede visitarse con complacencia un establecimiento que en lo antiguo ofrecia el mas repugnante espectáculo. El número de reclusas en el dia es de 113; cuando anteriormente nunca pudo ascender de 40 á 50. El orden, el silencio y la compostura reinan en este recinto; y sin los empiricos sistemas, ni atrevidas teorías experimentales que hemos visto aplicados en los establecimientos de esta clase en países estrangeros, podemos asegurar que en este vemos cumplidamente desenvueltos los preceptos de la religion, de la humanidad y de la moral pública.

marquesa de Turbias-aguas, y el escándalo que su conducta ha producido en Madrid, ha hecho que todos sus amigos la hayan abandonado.

—¿Y no puede hacer algunas revelaciones que le perjudiquen á usted, padre mio?

—No, hermana. Yo me alarmé el dia en que me dijo que podia hacer dar garrote á ciertos conspiradores.... Ya se vé, la idea del patíbulo estremece á cualquiera; pero luego reflexioné sobre el particular y quedé convencido de que, manejando hábilmente el negocio, en nada podia perjudicarme. Todo ha salido á pedir de boca. ¿Qué crédito puede darse ya á una muger de tan depravada conducta? Ademas, lo que de mí puede declarar, está en el interés del gobierno el ocultarlo; ni puede añadir nada á lo que ya el gobierno sabe muy bien. Estoy muy tranquilo sobre este particular.... Adelante.

—He averiguado tambien el paradero de María, que segun noticias hace grandes progresos en su curacion.

—¿Está acaso con su amante? — preguntó sobresaltado fray Patricio.

—No señor — respondió la beata. — Está en casa de una hermana del facultativo del hospital, muger jóven, bonita, y casada con un noble que está ahora ausente.

—Todo eso está muy bien, hermana; pero no es suficiente. Es preciso indagar el nombre del dueño de esa casa.

—Eso es muy fácil con los antecedentes que tenemos.

—Pues hoy mismo se ha de saber eso, y ademas hay que saber positivamente si *el seductor* ha tenido parte en la salida de María del hospital, y si frecuenta la casa á donde ha ido ella á hospedarse. Todo esto es muy presumible; pero conviene saberlo circunstancialmente, y aunque yo podria averiguarlo presentándome en el hospital, seria una imprudencia dar este paso, porque cuando dejé allí á María, lo hice como por encargo de la marquesa de Turbias-aguas... No, no es decoroso que vaya allá sin necesidad á infundir sospechas, cuando hay otros medios....

—Así es la verdad, padre; no hay precision de que usted se moleste, y mucho menos de que se esponga, cuando me es á mí tan fácil averiguarlo todo.

—¿Y el *tio Gazpacho*? — preguntó fray Patricio.

—¿No ha venido aun? Pues si me ha dicho que venia al instante... ¡Válgame Dios!... ¡qué hombre tan posma!...

—No tiene razon, hermana. Cuando él no viene, no será culpa suya. Es hombre diligente y de toda nuestra confianza. Ha prestado grandes servicios á la causa de la religion y de nuestro amado rey don Carlos. Tiene tantos compromisos como nosotros, y mucha sagacidad y valor. Es un verdadero realista.

—Todo eso es verdad... es hombre para todo... muy temeroso de Dios y enemigo de los *flamasones*. Es muy valiente... en tiempo de la guerra de la independéncia degolló á muchos franceses mientras dormian... da gusto oírsele contar. Y lo que es ahora... ya, ya... en tocando á matar negros y judíos... Pero sobre todo... muy buen cristiano... muy amante de los ministros del altar... y...

En este momento sonó una campanilla. Corrió la *tia Esperanza* á abrir la puerta, y apareció el *tio Gazpacho*.

—Vamos, hombre, que está aguardando el amo —dijo la *tia Esperanza*.

El *tio Gazpacho* entró solo en el cuarto de fray Patricio.

—Alabao cea Dioz —dijo en acento andaluz quitándose el calañés.

—Felices dias, amigo.

—¿Qué zofrese á zu mersé, ceor don Patrisio?

—Voy á decírsele *tio Gazpacho*, y á darle una nueva prueba de mi afecto y de la confianza sin límites que me inspira. Se trata de un asunto de gravedad, y cuento con la mayor reserva.

—En isiendo zoniche y al avío, aquí ce jase toico cin gañir, que jamáz me ha guztao á mí er paliq. Jable zu mersé cin sercunloquioz. Cemoz prezonaz e caliá y eztá icho too.

—¿Ha estado alguna vez en la *Fontana de Oro*?

—Nunca me he colao dentro, porque eztá aqueyo ciempre yeno e lechuguinoz de futraque, pero cé onde eztá eza fonda.

—En la Carrera de San Gerónimo.

—Cabalito.

—Pues allí vive un sugeto muy malo, enemigo de la religion, judío de los que mas daño hacen á la causa del altar y del trono. La destruccion de semejante polilla, es una obra meritoria á los ojos de Dios.

—Deme ozté laz ceñaz, y en menoz que canta un poyo le ezpa-

churro. Apuraicamente traigo el monda-diente resien afilao para cuando ce toque á enzartar negroz.

Al decir esto, sacó de la faldriquera del pantalon una descomunal navaja, y enseñándola á fray Patricio, añadió:

—Yo no gazto otroz paliyoz.



—Ya sé hasta donde alcanza su valor.

—Ez que, como ise er refran, á loz enemigoz e Dioz.... ya zu mersé mentiende. Ci eztorba el quíam.... prontito ce le quita der medio.

—Eso seria hacer una obra de misericordia, amigo mio, y ademas correria de mi cargo la recompensa, que á buen seguro no seria escasa.

—Ya ce yo que zu mersé ez garbozo.

—Con todo, la cosa no urge tanto, que arriesguemos el buen éxito por apresurarnos en demasia. Se aguarda una ocasion segura y esenta del menor peligro.

—¿Y cómo ce yama er defunto?

—El sugeto de quien hablo se llama don Luis de Mendoza.

—No ce molviará.

—Es comandante de la Milicia nacional, y vive en la *Fontana de Oro*.

—Dioz le haya perdonao. ¿Zofrese algo maz?... Too ezo ez ná.

—Discrecion, prudencia... y sobre todo, silencio.

—Cere muo; pero no manco.

—Entretanto y á cuenta de la recompensa, que será proporcionada al servicio cuando esté realizado, ahí tiene esa expresioncilla.

Fray Patricio puso una onza de oro en la mano del tabernero.

—Dioz ce lo pague — dijo este metiéndose la moneda en la faja, y desapareció despues de haber dado la mano á fray Patricio, que la estrechó entre las suyas con espresion de cariño y gratitud.



CAPÍTULO IV.

EL MUSEO DE PINTURAS.

SABEN ya nuestros lectores que la baronesa*** reunia á sus bellezas físicas los atractivos de un talento superior y de una instruccion esmeradísima.

Hemos oido ya su voz encantadora, la hemos visto hacer prodigios en el piano; pero no sabe el lector aun, que esta joya de la madrileña aristocrácia, poseia de tal modo la sublime ciencia de Apeles, que los mas célebres pintores de profesion hubieran podido envidiar su inteligencia y egecucion, particularmente para los paisages y retratos en miniatura.

Acababa de pintar el de María, y era tan perfecta la semejanza, que María le contemplaba absorta. Parecíale que se estaba viendo en el espejo.

Era una fineza con que la enamorada jóven queria sorprender agradablemente á su digno amante.

—¡Cuántas satisfacciones debe usted gozar en este mundo, amiga mia! — exclamó María, dirigiendo una mirada de veneracion á la baronesa.

—¿Cómo así? — repuso esta sonriéndose.

—¡Cuánto debe quererla su esposo de usted! ¿Qué mas puede apetecerse en este mundo? Usted lo reune todo... bondad, juventud, riqueza, hermosura, talento, instruccion.... Bien decia don

rc + v2 to
d. María

Luis, que es usted un tesoro de perfecciones. No hay duda pues, su marido de usted debe quererla mucho... será tambien jóven y gallardo... y sabrá apreciar como se merecen los encantos de su esposa... ¿Verdad que sí? ¿Verdad que la quiere á usted mucho?...

La baronesa suspiró sin responder.

— ¡Dios mio! ¿suspira usted?... — añadió María sobresaltada. — ¿Es usted acaso infeliz?

— No, hija mia, no — respondió la baronesa Emilia, esforzándose por aparentar jovialidad. — Mi marido me quiere.... es algo enamorado... pero repito que me quiere... y confio traerle á buen camino... del cual no está enteramente desviado. Esta seguridad me hace dichosa.... Nosotras somos demasiado exigentes.... nunca estamos contentas...

— Es que si su marido de usted no se porta como debé, yo sabré regañarle y hacerle entrar en razon. Tengo ya deseos de conocerle.

— Pronto satisfará usted su curiosidad, pues debe regresar dentro de breves dias.

— Y... ya digo... como no la ame á usted mucho... me oirán los sordos. Yo quiero que usted sea feliz... tan feliz como yo... Quiero que su marido ame á usted como me ama á mí don Luis... ¡Qué sorpresa le vamos á dar con el retrato! Está tan parecido... ¡Válgame Dios! ¡cuánto le envidio á usted su habilidad! Es tan hermosa la pintura.... No puede usted figurarse cuán deliciosamente se me pasa el tiempo contemplando los cuadros que tiene usted en la gran sala!

— Ya que tanto le gustan á usted los cuadros — repuso la baronesa — esta misma mañana ahora mismo, podemos ir á ver el *Museo de pinturas*. Allí sí que hay cosas admirables.

La baronesa tiró de un cordon, y apareció el negro Tomas.

— ¡La berlina! — dijole la baronesa.

— Está pronta — respondió el negro haciendo una profunda reverencia.

— Vamos, vamos, María — continuó la baronesa cogiendo á su amiga del brazo.

Media hora despues, parábase la berlina ante la puerta principal del Musco de pintura y escultura.

.....

Visita
al Prado

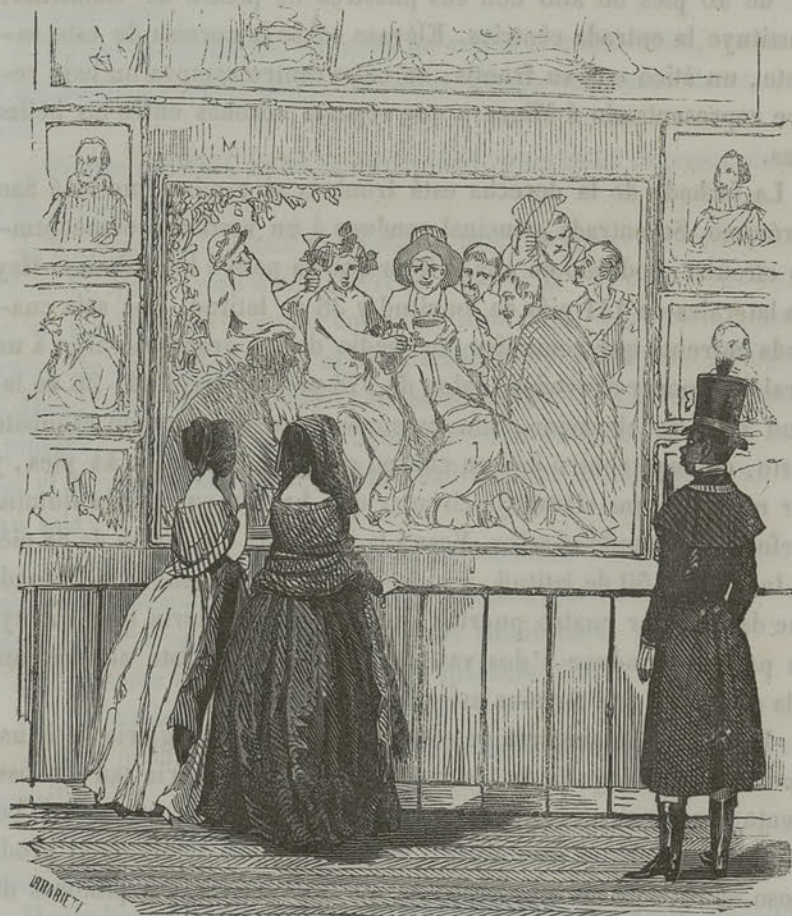
En 1785 construyóse este edificio bajo la direccion de don Juan de Villanueva, de órden de don Carlos III. Su planta rectilínea compónese en su centro de un paralelogramo de 378 piés de longitud y 74 de latitud que concluye lateralmente con dos magestuosos cuerpos de planta cuadrada de proporcionadas dimensiones, formando un imponente conjunto. Su fachada principal es verdaderamente asombrosa y uno de los mas bellos y magníficos adornos del Prado. Una elegante galería de catorce arcos de medio punto y cuatro adintelados, cuyos extremos laterales forman dos grandes cuerpos salientes con cinco ventanas en el primer piso y cinco balcones en el segundo, presenta una vista grandiosa y pintoresca. Un magestuoso cuerpo saliente de 24 piés con 64 de frente y cinco columnas de 40 piés de alto con sus pilastras de piedra de Colmenar, constituye la entrada céntrica. Elévase sobre la cornisa de este saliente, un ático con su frontis, en cuyo centro campea un bajo relieve representando á Minerva que reparte coronas entre las bellas artes.

La fachada de la derecha está frontera al camino que va á San Gerónimo. Su entrada principal conduce á un vestíbulo octocolumnio circular, rodeado de una galería que da paso á los salones. Hay dos laterales de 141 piés de longitud y 38 de latitud. Una sala cuadrada enfrente que comunica por medio de un grandioso arco á un paralelogramo y abovedado salon de 378 piés de longitud, 36 de latitud y 38 de elevacion, con casetones y ornamentos de esquisito gusto, en cuyo centro hay un cuerpo que se eleva hasta 44 piés, y por medio de una claraboya circular que hay en su cúpula ilumina perfectamente todo el salon. Vese á la izquierda otro salon de 88 piés de longitud y 50 de latitud, y enfrente del grande una sala redonda que da paso por cuatro puertas á una inmensa galería que circuye un patio y conduce á dos vastísimos salones. Existe ademas una sala cuadrada que termina este inmenso edificio.

La galería de pinturas de este magnífico Museo, gloria de la nacion española, orgullo de los amantes de esta su patria tan alevosamente escarnecida, calificada ha sido de LA PRIMERA DEL MUNDO por cuantos inteligentes nacionales y extranjeros han admirado el prodigioso número de obras selectas de los mas acreditados pintores del universo. Sobre DOS MIL son los preciosos cuadros que atesora esta magnífica galería, y entre ellos los mas selectos de Rafael de Urbino,

del Corregio, Miguel Angel, el Ticiano, el Dominiquino, Albano, Andres del Sarto, Vasano, Reni, Boscho, el Parmegiano, Vinci, Sasso Ferrato, el Tintoreto, Rosa, Vacaro, Veronés, Piombo, Carachi, Rubens, Teniers, Rembrant, Vandik, Mengs, Lorenés, Durero, el Pusino, Murillo, Velazquez, Cano, Ribera, Juanes, Zurbaran, Rivalta, Morales y de otros infinitos que en obsequio de la brevedad pasamos en silencio.

María, dotada de esquisita sensibilidad y comprension, deteníase como estasiada precisamente ante los cuadros de mas mérito. Viendo la baronesa que contemplaba con admiracion el número 138, hizole, como inteligente, la siguiente esplicacion:



— Esa figura del centro, medio desnuda, representa á Baco en-

tronizado sobre un tonel, con la cabeza ceñida de pámpanos.

— ¡Y qué le hace á este que está de rodillas?— preguntó María.

— Le corona de hiedra— respondió la baronesa.— La asamblea toda aplaude este suceso. Probablemente el agraciado seria uno de los bebedores de mas resistencia.

— ¡Qué bien están los semblantes! ¡Qué espresion! ¡Qué naturalidad!

— ¡Oh! este es uno de los mas bellos cuadros de Velazquez. Don Diego Velazquez de Silva nació en Sevilla en 1599, fué yerno y discípulo de Pacheco, y muy apreciado del rey Felipe IV. Estudió los pintores clásicos de Italia y fué el fundador de la buena escuela en Madrid, donde murió en 1660.

De este modo seguian la inspeccion minuciosa de aquellos grandes salones.

Ante el número 726 hizo tambien María mayor detencion y exclamaciones de asombro.

— No parece sino que sea usted inteligente— le dijo la baronesa.— Ese cuadro que está usted contemplando es la SACRA FAMILIA, vulgarmente conocido por LA PERLA de Rafael (1). Rafael Sanzio, llamado por el pais de su naturaleza DE URBINO, nació en 1483. Empezó á estudiar bajo la direccion de Pedro Perugino, y no tardó en sobrepujar á su maestro y ponerse al frente de una nueva escuela que regeneró el arte. Murió en 1520 dejando célebres discípulos.

— ¡Con qué gracia— exclamó María— está el niño sentado sobre una de las rodillas de la Virgen! ¡Qué bien está esta pierrecita apoyada en la cuna! Este otro niño ¿es acaso San Juan?

— En efecto— respondió la baronesa— es San Juan que ofrece en su pellica varias frutas al niño Jesus, que este va á tomar, dirigiendo al mismo tiempo una sonrisa á su madre como para pedirle permiso.

— ¡Y con qué bondad le contempla su madre! Y quiénes son estas otras figuras?

— La que está arrodillada junto á la Virgen es Santa Ana y aquel del fondo es San José. Este cuadro le compró Cárlos I en Ingla-

(1) Don José Bonilla, jóven valenciano ventajosamente conocido por sus producciones literarias, ha sacado una bella copia de este cuadro.

terra. Cuando por muerte de este le adquirió Felipe IV, exclamó: «¡Hé aquí *la perla* de mis cuadros!» Y desde entonces es conocido por este nombre.

— ¡Ay! — exclamó María al pasar por delante del número 747.

— ¡Qué bien están esas perdices colgadas del árbol! ¡Qué naturalidad! ¿Pues y estas esparcidas por el suelo, ya desplumadas?

— Ese cuadro es de Jacobo Nani — repuso la baronesa. — Célebre pintor italiano que tuvo la humorada de dedicarse á pintar aves muertas. Aquí tiene usted acaso el mejor cuadro del Museo — añadió á poco rato, señalando el número 784. — Representa *la caída de Nuestro Señor Jesucristo con la cruz*, y se le conoce con el nombre del PASMO DE SICILIA (1). Es uno de los dos principales de Rafael.

Mientras María contemplaba absorta las bellezas de este cuadro, añadió la baronesa:

— Sería prolijo referir la historia de esta admirable pintura. En 1810 fué trasladada á París por las vicisitudes de la guerra, y allí fué trasportada de la tabla al lienzo. Recobróla la España en 1816. ¡Qué espresion hay en todas las figuras! Observe usted los semblantes de esas santas mugeres que llorando siguen á Jesus. Anúnciales la ruina de Jerusalem y les dice: *no lloreis por mí, llorad por vuestros hijos*. Muchedumbre de gente á pié y de soldados á caballo rodea la escena, y desde las puertas de Jerusalem estiéndose hasta la cima del Calvario, que figura en lontananza. Simon Cirineo ayuda á Jesus á levantarse asiendo la pesada cruz, y dos sayones hacen otro tanto, prodigando al Redentor los mas groseros insultos é inauditas violencias.

María tributó una lágrima al extraordinario mérito de esta obra y á su sublime asunto, y siguiendo la inspeccion de las demas pinturas exclamó mas adelante:

— También me gusta este niño Jesus — y señaló el cuadro que lleva el número 786.

— Tiene en efecto muy buena composicion — dijo la baronesa.

— Como que es del mejor discípulo que tuvo el célebre Ticiano.

— ¿Pues de quién es?

(1) Esta pintura acaba de ser perfectamente copiada por el señor Sardá, pintor muy versado en los estudios de Rafael. Ha empleado nueve meses en este difícil trabajo.

— De un tal Jacobo Palma el Viejo, natural de Serinalta en el Bergamasco. No se sabe la época de su nacimiento ni de su muerte; á lo menos no he podido yo averiguarlo por ninguno de los autores que hablan de este famoso pintor. Solo se sabe que floreció á principios del siglo XVI y que vivió cuarenta y ocho años.

— ¿Y qué representa la pintura?

— Representa *la adoracion de los pastores*.

— ¡Qué lindo está el niño Jesus sentado en las rodillas de su madre!

— ¿No vé usted cómo acaricia á los pastores?

— En efecto.... y á no engañarme, le ofrecen frutas.....

— Y ademas ese cabrito que vé usted ahí, que no parece sino que esté vivo. San José, sentado á la izquierda y apoyado en su baston, escucha al pastor que le dirige la palabra.

— ¡Qué grande es este otro cuadro del número 787!

— Como que es figura colosal. Este es del gran Ticiano; representa á Prometeo, hijo de Climenes y de Japeto, fué el que, segun la mitología, formó los primeros hombres de barro. Con el socorro de Palas, alcanzó subir al cielo y robar el fuego con que podia darles animacion. Irritado Júpiter de este robo, mandó á Mercurio que atase á Prometeo sobre la cima del monte Cáucaso, donde una águila debia comerle el hígado, que habia de renacerle sin cesar para que el suplicio fuese eterno.

— ¡Válgame Dios! — dijo María asombrada.

— Hércules, por fin — añadió la baronesa — libértóle de tan atroz tormento.

Pasaron á otros cuadros, y no tardó María en hacer la siguiente exclamacion:

— ¡Qué bonito está este cuadro del número 797! ¿Qué representa?

— Es el desposorio de dos amantes felices — dijo la baronesa en tono festivo. — Como si dijéramos don Luis de Mendoza y cierta señorita á quien no quiero nombrar.

María dirigió una dulce mirada á la baronesa, y esta sonriéndose añadió:

— Mire usted bien á ese jóven gallardo que pone un anillo en el dedo de una niña hermosa ricamente adornada..... Y encima

de los dos se vé un Cupido que coloca un yugo sobre sus cuellos (1).

No le disgustó á María la ocurrencia de la baronesa, si hemos de juzgarlo por cierto destello de alegría que despidieron sus negros ojos, cuando pagó esta cariñosa agudeza con otra mirada llena de bondad y gratitud.

—Si llega ese feliz momento—respondió conmovida— ¡cuánto deberé á usted!

—Siguieron así estas dos hermosas jóvenes contemplando los encantos de la pintura y haciendo lisongeras alusiones al dichoso porvenir de María, y regresaron á su casa con ánimo de no salir ya en todo el día, aguardando con impaciencia la noche para entregar á don Luis el retrato de su amante, que debía ser también una memoria de la amiga que tan perfectamente habíale trazado.

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

—Y así se fue pasando el tiempo, hasta que llegó la noche del día...

(1) Este cuadro representa los desposorios de Fernando V y doña Isabel, según los antiguos inventarios de la Casa Real.

Comp. Libro, 3^{er} part de L. L. L. album

CAPÍTULO V.

EL BAILE DE CANDIL.



LORENZO! ¡Lorenzo!—gritaba el negro Tomas saltando de alegría como un chiquillo.

—¿Qué quieres, hombre?—respondió otro cochero de la baronesa.

—¿Te has vuelto loco?

—Ya sabes que el otro día el señorito de Bellasflor me regaló un do-

blon de oro por haber traído de la fonda la jaula del canario.

—¿Y qué? ¿Vuelves á hablarme de eso para darme envidia?

—No, amigo, no; al contrario, quiero que participes de mi fortuna. Te convidó á beber.... á echar un trago á la salud de

mi señorita, otro á la de tu buena ama la señora baronesa, y otro á la del señor marquesito.

—Acepto con mucho gusto; pero ¿cuándo ha de ser eso?

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¿Y si las señoritas piden el coche?

—No le necesitan en toda la tarde ni en toda la noche, y tengo ya licencia para convidarte.

—¿Y por eso saltabas como un loco?

—Si no fuese una cosa tan fea el emborracharse, tomaba hoy una turca como un templo; y no sé si sabré contenerme, porque cuando se trata de brindar á la salud de mi señorita.... Afortunadamente soy hombre de resistencia.... Allá veremos.... Con que ponte de chaquetilla, y al avío.

Lorenzo era joven de buen humor y gallarda presencia. Tomas, aunque negro, no le iba en zaga cuando queria acicalarse. Ambos se vistieron á lo manolo, y se presentaron á la baronesa antes de salir de casa, por si se le ofrecia algo. Encargóles esta que tuviesen juicio, y se echaron los dos criados á la calle, alegres como unas pascuas.

—¿Y á dónde nos dirigimos ahora?—dijo Tomas.

—Calla.... ¿no estamos hoy á 12?

—Creo que sí.

En efecto, era el 12 de julio de 1836.

—¡Por vida del chápиро!... La tia Marciana celebra hoy sus dias.... y suele tener gran baile todos los años.... ¿Vamos allá?

—Vamos donde quieras.

—Verás, verás qué buenas chicas.

—Lo que yo quiero es buen Valdepeñas.

—De todo hay allí en gracia de Dios. ¿No eres aficionado al baile?

—No me disgusta ver bailar; pero lo que es yo, jamás he tenido gracia para ello.

—Pues yo, cada vez que doy cuatro brincos al son de la bandurria, alargo la vida diez años. Verás con qué sandunga baila la Chata el zorongó.

—¿Y quién es la Chata?

—La hija de la tia Marciana. Una morenilla de rechupete.... mas traviesa que un diablillo.... con un cuerpecillo tan mono....

y un bullarengo que trastorna los sentidos y potencias. Yo la camelé algunos dias el año pasado.

—Ya, ya.... y por eso me llevas á su casa..... No importa, chico.... Vamos allá.... echarás un par de tragos.... bailarás luego, si quieres, con tu querida Chata.... y yo acabaré de apurar la botella en gracia de Dios, á la salud de mi señorita.

Siguiendo este coloquio, llegaron nuestros héroes á la calle de San Anton.

Parece imposible que corresponda esta calle á la capital de España. Es un largo y angosto lodazal con dos hileras de miserables casuchos tan desiguales como su mal empedrado piso. Las paredes denegridas y atestadas de hondas grietas, las andrajosas mugeres que se peinan en medio de la calle tomando el sol, los chiquillos que juegan en camisa ó en cueros, y el cieno que exhala por todas partes nauseabundo y fétido hedor, induciria todo esto á creer que no tiene la policía conocimiento del miserable estado de aquel sitio, si no se viesen en casi todas sus esquinas multitud de holgazanes con los brazos cruzados que llevan el uniforme de agentes de dicha institucion, y que para mayor ludibrio viven en la misma calle. Pero lo mas escandaloso es que abundan en ella las mugeres de mal vivir, que no pasa dia sin que haya mil reyertas, ni noche sin puñaladas; y en medio de una miseria espantosa, sube de todo punto el desenfreno y la desmoralizacion.

Sentimos tener que ofrecer á nuestros lectores tan repugnante cuadro; pero al referir la historia de las costumbres todas de Madrid, la imparcialidad exige que no ocultemos la verdad por vergonzoso que sea á veces confesarla, y exigen tambien la justicia y el interés público, que denunciemos lo malo al gobierno, para que desaparezca de una capital culta cuanto amancille su decoro, cuanto se oponga á los progresos de la civilizacion española.

Y no se crea que pidamos violencias, castigos, encarcelamientos contra los infelices cuya pobreza les hundió en el abismo de la prostitucion. Amparo y proteccion es lo que necesitan los pobres para mejorar sus costumbres. Ya lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: estérpese la indigencia y se desvanecerá el germen de muchos males.

En nada queremos ofender con esto á las personas honradas que no dudamos abundan tambien en la calle que describimos; pero es-

Inocencia

de buen selvaje

descrip-
de
calle de
barrio
bajo

impar-
cialidad
descript-
viva

tamos seguros que habrán observado lo mismo que nosotros y que vivirán en ella con repugnancia, ya porque tengan casa propia, ya porque les obligue la escasez de recursos á hospedarse en casas cuyos alquileres sean soportables, pues llega á ser escandaloso el precio á que la codicia de los caseros ha subido los cuartos, precisamente cuando la miseria arroja de las provincias á multitud de gentes que vienen á buscar en Madrid su paño de lágrimas.

Por otro lado, es preciso confesar que ninguna calle lleva el nombre mas adecuado que la de San Anton, pues en ella puede el marranillo refocilarse y engordar en el lodo, particularmente en pos de lluvias que convierten el piso en asqueroso cenagal.

Y para que nada falte á los moradores de tan privilegiado sitio, empiezan desde las diez de la noche á embalsamar la atmósfera las odoríferas y nunca bien ponderadas *carretelas de Sabatini*, que como tienen su gran corral en la calle de *Regueros*, sírveles de tránsito la de San Anton y no paran en toda la noche de cruzarse esos que seguramente por burla se llaman *carros de la limpieza*, cuando no hay cosa mas fétida en todo Madrid que los tales factones. Ya lo hemos dicho al principio de nuestra historia, esponiéndonos á la censura de ciertas susceptibilidades sobrado delicadas, que debiera sustituirse este abuso por otro medio menos balsámico; porque es impropio de la capital de todo un reino, no poderse retirar sus habitantes de las tertulias, teatros y demas diversiones públicas, sin tropezar con los trenes de limpieza tan fétida y nauseabunda (1). Dos medios tiene la autoridad para remediar en parte este abuso, á saber: mandar salir los *carros de Sabatini* en horas que no incomoden á nadie, ó tapar y sellar con lacre las narices de todos los habitantes de la corte.

Bueno es que se hermoseen las calles céntricas, que se dé mayor latitud á las aceras y se manden quitar las rejas que sirvan de obstáculo á los transeuntes. Bueno es que el empedrado se recomponga y corrija hasta la perfeccion si es posible. Bueno es que se cuiden con esmero los paseos públicos y se pueblen de hermosos árboles lo mismo que las calles anchas y plazuelas. Bueno es que el alumbrado corresponda á la dignidad de la capital de España.

(1) Despues de la primera censura que hicimos de esta chocante costumbre, ha dispuesto la autoridad la construccion de cloacas en las calles, sin duda con el objeto de hacer tan importante mejora.

Todo esto es muy bueno, es excelente, es laudable, porque al paso que contribuye al mayor hermoseo de Madrid, acredita el celo é ilustracion de sus autoridades, y sobre todo, proporciona trabajo á las clases menesterosas, ocupa brazos de honrados jornaleros, á quienes acaso el hambre y la desesperacion podrian estraviar de la senda de la virtud; pero entre estas mejoras y el criminal abandono en que se tienen los barrios escéntricos, hay un contraste indecoroso que acusa de injusta é indolente á la autoridad de Madrid encargada del ramo de policia urbana. Todos los habitantes de la capital tienen igual derecho al amparo de sus gobernantes, y no es razonable que se condenen ciertos barrios al abandono, mientras se prodiga el mimo y la predileccion á otros que no reclaman con tanta urgencia su vigilancia protectora.

En la calle de San Anton tenia la tia Marciana su taberna, ó por mejor decir su miserable bodegon, pues reduciase á una estancia cuadrada, en cuyas paredes, ennegrecidas por el humo, alternaban algunas estampas de santos, iluminadas con jugo de cereza y azafran, con otras que representaban varias suertes de una corrida de toros. Estos adornos, por algunos de sus cantos desprendidos de la pared, conocíase que se habian pegado á ella con pan mascado, y no habiendo sido suficiente este engrudo para sujetarles, tenian ademas algunas tachuelas de las que eternizan el ruidoso calzado de los aguadores.

En los trozos de pared que el humo habia respetado, campeaban escritas con carbon algunas palabras, que acaso por demasiado españolas no las trae el Diccionario de la Academia.

Media docena de sillas de pino, desvencijadas las que no estaban rotas, hacian el oficio de butacas, y algunas tablas viejas de cama, apoyadas por sus estremidades en enormes piedras y apilados trozos de ladrillo, constituian los sofás del salon.

Si no habia luces en él, ciertamente no era por falta de arañas, porque todos los rincones y las vigas del techo estaban de telarañas circuidas, únicas colgaduras que adornaban aquella mansion de regocijo.

Dicen algunos autores que el bello gusto está en la variedad, y á ser esto cierto, nada mas elegante que el piso del figon que nos ocupa. Los diversos colores del empedrado formaban un mosaico encantador. Trozos de teja al lado de ladrillos y de redon-

dos guijarros, dejaban algunos huecos que se habian nivelado con arcilla y mazacote; y para que no faltase el perfume que embalsamaba los salones orientales, habíase regado aquel recinto con el agua odorífica de un barreño que habia tenido toda una semana bacalao de Escocia en remojo.

El lujo de los trages y la finura de los concurrentes, correspondia muy bien á los atractivos de aquel sitio, que como no recibia luz mas que por una ventanilla que daba á un oscuro pesebre, donde estaba el ambigú ó bufet, ventanilla que en vez de persianas ostentaba las colgaduras de género del pais, del que llevamos ya hecha honorífica mencion, era indispensable iluminar á media tarde la sala del festin.

A guisa de la suntuosa lucerna que suele pender de la cúpula de los coliseos, colgaba de una caña cubierta de moscas y clavada en la viga mas céntrica del techo, un roñoso candil, que no solo deramaba sus benéficos rayos sobre tan distinguida sociedad, sino tambien su aceite.

A su opaca luz vislumbrábanse las fisonomías mas terribles, las caricaturas mas pálidas y feroces que pueden engendrar el crimen y la prostitucion.

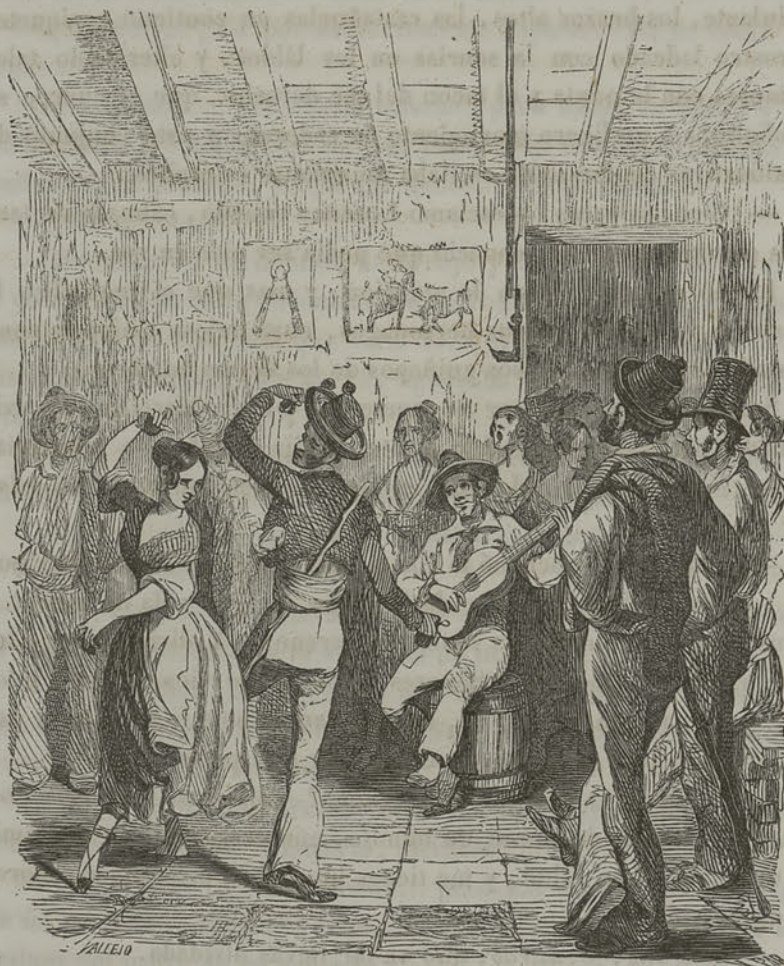
El bello sexo desmentia allí esta galante calificacion, pues las mas de las mugeres, sin medias y con mal remendados zapatos las que no iban enteramente descalzas, vestian trages asquerosos, llenos de roturas, que dejaban ver el atezado cútis de sus descarnados cuerpos. Su rostro lívido y amarillento, en medio de su forzada jovialidad, destellaba todo el horror de la miseria, de la prostitucion y de agudas enfermedades.

El desaliño de los hombres, el desenfreno de sus groseros modales, sus bestiales gracias mezcladas con obscenas espresiones y blasfemias horribles, daban á conocer su procedencia de los presidios, su profesion de salteadores, y su inclinacion á la holganza y al crimen. El vestido que generalmente usaban estos *personages*, componíase de sombrero gacho, camisa de color, chaqueta tirada sobre el hombro, faja de estambre y pantalon rayado, por supuesto lleno todo de mugre, roturas y remiendos.

Ademas de la navaja indispensable que unos llevaban en la faja y otros en el bolsillo del pantalon, tenian un enorme garrote ó una larga vara de fresno que no abandonaban jamás, ni para bailar;

pues en este caso, se la cruzaban con la faja por la parte posterior de la cintura.

El *Cornuo*, hombre de extraordinario buen humor, ya algo entrado en años, conocido por este apodo á consecuencia de la filosófica resignacion con que sobrellevaba y aun hacia alarde de las infidelidades de la *Pelona* su digna consorte, sentado como el dios Baco en una cuba, tocaba la guitarra y cantaba tales coplas, que la decencia no nos permite dar á conocer á nuestros lectores.



Cuando entraron Tomas y Lorenzo en el *sarao*, estaba precisamente bailando el bolero con *Pacorrillo el Chispero* la célebre *Chata*, ex-dulce tormento del último de estos dos compinches.

Prolongada gritería de entusiasmo estaba celebrando la gracia y desenvoltura con que la descocada mozuela ejecutaba su paso favorito, que causaba tanta mas ilusion en los espectadores, cuanto que la *Chata* tenia un cuerpo verdaderamente español. Su breve y reducida cintura era flexible á los mas voluptuosos movimientos, y su trage, aunque no lujoso, destellaba coquetería y aseo, que resaltaba mas entre los harapos de la concurrencia.

El paso que tanto entusiasmaba á los espectadores, consistia en ir adelantándose hácia su compañero con el cuerpo graciosamente undulante, los brazos altos, las castañuelas en continuó repiquete, el rostro ladeado con la sonrisa en los lábios, y alternando tales primores con la punta y el tacon del pié derecho, que el cuerpo se bamboleaba á un ligero movimiento de caderas, y este conjunto de significativas contorsiones escitaba un aplauso estrepitoso.

— ¡Bien, salerosa! — exclamó Lorenzo cuando, calmada un tanto la general agitacion, conoció que podia ser oida su voz.

Llamó este requiebro la atencion, y mas que el requiebro la aparicion de los dos nuevos personajes, cuya lujosa majencia contrastaba con los asquerosos guiñapos de los demas hombres.

Suspendióse el baile por un momento, y la tia Marciana, aproximándose precipitadamente á la *Chata* su hija, díjole con zalamería:

— ¿No has *guipao*, Maruca, el bien de Dios que se nos ha *colao* por las puertas?

— ¡Lorenzo! — exclamó la *Chata* acercándose á su antiguo novio y asiéndole familiarmente de la mano. — ¡Por vida de sanes!... A mejor ocasion no podías venir, macareno. — Y dirigiéndose á los concurrentes, añadió: — ¡Señores, plaza! que viene el mas *salao* de España para un jaleo. ¡Ea, *Cornuo*! araña bien la vihuela, y endilganos una jota que derrame canela por *toas* partes.

— ¿Qué mas canela que tú, gachona? — dijo con truanería Lorenzo. — Déjame descansar un minuto, mientras echo con este amigo unas copas á tu salud, y me tienes luego á tu disposicion, morena de mi vida.

— Anda allá, *arrastrao*, que ya me llevas olvidada.

— Calla, mi reina, ya hablaremos *empues*. Sobre que te requiero mas que nunca.

Mientras la *Chata* y Lorenzo se estaban camelando, la tia Marciana sacó un jarrito de aguardiente y lo entregó al negro Tomas.

Bebieron un poco los dos amigos, y Lorenzo se puso en baile con la *Chata*, dejando el jarrito en manos de Tomas, quien, contemplando con satisfaccion á los que bailaban, fué maquinalmente apurándole hasta ponerse algo alegre de cascos.

— Otro traguillo, tia Marciana — gritó el negro — que quiero brindar por mi señorita... aunque no sea mas que para que rabien sus enemigos... porque yo soy así... ¡Tia Marciana!... tia Mar...

— Vengan esos cinco, Tomas — exclamó un hombron que acababa de entrar en la taberna vestido de calesero.

— ¡Calle!... ¿Tú por estas tierras, *Lagarto*? Yo te creia en Ceuta...

— En efecto.... allí estaba *colocao*; pero *aflojé la mosca* y se convencieron los tribunales de que habia sido una equivocacion el condenarme á presidio, y aquí me tienes.... en tu busca.

— ¿En mi busca?

— En busca de un hombre de arrojo y decision. Ya me figuraba yo que en este sitio encontraria el héroe que he menester; pero estaba lejos de imaginar que seria este el antiguo compañero de mis hazañas en Cádiz. Ya se vé, ignoraba que estuvieses en Madrid.

— Era tu compañero entonces, porque tenia que vengar la muerte de mi padre; pero yo no he sido malvado jamás.

— Sea así; pero supongo que tu padre no habrá resucitado.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que tendrás el mismo motivo de afliccion que entonces, á no ser que hayas olvidado ya la memoria de tu padre.

— No, *Lagarto*, no; pero soy mas discreto. Cuando encuentre á los asesinos de mi padre, les desgarraré el corazon; pero no quiero ser yo asesino de inocentes.

En esto trajo la tia Marciana otro jarrito de aguardiente, y cogiéndole Tomas le dió á *Lagarto*, diciendo:

— Toma, bebe. Yo te convidó... pero has de brindar conmigo por mi señorita... Mira, *Lagarto*.... tambien hemos de buscar á los asesinos del padre de mi señorita.

— Acepto el convite con una condicion — respondió *Lagarto*.

— ¿Cuál es?

— Que has de venir luego á beber conmigo... y brindaremos por quien tú quieras.

—Corriente... brindaremos siempre por mi señorita... Y buscaremos á los asesinos de su padre y del mio.

—Yo sé uno.

—¿De veras?—esclamó Tomas abriendo rencorosamente los ojos. Expílicate... ¿Me engañas?

—No te engaño. Sígueme.... beberemos en otra taberna, y allí lo sabrás todo. Hoy vas á vengar completamente á tu padre.

Tomas tenia ya la cabeza bastante trastornada, y sin acordarse de su amigo Lorenzo, siguió al hombre feroz que ya en Cádiz habia hecho al desgraciado africano instrumento de horribles asesinatos.



CAPÍTULO VI.

EL CAFÉ NUEVO.

Érase una de aquellas tardes de julio en que hace en Madrid un calor insoportable.

Todos los cafés y chuferías estaban atestados de gente.

Los mozos de estos establecimientos volvíanse tarumbas, tal era la confusion de parroquianos que ansiaban ser atendidos á la vez.

Un café habia en Madrid, de famosa nombradía. Su situacion en la calle de Alcalá, frente de la Aduana, su espaciosa estension, sus magestuosas columnas, su profusion de espejos, su magnífico y colosal reloj, y mas que estos y otros elegantes adornos, el buen servicio y delicadeza de toda suerte de bebidas, habíandle dado cierta preponderancia sobre los demas establecimientos de su clase.

Este café, que murió el año próximo pasado de puro VIEJO, el último dia de su vida era tan NUEVO como el dia que le bautizaron, porque su padrino tuvo la humorada de ponerle el nombre de CAFÉ NUEVO, humorada que á la sazón censuró con chiste el malogrado Figaro.

La muerte del *Café nuevo* fué sin la menor duda uno de los mas espantosos suicidios que se han cometido en la capital de la monarquía española. El *Café nuevo* fué víctima de otro *café nuevo*. ¡El hermano contra el hermano!... ¡Horrible imágen de la guerra civil!... El asombroso lujo con que en la misma calle de Alcalá, mas inmediato al Prado, esquina á la de Peligros, se estableció

Erase, Tambien entre sus numero 501 generos 12 novelz admiral cuento d. novel

Figaro

otro *café nuevo* que nada dejaba que desear, mató en nuestro concepto al viejo *Café nuevo*; y como el nuevo café tenía el título de *café suizo*, probado queda que su antecesor fué *suicidado*..... como si dijéramos fusilado por una compañía de suizos.

El *Café nuevo* estaba siempre lleno de la gente mas avanzada en ideas liberales, y por esta razon era tambien conocido por el *café del movimiento*. Cuando mas desiertos estaban los demas cafés por recelos de algun alboroto, mas concurrido estaba el nuevo, donde no pocas veces solian ponerse en accion los liberales de buena fé, que sin saberlo eran instrumentos de los conspiradores. Estos aguardaban muy quietecitos en su casa la vuelta de la tortilla para cojer de ella su correspondiente cacho, mientras los pobres patriotas de pulmon que se lanzaban al peligro por esas calles de Dios, tenian que contentarse con el desahogo de haber dado desaforados vivas á las libertades patrias. Esto cuando tenia buen resultado el pronunciamiento, porque en el caso contrario, iban á la plazuela de la Cebada por la corona de los mártires.

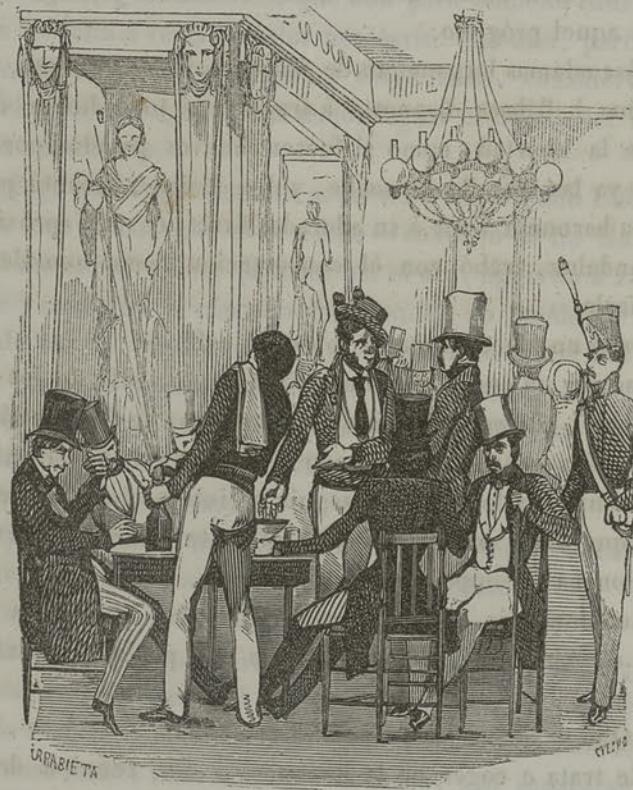
¿Habeis estado en las inmediaciones de una playa? ¿Habeis oido el sordo rumor del mar embravecido? Pues semejante á él era el murmullo del *Café nuevo*. Multitud de mesas veíanse rodeadas de hombres que hablaban de política con efervescencia. Sus voces hacian casi imperceptibles los sonidos del reloj. Entre este clamoreo continuo distinguíanse de vez en cuando ciertos estampidos parecidos á los disparos de fusilería. Eran los tapones de las botellas de cerveza que saltaban á combatir el techo dando libertad al comprimido licor, que fermentaba como los ánimos de aquella patriótica concurrencia.

He dicho que en todas las mesas se hablaba de política y he dicho mal, porque una habia rodeada de imberbes personages, de precoces pedantuelos que disparataban atrozmente echándola de sesudos literatos. Para ellos no habia nada bueno..... ni teatros, ni actores, ni escritores.... Solo ellos lo hacian todo bien y se prodigaban recíprocamente elogios; pero si alguno se ausentaba, al momento le ponian en berlina y sacaban todos sus trapillos á relucir. En el dia abundan tambien los mozalvetes de semejante ralea, y no podemos menos de aconsejarles, que si quieren llegar á ser algo, deben estudiar en los buenos libros y no en los cafés. Que la celebridad no se adquiere haciendo cuatro malos epigramas ó ensar-

tando chocarrerías á pote en soeces periodicuchos..... Pero dejemos esto. Los niños necios son tan incorregibles como los hombres envidiosos: unos y otros son dignos de compasion. Su enfermedad les consume, y es enfermedad que no tiene cura. Consolémonos con ver á tantos otros jóvenes que son la gloria y el orgullo de su patria.

Hablábase en otra mesa de elecciones, y se daba por muy seguro el triunfo del partido progresista.

Todos daban el parabien á un gallardo joven rubio que habia pagado el refresco á multitud de hombres libres, de los que prefieren el ponche al mantecado, y la cerveza al agraz. Este generoso joven, comandante de la Guardia nacional, era don Luis de Mendoza, cuyo liberalismo y espresiva elocuencia cautivaban las simpatías de



cuantos le rodeaban. Todos ponderaban la propia actividad en los trabajos electorales, todos se atribuian la gloria de que la candidatura en que iba don Luis llevase mas probabilidades de triunfo;

pero el que descollaba entre aquella reunion de patriotas, tanto por sus joviales ocurrencias, como por las exajeraciones de su liberalismo y de su valor, era uno al parecer andaluz, de calañés y chaquetilla, ya entrado en años, que contaba mil proezas de cuando hizo la guerra á las órdenes de Mina, y de cuando emigró con Torrijos. Manifestábase ducho en el manejo de las masas, y así decia que él solo habia llevado mas gente á la urna electoral, que todos los demas. Dábase tambien importancia como hombre de metálico, y ponderaba la suma que habia repartido entre varios ciudadanos, á fin de que fuesen á votar *libremente y con arreglo á su conciencia*, con tal de que emitiesen su voto en favor de los candidatos que él les designaba.

Todos le escuchaban con la boca abierta, y no era por cierto don Luis á quien menos gracia hacia el festivo y exagerado lenguaje de aquel prógimo.

Hablóse ademas largamente de conspiraciones carlistas, y nuestro andaluz hallábase dispuesto á tragarse á todo linage de enemigos de la libertad, como si fuesen huevos pasados por agua.

Eran ya las diez de la noche, y don Luis se levantó para ir á casa de la baronesa á ver á su adorada María, cuando aproximándosele el andaluz, trabó con él conversacion como con deseos de acompañarle.

Salieron en efecto juntos y solos del café.

El andaluz en cuestion era el *tio Gazpacho*, gefe de los auxiliares del *Angel esterminador*, instrumento feroz de fray Patricio.

El *tio Gazpacho* tenia meditado el asesinato de don Luis, no solo para complacer los deseos y seguir las instrucciones del ex-fraile, sino porque sabia por esperiencia que este género de servicios le proporcionaba recompensas de importancia.

—Ceó don Luiz—dijo en voz baja cuando estuvieron solos en la calle de Alcalá.—Palabra... tengo que platicá á zolaz con zu mersé.

—¿Qué se ofrece?—respondió don Luis.

—Ce trata e coger en la huronera á una reunion de pájaroz gordoz que conspiran en favor de *Vigotiyoz* (1). Ce juntan en caza de un vecino mio...

(1) *Vigotillos*, apodo que se daba generalmente á don Cárlos.

—¿Será cierto?

—Puée zu mersé sersiorarce de eyo por zuz propioz ojoj y oidoz cin cer vizto.

En este momento entraban solos en la calle Angosta de Peligros ambos personages. No pasaba un alma, porque se temia que de un momento á otro hubiese conmocion popular, atendida la efervescencia de los ánimos.

El *tio Gazpacho* creyó que no debia desperdiciar tan ventajosa ocasion... y empuñó su navaja.

—¿Y á qué hora se reunen?—preguntó don Luis de Mendoza, con la serenidad de un hombre que ignora el inminente riesgo que amenaza su vida.

El *tio Gazpacho* no contestó. Su deseo luchaba con su cobardía. Son tan cobardes los asesinos, que aun para cometer una muerte á traicion les falta á veces el valor necesario. Ademas, parecióle que era la calle demasiado céntrica, y sobre todo, consideró que sin correr él peligro ninguno, era mejor lograr el objeto del modo que ya tenia combinado.

—¿Digo que á qué hora se reunen?—repitió don Luis.

—A ezo e laz onse e la noche—contestó el *tio Gazpacho*.—Náa, ci zu mersé quiere piyarloz en el nio, aguardo á zu mersé á laz onse y media en la plasueta del Gato. Ci no puedo yo ir, irá un amigo de toa mi confiansa. Hoy ce acegura zu mersé del hecho, y empuez jase e zu capa un sallo como ise el refran.

—Sí, amigo mio, quiero cerciorarme de todo eso. Tal vez depende de ello la salvacion de la libertad; pero ¿no seria mejor que me aguardase usted mismo?...

—Éjeme zu mersé manejá el tinglao... y pierda cudiao. La prezona que aguardará á zu mersé cerá e toa caliá.

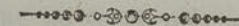
—Corriente; ¿pero cómo nos hemos de conocer?

—El zujeto que ce le arrime á zu mersé y le iga: «¿tiene zu mersé candela?» aquel cerá nuztro hombre. A laz onse y media.

—No haré falta... A las once y media en la plazuela del Gato.

Diéronse ambos interlocutores la mano, y al separarse exclamó en tono de satisfaccion el *tio Gazpacho*:

—¿Probeciyo! Antez e media noche... *requiezcát*.



que amara y en sus pensamientos... respondiendo Maria con la sinceridad de su corazón puro... Estas dulces palabras... respondiendo don Luis de Mendoza con estas palabras... me llaman de orgullo y hacen palpitar mi pecho de placer... ¿Oh! yo estoy cierto, hermosa mía, que he de ser feliz... Yo sé que he de ser feliz... amor que usted me profesa, correspondiendo a él con la mayor ternura y veneración en proporcionar a usted todo cuanto de felicidad pueda ser para usted... esto María con cariño — y así habló...

CAPÍTULO VII.

—Todo era una fiesta... pero para mí que me complacía en la felicidad de todos, las amigas que querían para mí un mejor destino con felicidad y felicidad que me dejaban de sentir en mí. Las amigas se alegraban por lo general muy contentas, y según a veces se modificaban las reglas... bien que en su vida... en la baronesa... esta impresión, que la baronesa tenía en su vida... posible para las amigas... y las amigas con que se veían... y así...

LA PETACA.

La baronesa*** tenia tertulia en su casa por la noche solo una vez a la semana, y las demas noches solia ir á alguno de los teatros, pues tenia palco en el de la Cruz y el del Príncipe.

El dia que fué con María á ver el Museo de pinturas, resolvieron no salir de casa por la noche, y así lo habian manifestado á don Luis de Mendoza, lisonjeándose de que este amable jóven no dejaria de favorecerlas con su grata compañía.

En efecto, serian poco mas de las diez de la noche cuando se presentó don Luis en casa de la baronesa.

Hora y media pasó el afortunado marquesito deliciosamente al lado de su amante y de su amiga. Contáronle su visita al Museo, sin ocultar las festivas alusiones de la amable baronesa al futuro enlace de los dos enamorados.

—¡Oh! cuando llegue este feliz momento— exclamó don Luis con espresiva emocion— veré mi dicha colmada. ¿Y usted, hermosa María?

— Bien sabe usted que no tengo mas ambicion en este mundo

que amarle y ser correspondida—respondió María con la sinceridad de un corazón puro.

—Esas dulces palabras—repuso don Luis de Mendoza con creciente entusiasmo—me llenan de orgullo y hacen palpar mi pecho de placer. ¡Oh! yo estoy cierto, hermosa mía, que no se arrepentirá usted nunca de haberme amado... Yo sabré hacerme digno del amor que usted me profesa, correspondiendo á él con la mayor ternura y esmerándome en proporcionar á usted toda suerte de felicidades.

—No deseo mas que una—dijo María con candor—y esta felicidad suprema... es... el amor de usted.

—Todo eso está muy bien, amigos míos—dijo la baronesa en tono jovial—pero por mas que me complazca en la felicidad de ustedes, les suplico que guarden para mejor ocasion esas florecillas y piropos que no dejan de escitar mi envidia. Las mugeres somos por lo general muy celosas, y suelen á veces mortificarnos los requiebros que en nuestra presencia se tributan á otra hermosura.

Esta chanzoneta, hija del buen humor de la baronesa, hizo en María cierta impresion, que la inocente jóven no sabia definir. Parecíale imposible que las dulces palabras de amor que su amante le dirigia, y las ternezas con que se creia ella obligada á contestar, pudiesen molestar á nadie, y mucho menos á una amiga que tanto se interesaba en su favor. Por otro lado habia observado María, que cuando don Luis dirigia á la baronesa alguna de esas lisonjas de buena sociedad que la educacion aconseja, era oido con singular complacencia. María, sin conocerlo, hallábase dominada por la cruda ley que rige los corazones que arden en una pasion vehemente. El gesto mas insignificante, la mas inocente mirada dirigida á otro objeto, inspira locos recelos, que la reflexion no alcanza fácilmente á desvanecer. ¿Qué sospechas podia concebir María de un amante que tan acendradas pruebas le daba de su fidelidad? ¿Qué temores debia inspirarle una amiga tan generosa y benéfica? Una idea asaltaba sin embargo á veces su aun débil imaginacion, y alarmaba su espíritu. La marquesa de Turbias-aguas habia empezado tambien por mostrarse benéfica y generosa.

Don Luis, que ni remotamente soñaba en que tan raros pensamientos preocupasen la mente de su amada, respondió á la baronesa con su natural finura:

—Perdone usted, amiga mia; esto son consecuencias de la generosidad de usted. Ha hecho usted felices á dos amantes, y tanto María como yo, tenemos suma complacencia en que sea usted testigo de la pureza de nuestro amor; pero este amor que usted ha protegido, no es á buen seguro tan egoista que no deje un lugar de recuerdo á la gratitud, y de cariño á la amistad. Crealo usted, baronesa, usted será siempre mi predilecta amiga.

Estas galantes espresiones, que el mismo amor que don Luis profesaba á María hízole pronunciar en obsequio de su protectora, fueron interpretadas por aquella inesperta jóven, como interpretan siempre todas las mugeres que aman, las mas inocentes lisonjas dirigidas por sus amantes á otras bellezas.

—Hablemos de otra cosa—dijo la baronesa.—Sepa usted que María es gran inteligente en la pintura.

—¿Se burla usted, baronesa?—respondió María cubierta de rubor.

—¡Dios me libre! Yo no me burlo jamás de nadie, y menos de las personas á quienes quiero, y entre estas, bien sabe usted, picarilla, que ocupa un lugar predilecto.

Al pronunciar estas palabras, dió la baronesa un afectuoso beso á María, que desvaneci6 en parte sus ridículos celos.

—¿Con que... inteligente en la pintura?—esclamó el marquesito sonriéndose.

—La verdad—respondió María—á mí todos los cuadros me han gustado mucho.

—Eso prueba su inteligencia de usted—dijo la baronesa—porque todo es selecto en el Museo de Madrid; pero he notado que precisamente han llamado mas la atencion de usted las composiciones de mayor mérito.

—¡Pobre de mí!... Tal vez la casualidad.... pero usted.... ¡oh! usted es una verdadera maestra...

—Aficionada y nada mas...

—¿Tambien pinta usted?—preguntó don Luis á la baronesa.

—Algunos ratos..... así.... para distraerme de mis quehaceres domésticos. María tiene una pequeña muestra de la habilidad de mis pobres pinceles.

A estas palabras un tinte sonrosado hermoseó las mejillas de María. Llevó su diestra á uno de los bolsillos de su gracioso delan-

tal y sacó una primorosa petaca. En ella estaba su retrato.

—¡Qué veo! ¡Es María!.... ¡María!.... —Y no pudo don Luis dejar de besar la adorada imagen de su ídolo. Dirigiéndose luego



á la baronesa, añadió: —¡Qué bien está!... ¿Y es obra de usted?

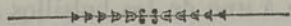
—Obra mía—respondió sonriéndose la baronesa.—Es un regalo de las dos. Con él le da á usted María una prenda de amor, y su amiga de usted un testimonio de buena voluntad, ya que no de destreza en el pincel.

Tampoco le supo bien á María, que su amiga tomase parte en el regalo, y su corazón se agitó de nuevo, mayormente cuando oyó que don Luis respondía con discreta urbanidad:

—Crea usted, baronesa, que conservaré esta joya eternamente como un don inestimable de dos hermosuras que colman la felicidad de mi corazón.

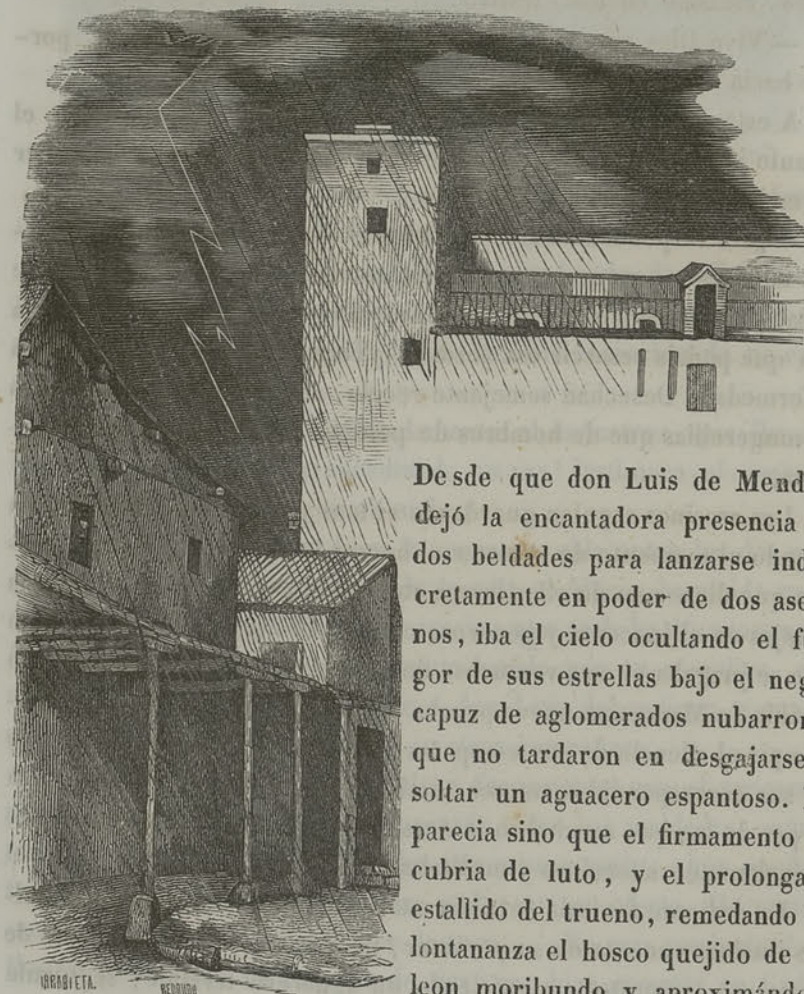
Don Luis se despidió de su amante y de su amiga rebotando de placer. María quedóse melancólica y meditabunda.

.....
Eran las once y media cuando don Luis, en medio de una tempestad horrorosa, llegando á la plazuela del Gato, se aproximaba á dos hombres que tenían orden de asesinarle.



CAPÍTULO VIII.

EL ASESINATO.



Desde que don Luis de Mendoza dejó la encantadora presencia de dos beldades para lanzarse indiscretamente en poder de dos asesinos, iba el cielo ocultando el fulgor de sus estrellas bajo el negro capuz de aglomerados nubarrones que no tardaron en desgajarse y soltar un aguacero espantoso. No parecía sino que el firmamento se cubría de luto, y el prolongado estallido del trueno, remedando en lontananza el hosco quejido de un león moribundo y aproximándose

rápido, hasta estallar en horribles detonaciones sobre las cabezas de los asesinos, quisiera la cólera divina advertir al incauto joven de las doradas melenas, el inminente peligro que amagaba su preciosa existencia.

Don Luis de Mendoza, tipo del verdadero carácter español, tan galante y tierno como luchaba en amorosas lides, era emprendedor, denodado y altivo en arriesgadas resoluciones, sin que se le presentaran inconvenientes que le arredraran, ni obstáculos que no venciese.

La tempestad, que parecía precursora de espantosa inundación, solo escitó en don Luis una sonrisa de indiferencia, y después de recibir de sus verdugos la seña convenida con el *tio Gazpacho*, exclamó en tono festivo:

—Vive Dios que viene perfectamente este fresco remojito, porque hacia un calor insoportable.

A estas joviales expresiones siguió un silencio misterioso que el incauto joven atribuyó al mal humor que la intemperie debía haber engendrado en sus dos compañeros.

—¿No respondeis, buenos hombres? —añadió don Luis. —¿Estais taciturnos porque por culpa mia os estais mojando? Eso no vale nada, y si lo sentís por vuestra ropa, ya os daré yo una recompensa con que podais resarcir esa pérdida. ¿Temiérais acaso coger alguna enfermedad? Desechad semejante recelo, amigos míos, mas propio de mugercillas que de hombres de pelo en pecho, como suele decirse.

Los asesinos seguían guardando el mas profundo silencio. Había llegado el momento de cometer el horrendo crimen. Solo aguardaban que diese uno de ellos la voz convenida para hundir sus afiladas navajas en el inocente y generoso corazón del joven Mendoza. Este que se juzgaba el mas venturoso de los hombres porque acababa de recibir de María una nueva prueba de amor, no volvió ya á interrumpir el silencio de sus compañeros; pues el recuerdo de María y de sus correspondidos amores, embargó tambien sus sentidos, y á la par de los que acechaban la ocasión de asesinarle, caminaba maquinalmente, silencioso y meditabundo.

La ardiente fantasía del feliz enamorado alimentaba las mas dulces ilusiones acerca de su porvenir, mientras entre los horrores de espantosa tempestad, y sufriendo un aguacero terrible, seguíanle

muy de cerca sus asesinos, empuñando con su diestra homicida, abiertas ya, las tremendas navajas.



La noche era tan oscura y la lluvia había empañado los faroles en términos que no se distinguía objeto alguno.

Uno de los asesinos colocóse á la izquierda de don Luis, mientras el otro seguía materialmente pegado, porque ambos con la navaja empuñada como hemos dicho, llevaban intención de no errar el primer golpe.

—¡Ahora! —gritó desafortadamente el monstruo que iba á la izquierda de don Luis, y sucediendo un ¡ay! lastimero al espantoso grito, cayó la víctima en el suelo.

Aquel terrible ¡AHORA! era la voz convenida entre los dos malvados para indicar el momento de hundir el hierro homicida en su víctima inocente; pero el mismo asesino que acababa de pronunciar la palabra fatal, sintióse mortalmente herido por su cómplice, que alejando de un violento empujón á don Luis del peligro, y envainando su navaja en el vientre de su atroz compañero...

—¡Ahora! —repitió sonriéndose ferozmente con el rencoroso placer de la venganza—ahora pagarás todas tus maldades, monstruo de execración. Tú lo has dicho esta misma tarde: «hoy quedará tu padre completamente vengado...» Lo está en efecto. He vertido por fin sangre criminal al verter la tuya... ¡No mas asesinatos!... Basten ya los que tu corazón de tigre me hizo cometer en Cádiz.

—¡Malvado!—gritó don Luis lleno de asombro aproximándose al matador, sin mas armas que su paraguas en ademán amenazante.

—Soy el negro Tomas, señor, que acaba de salvar á usted la vida.

—Socorramos á ese desventurado—dijo don Luis al oír los moribundos gemidos del *tio Lagarto*.

—No hay remedio para mí...—dijo este en dolorida voz entrecortada por el hipo de la agonía—no.... Perdon.... perdon.... don Luis.... es verdad.... queria asesinar á usted por un mezquino salario...

—Luego... ¿todo eso de la conspiracion carlista que íbamos á descubrir era un lazo que se me tendia?—esclamó don Luis impaciente.—Luego aquel hombre que en el café se me vendía por liberal era un traidor?...

—Aquel hombre—dijo fatigosamente el *tio Lagarto*—es... como yo... un mero instrumento de un poderoso...

—¿De un poderoso!...

—Que... vive... en la... Concepcion... Gerónima...

—¿Su nombre?

—Don... Pa... tri... cio... ¡Ay!... no... no... puedo... mas.... Per... don!... yo... ¡ay!... yo.... muero.

—Está helado... No tiene pulso...—esclamó don Luis.

—Huyamos—dijo el negro Tomas.—Yo os daré mas explicaciones.

La tempestad habia cesado como si la sangre de aquel monstruo hubiese apaciguado la cólera de Dios.

—Espícate, Tomas, estoy impaciente por saber el origen de tan grave suceso—esclamó don Luis mientras se alejaba apresuradamente con Tomas del sitio de la catástrofe.

—Empezaré por decir á usted, señor, que yo llegué á España deseoso de matar europeos, porque ellos asesinaron á mi padre. Los detalles de mi historia no son para este momento. Sediento de venganza trabé relaciones con ese malvado, asesino de profesion, y me proporcionó algunas ocasiones de derramar la sangre de los blancos. Vine á Madrid y hallé colocacion en casa de la marquesa de Turbias-aguas. Allí conocí á mi señorita. Me dieron orden de arrebatarse el medallon, ó de matarla.

—¿Á María?

—Sí señor, y con intencion de matarla entré en su cuarto á deshora da la noche; pero me enternecí, y desde entonces me declaré su protector. A consecuencia de esto, fuí despedido de la casa cuando llevaron mi señorita al hospital. No me entretengo en minuciosos detalles, porque seria nunca acabar.

—Prosigue—dijo don Luis con ansiedad.

—Habia yo cobrado tal adhesion á mi señorita, que no podia vivir sin verla. Me presenté en el hospital, y se me admitió para vigilarla. La seguí tambien á casa de la señora baronesa, y no pienso abandonarla nunca, porque yo le salvé la vida como he salvado hoy la de usted, señorito.

—Yo sabré recompensar dignamente estos servicios—repuso conmovido don Luis.

—Yo no quiero mas recompensa que el aprecio de mi señorita.

—¡Oh! le tendrás, amigo mio, le tendrás, y el mio tambien... Vivirás siempre á nuestro lado; pero ¿cómo te encontrabas ahora de cómplice de ese malhechor?

—Voy á decírselo á usted, señorito. Esta tarde me ha dado la señora baronesa permiso de convidar al cochero con la propina que tuvo usted la bondad de darme por haber llevado el canario al cuarto de la señorita. Hemos ido á una taberna, y allí he encontrado al *tio Lagarto* á quien no habia visto desde Cádiz. Yo.... la verdad.... brindando á la salud de mi señorita me he puesto algo alegre de cascos. Yo no sé cómo ha sido que aquel malvado me ha conducido á otra taberna, donde hemos vuelto á beber. Se me ha hablado de mi padre y de sus asesinos... Yo que tenia ya la cabeza trastornada... he sentido despertar en mi ánimo el ya amortiguado anhelo de venganza, y cuando mi furor estaba mas encendido, me ha dicho el *tio Lagarto* que me conduciria esta noche á matar al asesino de mi padre... Yo no sé lo que entonces pasaba por mí... Solo me acuerdo... de que el frescor de la lluvia y las horas transcurridas han ido desvaneciendo los efectos de mi embriaguez, y sospechaba ya que todo era una trama infernal, cuando á pesar de la oscuridad he conocido á usted por lo poco que permitia distinguir la opaca luz de los faroles, y particularmente por la voz... ¿Qué debia hacer en tal compromiso? Lo que usted ha presenciado.

—Dame un abrazo, Tomas, en recompensa de mi agradecimiento.

— Esa recompensa, señorito, halaga sobre manera mi corazón.

Y los brazos del negro esclavo se enlazaron fraternalmente con los del rubio marquesito de Bellafior.

— Ahora, señorito, dijo el negro— será preciso que usted me acompañe á casa de la señora baronesa, y disculpe usted mi tardanza, porque si no.... temo que con razon me despida.

— Es muy justo; pero te prohibo que digas nada á tu señorita de lo que aquí ha pasado. Yo contaré á la baronesa tu heroica accion, y esto bastará, no solo para que no te despida, sino para que te aprecie mas. Solo exijo de tí que no vuelvas nunca á la taberna ni á juntarte con malvados.

— Lo juro, señorito.... jamás me separaré del lado de mi señorita. Pero aun no lo hemos dicho todo.

— ¿Qué mas te ocurre?

— Por las últimas palabras del *tio Lagarto*, saco en consecuencia que el que pagaba á los asesinos de usted es un señoron gordo, de muy mala facha, que estaba con la señora marquesa de Turbiasaguas cuando me dió la orden de arrebatár el medallon de la señorita aunque fuese asesinándola.

— Nada necesito saber mas sobre ese particular. Hace dias que estoy buscando la casa de ese caballero. Sé ya su calle y....

— Pues si no es mas que eso, yo le llevaré á usted hasta la puertá de su casa. ¿No seria mejor que yo le matase? Una muerte mas ó menos.... al cabo se trata de un malvado.... y.... ese seria mi asesinato de despido.

— Nada de eso.... Has prometido ya que la sangre del *tio Lagarto* era la última que sacrificabas á la venganza de tu padre, y si quieres merecer mi aprecio y el de tu señorita, has de cumplir fielmente tu promesa.

— Está bien, la cumpliré.

A poco mas de media noche llegaron don Luis y Tomas á casa de la baronesa.

María estaba en su cuarto triste y meditabunda como la dejamos en el capítulo anterior. La marquesa estaba dando órdenes á sus criados y hablando precisamente de la extraordinaria tardanza de Tomas, cuando este se presentó con don Luis. A su presentacion, desaparecieron los demas criados.

— ¡Dios mio!... ¡sangre! — exclamó horrorizada la baronesa.

Tomas llevaba efectivamente manchas de sangre en el vestido.

— Silencio, amiga mia— dijo don Luis, y contó cuanto habia pasado.

La baronesa se quedó absorta, é hizo que Tomas se mudase inmediatamente el traje. Nadie mas habia notado las manchas.

Don Luis encargó encarecidamente á la baronesa que nada digese á María, á fin de evitarle un disgusto y no hacerla vivir en sobresalto.

María que habia oido á Tomas, salió precipitadamente de su cuarto; pero como oyó tambien la voz de su amante, detúvose maquinalmente, y escuchó que don Luis decia á la baronesa con mucha espresion al despedirse de ella:

— Sobre todo, mi querida amiga, sea usted muy prudente. Haga de modo que nada pueda traslucir María. Dios nos libre de que llegase á saberlo.

¡Hacia una hora que se habia despedido don Luis y estaba todavía con la baronesa!

Esta reflexion alarmó á María, y agitóse de todo punto su corazón cuando oyó las misteriosas palabras que acababa de pronunciar su amante, y á las cuales dió aquella infeliz la mas siniestra interpretacion.

CAPITULO IX.

UN RECIEN LLEGADO.

NADA mas positivo que la dolorosa verdad de que no hay en el mundo felicidad cumplida. ¿Qué mas podia ambicionar la hija de un pobre jornalero? Separada de sus enemigos, libre de una enfermedad espantosa, acogida con benevolencia por la generosidad de una cariñosa amiga, María acababa de oír las promesas de amor y constancia de un amante pundonoroso, que unia á sus virtudes un nacimiento ilustre, una riqueza inmensa y una figura bella y arrogante. María habia abrazado á sus hermanos y á su idolatrada madre. Dejó en aciagos dias hambrientos á estos infelices y ciega á la desventurada Luisa, y ahora nada faltaba á su familia

para pasar una vida modestamente acomodada. La ciega había recordado su vista, y si bien es verdad que aun Anselmo gemía en la oscuridad de un calabozo, tenía su hija una formal promesa de su amante, de que aquel honrado artesano saldría en breve de su prision. María, nacida en la mas humilde cuna, iba á enlazarse en dulces vínculos con un jóven á quien adoraba, iba á adquirir en la sociedad una posicion distinguida y brillante. ¿Qué mas podia ambicionar, repetimos, la hija de un pobre jornalero? Pues bien, en medio de los beneficios con que la Providencia galardonaba sus pasados sinsabores, María era acaso mas infeliz que nunca. Un tormento de nueva índole atosigaba su inocente corazón.

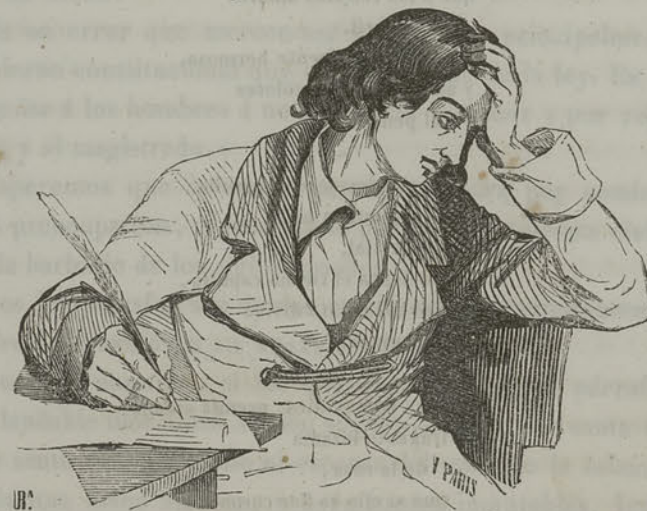
¿Y sabéis lo que es el tierno corazón de una niña? ¿Concebís lo que siente cuando amor se cobija en él? No confundais el verdadero amor con la coquetería, y decidme ¿la candidez de una niña enamorada, no es un destello de la Divinidad?

María amaba á don Luis con el ardor con que se ama en la edad de la adolescencia, y con toda la vehemencia de la primera pasión; pero esta pasión fogosa lo dominaba todo, y le hacia olvidar á veces hasta los beneficios de sus protectores y las pruebas de acendrada amistad que otra muger virtuosa le prodigaba. María, como todas las enamoradas, figurábase que los encantos de su amante cautivaban la voluntad de las demas mugeres, como habian cautivado la suya. Interpretaba con recelo la mas inocente mirada.... cualquiera espresion le parecia una declaracion amorosa. Esto es por desgracia tanto mas natural, cuanto mas vehemente es la pasión de una candorosa jóven.

La jovial amabilidad de la baronesa *** y la cortesanía con que don Luis de Mendoza espresaba su gratitud á los favores que su amiga prodigaba al objeto de su amor, fueron ya para la fascinada María los primeros destellos de una pasión naciente, y este infundado recelo subió de punto cuando oyó las misteriosas palabras con que se despidió de la baronesa don Luis, á quien hacia una hora que creía la celosa María ausente de la casa.

Figúrese pues el lector ¿qué triste noche pasaria la pobre jóven embebida en tan dolorosas reflexiones! Y entretanto.... su fiel amante no pensaba mas que en su dicha venidera, en las gracias y virtudes de su adorada María, en los medios de hacerla siempre feliz y quererla con adoracion. El amor quitábale el sueño, y

para ocuparse en obsequio de su ídolo, tomó la pluma y escribió sus emociones en los siguientes versos:



¿Viste la linda azucena
salpicada de rocío
cual se mece...
Y al verse de gracias llena
reproducida en el río
reverdece?.....

—
¿Ó en la alfombra de esmeralda
levanta el erguido cuello
magestuosa...
Ó en magnífica guirnalda
ser el adorno mas bello
de una diosa?

—
Pues no envidies, prenda mia,
á esa flor cuya hermosura
crece ufana.
Tú eres otra flor, María,
que ostenta su donosura
mas galana.

—
Tú eres mi bien, mi delicia,
mi esperanza, mi embeleso,
mi tesoro.
Tú haces mi suerte propicia...

tú eres mi diosa, y por eso
yo te adoro.

—
¿Viste la purpúrea rosa,
que á los celestes albores
del abril,
Levanta su frente hermosa,
y adorna con sus colores
el pensil?....

—
¿O se adormece al arrullo
de la juguetona brisa
celestial,
Y ostenta el tierno capullo,
que es del recato divisa
virginal?

—
Pues no envidies, prenda amada,
la fragante lozanía
de la rosa,
Que si ella es flor coronada,
tú eres otra flor, María,
mas hermosa.

—
Tú eres mi bien, mi delicia,
mi esperanza, mi embeleso,
mi tesoro.
Tú haces mi suerte propicia...
tú eres mi diosa, y por eso
yo te adoro.

Escritas estas y otras apasionadas estrofas, en que pintaba don Luis la fogosidad de su amor, empezó á reflexionar acerca de las maldades de fray Patricio.

Descubiertas ya por fin todas las iniquidades de su indigno cuanto insolente rival, sabido su paradero, hubiese podido don Luis saciar su venganza y deshacerse de él entregándole á la justicia; pero el ejercicio de vil delator no es compatible con los sentimientos de un pecho liberal. Don Luis era además muy caballero, y conocia perfectamente que hay para ciertos casos leyes superiores á las de los códigos, las leyes del honor.

Lejos de nosotros la idea de abogar por la barbárie de terminar todas las cuestiones á estocadas; pero así como toda persona de discrecion debe despreciar soberanamente las necias provocaciones de

cualquiera soez espadachin que por pueriles incidentes trate de lucir su destreza en la esgrima; compromisos hay en el mundo que hacen del duelo una lamentable necesidad.

Se ha dicho:

«Es un error que merece ser combatido, principalmente bajo un gobierno constitucional que es el gobierno de la ley. Es menester enseñar á los hombres á no reconocer por juez y por regla sino á la ley y al magistrado.»

«Esperemos que la razon humana acabará por condenar tan funesta preocupacion, el solo punto por el cual nuestra civilizacion toca á la barbárie de los siglos pasados.»

Estos dos párrafos son de dos escritores contemporáneos, segun dice *Fray Gerundio* en su *TEATRO SOCIAL* (1).

Ignoramos nosotros, si los que han escrito estos párrafos, llenos de laudable moralidad á buen seguro, tendrian la santa resignacion de sentir en su carrillo el escozor del sello de la infamia aplicado por una mano alevosa, y permanecer inmutables. Ignoramos si al oír algun insulto grosero, imitarian á don Hermógenes, que tomaba un polvo y se iba á oír una misa en la Soledad. Tampoco sabemos si se dejarían calumniar por un infame libelista y contemplarian con filosófica mansedumbre las mancillas de su lecho nupcial; pero si diremos que si el castigar tales villanías es una barbárie, mas quisiéramos nosotros en tal conflicto pasar por bárbaros que por civilizados.

Don Luis, como buen caballero, opinaba que por mas que hayan escrito contra los duelos hombres llenos de sabiduría y de prudencia, con la mas sana y filantrópica intencion del mundo, hay ocasiones en que arguye cobardía y vileza apelar á medios judiciales; y esta conviccion hizole desear desde la revelacion del *tio Lagarto*, que rayase el dia siguiente para presentarse en casa de fray Patricio y obtener la satisfaccion que á tantos y tan alevosos ultrages cumplia.

Llegaron las diez de la mañana, y despues de haber tomado precipitadamente un ligero desayuno, vestíase el marquesito para dar la merecida leccion á su odiado rival, cuando entrando de repente un mozo de la fonda en su cuarto, esclamó dando desaforados gritos:

(1) Tomo I, página 408.

Cito a
Modelo
de la
lección

—¡Señorito! ¡señorito!

—¿Qué es eso?

—Acaba de llegar un amigo de usted.

—¿Un amigo mio?

—Sí señor, muy amigo.... Me ha encargado que no le dijera á usted quién es. Pero él sube detrás de mí.... y quisiera yo que usted adivinase.... Ya está usted fresco—añadió en tono irónico el criado.—Es un caballero que viene á ponerle á usted á raya.... No quisiera estar yo en el pellejo de usted.... Viene á castigar sus travesuras..... y hacerle ver cuantas son cinco..... y á....

—¿Qué facha tiene?

—Es un señor..... así..... bastante gordo.....

—¡Él es! ¡Don Patricio!—esclamó para sí don Luis.—Cuánto siento que me haya ganado de la mano.

Al decir esto oyéronse pasos, volvió don Luis la vista hácia la puerta, y haciendo un ademán de asombro y de alegría, esclamó como fuera de sí:

—¡Padre mio!—y se arrojó en los brazos de un respetable caballero.

—¡Hijo de mi vida!—esclamó el recién llegado notablemente conmovido.

Este personaje era el marqués de Bellasflor que venia de Zaragoza y acababa de llegar á Madrid. Mientras estaba abrazado con su hijo, el mozo que era asturiano, celebraba con bárbaras carcajadas sus anteriores cuchufletas.

*Cambio de hilo
entre ojos, no
anunciado*



CAPÍTULO X.

EL REGRESO DEL MARIDO.

Turismo de Aranjuez

*pista falsa: pregun el lector se espere
la vuelta de Anselmo el Aranjuez*

La tristeza de María formaba contraste con la jovialidad de la baronesa ***. Siempre solia manifestar esta virtuosa jóven el mismo temperamento: su buen humor y amabilidad hacian su trato delicioso; pero si jovial estaba siempre, su alegría subió de punto al recibir una carta de su esposo en que le decia, que aquel dia mismo á las cuatro de la tarde, esperaba abrazarla en Aranjuez para regresar juntos el dia siguiente á Madrid.

Loca de contento la baronesa, participó esta noticia á María añadiendo que se preparase para salir con ella despues del desayuno á recibir á su marido.

María que agoviada de amargos recelos habia pasado una noche cruel agravando con tristes reflexiones sus padecimientos, habia llegado á adquirir la funesta conviccion de que su amante le era

infiel y que mantenía criminales relaciones con aquella muger seductora que se fingía su amiga. Esta idea desgarradora era hija no solo de las apariencias que habían engendrado los celos que despedazaban el corazón de la enamorada joven, sino de un ensueño terrible que había turbado su reposo poniendo en evidencia el crimen que la infeliz sospechaba. Parecíale imposible que cupiese tanto disimulo y falsedad en el corazón humano; pero los anteriores engaños, las fingidas bondades de la marquesa de Turbiasaguas, las imposturas de fray Patricio, las maldades en fin de que había sido víctima, habíanle hecho desconfiar, no solo de cuantos la rodeaban, sino hasta de los mismos beneficios que sin aquellos antecedentes hubieran sido convincentes pruebas de los desvaríos de su ardiente imaginación. Así fué que al presentarse en su cuarto Emilia, asombróse María del contento que aquella manifestaba por el regreso de su esposo, y no sin maliciosa intención, preguntó á la baronesa:

—¿Con que se alegra usted mucho de la vuelta de su marido?

—Sí, amiga mía—respondió la baronesa.— Su ausencia ha sido de muy breves días, y sin embargo pareceme que hace un siglo que no le veo. Pues qué ¿se figura usted que nadie sabe amar mas que usted? ¡Ay amiga mía! en llegando las mugeres á enamorarnos de un hombre, nos abandonamos demasiado á la violencia de nuestro amor. No sabemos ocultar nuestras sensaciones, y esto nos perjudica mucho, porque los hombres se envanecen con nuestra debilidad, y acaso se goza algunas veces su orgullo en hacernos derramar lágrimas. Es muy dulce querer de veras; pero tambien nos proporciona ratos muy acerbos, porque cuando llega un hombre á persuadirse de que es amado, aparenta cuando menos cambiar su amor en indiferencia, y nosotras, que siempre solemos pensar lo peor, nos atormentamos con ridiculos recelos. Es una desgracia de las mugeres, el que cuanto mas enamoradas, mas celosas hayamos de estar de nuestros maridos..... Ya lo experimentará usted, mi buena amiga, ya lo experimentará usted.

María ruborizóse al oír las singulares espresiones de la baronesa. No parecia sino que habiendo adivinado los temores de su amiga, tratase de poner en ridiculo su conducta. Esto y la sinceridad que destellaba el júbilo de Emilia por el regreso de su marido, trocaron la errada convicción de María en penosa incerti-

dumbre, que engendró en su alma una lucha terrible de encontrados afectos.

—¿Con que es usted celosa?—preguntó María haciendo un esfuerzo por sonreirse.

—Estremadamente celosa—contestó la baronesa;—pero he hecho un particular estudio para disimularlo, porque conozco que los celos son hijos las mas de las veces de apariencias engañosas. A fuerza de querer vencerme, he logrado dominar este defecto, porque antes de casarme, cuando mi marido me obsequiaba..... ¡Jesus!.... ¡aquello era vivir en áscuas!.... Figurábaseme que todas las mugeres estaban enamoradas de mi amante.... Una mirada.... un saludo.... el mas leve movimiento.... todo me alarmaba....

—¿De veras?—esclamó María, como si empezase á sentir los efectos de un bálsamo consolador.

—¡Y qué! ¿no se desazonó usted porque vino ayer Luisito mas tarde de lo que usted hubiera deseado? No hay amor sin celos, hija mía; pero es preciso andarse con gran cautela, porque los celos de las mugeres suelen engendrar desvío en los hombres.

El negro Tomas interrumpió esta conversacion anunciando que el desayuno estaba en la mesa.

Dirigiéronse las dos amigas al comedor, y despues de tomar un ligero alimento, metiéronse en la berlina.

Seis leguas habían ya dejado á su espalda nuestras hermosas viageras, cuando la aridez de los campos hasta entonces recorridos trocóse de improviso en deliciosísimo valle. Multitud de añosos, corpulentos y gigantescos árboles sombreaban la calzada. Amenos y frondosos bosques, espaciosa praderas cubiertas de verdura, jardines suntuosos y pintorescos, ofrecian á la vista todos los encantos y tesoros de la vegetacion, del arte y de la riqueza. El susurro de las fuentes, los arroyos que serpenteaban entre las plantas, y el melodioso canto de las aves, daban un aspecto verdaderamente poético á aquel conjunto maravilloso, fertilizado por las aguas del Tajo y del Jarama.

Llegó la berlina á una plaza circular, centro de doce magestuosas alamedas.

María quedóse asombrada en medio de tanta hermosura y gran-

deza, cautivando particularmente su atención los arcos de la gran plaza, la iglesia de San Antonio y el monte Parnaso.



Al llegar al puente colgante, preguntó María.

—¿Qué río es este?

—Es el Tajo —respondió la baronesa.— Ahí enfrente tiene usted la hermosa población de Aranjuez, el palacio régio á mano derecha...

—¿Y ese jardín tan bonito?

—Es el jardín de *la isla*, y se llama así porque está situado en la que forman el Tajo y la ría que se une á él en el *punte verde*. Un foso murado y elegantemente enverjado de hierro con bellos jarrones, rodea aquel recinto encantador. El palacio que hay en él fué

construido por el famoso Juan de Herrera de órden de Felipe II.

—¿Y esotro jardín de la izquierda?

—Ese es el del *Príncipe*, no menos frondoso y bello. Fué principiado por disposición de Carlos IV cuando era príncipe de Asturias. Su circunferencia es de 6,905 varas. El Tajo baña y fertiliza los árboles y plantas mas preciosas, traídas de América y del Asia por inteligentes botánicos. Hay un embarcadero que facilita á las personas reales pasearse en pequeñas góndolas. El laberinto es magnífico, y otro palacio llamado de la *casa del labrador* es sorprendente, á pesar de su modesto título, por la riqueza y suntuosidad de sus adornos.

—Ya estamos en Aranjuez —dijo María á poco rato.— Como corresponda la población á sus alrededores...

—No es una gran población... tiene poco mas de 4000 habitantes, contestó la baronesa —pero por este tiempo suele ser mucha la concurrencia, y caben en sus casas mas de 20,000 almas. Desde la primavera viene aquí á disfrutar de las delicias del campo lo mas escogido de la sociedad madrileña. La villa está construida segun las instrucciones que dió el marqués de Grimaldi á su vuelta de la embajada de Holanda. Sus calles son anchas y á nivel, y están vistosamente pintadas. Esta monotonía queda cortada por los soberbios palacios que descuellan de trecho en trecho.

Nada exajeraba la baronesa en las descripciones que hacia de tan encantadores sitios; antes al contrario, citaba solo sus principales bellezas, porque la enumeracion de las infinitas maravillas de Aranjuez, que mas adelante describiremos con mayor estension, no era para la rápida conversacion del momento.

María estaba absorta de lo que oía y de lo que en derredor contemplaba, hasta que un grito de alegría que lanzó la baronesa, vino á distraerla de su arrobamiento.

—¿Mi marido! —había exclamado Emilia en el momento en que se paraba la berlina.

Abrió el lacayo la portezuela, y la baronesa se arrojó en los brazos de un elegante caballero en trage de camino.

Despues de hacerse ambos esposos mil afectuosas espresiones de su recíproco júbilo, dijo la baronesa á su marido, llevándole de la mano hácia María que acababa de bajar del carruage:

—Ven, querido mio, quiero presentarte á mi mejor amiga.

M. conoció a Lago en casa
de Turbiss - 28822, donde
él la cortajó.

A la primera mirada que el recién llegado y María se cruzaron, quedaron como petrificados los dos.

¡El esposo de Emilia era el baron del Lago!

Este acontecimiento creaba un nuevo conflicto para María, que la colocaba en la mas crítica y desesperada situacion.



FIN DE LA PARTE CUARTA.

CAPITULO PRIMERO.

PARTE QUINTA,

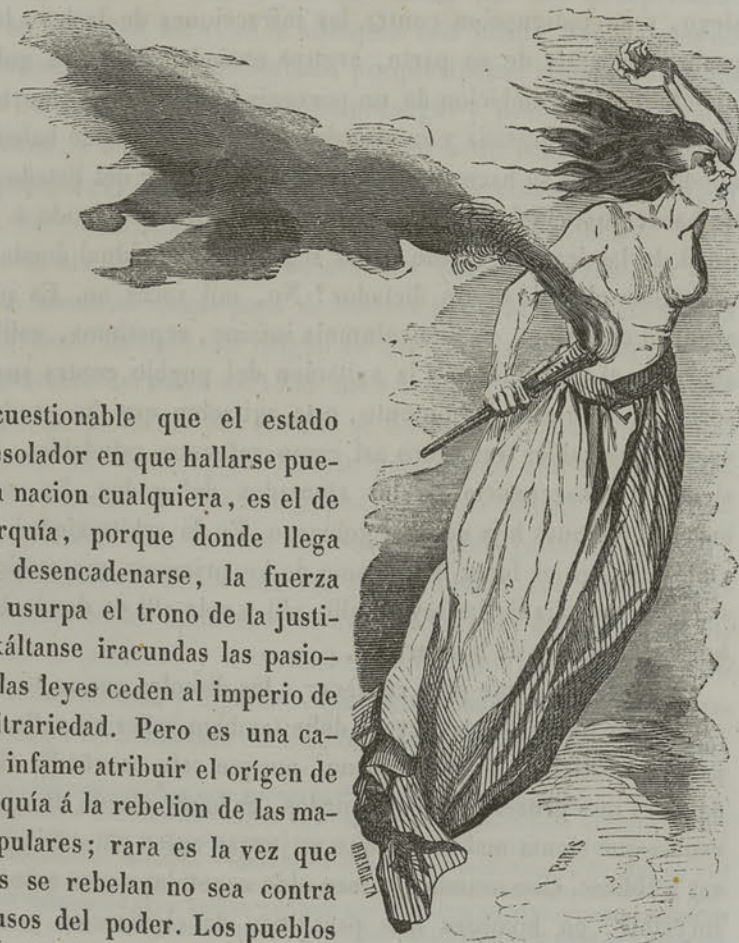
Los Celos.

PARTE QUINTA.

LOS CELOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL ORIGEN DE LA ANARQUÍA.



Es incuestionable que el estado mas desolador en que hallarse puede una nacion cualquiera, es el de la anarquía, porque donde llega esta á desencadenarse, la fuerza brutal usurpa el trono de la justicia, exáltanse iracundas las pasiones, y las leyes ceden al imperio de la arbitrariedad. Pero es una calumnia infame atribuir el origen de la anarquía á la rebelion de las masas populares; rara es la vez que si estas se rebelan no sea contra los abusos del poder. Los pueblos

bien gobernados, los pueblos que prosperan y son felices bajo el amparo de leyes sábias y protectoras, jamás se arrojan á insensatas conmociones; pero cuando abandonadas del gobierno vense las clases laboriosas sumidas en la indigencia, porque lejos de fomentar el amor al trabajo con el galardón á que el mérito y la virtud son acreedores, se roba á los artesanos el fruto de sus afanes para alimentar, no diremos solo el fausto y oropeles de los palacios, sino hasta el vicio, la holganza y los crímenes de cortesanos corrompidos, es cuando esa inmensa mayoría industrial, que constituye la verdadera nación, en quien reside la única soberanía que debe ser acatada como don de la Divinidad, se agita y se conmueve. Este pueblo, pues, este pueblo avezado al trabajo, á las privaciones y al ejercicio de todas las virtudes, tiene un derecho incuestionable á ser gobernado legalmente, porque sin legalidad no puede haber sosiego, y su indignación contra las infracciones de la ley, lejos de probar anarquía de su parte, arguye ansiedad de buen gobierno, anhelo de paz, ambición de un porvenir basado en la seguridad individual, en la justicia y en el orden público. ¿Y puede haber orden donde el poder se hace superior á la Constitución del Estado? ¿Puede haber justicia donde se antepone el espíritu de partido á la santidad de las leyes? ¿Puede haber seguridad individual donde lo domina todo el sable de un dictador? No, mil veces no. Es pues un absurdo crasísimo, es una calumnia infame, repetimos, calificar de anarquía el descontento y la agitación del pueblo contra sus opresores; porque este descontento, esta agitación que ha producido á veces lamentables trastornos así como reformas saludables, ha sido siempre consecuencia de los atentados del poder. La verdadera anarquía es pues hija del mal gobierno. En la arbitrariedad, en las violencias, en el feroz despotismo de los primeros encargados de la sagrada custodia de las leyes, allí, allí y solo allí es donde hay que buscar el origen de la anarquía.

Y no se diga que para contener á los discolos que se excentralizan de los límites de las leyes, debe también saltar su valla el poder para combatirles en igual terreno, porque esto es añadir al escándalo, el más grosero de los absurdos, es hacer alarde de una ignorancia que sienta mal en los que se juzgan aptos para dirigir las cosas públicas. Con asombro hemos oído repetidas veces este desatino increíble, en hombres que presumen de civilización y sensatez.

¿Pues qué! ¿Se han hecho las leyes para castigar á la inocencia? ¿Se necesitarían tribunales si nadie faltase á su deber? Precisamente para contener á los que se desvían de las obligaciones que el honor, la moralidad y sobre todo el código fundamental impone á todos los individuos de una nación, se han creado los tribunales, que jamás separarse deben de la senda legal, y es ocurrencia digna de las *supremas inteligencias* arrogarse la facultad de atropellar las leyes para ser justos. Esta abominable máxima nos arrancaría una sonrisa de compasión y de desprecio hácia los imbéciles que de tal modo argumentan, si no hubiese ya originado espantosas consecuencias en nuestra patria.

El gobierno y solo el gobierno es SIEMPRE el culpable de las revueltas políticas. Donde se gobierna bien, el pueblo calla, obedece y bendice á las autoridades que velan por su prosperidad. Donde se gobierna mal, es la anarquía una planta exótica que no puede aclimatarse de modo alguno, porque apenas resuella el genio del mal, tiene la justicia suficiente prestigio y poder para ahogarle en su cuna, y lejos de obtener eco el grito de rebelión entre las masas populares, están estas interesadas en la conservación de un sistema de gobierno que garantiza la dignidad del hombre.

Pero la historia es más elocuente que cuantos argumentos pudiéramos nosotros alegar para demostrar hasta la evidencia que la anarquía tiene siempre su origen en los abusos del poder.

El gabinete de mayo de 1836 tuvo la desgracia de no merecer las simpatías de la nación, porque se anunció reaccionario y despotico antes de nacer, y habiéndose precipitado con sobrada imprudencia algunos de sus individuos en hacer alarde de su audacia, recibieron una lección tan severa como justa y merecida.

En el estamento de los señores procuradores del reino ocupaban el banco de los ministros, el de Marina y el de Gobernación. Pidió este la palabra, y levantándose un señor procurador, hizo presente con valentía y dignidad, que veía el banco *negro* ilegítimamente ocupado (1). Habíase en efecto olvidado el gobierno de comu-

(1) Hé aquí cómo explica este suceso la CRÓNICA CONTEMPORÁNEA:
«Al empezarse los debates ocurrió una escena mortificante para algunos de los nuevos ministros, que acabó de aumentar el triste recibimiento que les hizo el público y el Estamento. Estaban sentados en el banco de ministros el de Marina y el de Gobernación, y al pedir el segundo la palabra, preguntó el señor Pizarro al presidente del Estamento si se habían recibido por conducto oficial los nombramientos de los nuevos ministros: resultó que el poder había olvidado este paso tan esencial,

historia
actual

nicar oficialmente la formación del nuevo gabinete, y en su consecuencia resolvió la cámara por unanimidad que abandonasen el sitio que ocupaban los dos citados ministros por ser considerados como intrusos. Esta dignidad del estamento fué celebrada por toda la concurrencia de las tribunas públicas con estrepitoso aplauso.

En otra sesión fué aprobada una proposición firmada por sesenta y siete procuradores, declarando que el ministerio no merecía la confianza del estamento (1).

y por unanimidad resolvió la cámara que abandonasen el banco negro los dos ministros, el de Marina y el de la Gobernación, por ser intrusos, el uno en el Estamento y el otro en el banco ministerial. La galería celebró esta dignidad del cuerpo legislativo con demostraciones que aumentarían el despecho de los ministros tan notoriamente rechazados. Siguió la discusión, en la cual sostuvieron con aplauso de la asamblea y del público la protesta los elocuentes y apasionados oradores Olózaga, Landero y Lopez, y dada por suficientemente debatida, fué aprobada por 96 votos contra 12. Diez se abstuvieron de votar. Esta sesión ha sido una de las más solemnes que ha tenido la cámara popular en España. A consecuencia de este hecho notable bajaron considerablemente los fondos públicos.

«Semejante resolución del Estamento le hizo incompatible con el nuevo poder; y el tono, las reticencias usadas por el señor Isturiz dieron á comprender sobradamente que la disolución del parlamento era ya una medida resueltamente proyectada. Ya que al Estamento iba á morir otra vez, quiso morir con gloria y dignidad. Después de haberse conformado una comisión en su dictámen, sobre la supresión de regulares, con las principales determinaciones del gabinete de setiembre, se presentó en otra sesión, en la del 22, una proposición firmada por 67 procuradores, proponiendo que se declarase que el nuevo gabinete no merecía la confianza del Estamento. Abrióse discusión sobre esta proposición fulminante; Morales, Castels, Soria y Parejo la combatieron; defendieronla, Olózaga, Caballero, Alday y Lopez, y fué aprobada por 78 votos contra 29. La guerra estaba declarada, y uno de los combatientes herido de muerte. Los ministros abandonaron el banco antes de la votación, y todo el mundo creyó adivinar en su frente nublada el designio de vengarse del cuerpo legislativo con una disolución, por más que esta trajese al país males inmensos. No se hizo esperar esta atrevida y peligrosa determinación del poder.»

(1) «Emprendió Isturiz en su administración la vía retrógrada y anti-liberal que era consiguiente adoptase, atendido el origen de su elevación al poder y teniendo en cuenta también la implacable saña y el mortal espíritu de venganza de que entonces se hallaba animado: y en el Estamento de Procuradores presentó al día siguiente del nombramiento de los nuevos ministros, y al tiempo mismo de entrar tres individuos del nuevo gabinete en el salón, una protesta firmada por cuarenta y seis diputados, la cual comprendía las peticiones siguientes: «1.ª Que las facultades extraordinarias concedidas al gobierno en la legislatura anterior con el voto de confianza, «habían cesado al abrirse las actuales córtes: 2.ª Que si estas se prorogaban, ó disolvían sin estar votados los presupuestos, no se pudiese en lo sucesivo recaudar «impuesto alguno; y 3.ª Que todos los empréstitos ó anticipaciones, de cualquiera «clase que fueran, contraídos sin autorización de las Córtes, fuesen absolutamente «nulos.»

«Con audaz serenidad recibieron los ministros este voto de reprobación lanzado por sus émulos; y picados de honor, obstinaronse en defender sus puestos, recojiendo impávidos el guante, que con no menor audacia se les arrojaba. Mañero en su conducta el presidente del consejo, y haciendo gala de la maestría que le es propia, como orador aventajado y táctico en el parlamento, impugnó con singular habilidad las proposiciones que le herían tan de cerca; pero aprobadas al fin por el Estamento de Procuradores, aprestaronse los nuevos consejeros á seguir gobernando, respaldándose en el trono y sin temor á las censuras de los estamentos. Acedábase en estos cada día más y más la opinión contra el ministerio; y pasadas las primeras sesiones en recriminaciones mútuas, en amargas censuras, y hasta en los más insultantes desprecios, depuesto enteramente el disimulo, presentóse el día 21 de mayo una proposición, que firmaban sesenta y siete procuradores del reino, en la cual se

Las Córtes fueron disueltas, los audaces ministros permanecieron en sus puestos.

Pero no contentos con esta atrevida determinación, resueltos á conservarse á todo trance en sus doradas sillas, hicieron firmar á la reina gobernadora un manifiesto desatentado que fué una tea incendiaria arrojada en el hacinamiento de combustibles que amagaban espantosa y general conflagración (1).

Exento de fuerza moral el gabinete, acabó de cerrar el libro de las leyes y apeló al despotismo militar. Este es el síntoma mortal de los gobiernos. Cuando el furor les ciega de este modo, es que se hallan ya en el delirante período de la agonía.

Fray Patricio estaba altamente interesado en el triunfo de un ministerio, de quien esperaba la realización de sus hermosas ilusiones. Así es que todos los resortes del *Angel exterminador* pusieron en movimiento.

Prodigóse el oro á manos llenas á fin de alcanzar la victoria en las urnas electorales, y para dar una idea de los bastardos recursos que puso en juego en esta lucha la pandilla ministerial,

decía: «Pedimos al Estamento declare que los individuos que componen actualmente el ministerio no merecen la confianza de la nación.»—Setenta y ocho procuradores aprobaron esta petición contra veinte y nueve que la desaprobaron y trece que se abstuvieron de votar, después de un ruidoso y apasionado debate: y siendo ya imposible toda avenencia, en la sesión del 23 leyó el presidente del consejo el decreto de disolución de aquellas córtes, como cuatro meses antes había sido leído el que disolvía otras, si bien por causas diametralmente opuestas á las de ahora. Así la lucha pertinaz y las rivalidades intestinas de los partidos políticos, han hecho infructuosa é improductiva por largos años en España la representación nacional.

(FLOREZ, *Historia de Espartero*, tomo I, pág. 306.)

(1) Los ministros dirigieron á S. M. una esposición, donde le manifestaban los fundamentos que tenían para disolver las córtes, acusando de una manera violenta, la conducta de los procuradores del reino. El lenguaje era duro, las ideas enteramente contrarias á las que hasta la sazón habían emitido los señores Isturiz y Galiano, y no contentos con esto, hicieron dar á la reina un manifiesto á la nación, que acabó de revelar las intenciones y metamorfosis de los antiguos adalides de la oposición progresista. En este documento se advertía más virulencia aun, menos respeto á la representación nacional, menos generosidad por lo tocante al recibimiento que había dado al nuevo ministerio el estamento popular. Como si los ministros, verdaderos responsables de este manifiesto, hubieran creído que en boca del gefe del Estado pasarían mejor sus espresiones de despecho, las guardaron casi todas para este documento, poniendo á la augusta señora, á quien las hicieron decir, en una posición falsísima.

La violencia que llevaban todos estos actos revelaba sobradamente á los ministros los peligros de que estaba erizada su situación, y fueron ó creyeron ser previsores y enérgicos, decretando medidas que pudiesen impedir las conmociones populares, cuyo rumor estaban ya percibiendo. El ministerio de la guerra pasó una circular á sus dependencias, haciendo responsables á todos los que no sofocasen con mano fuerte toda tentativa de pronunciamiento, y espresándoles de una manera detallada las providencias y conducta que habían de adoptar y seguir para merecer la confianza y el agrado del gobierno. Las nuevas córtes fueron convocadas para el 20 de agosto, y debían venir ya con el encargo de revisar el Estatuto.

PANORAMA ESPAÑOL, tomo III, pág. 144.

describiremos en el siguiente capítulo la moralidad que desplegaron sus gefes en un banquete cuyo objeto principal era tratar de las próximas elecciones; pero sin escluir ninguno de cuantos goces y deleites constituyen, en el concepto de un libertino, los encantos de la orgía. Tendiendo un velo sobre las escenas mas repugnantes, daremos solo conocimiento á nuestros lectores de las que basten á hacer odiosas las licenciosas costumbres de los eternos aduladores del que manda.

orgia



CAPÍTULO II.

orgia política

LA LIBERTAD BIEN ENTENDIDA.

HAY en la fonda del Caballo Blanco, calle del Caballero de Gracia, una sala no espaciosa en demasía; pero donde se puede poner una mesa para veinte personas aprovechando cómodamente el terreno. Esta sala tiene la ventaja, importante en ciertos casos, no solo de estar enteramente aislada, sino de que puede irse á ella por un pasillo reservado, sin que desde ninguno de los demas cuartos de la fonda se note lo que allí ocurre.

Amaestrados por la práctica los mozos del establecimiento, saben perfectamente su obligacion, y cuanto pasa en aquel recinto, cuanto se habla en él, queda, lo mismo que lo que se dice en el santo confesonario, sepultado en la eternidad del secreto. Y no solo es la reserva la principal virtud de los mozos que sirven en aquel misterioso departamento, sino que particularmente cuando la concurrencia se compone de los dos sexos en que se dividen los frágiles descendientes de Adan y Eva, convirtiéndose en casi mudos, casi sordos y casi ciegos, tienen la precaucion de no figurar en la escena mas que lo indispensable para no oír, ver, ni hablar, sino lo que estrictamente requiere el buen desempeño de su oficio.

Veinte personas eran en efecto las que rodeaban una mesa cubierta de esquisitos manjares y delicadas bebidas. Diez lindísimas jóvenes de esas que tanto abundan en Madrid, y á quienes á pesar de su escandalosa prostitucion, respeta la policia porque venden sus gracias y sus encantos á *caballeros decentes*, alternaban con sus diez galanes almirados, todos mas ó menos furibundamente ministeriales, entre los cuales descollaba por su buen humor y voracidad nuestro célebre fray Patricio.

—Señores— exclamó nuestro héroe con una copa de *Champagne* en la mano.—Esta reunion tiene por objeto el triunfo de las ideas de orden, de sana moral y de libertad *bien entendida*. Los revolucionarios trabajan con infatigable actividad para ganar las elecciones, y si nosotros no oponemos todos nuestros esfuerzos á los suyos, en breve se parodiarán en España las horrorosas escenas que cubrieron de sangre y de luto á la Francia durante su revolucion. Tenemos por fortuna un ministerio dispuesto á no cejar en la gloriosa senda de paz y de reconciliacion que ha emprendido. Nosotros que espontáneamente, y sin mas interés que el deseo de ver feliz á nuestra patria nos hemos declarado sus mas acérrimos defensores, debemos armonizar nuestros afanes y desvelos para que el resultado de los trabajos individuales forme un conjunto compacto que corone nuestras esperanzas. He aquí el objeto de esta reunion. Todos nosotros estamos identificados con la causa del orden. Estas amables jóvenes que nos rodean, han puesto en juego la encantadora elocuencia de sus hechizos para conquistar prosélitos. Los hombres que tenemos la dicha de merecer sus dulces miradas, no hemos permanecido apáticos en los preparativos para la lucha electoral. Sepamos pues los progresos de cada uno en tan interesante negocio; pero es preciso abrir la sesion con un brindis á nuestras dignas correligionarias — y levantando la mano con la copa de *Champagne*, añadió: — ¡Brindo por nuestras hermosas colaboradoras en política y en amor!

Después de una salva de aplausos, tocó cada uno su copa de *Champagne* con la de su compañera, y apurándola de un sorbo, empezó á chispear mayor animacion en los concurrentes.

—Señores— exclamó un oficial del ministerio de Hacienda— para el buen orden de la discusion, creo que debemos empezar por el nombramiento de un presidente, y en este concepto propongo

á nuestro digno compañero don Patricio para el desempeño de tan honroso cargo.

— ¡Aprobado! ¡Aprobado!— gritaron todos, y fray Patricio quedó elegido presidente por aclamacion.

—Doy las gracias á esta honorable asamblea— dijo poniéndose en pié— por la alta confianza que se sirve dispensarme.— Y sentándose, añadió: — Queda abierta la sesion.

—Pido la palabra— dijo con voz de tiple una de las diez ciudadanas.

—Concedida— respondió fray Patricio.

—Como las mugeres tenemos el don de la elocuencia mas que en la lengua en los ojos, las que aquí estamos nos hemos cruzado una mirada inteligente; y comprendiendo su significado, levántome yo á nombre de todas mis compañeras, y brindo por nuestros amables galanteadores, y que el triunfo de sus doctrinas afiance la paz de España, el orden público y buena administracion de justicia, conservándoles en sus lucrativos empleos, para que, como ahora, muestren con frecuencia su galantería y generosidad en obsequio de sus fieles y cariñosas amigas.

Prolongado estrépito de vítores y palmadas acogió el precedente brindis, que dejó vacías algunas botellas de Málaga.

Tocó el turno de la palabra á un empleado en la intendencia de policia, y después de limpiarse los labios con la servilleta, dijo en tono festivo:

—Seré breve, señores: el tiempo es precioso, y he observado que se come menos cuanto mas se habla (risas). Un empleado del gobierno debe ser voraz... por esta razon abundan los que comen á dos carrillos (risas prolongadas). Me concretaré pues á tranquilizar los espíritus de esta reunion. No hablo de los líquidos espirituosos, sino de los ánimos de los concurrentes. Se han tomado todas las medidas convenientes para la salvacion de nuestros empleos. Si ellos se salvan, la patria se salvará (aplausos). Se han pasado circulares á todas las dependencias del gobierno para que voten nuestra candidatura. Si esto no es suficiente, votarán tambien los militares, y basta esta medida para asegurar el triunfo. Se encarga muy particularmente que la votacion sea libre *con tal de que nadie se desvie de la candidatura propuesta por el gobierno*. De este modo se concilia el buen éxito con las prácticas del sistema representativo.

y con la entera libertad que debe reinar en los colegios electorales. (¡Bien! ¡bien! aplausos.)

—Yo, señores, tengo el honor de participar á la asamblea, que he distribuido mas de mil papeletas entre mis adoradores —dijo una de las convidadas— y eso que aun no las tienen todos aquellos á quienes guarda mi amor la mas acrisolada fidelidad. La constancia es mi divisa y por eso soy constante á cuantos me piden amor.

—Yo he distribuido otras tantas papeletas....—yo tambien....—yo tambien....—añadieron las demas.

—¡Vivan nuestras hermosas! —esclamó fray Patricio.

—¡Vivan! —repitieron todos los convidados.

A estos gritos de entusiasmo sucedió una calma sepulcral por haber aparecido dos mozos, que en un instante mudaron los platos de la mesa. Este silencio duró pocos momentos, pues apenas dejó el mozo en ella una gran fuente que contenia un enorme pastelón, fué este saludado con una triplicada salva de palmadas. En medio del estrépito dejábanse oír algunos vivas á Martínez de la Rosa. La hilaridad de la concurrencia creció de punto cuando en torno del pastel colocó el mozo cuatro platos de cangrejos.

Desapareció el mozo, y levantándose fray Patricio, cautivó la atención general:

—Señores —dijo con el rostro encarnado salpicado de gotas de sudor á manera de tomate cubierto de rocío— á nosotros, á los hombres de la sublime inteligencia, á los de la libertad bien entendida, nos llaman *cangrejos* los que no pueden comprendernos porque son ignorantes. Este título nos honra, yo á lo menos, yo me envanezco de pertenecer á la raza cangrejil.—Y en el calor de la improvisación echóse al colete otra copa de *Champagne*.

—¡Yo tambien! ¡yo tambien! —gritaron todos, y todos bebieron con entusiasmo.

—Solo una cosa me horroriza—repuso en tono burlesco fray Patricio.—Señores, vamos á comernos á nuestros propios hermanos, á nuestros semejantes, y desde hoy no se nos llamará *cangrejos*. Nuestros enemigos adquieren hoy el derecho de llamarnos *antropófagos*.

El chiste de fray Patricio fué acogido por una esplosión de carcajadas.

—¡Vivan los antropófagos! —esclamaron varias voces; y estos

desaforados gritos, unidos al palmoteo de unos, á las patadas de otros, y al sonoro repiquete que hacian algunos dando con los cuchillos en los vasos y platos, formaba un estruendo indefinible.

La profusión con que se bebia el *Champagne*, el Málaga, el Jerez y otros excelentes vinos, no podia dejar de producir visibles efectos de *orden y de sana moral*.

—Que hable don Venturita —dijo una voz balbuciente.—Que per.... ore.... Que diga algo de los antro.... antropófagos.... y de los cán.... cán.... cángris....

—Don Venturita está triste —contestó la ninfa que tenia á su lado.—Desde la reclusion de la marquesa de Turbias-aguas, ha quedado viudo el pobrecillo.

—Señores —dijo don Venturita Riñones— yo no sé quién haya sido el delator de la marquesa; pero brindo á su salud.

—¿A la salud de la marquesa ó del delator? —preguntó sonriéndose fray Patricio.

—A la salud del delator; y si, como es probable, triunfa nuestra causa y salgo yo diputado á Cortes, mi primera proposición ha de ser que se establezcan en todas las capitales y pueblos de España grandes casas de reclusion para encerrar en ellas á todas las viejas. Ahora que he sacado ya el jugo á semejantes cernicalos del bello sexo, quiero consagrarme á la hermosa juventud.

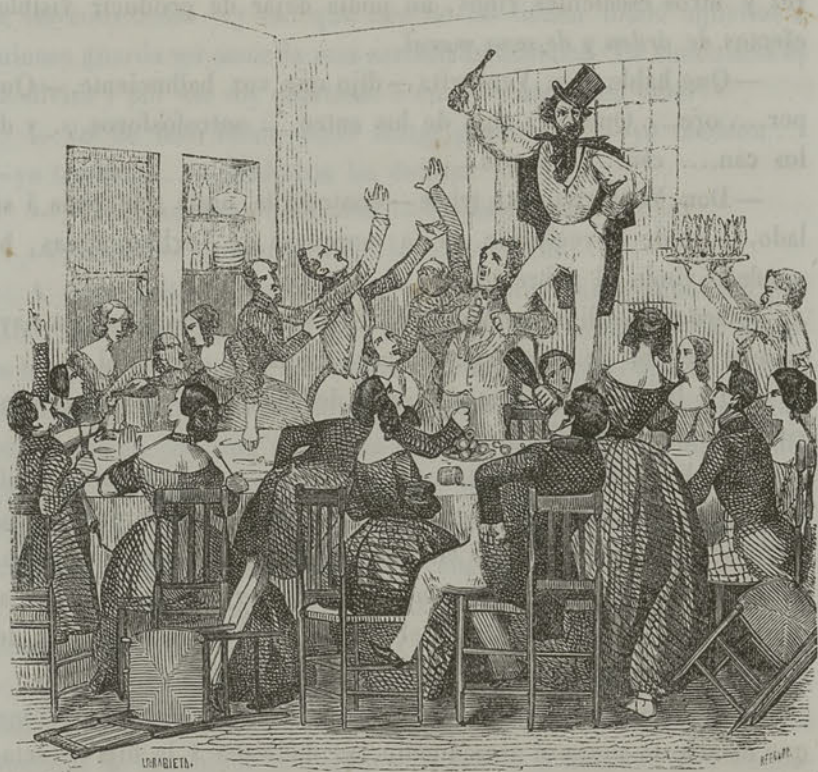
—Por eso el caballerito Asnar, abundando en las mismas ideas que manifiesta ahora el preopinante, se dedicaba á la hija —esclamó otra de las hermosas concurrentes.

—Pido la palabra para una alusión personal —dijo don Faustino Asnar.—Se me recuerdan cosas que me estremecen. El pobre marqués de Casa-cresta se hizo saltar la última mitad de su apellido de un pistoletazo. Este recuerdo me horroriza. Es un paso romántico.—Al decir esto se bebió el orador una copa de Cariñena, y añadió:—Señores: que aborrezca yo á las rugosas y extemporáneas beldades, nada mas natural, porque siempre han sido semejantes podrigorios los espantajos de mis amores; pero que don Venturita califique de cernicalos del bello sexo á las que han sido sus ídolos, es una heregía parlamentaria, una apostasía escandalosa que no debe tolerarse.

—No es apostasía, sino desengaño —respondió don Venturita.—La historia contemporánea nos presenta mil ejemplos de que la opi-

nion es una camisa gubernamental que debe mudarse todos los días. Es una de las máximas de higiene mas salutíferas y confortables.

— Pues siendo así... ¡bomba! — exclamó don Faustino subiéndose



dose en mangas de camisa encima de la mesa con el frac á guisa de manto imperial; y haciendo ostentacion de una botella en la mano, añadió: —brindo por el esterminio de los cernícalos.

— Pues yo estoy por los cernícalos — repuso otro de la concurrencia que era gran bebedor. — Es cosa deliciosísima coger un cernícalo á tiempo.

— Eso es pillar una turca — dijo un jugador de profesion. — Yo estoy por la Grecia mas bien que por la Turquía, y en consecuencia... brindo por los griegos (1).

(1) «Los griegos. Este es el nombre que se da á los jugadores que siempre ganan, gracias á los culpables fraudes, á las astutas maniobras y á las audaces supercherías de que se valen.»

«Entre esa infinidad de perversas industrias á que se dedican no solo en Madrid,

— Se desea saber si es efectivamente verdad que la muger del marqués de Casa-cresta fuese hija de un carnicero — dijo una voz femenina.

— Es una fatalidad — contestó fray Patricio metiéndose en la boca un pedazo de pastel; — pero aseguran que se ha probado hasta la evidencia.

— ¡Bomba! — exclamó la voz balbuciente del que habia querido que don Venturita perorase.

Reinó un profundo silencio.

— Brindo — dijo la misma voz — brindo... — y despues de una

sino en toda España los individuos designados con el nombre general de clases peligrosas, individuos que escalonados en las diferentes gradas sociales, no tienen, aunque con medios distintos, mas que un solo objeto, el de apropiarse los bienes ajenos; una de las mas características acaso, y que todos los años arrebatara mayores sumas á la pública buena fé, es la de los griegos.»

«Los griegos forman una especie de sociedad secreta, una franc-masonería cuyos adeptos se conocen unos á otros por medio de señales combinadas, se prestan apoyo y ayuda, y se guardan en general un inviolable secreto. Regularmente permanecen poco tiempo en un mismo sitio, si se exceptua Madrid, centro de su industria. En invierno frecuentan cada uno en la esfera de sus relaciones, los bailes, las tertulias y las sociedades. Cuando un griego logra entrar en una casa, no tarda en introducir en ella algun compadre, porque es mas fácil y mas seguro el trabajo de dos que de uno.»

«Pero el momento de la recoleccion infalible de los griegos es la estacion de los baños. De seguro se encuentra entonces en todos los establecimientos de baños de algun crédito á muchos de los afiliados, que llevan una vida regalada, hacen grandes gastos, y se aprovechan de la franqueza que reina en esos sitios de recreo, para poner en obra todas las seducciones, todas las astucias y todos los atractivos del juego.»

«No emprendemos seguramente trazar aquí el cuadro de los mil procedimientos por medio de los cuales engañan los griegos á los primos; bastará decir, que algunos de ellos realizan en cada temporada de baños una suma de 12 ó 14,000 duros; que muchos de ellos ocupan bastante buena posicion en la sociedad para alejar de ellos toda idea de robo, y que muchas veces aquellos á quienes han despojado en los salones de los baños, cuando regresan á la corte los reciben y presentan en sus tertulias, donde encuentran otros tontos que desplumar.»

«Una circunstancia igualmente digna de notarse, es que de algunos años á esta parte, el número de los griegos se ha aumentado de un modo considerable, y que sus filas no se reclutan ya como antiguamente, entre jugadores oscuros, tontos al principio y despues picaros. A boca llena se dice que en nuestro siglo positivo no hay medio que no parezca bueno para hacerse rico; lo que pasa bajo este concepto ¿no es la prueba mas terminante que pudiera presentarse en apoyo de semejante dicho?»

«Seguramente habrán oido hablar nuestros lectores de las barajas marcadas, pero esto es la infamia del arte, y los inteligentes no se comprometerian á emplear semejante medio. Un griego esperto se dá y dá á su adversario el juego que quiere; y tiene otros mil recursos que en los casos apurados emplea, y de los cuales solo citaremos un ejemplo. El griego debe siempre ayuda y proteccion á otro griego, así es que cuando uno de ellos juega alguna partida, otro se coloca sin afectacion bastante cerca de su adversario para poderle ver las cartas, ya sea que atraviése ó no. Cuatro letras del alfabeto, E. C. M. B. forman todo el lenguaje de los griegos, lenguaje misterioso que designa así los palos: E bastos, C copas M oros, B espadas. Cuando el griego no sabe qué carta jugar, una frase insignificante pronunciada por su acólito se la indica por medio de la primera letra de cada palabra.»

«Fácil es conocer lo socorrido que para algunos juegos es esta especie de telégrafo hablando, y sin embargo no es mas que uno de los mil recursos infames que emplean los señores griegos.»

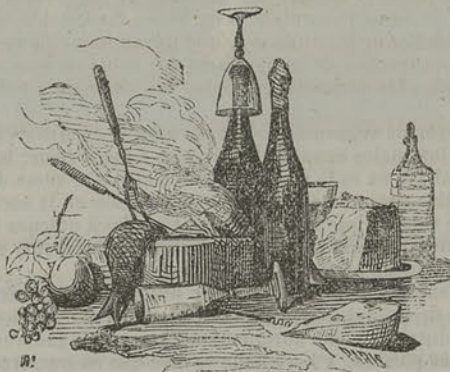
larga pausa añadió: — Como hay Dios que no me acuerdo por quien iba á brrrrin.... dar.... ¡Ah! sí.... brrrrrindo.... por el ós... ósculo... de la rrrreconciliacion...

— Tiene razon — exclamó otro. — Yo tambien estoy por los ósculos. — Y dió un beso á su compañera.

— ¡Y por la fusion! — exclamó un tercero.

— ¡Viva la fusion! — gritaron todos, y cada uno abrazó y besó á la ninfa de su lado.

✓ Aquí acabó de tomar aquella reunion todo el aspecto de la mas repugnante orgía, y nosotros juzgamos que debemos cubrir con el velo del silencio las escenas de asquerosa licencia á que se entregaban hombres que se apellidaban del orden, de la moralidad, y de la libertad *bien entendida*, porque no queremos amancillar con ellas las páginas de nuestra historia.



CAPÍTULO III.

EL PERMISO.

LA habitacion de Anselmo *el Arrojado*, que habia permanecido cerrada con su miserable ajuar, mas bien por indolencia que por caridad del administrador; despues de haberse pagado los alquileres vencidos, volvía á estar ocupada por la virtuosa Luisa y sus hijos Manuel, Rosa y Joaquin; pero aquel recinto que en medio de su aseó habia respirado hasta entonces desoladora indigencia, ofrecia un aspecto consolador.

Las paredes blancas, como la nieve, conservaban los mismos retratos de Riego, Mina, Laci, Empecinado, Torrijos y Manzanares, á los cuales habia profesado siempre el patriota Anselmo singular estimacion. Luisa les habia puesto nuevos marcos dorados. El espejo roto habia sido reemplazado por otro que formaba parte de un humilde tocador. La sillería y demas muebles que componian todo el ajuar, no eran de lujo; pero respiraban decencia y comodidad.

Luisa y Rosa dormian en la misma cama, y Manuel con su hermanito Joaquin tenia otra en el dormitorio que ocupaba antes Maria. Estas camas estaban perfectamente abastecidas de colchones, sábanas y almohadas.

Todas estas mejoras se debian á los socorros de una asociacion

benéfica creada por la baronesa del Lago, compuesta de señoras caritativas, que dedicaban sus afanes y desvelos á enjugar las lágrimas de las familias menesterosas (1).

Ademas de los auxilios metálicos que habia recibido Luisa por conducto de la baronesa del Lago, esta buena señora habia proporcionado tambien á la muger de Anselmo labor suficiente para que ella y Rosa ganasen un decente jornal, sin que atropellase Luisa su salud. Por otro lado, el hermano de la baronesa don Antonio de Aguilar habia proporcionado colocacion á Manuel en una imprenta en donde se publicaba uno de los periódicos mas liberales de Madrid.

Todo esto proporcionaba á la familia de Anselmo las mayores comodidades, atendido el buen orden con que la hacendosa Luisa gobernaba la casa, y las moderadas necesidades de unas pobres gentes avezadas á todo linage de escaseces y de privaciones. Estas mejoras, la certeza de que María vivia feliz, y la halagüeña esperanza de que *el Arrojado* saldria en breve de la prision, hacian que en aquella morada de la virtud reinase la mas pura alegría.

Cuando está el alma tranquila, cuando no hay remordimientos en la conciencia y el gozo bienhechor vivifica el espíritu, la salud

(1) Ademas de la Junta de Beneficencia domiciliaria de que hemos hablado ya ventajosamente, hay en Madrid otras muchas asociaciones de caridad, de las cuales citaremos las siguientes:

Asociacion de señoras para el socorro de las religiosas de Madrid. Un noble sentimiento de caridad y de celo religioso ha dado lugar á esta asociacion, dirigida por una junta de señoras de las mas respetables clases de Madrid, con el objeto de reparar en lo posible la injusticia y abandono en que yacen las desgraciadas monjas, privadas de sus bienes y no satisfechas sus pensiones. Debióse el bello pensamiento de esta filantrópica asociacion á la señora marquesa de Malpica, y reunidas las señoras en crecido número, desplegaron desde luego un celo y una generosidad, que forma magnífico contraste con el abandono del gobierno. Los resultados han correspondido á aquel ardiente fervor; y verificada la primera reunion en 14 de marzo de 1841, pudieron presentar en fin de aquel año y á los diez meses de su instalacion, un resumen de ingreso de 161,972 rs. y 33 mrs., producto de las suscripciones voluntarias, limosnas y mandas, cuestiones hechas por las señoras en las iglesias, y de algunas funciones dispuestas por las mismas, todo lo cual fué repartido á prorata entre las religiosas desvalidas. En el año 1843 ha empleado en los mismos piadosos usos 209,580 rs.

Nuestra señora del Refugio. Fundóse esta santa hermandad en 1615, y después de varias vicisitudes se estableció en 1702 en el real hospital iglesia de los alemanes (vulgo de *los portugueses*), cuyo patronato y administracion y el del colegio de niñas huérfanas, le confirió el rey don Felipe V. Esta hermandad se compone de personas de distincion y conocidas por su amor á la beneficencia; y sus caritativas ocupaciones consisten en hacer conducir los enfermos á los hospitales con el mayor esmero y diligencia, socorrer en sus casas á los que en ella permanecen y son visitados por los mismos individuos de la hermandad; auxiliar á otros con los oportunos socorros para salir á tomar baños, y á los dementes para ser conducidos á los hospitales de Toledo y Zaragoza; pagar la lactancia de las criaturas desvalidas; recoger las criaturas que se esponen en el torno de su establecimiento y

reverdece como flor lozana á los halagos de las brisas, y al grato frescor del rocío.

La pobre Luisa, aquella desventurada muger á quien larga série de no interrumpidos infortunios habia sumergido en un estado lastimoso, la ciega, inútil y afligida Luisa, habia recobrado la vista, la salud, y la lozanía de sus juveniles años. La blanca tez de su rostro ostentaba un ligero carmin que embellecia sus facciones. Solo una huella de sus padecimientos se notaba en su semblante, y era un ligero tinte de azul celeste que, á manera de au-



conducirlas inmediatamente á la Inclusa; y hospedar y dar albergue á los forasteros y peregrinos que carecen de él; empleando para todas estas piadosas ocupaciones á los mismos hermanos de la asociacion, valiéndose para ello de informes reservados y otros delicados procedimientos que acrediten la necesidad y eviten la vergüenza de los interesados; todo lo cual constituye á este establecimiento en uno de los primeros de beneficencia que encierra nuestra capital. Son varios los estatutos que ha tenido esta santa hermandad, y los que en la actualidad la rigen fueron aprobados por el gobierno en 20 de octubre de 1842, reservándose aquel el nombramiento de funcionarios de la junta directiva á propuesta en terna de la misma. En el año 1843 ha subido el gasto en tan piadosos usos á la cantidad de 279,059 rs. y 6 mrs., habiendo socorrido con ellos á 3,513 personas de todas clases: suministrado baños á 132, hecho criar 48 niños, recogido 1,893 pobres y 240 criaturas, con otros muchos servicios piadosos. Igualmente han sido invertidos en el mismo año en la real casa, iglesia y hospital de san Antonio 80,220 rs. y 30 mrs. y en el colegio de niñas huérfanas unido á la misma casa 62,059 rs. y 5 mrs., componiendo un total de gasto en el año de 421,339 rs. y 7 mrs. y desde su fundacion con iguales objetos de 71,823,148 rs. y 27 mrs.

Hermandad de nuestra señora de la Esperanza (vulgo Pecado mortal). Fué fundada esta real hermandad en 1733 en la parroquia de san Juan, y al año siguiente le confió el rey la administracion y gobierno de la casa de Arrepentidas. Está situada en casa propia calle del Rosal, frente á la plazuela de los Mostenses, y se compone de personas de distincion. Las ocupaciones de esta hermandad son acoger y asistir sigilosamente á mugeres embarazadas de ilegítimo concepto, facilitar los matrimonios regulares y la dispensa de los pobres, repartir bulas á estos, y disponer misiones.

Asociacion de caridad del Buen Pastor. Fué fundada en 1799 con el objeto de atender al alivio espiritual y temporal de los pobres presos en las cárceles de Córte, y bajo su direccion se halla establecida la elaboracion de espartos que se despachan en el almacen de la misma cárcel. Cuida tambien de los auxilios espirituales y de algunos agasajos facilitados á los presos en ciertos dias del año, y está compuesta de personas de distincion y caridad.

reola, circuía sus ojos, cuyas modestas miradas destellaban la bondad y dulzura de su carácter.

Figurábase la virtuosa y fiel Luisa que de un momento á otro vería entrar en su casa á su idolatrado Anselmo, y todos los dias se ataviaba como en los mejores años de su juventud, como en los felices tiempos en que el bizarro Anselmo, con su lucido uniforme de soldado, pretendía su mano y su corazón.

—Sí, sí—decía llena de amor Luisa—quiero que sea grande su gozo, cuando vea las felicidades que nos rodean. Ha padecido tanto el pobrecillo, que es hora ya de que sienta una justa compensación. Cuando sepa que María es feliz... cuando vea que he recobrado yo la vista y la salud.... Cuando abrace á sus tiernos hijos.... Cuando nos contemple á todos dichosos, rodeados de personas benéficas que se huelgan en nuestro bienestar... ¡Dios mio!... se volverá loco de placer.

Una voz sonora y juvenil, dejóse oír en este momento. Era Manuel que cantaba la muy conocida estrofa siguiente de una canción patriótica:

Todo conde ó marqués nace hombre;
sus dictados vinieron despues:
por sus prendas al hombre estimemos,
no tan solo por conde ó marqués (1).

Rosa dejó la labor y corrió á dar un abrazo á su hermano. Joaquín salió también apresuradamente á recibirle, y Luisa contemplaba con ternura el cariño que sus hijos se profesaban. Al entrar Manuel en la habitación de su madre besó respetuosamente su mano, y Luisa le dió un apasionado beso en la frente.

—Tampoco hoy me han dejado ver á mi padre!... paciencia!... —esclamó tristemente Manuel.—¿Sabe usted, madre—añadió luego en tono jovial—que traigo un hambre estupenda?

—Lo creo, hijo mio—respondió Luisa.—¿Tantas horas de trabajo!... Ya está la mesa puesta y lista la comida. Te estábamos aguardando para comer.

—Muy mal hecho. A veces no depende de mí el retardarme... Suele salir á lo mejor una ocupación precisa y... es muy mal hecho, repito, que por mí se molesten ustedes.

(1) Himno patriótico de D. Francisco Altés y Gurena.

—Déjate de reconvenções... Ya sabes que mi gusto es veros reunidos á mi lado... Sentaos, hijos míos. Siento que no hayas visto á tu padre, pero en cambio me alegro de que vengas animoso, Manuel, porque precisamente tienes tu plato favorito.

—¿Bacalao á la vizcaina?

—Sí, hijo mio; y luego patatas cocidas y pasas para postres.

—Mucho lo celebro: comida de rey... todo me gusta... voy á sacar el vientre de mal año. Desde aquí se percibe un olorcillo que trasciende. El bacalao ha de estar exquisito.

Rosa cuidaba de sacar la comida de la lumbre y colocarla en la mesa. Manuel rebanó el pan y fué sirviendo á todos empezando siempre por su madre.

—¡Ay qué rico, madre! —esclamó Manuel al acabarse la porción de bacalao que se había puesto.—*Repetatur.*—Y diciendo esto tomó segunda vez.

—Eso me gusta, hijo mio—esclamó Luisa.

—Tengo que pedir á usted un favor, madre mia—dijo Manuel—y es preciso que me lo conceda usted.

—Como no sea cosa mala...

—Es cosa muy buena... y que si mi padre estuviese aquí estoy seguro que la aprobaria.

—Espíciate pues.

—Quiero ser miliciano.

—¿Estás en tu juicio, Manuel?... pues si apenas tienes 14 años...

—Esa es la gracia. Yo tengo una naturaleza fuerte... aparento diez y seis años ó mas... En llegando á la edad en que me obligue la ley... no tendrá nada de particular. El caso es alistarse voluntariamente. Yo estoy seguro que este deseo llenaria de gozo á mi padre.

—No creas, hijo mio, que yo le repruebo... Solo sentiria que tuvieses algun compromiso... alguna desgracia... ¿No te acuerdas de tu hermanito?—Una lágrima se deslizó por la megilla de Luisa.—¿Mira qué pago da también la patria á tu padre!

—No, madre mia; ese pago no se le ha dado la patria, sino los malvados; y si todos los buenos no se arman y salvan la libertad, yo no sé lo que será de nosotros segun se van poniendo las cosas. Tal vez mañana ó el otro me servirá mi fusil para defender á mi padre de sus perseguidores.

— Es verdad, hijo mio, es verdad. ¿Pero te admitirán?

— ¿Quién lo duda?

— ¿Y no te perjudicará eso para el cumplimiento de tus obligaciones en la imprenta?

— Yo soy el único de la imprenta, que no estoy alistado en la Guardia nacional, y el señor director me ha dicho que si usted lo permite, no solo me dará una cartita para uno de los comandantes, que es muy amigo suyo, sino que me pagará el uniforme.

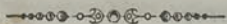
— Pues siendo así, hijo mio, tienes ya mi permiso.

— Bendita sea usted, madrecita de mi alma — exclamó Manuel con alegría volviéndose hácia su madre que estaba á su lado, y le dió un abrazo y un beso.



— Cuando yo sea grande como Manuel — exclamó Joaquin — también quiero ser miliciano.

En esto, acabó de comer aquella honrada familia, y Manuel lleno de júbilo, despues de dar otro abrazo á su madre, se dirigió á la imprenta con ánimo de ir inmediatamente á alistarse en las filas de la Guardia nacional.



CAPÍTULO IV.

EL VOLUNTARIO.

Eran las seis de la tarde.

El marqués de Bellaflor y su hijo don Luis de Mendoza ocupaban en la misma Fontana de Oro, una habitacion mas espaciosa que la que tenia antes don Luis. Comian á las dos, dormian una ligera siesta, y á la caída de la tarde solian dar juntos un paseo.

El marqués frisaba en los sesenta años de su vida, y bajo sus recortados cabellos ostentaba una frente espaciosa llena de amable dignidad. Sus facciones eran nobles y espresivas, el animado color de su rostro reflejaba el buen estado de su salud. Era rubio como su



descrip.

hijo, y á pesar de su avanzada edad apenas tenia canas. No llevaba patillas, pero sí bigote recortado al nivel del lábio superior. Conservaba su blanca dentadura, y la espresion de bondad que sus ojos destellaban, hacia mas interesante su fisonomia. Era bastante grueso, sin rayar en estremada obesidad; su talla era reducida, pero todas sus formas guardaban escelentes proporciones; sus modales respiraban educacion y finura, y conciliaba en el vestir el buen gusto con la sencillez y comodidad que tan bien sientan en las personas de una edad avanzada.

El amaneramiento, la afectada pulcritud y el continuo afan de querer ostentar esquisita finura, hablando en términos escogidos y ataviándose con cadenas, alfileres de oro y multitud de sortijas, suele descubrir la humilde cuna de la persona que tanto se esmera por parecer lo que no es; y si esto es de muy mal tono entre los jóvenes, causa ciertamente compasion ver á un imbécil viejo convertido en Marica (si nos es lícito servirnos de esta vulgar espresion) que se esfuerza en disimular con ridículos dengues las averías del tiempo.

No adolecia ciertamente de este defecto el marqués de Bellaflor. Su aire modesto, la naturalidad de todos sus ademanes, y una conversacion amena que sin pedantería anunciaba aprovechada experiencia y vasta erudicion, hacian su trato sumamente agradable.

¡Cosa singular! en medio de estas adorables dotes, tenia el marqués otras, que sin ser vituperables, contrastaban con la dulzura habitual de su carácter. Era severo y rígido contra los mas leves deslices de sus semejantes; republicano en sus creencias políticas, compadecia las preocupaciones de la aristocracia. Era amigo y protector de todas las personas honradas; pero jamás transigia con la infamia ni con la perversidad. Los malvados tenian en él un enemigo irreconciliable, los hombres de bien un amigo leal.

Don Luis de Mendoza miraba á su padre como un compañero. Avezado á tutearle desde sus tiernos años, habíale confiado siempre los mas íntimos secretos de su corazón; pero esta vez fué algo reservado, no porque recelase que su padre pudiera desaprobár su amor á la pobre hija de un jornalero, sino porque pretendia libertar antes al padre de su adorada. Parecíale que esta bella accion debia hacerle mas acreedor al paternal consentimiento que anhelaba y que se lisonjeaba de obtener.

La dilacion de esta confianza debia ser de pocos dias, porque de un momento á otro iba á estallar el proyectado movimiento en favor de la Constitucion de Cádiz, y don Luis guardaba para entonces hacer entera confianza de sus amores á su padre, y presentarle en casa de la baronesa *** para que por sí mismo juzgase de los atractivos de María.

Estaban padre é hijo en afectuosa conversacion, cuando apareció un mozo de la fonda, y entregando á don Luis una carta, le dijo que el jónen que la traia deseaba permiso para entrar.

Leyó la carta don Luis, y dijo al mozo que podia el dador pasar adelante.

Desapareció el mozo, y á poco rato se presentó Manuel con bastante despejo, quitándose el sombrero al entrar en la habitacion haciendo una inclinacion respetuosa.

Manuel tenia las facciones de su madre: era rubio, con ojos azules, y asomaba siempre en sus lábios una sonrisa infantil que aumentaba los atractivos de su rostro. Llevaba el traje de los dias festivos, y solo se parecia á su hermana mayor en lo aventajado de su talla atendida su corta edad.

—¿Es usted el portador de esta carta?—preguntóle con amabilidad don Luis.

—Sí señor—respondió Manuel—y se esforzaba en ponerse tieso para no ser desechado por demasiado niño.

—¡Muy bien! ¡linda presencia!—Y volviéndose hácia su padre, poniendo su diestra en el hombro de Manuel, añadió:—Aquí tienes, padre mio, un mozo de esperanzas. Apenas raya en los catorce años, segun esta carta, y tiene ya una estatura y robustez regular. Dentro de poco será un buen granadero. Viene á alistarse voluntariamente en la Guardia nacional.

—¡Oigan!—respondió el marqués de Bellaflor.—¿Con que es usted aficionado á la carrera militar?

—Lo que es soldado del ejército—respondió Manuel—no quisiera serlo, porque sentiria abandonar á mis padres; pero me dá vergüenza no ser miliciano nacional, cuando veo á todos mis compañeros de oficina con bigotes y.... como ya empiezo á afeitarme...

—¿Con que quiere usted ser miliciano solo para llevar bigotes?—preguntó sonriéndose el marqués.

—No señor... lo que yo quiero es defender la libertad.

descrip
B. H. H. H.
padre

descrip d
independiente
e afectado

— ¡Bien!... ¡muy bien! ¿Con que es usted tan liberal?

— Yo soy republicano como mi padre — respondió Manuel con altanería.

— ¡Magnífico! — exclamó el marqués con entusiasmo, dando un abrazo á Manuel. — Hé aquí la brillante juventud que ha de dar la verdadera libertad á España.

— ¿Y cómo no ha venido usted con su padre? — preguntó don Luis.

— Pues qué — respondió Manuel en tono grave — ¿soy yo algun chicuelo? Además, en esa carta le dicen á usted, según tengo entendido, que vengo aquí con el permiso de mi madre.

— Está muy bien; pero ¿y el del padre?

— Mi padre no ha podido dármele.

— ¿Está ausente?

— No señor.

— Pues entonces... que inconveniente...

— Es que mi padre está preso, y no me permiten verle.

— ¿Preso?

— Sí señor.

— ¿Y por qué causa?

— Yo no lo sé; pero presumo que porque es muy honrado y muy patriota.

— Bastantes delitos son esos en el día — exclamó el marqués. — ¿Y cómo se llama su padre de usted?

— Anselmo.

— ¿Anselmo el Arrojado? — preguntó asombrado don Luis.

— Sí señor.

Al oír esto, don Luis de Mendoza no pudo contenerse, y estrechó cariñosamente entre sus brazos al hermano de María.

— Padre — repuso profundamente conmovido — este jóven es hijo de la familia mas honrada de Madrid. Su padre es un modelo de virtudes.

— ¿De dónde le conoces tú?

— Es fama en Madrid de que no hay sugeto mas apreciable; pero el infeliz es tan desgraciado como hombre de bien. — Y volviéndose hácia Manuel, añadió: — queda usted admitido, y mañana, á eso de las nueve, si viene usted por acá iremos juntos á ver al capitán de la primera compañía.

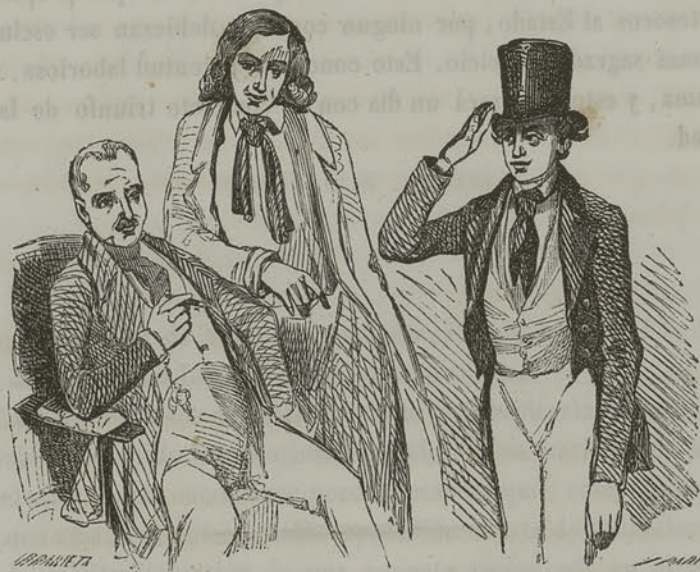
— ¡Viva mi comandante! — exclamó Manuel lleno de gozo.

— Ahora un abrazo como camarada — dijo afectado don Luis.

— Con mucho gusto, mi comandante — exclamó Manuel abrazando con entusiasmo al amante de su hermana.

— Y á mí otro — dijo el marqués — que tambien yo soy republicano.

— Pues entonces con el alma — respondió el despejado jóven. — Y despues de dar un afectuoso abrazo al marqués de Bellaflor, púsose orgullosamente el sombrero, é hizo un saludo levantando



militarmente la mano hasta su frente como si llevase ya el uniforme, y loco de contento desapareció cantando :

*Libertad, libertad sacrosanta
nuestro nùmen tú siempre serás....
podrás vernos morir en tus aras,
que vivir en cadenas.... jamás (1).*

* Este apreciable jóven es el bello tipo de esa bizarra juventud

(1) Himno patriótico de D. Buenaventura Carlos Aribau.
11.

* y continuación: Comp.
literatura ejemplo idealista
del XVIII

amiga de la honradez y del trabajo, llena de fé en el porvenir, orgullo y esperanza de las masas populares. Compuesta de humildes hijos del pueblo, que en su pureza de sentimientos, no empañada jamás por bastardas ambiciones, é impelidos por el amor de patria y de libertad, aspiran con noble entusiasmo al glorioso título de ciudadanos libres. Conocen ya los artesanos que su pobreza no es fundado motivo para que se les escluya de tomar parte en los negocios públicos, y reclaman con justicia sus derechos, de los cuales no hay poder que á despojarles alcance sin incurrir en abominable tiranía. Niéguese en buen hora al crimen el uso precioso que la razon concede á todo ciudadano de emitir su voto en las urnas electorales; pero las clases trabajadoras, las que proporcionan tesoros al Estado, por ningun concepto debieran ser escluidas del mas sagrado ejercicio. Esto conoce la juventud laboriosa, esto reclama, y esto alcanzará un dia con el completo triunfo de la libertad.



CAPÍTULO V.

TODOS CON CELOS.

EL 14 de julio de 1836 al anochecer, llegaba á Madrid la berlina del baron del Lago de regreso de Aranjuez.

La baronesa tenia demasiado talento y perspicacia para que se le hubiese ocultado la misteriosa turbacion de su marido y de María en el acto de su encuentro; pero á pesar de que, como toda muger que ama, era celosa, habia aprendido el arte de disimular, no con la siniestra intencion de una coqueta amaestrada en el fingimiento, sino movida del deseo de no perturbar la paz conyugal, prefiriendo heroicamente padecer ella en secreto, á mover inútiles escándalos, que en su concepto no producirian resultado alguno favorable.

La tranquilidad aparente de la baronesa, era calificada por su esposo de corta perspicacia y de inocente credulidad. El baron del Lago, con mucho menos talento que su muger, creíase muy superior á ella y compadecia á veces su falta de penetracion. El era quien adolecia de este defecto, y no sabia las lágrimas que sus extravíos costaban á la mas bella y virtuosa de las mugeres. La fingida indiferencia de Emilia animábale hasta el extremo de cu-

rarse poco de su presencia para rendir sus obsequios á María. Figurábase que ó no reparaba en ellos su esposa, ó tenía aquellas apasionadas demostraciones por meras galanterías de su carácter jovial, que no respiraban tendencia alguna de mal género. Así es que durante el viaje de vuelta de Aranjuez, no cesó el baron de elogiar la conducta de la baronesa en haber dado hospitalidad á María y haberla elegido por su amiga y compañera, y fué tal la profusion de lisonjas que tributó á su belleza y el gozo que manifestaba de tener en su casa tan hermosa huésped, que la pobre Emilia no pudo menos de descubrir en semejantes obsequios, despues de la primera turbacion, y de la que aun agobiaba á la inocente María, que habian mediado entre esta y su esposo anteriores relaciones. Esta idea hizo vacilar un momento á la baronesa acerca de la sinceridad de su amiga. Acordóse de repente de los motivos por los cuales habíala abandonado su amante. Juntáronse en su ardiente imaginacion todas las apariencias que condenaban á toda la familia del encarcelado Anselmo, creyó un momento culpable á María, y se estremeció.

Eran las nueve de la noche, cuando estos espantosos pensamientos desgarraban el corazon de la baronesa.

Sentada María en un sofá de la sala, no sabia que hacerse para desviar de su lado al baron, que imprudente y ciego la colmaba de intempestivas demostraciones de cariño.

La confusion de María subió de punto, cuando sentada la baronesa ante el piano entonó la cancion de *las rosas de amor* que recordaba á la infeliz criatura su dichoso coloquio con el único hombre á quien adoraba.

En este instante llegó don Luis de Mendoza, y aunque no le infundió de pronto sospecha alguna el cuadro que se le ofreció á la vista, no dejaron de incomodarle algunos elogios, que despues de cruzarse los cumplidos de costumbre, tributó en su presencia á las virtudes y belleza de María el impertinente baron del Lago.

Ignoraba el baron que don Luis fuese el amante de María, y permaneció al lado de esta con afectado ademan de correspondido galanteador.

Era tal la confusion de María, que aunque hubiera podido afeardar la conducta de su loco seductor pronunciando breves palabras contra un hombre que la habia anteriormente engañado fin-

giéndose soltero y prometiéndole su mano, el miedo de que se oyesen sus espresiones, y el rubor de que estaba poseida, no le dejaban articular una sola palabra. Su turbacion era tan grave y de tal naturaleza, que ni cuando entró don Luis, ni despues, se atrevió á dirigirle una sola mirada.

Esta estraña conducta fué calificada de asombrosa y culpable por quien tanto la amaba, y este infeliz creyó que vengaba su honor ultrajado, haciendo alarde de una absoluta indiferencia que estaba lejos de sentir. Levantóse de improviso, y aproximándose á la baronesa, que estaba tocando el piano, dijo con espresiva intencion:



—Muy bien, amiga mia, muy bien. Cada dia hace usted mayores progresos. Su habilidad de usted es tan grande, que solo admite una comparacion.

—Mil gracias, Luisito—contestó la baronesa sin dejar de tocar.—¿Y no puede saberse la tal comparacion?

—Ese gusto, esa agilidad, ese sentimiento de lo bello, esa

expresion que dá usted á la mas insignificante composicion, es un conjunto de perfecciones que solo puede ponerse en cotejo de las que ostenta usted en su bello fisico.

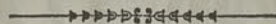
— Siempre galante — exclamó con dulzura la baronesa.

— No es galanteo, amiga mia, — repuso don Luis maliciosamente — es justicia que merece su belleza de usted.

Eran demasiado atrevidas estas frases para que dejasen de hacer su efecto. Al paso que emponzoñaron el corazon de María, no pudieron menos de llamar la atencion del baron del Lago. Aquella familiaridad, aquellos estremados elogios y otros que prodigó á continuacion el celoso jóven á los encantos de la baronesa, de cuyo lado no se separó un momento, fueron siniestramente interpretados; y el atolondrado baron del Lago sintió por primera vez el cruel escozor de los celos.

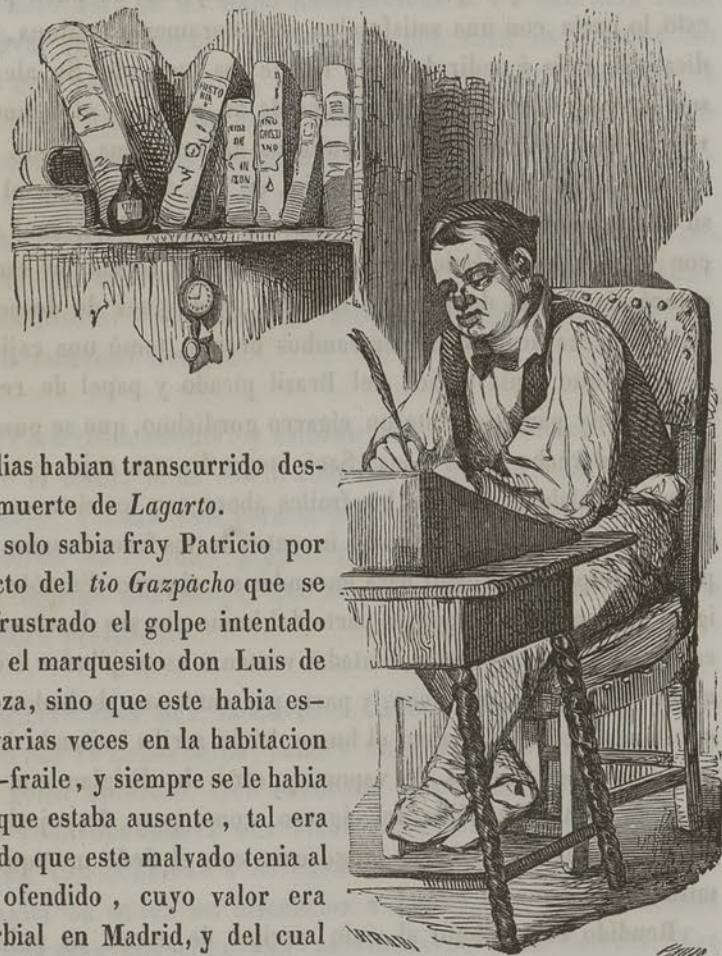
Despidióse por fin don Luis de Mendoza haciendo espresivas demostraciones de cariño á la hermosa Emilia. Saludó con fingido afecto al odiado baron, y ni una sola mirada dirigió á la inocente María! Sin embargo, la adoraba mas que nunca. Los celos habian acrecentado el frenesí de su amor.

Llegó María á su cuarto, quitóse colérica el retrato de su amante, abrió un cajoncito del tocador y le arrojó allí como si fuese un abismo sin fondo.



CAPITULO VI.

LOS ANONIMOS.



Cinco dias habian transcurrido desde la muerte de Lagarto.

No solo sabia fray Patricio por conducto del *tio Gazpacho* que se habia frustrado el golpe intentado contra el marquesito don Luis de Mendoza, sino que este habia estado varias veces en la habitacion del ex-fraile, y siempre se le habia dicho que estaba ausente, tal era el miedo que este malvado tenia al jóven ofendido, cuyo valor era proverbial en Madrid, y del cual

acababa de tener una reciente prueba, pues creía que había salvado su vida dando muerte á los dos miserables que debían haberle asesinado.

Grande era en consecuencia la inquietud de fray Patricio desde que tenía noticia de las frecuentes visitas de un jóven rubio, que por las señas no podía ser mas que don Luis de Mendoza.

Tambien sabia, merced á la travesura de la *tia Esperanza*, cuanto pasaba en casa del baron del Lago, y conveniale mas que nunca sembrar en ella la cizaña y lograr por este medio, no solo vengarse de María é introducir la discordia entre ella y su amante, sino atormentar á este y distraerle del proyecto que podía haber concebido contra el execrable franciscano.

Con este motivo había estado largo rato escribiendo sin levantar mano mas que para tomar de vez en vez un buen polvo; y esto lo hacia con una satisfacción verdaderamente frailuna, que indicaba le salía á pedir de boca lo que iba trazando. Su alegría era solo comparable con el entusiasmo de un poeta en el momento de vencer ingeniosamente las dificultades de una rima difícil.

Concluido al parecer su trabajo, en vez de dejar en el tintero su pluma, que por cierto era monstruosa, pintada de azul celeste, con las barbas simétricamente recortadas en forma de escalones, colocósele detras de la oreja derecha, y despues de desperezarse estirando chavacamente entrambos brazos, tomó una cajita de la mesa en que tenía tabaco del Brasil picado y papel de regalicia; é hizo muy pausadamente un cigarro gordísimo, que se puso en el extremo derecho de la boca. Sacó luego de otra caja, yesca, pedernal y eslabon, porque los frailes aborrecen los sistemas representativos y los fósforos, como inventos de los francmasones, y del primer golpe tuvo fuego para encender su cigarro. Fumóle con sin igual prosopopeya, arrojando parte del humo por sus descomunales y encarnadas narices, cuyas dilatadas ventanas asemejábanse á dos humeantes bocas de un volcan, y parte por entre sus abultados labios, que unas veces arrojaban el humo hácia arriba imitando las chimeneas de los buques de vapor, y otras le dirigian con fuerza sobre la parte encendida del cigarro, como para despojarle de su ceniza, cuyos restos hacia luego caer con el dedo meñique de la misma mano que le asía.

Rendido este tributo al vicio, arrimó de nuevo su poltrona á

la mesa, de la que habíala separado para repantigarse en ella, enderezó su cuerpo, y asiendo con entrambas manos un borrador en ademán de querer examinarle, exclamó:

— Veamos si está esto conforme. ¡Oh! ¡es un gran recurso el de los anónimos! Se mandan cómodamente por el correo, y es imposible descubrir á su autor. Este va dirigido al baron del Lago; dice así:

«UNA PERSONA CELOSA DE VUESTRO HONOR OS FELICITA POR VUESTRO REGRESO. OBSERVAD LA CONDUCTA DE VUESTRA ESPOSA, DESDE VUESTRA AUSENCIA LE HA HECHO FRECUENTES VISITAS EL MARQUESITO DE BELLAFLOR. PODRÁ SER QUE VAYA CON INTENCION DE OBSEQUIAR Á LA JOVEN QUE TIENE EN SU COMPAÑÍA; PERO SE CREE QUE LEJOS DE SER ESTO ASÍ, SE HA DADO HOSPITALIDAD Á LA TAL NIÑA PARA QUE SIRVA DE PANTALLA. LA PERSONA QUE ESTO OS ESCRIBE NO QUIERE QUE DEIS CRÉDITO Á ESTA CARTA, SINO QUE OBSERVEIS, Y OBREIS COMO HOMBRE DE TALENTO. LA AMISTAD QUE OS PROFESO ME OBLIGA Á DIRIGIROS POR ESCRITO UN AVISO, QUE ME REPUGNA DAROS VERBALMENTE, POR LA ODIOSIDAD QUE LLEVAN ESTAS OCURRENCIAS CONSIGO. NO ES MI OBGETO MORTIFICAROS NI MENOS INTRODUCIR LA DESUNION EN VUESTRA CASA; SOLO DESEO SALVAR VUESTRO HONOR. VOS HAREIS EL USO QUE JUZGUEIS CONVENIENTE DE ESTE AMISTOSO AVISO.»

— ¡Perfectísimamente! y esto de haber adoptado el *vos* en vez del *tú* ó el *usted*, le dá cierto colorido romántico que nada deja que desear. Veamos esta para la baronesa. A las mugeres es preciso herirlas en el amor propio; por eso me parece bien fingir que le escribe una amiga, que al paso que la quiere, se burla de su poca prevision.

«EMILIA: ERES MUY INOCENTONA. TODO MADRID SE RIE DE TÍ; PERO YO QUE TE COMPADEZCO, PORQUE TE QUIERO, ME PROONGO DARTÉ UN AVISO AMISTOSO. QUE PERDONES Á TU MARIDO SUS TRAVESURAS ES VERDADERAMENTE MUY FILOSÓFICO; PERO ESO DE LLEVARLE TÚ MISMA LAS QUERIDAS Á SU CASA ES ALTAMENTE RIDÍCULO. TENIAS FAMA DE MUJER DE DISCRECION Y TALENTO; PERO TU CANDOR Y TU INOCENTE CONDUCTA VAN DESVIRTUANDO ESTA OPINION. TAL

logos
recibido

descrip
m. de 2.º grado
di. Fr. Patricio

genial

VEZ DESPRECIARÁS MI AVISO, Y CON ESTO DARÁS OTRA PRUEBA DE FILÓSOFA; PERO ENTRETANTO, CREE, AMIGA MIA, QUE ME DUELE EN EL ALMA EL VER QUE ERES EL JUGUETE EN TODOS LOS CÍRCULOS DE MADRID DE LAS GENTES DE BUEN HUMOR.—UNA DE TUS MEJORES AMIGAS.»

— ¡Bravo! tampoco encuentro en esta nada que enmendar. Tomemos un polvo, y leamos la que va dirigida á don Luis de Mendoza. Dice así:

«CABALLERITO: NO HAY DUDA QUE ES USTED UN JÓVEN DE ASOMBROSAS TRAGADERAS! ESTÁ USTED MUY SATISFECHO DE LA FIDELIDAD DE SU PIMPOLLO, Y ENTRE TANTO COBRA EL FEUDO EL SEÑOR MARQUES DEL LAGO. ¡VAYA SI ES USTED INOCENTON! AMIGO MIO, LE FELICITO POR SU CANDIDEZ, PORQUE DE LOS BIENAVENTURADOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.»

—Está bien; pero no sé que diablo de temor me inspira ese jóven. No importa; así como así ya parece que me busca el bulto... Tal vez esto le distraerá, y entre tanto se gana tiempo para inutilizarle. Veamos la última que dirijo á esa muger cruel á quien amaba ciegamente, con el mismo ardor que la aborrezco. La aborrezco, y sin embargo, todavía la amaría si me correspondiese. Vergüenza es que tenga la belleza mugeril tanto predominio sobre los hombres!

«MARÍA: NO PARECE SINO QUE DE NADA TE SIRVAN LAS LECCIONES DE LA ESPERIENCIA. DESPUES DE LO QUE HAS SUFRIDO EN CASA DE UNA MARQUESA QUE FINGIA PRODIGARTE TODA SUERTE DE HALAGOS, CREES AUN EN LOS BENEFICIOS DE UNA BARONESA! ¡INCAUTA JÓVEN! OBSERVA LA CONDUCTA DE LA MUGER QUE TANTAS BONDADES TE PRODIGA. OBSERVA LOS OBSEQUIOS QUE EL QUE SE TITULA TU AMANTE RINDE A TU FINGIDA BIENHECHORA, Y SEGURAMENTE DESCUBRIRÁS LA CAUSA DE TANTA HIPOCRESÍA. DON LUIS Y LA BARONESA DEL LAGO MANTIENEN RELACIONES CRIMINALES; PERO LA BARONESA ESTÁ CASADA, Y ERA PRECISO APELAR Á UN OBJETO QUE JUSTIFICASE LAS VISITAS DEL AMANTE Á LOS OJOS DEL MARIDO. TÚ, POBRE É INOCENTE NIÑA HAS SIDO LLEVADA CON ENGAÑO Á ESA CASA PARA QUE

EL VELO DE TU INOCENCIA, CUBRIESE UNA PASION CRIMINAL. HUYE, JÓVEN VIRTUOSA, DE ESA MANSION EMPONZOÑADA. VUELVE AL HOGAR PATERNO, DONDE TE AGUARDA EL AMOR DE TUS PARIENTES, EN MEDIO DE LA POBREZA, ES VERDAD; PERO TAMBIEN EN MEDIO DE LA VIRTUD, SIN LA CUAL NO HAY EN EL MUNDO TRANQUILIDAD DE CONCIENCIA. SIGUE ESTE CONSEJO QUE TE DÁ UNA PERSONA HONRADA.»

Fray Patricio quedó complacido de esta carta lo mismo que de las anteriores, porque creia, y en efecto era así, que heria con ellas la fibra mas delicada de cada individuo para quien se dirigia el correspondiente anónimo.

Figúrese el lector si deberian hacer estas cartas efecto, atendida la predisposicion que habia casualmente en los ánimos para creer en la veracidad de su contenido.

.....

Creemos haber dicho ya que los anónimos son las armas que con mas destreza esgrimen los envidiosos, los cobardes calumniadores y toda raza de malvados los mas soeces. Por mas que el que reciba un papel sin firma, quiera esforzarse en no dar el menor crédito á sus venenosas líneas, siempre dejan algo de su infernal ponzoña. Esto es inevitable; pero lo que es injusto, impolítico, escandaloso, y altamente criminal, es que las mismas autoridades á quienes está encomendada la seguridad individual, hayan dado repetidas veces importancia á los anónimos, hasta el punto de encarcelar y atormentar con los interminables trámites y horribles vejaciones de un espediente judicial á la inocencia, estúpidamente calumniada. ¡Ay del pais en donde esta arbitraria costumbre llegase á establecerse! Valiera mas vivir entre cafres, que en una nacion en donde las mismas leyes sirviesen de torpes instrumentos para saciar venganzas ruines, é infames alevosías. Los mas honrados y pacíficos ciudadanos estarian á todas horas espuestos á ser víctimas de una atroz calumnia. La virtuosa madre veria arrebatár á su inocente hijo del seno de su familia. Ni en el lecho nupcial habria seguridad para un pacífico esposo. Cruzarianse los esbirros á deshora de la noche, cual asquerosas aves nocturnas, fúnebres agüeros de luto, llanto y desolacion, y á impulsos de una mentira infame profanarian con frecuencia el sagrado recinto de la honradez. Unicamente los malvados entonarían himnos de triunfo, mientras los

hombres intachables vivirían á merced de cobardes detractores. Desgraciadamente hay que lamentar en España algunos ejemplos de esta verdad dolorosa. ¡Dios quiera que en vez de repetirse, caiga toda la severidad de las leyes contra los execrables entes que hacen de la impostura y de la delación un tráfico homicida!

Cerró el ex-fraile las cartas sin poner en ellas firma ni fecha, y cuando iba á empezar á escribir el sobre en la primera, oyóse después de un fuerte campanillazo y de desaforados gritos de la *tía Esperanza*, el crujido de unas botas como si á pasos precipitados se aproximase alguno al despacho de fray Patricio. Volvió este la cara y se estremeció.

Don Luis de Mendoza estaba en el dintel de la puerta.

CAPÍTULO VII.

DON LUIS Y FRAY PATRICIO.

—Por fin, caballero— dijo don Luis en tono amenazador— tengo el gusto de hallarle á usted en casa.

—¡Oh! ¡mi apreciable amigo!— exclamó fray Patricio fingiendo serenidad y acercándose al recién llegado, después de haberse puesto la bata.

Don Luis le miró con altivez y desprecio, sin admitir la mano que familiarmente le alargaba el ex-fraile, y sin quitarse el sombrero.

Después de un instante de silencio, exclamó don Luis:

—¿Cómo tiene usted el atrevimiento de ofrecerme la mano de amigo?

—Me deja verdaderamente absorto— repuso fray Patricio.— Pues qué ¿no es ya amigo mío? ¿Ha olvidado tan pronto las pruebas de fina amistad que le tengo dadas? Acaso sin los cuidados que le prodigué cuando cayó gravemente herido en mis brazos, ya no existiría, pero... no hablemos de cosas pasadas... cumplí con mi obligación, y nada más. Lo que deseo saber es que nueva calumnia ha inventado contra mí la maledicencia. Yo que lleno de júbilo le he visto aparecer en mi cuarto... que iba á estrechar la mano de

una persona á quien he profesado siempre singular afecto... ¡me veo rechazado con ingratitud! ¿Qué es esto don Luis?

—Esto es que vengo á decirle á usted que es un hipócrita — dijo con indignacion el jóven Mendoza.

—¡Caballero! — exclamó fray Patricio en tono altivo, y recordando luego su habitual serenidad, añadió con afectada dulzura: — no quiero alterarme contra una persona con quien he simpatizado siempre. Yo, como mas viejo, debo darle ejemplo de moderacion; y le suplico, amigo mio, que si algo le han dicho contra mí, no me culpe sin oirme. Soy caballero de honor, señor don Luis, y si mis disculpas no le satisfacen.... entonces.... lo sentiré; pero sepa que estoy dispuesto á darle cualquier otro género de satisfaccion. Espero que se explique con calma.

—¿Y qué me dirá usted para justificar las inauditas ofensas que de usted tengo recibidas? Agravios hay de tal magnitud, que solo pueden repararse con la espada. Sé todos los atentados de usted contra aquella inocente jóven á quien pretendia seducir, y á quien, por no haber correspondido á un amor criminal, martirizó usted hasta el extremo de volverla demente.

—¡Válgame Dios! amigo mio.... — repuso fray Patricio moviendo la cabeza y cruzando los dedos de entrambas manos sobre su panza con las palmas hácia abajo. — ¡Me ha llamado hipócrita!... me ha insultado porque he sabido portarme como verdadero amigo!... Bien está.... Por eso no hay que acalorarse.... Le he dicho que como de mas edad debo darle ejemplo de moderacion, y lo repito; pero esta moderacion no puedo llevarla hasta el extremo de que consienta se me insulte impunemente. Este es un lance de honor, y como lance de honor debe tratarse; pero sin gritos, sin escándalos, con la calma y sangre fria que cumple á dos caballeros. Si queda vencedor, don Luis, nada importa.... desprecio la vida, y habré cumplido mi deber, primero como amigo, y despues como caballero. Si venzo yo, tendré un pesar que llevaré al sepulcro. La idea de haber dado muerte á una persona á quien en otra ocasion salvé la vida y á quien quiero entrañablemente, será para mí un tormento continuo.... Con todo, es preciso batirse.... Hay ocasiones en que todo debe ceder al imperio del honor. Usted lo ha dicho ya, don Luis.... *hay agravios de tal magnitud, que solo pueden repararse con la espada.*

Don Luis de Mendoza quedóse absorto al oír hablar con tan heroica serenidad á fray Patricio. Notaba en sus espresiones no solo la noble entereza de un completo caballero, sino cierta aparente sinceridad de afecto que hubiera hecho titubear al hombre mas desconfiado.

Despues de un breve silencio, continuó fray Patricio:

—¡Cómo nos ciega la pasion! Veo que ha dejado seducirse otra vez por los encantos de aquella que ya en otro tiempo le engañó!

—Señor mio — exclamó con dignidad don Luis — sepa usted que yo no sufro que se insulte delante de mí á esa jóven honrada, cuyas virtudes merecen consideracion y respeto.

—Me da lástima, don Luis, el engaño que le fascina. ¡Está en la creencia de que esa jóven es honrada y virtuosa! Muy bien... nada diré contra ella, supuesto que con tanto calor la defiende, nada recordaré de lo pasado... Solo le suplico que antes de formar tan mal concepto de un buen amigo, observe la conducta de esa muger... Todo Madrid está escandalizado de su desenfreno y de la impudencia del baron del Lago.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—No debo explicarme mas. Si pasára adelante, habria que mortificar á mi amigo, porque ó es preciso callar, ó tengo que decir verdades muy amargas, pero muy provechosas para quien supiese apreciarlas.

Todo el furor de los celos ardia en el corazon de don Luis, y al oír el nombre del baron del Lago, olvidó las maldades de fray Patricio, su astuta hipocresía, y hasta que era un rival despreciado que se gozaba en atormentarle. Así es, que asiéndole del brazo y temblando convulsivamente, fijó en él sus desencajados ojos y exclamó:

—Tú no eres hombre... tú eres un demonio que el infierno ha vomitado para mi tormento. Habla.... yo lo exijo.... habla.... ¿qué sabes tú de María y de ese odiado baron á quien acabas de nombrar?

—Por Dios, don Luis, serénesese... Yo no soy mas que un amigo que se interesa por su dicha y por su honor; pero repito que no puedo hablar.

—Habla... ¡infeliz!... habla ó teme mi furor.

Al decir esto, los dientes de don Luis rechinaban de cólera, y

asiendo á fray Patricio por los dos extremos del cuello de la bata, contemplábase como un loco, aguardando con ansiedad sus esplicaciones.



— Aunque me mate — dijo dulcemente fray Patricio — no hablaré una sola palabra, mientras le vea tan irritado. Sosiéguese, y no tendré el menor inconveniente en conferenciar con calma sobre este asunto; pues deseo darle una nueva prueba de la sinceridad de mi afecto.

— Es verdad — dijo don Luis soltando la bata de fray Patricio. — Es verdad... soy un atolondrado.

El desdichado jóven se quitó el sombrero. Copioso sudor bañaba su blanca frente. Sacó el pañuelo y le pasó repetidas veces por su rostro, que estaba pálido... demudado. Una sonrisa violenta asomó en sus cárdenos lábios; pero aquella sonrisa con que queria aparentar serenidad, solo destellaba la amargura de horribles sufrimientos.

— Ya estoy tranquilo... — exclamó en el momento en que con

mas rigor destrozaban los celos su pecho enamorado. — ¿No ve usted, caballero, como me sonrío? Bien puede usted hablar con toda franqueza.... ¿Qué se dice en Madrid del baron del Lago y de María?...

— Se ridiculiza la conducta de la baronesa en haber hospedado en su casa á una jóven á quien el baron habia tratado íntimamente en casa de la marquesa de Turbias-aguas. Se vitupera la impudencia del esposo que de tal modo abusa de la inocencia de su muger, y... ¿me permite decirlo todo?

— Prosiga usted — repuso con fingida amabilidad don Luis.

— Pues no falta quien dice, que todo ello es una especie de convenio matrimonial que se lleva á efecto con filosófica armonía, y que mientras el baron disfruta de los atractivos de la jóven soltera, la baronesa está en amorosas relaciones con el bizarro marquesito de Bellallor.

— ¡Villano! — exclamó don Luis que no pudo contener los impulsos de su indignación.

— Poco á poco, señorito — dijo fray Patricio en tono grave. — He llevado mi tolerancia hasta un extremo que raya en ridiculez. Sepa que yo no sufro insultos de nadie, y estoy pronto á hacerle ver que lejos de ser un villano... soy caballero.

Fray Patricio recalcó sus últimas palabras.

— ¡Oh sí!... — repuso don Luis con irónica sonrisa de desprecio. — Tengo pruebas evidentes de que es usted todo un caballero... un caballero valiente que jamás se vale de medios bastardos para deshacerse de sus rivales.... Un caballero relacionado con la hez de las tabernas... Un caballero que se vale de asesinos para satisfacer sus venganzas...

— ¡Esto es ya demasiado! — gritó desaforadamente fray Patricio. — Cualesquiera que sean las tendencias de unos insultos que no comprendo, ya no tienen mas que un desenlace.

— El duelo... — repuso don Luis.

— El duelo... sí — exclamó iracundo fray Patricio — pero ha de ser duelo á muerte... ¿lo entiende usted?... á muerte...

— Sí, á muerte — repitió don Luis — y entrambos personajes se dieron la mano.

Un instante despues, tomó un polvo fray Patricio, y dijo con admirable serenidad:

—Al anochecer espero se servirá usted acudir al café del Príncipe con dos amigos de su confianza. Tiene usted el derecho de elegir las armas. Yo iré con otros dos amigos, y ellos fijarán como padrinos el sitio y la hora.

—No haré falta—dijo don Luis, y desapareció.

Al anochecer acudieron ambos con sus correspondientes padrinos á la cita. Se fijó el desafío para el día siguiente. Don Luis de Mendoza eligió la pistola, y fray Patricio puso la condicion que habian de colocarse á solo cinco pasos de distancia, por manera que aquel á quien tocase la suerte de disparar el primero, podria contar con una gran probabilidad de quedar vencedor.



** La Fontana de Oro intervino en la novela
d. intris politico hasta el año 1870.*

CAPÍTULO VIII.

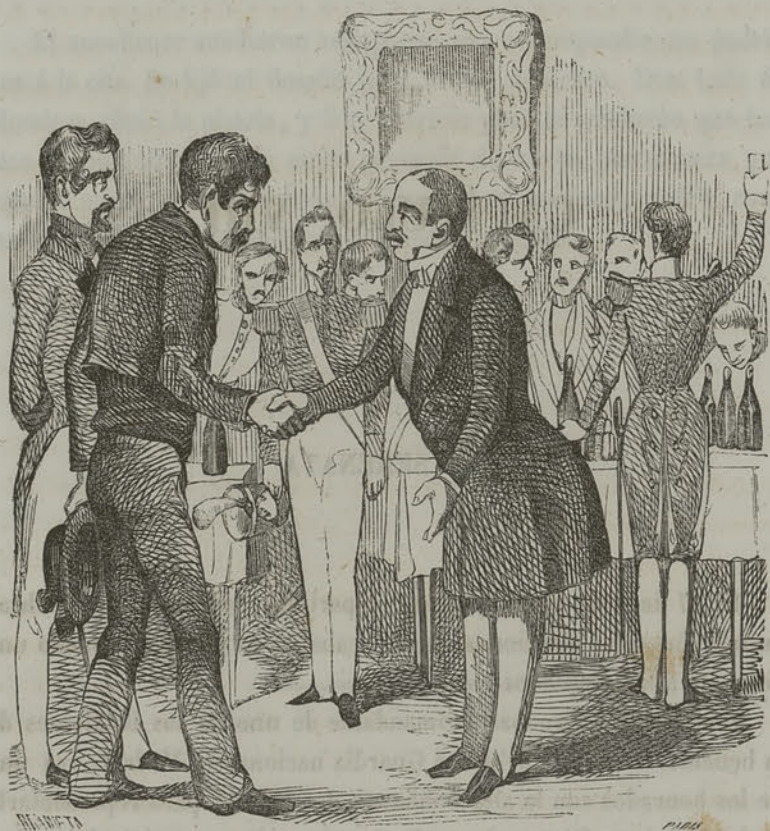
LA SERENATA.

El 17 de julio de 1836 trató el partido progresista de celebrar su triunfo en las elecciones que se acababan de verificar, dando una serenata á los diputados electos.

Don Luis de Mendoza, comandante de uno de los batallones de la benemérita cuanto brillante Guardia nacional de Madrid, era uno de los honrados con la alta confianza del pueblo para representarle en las próximas Córtes. Su anciano padre, de cuyos principios democráticos y avanzadas ideas tiene ya noticia el lector, rebotaba de júbilo y satisfacción al ver el distinguido aprecio que merecian á sus conciudadanos los talentos y virtudes de su digno hijo.

La Fontana de Oro se llenó de liberales, y el respetable marqués de Bellaflor parecia haber rejuvenecido entre sus verdaderos camaradas. De su imponderable gozo, de su activa amabilidad, de su infatigable celo en obsequiar á los concurrentes que se presentaron en su habitacion para dar el parabien á don Luis, no es fácil hacer una descripcion exacta. Con lágrimas de regocijo en los ojos mostraba su reconocimiento á cuantos le rodeaban. Desde las personas de la mas elevada aristocracia hasta los mas humildes artesanos re-

cibian sus eficaces obsequios. Su mano generosa estrechaba amistosamente y aun con orgullo la callosa diestra del honrado jornalero.



Pocos momentos bastaronle al patriota marqués para grangearse las simpatías de todos. Sus finos modales, su cordial franqueza, la amabilidad y elocuencia de su festiva conversacion, y sobre todo su avanzado liberalismo, cautivaron el mismo afecto que las virtudes de su hijo habian sabido conquistar entre los liberales de Madrid.

Varias mesas cubiertas de dulces, de esquisitos manjares y de toda suerte de bebidas, aumentaban la animacion de aquella escena de union y de fraternidad.

¡Contraste singular! mientras en obsequio de don Luis de Mendoza resonaban mil brindis de alegría, estaba este denodado jóven combinando con su enemigo el lance de honor de que hemos habla-

do en el anterior capítulo, el desafio á MUERTE que podia muy bien arrebatarse para siempre de los paternales brazos, y hundir en las tinieblas del sepulcro las bellas esperanzas de su porvenir.

El bondadoso padre ignoraba el peligro de su amado Luis. Creíale en aquel momento enteramente dichoso, y se gozaba en las dulces sensaciones que suponía afectaban igualmente el corazón del más querido de los hijos.

Don Luis, sin embargo, estaba pesoso y triste. Pero no se crea que la acerba melancolía que acibaraba todos los instantes de su existencia nacía de un sentimiento villano. Don Luis no conocía el miedo, y le inquietaba poco el desafio aplazado para el siguiente día. Lo que atormentaba sin cesar su pecho enamorado, era el rigor de los celos. Poco crédito hubiera puesto en las traidoras palabras de su execrable rival, si él mismo no hubiese presenciado los obsequios del baron del Lago á su adorada María, y el culpable desden con que esta desventurada acogió su última visita.

— ¡María infiel! — decía para sí el inconsolable jóven.... — No es posible... no... Tanta ingratitud no puede caber en su tierno corazón... Sin embargo... ni una sola mirada se dignó dirigirme, en tanto que admitía los galanteos de un nuevo rival. ¿Pero quién dice que le fuese grata la conversacion del baron? ¿Qué pruebas tengo de que María acogiese con aprecio los halagos de aquel hombre? Acaso estaba sufriendo en aquel instante un tormento cruel y no le era permitido explicarme sus sentimientos. ¡Vana ilusion! Pues qué ¿no tiene el amor un lenguaje más lacónico y expresivo que el de las palabras? ¿No basta un leve gesto, una dulce mirada entre dos que se adoran, para entenderse? Con una sola sonrisa hubiera podido tranquilizar mi espíritu, y ni siquiera se atrevió á levantar los ojos del suelo en presencia mia. Su confusion no era hija de inocente rubor, era el destello de su culpa, que no le fué posible disimular. Sí, sí, María es culpable... todo aquel aire de modestia... aquella candorosa timidez... aquella inocencia angelical que respiran sus dulces palabras... sus humildes acciones... todo es ficcion... todo engaño!... ¿Será posible que á tal extremo llegue la coquetería de las mugeres? ¡Demasiado cierto es!... Con todo, mi alma adolorida se resiste á dar crédito á tanta perversidad... ¡Dios mio! ¡Dios mio! no permitas, no, que bajo la imagen de un ángel se oculten los sentimientos de una furia infernal. Pero yo mismo he

acciones
simultáneas
dos acciones
paralelas

presenciado sus traiciones... Ha hecho alarde delante de mí de su ingratitude... Se ha gozado en atormentarme... y esto es horrible. Sin embargo... no puedo aborrecerla... ¡Qué digo!... ¡aborrecerla!... ¡Ay!... La amo mas que nunca... la adoro como un frenético... mientras ella hace ostentacion de sus desdenes. Una muger que así paga el amor de su amante leal, es capaz de todo. ¡Qué idea tan espantosa preocupa mi ardiente imaginacion! ¡La frente se me abrasa!... ¿Acaso será cierto cuanto me ha dicho de ella don Patricio?... ¿Seria posible que su demencia hubiese sido hija de la prostitucion?... ¿Que se me hubiese tendido un lazo deshonoroso?... No, no quiero creerlo... La maldad de ese hombre me ha sido revelada por un moribundo... En los últimos instantes de la vida no se miente nunca.

Embargados todos sus sentidos por estas profundas reflexiones, llegó don Luis de Mendoza á la Fontana de Oro.

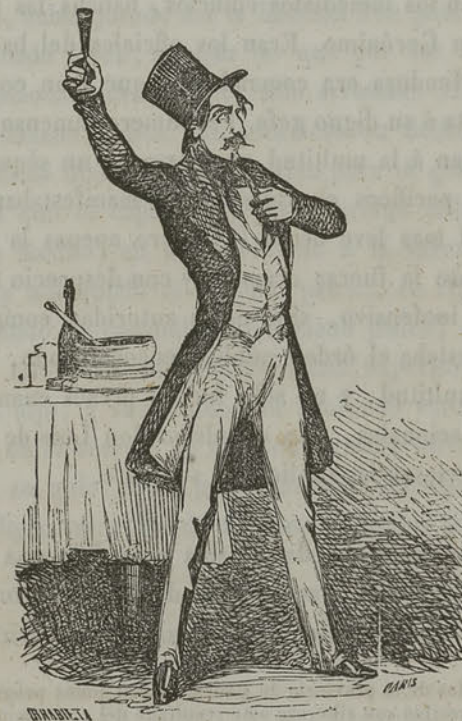
Al entrar en su habitacion resonó por todas partes prolongado y alegre clamoreo de vítores y aplausos. Su padre corrió á estrecharle en sus brazos, y todos se apresuraban á felicitarle. Todos envidiaban su brillante posicion, su glorioso triunfo, su imponderable dicha al ver á un jóven gallardo, tan favorecido por la naturaleza como por la fortuna; y aquel jóven creíase no obstante el mas desventurado de los hombres. Así engañan en el mundo las apariencias. No está la felicidad en las riquezas, ni en el fausto, ni en los halagos del aura popular, cuando agudos sinsabores laceran el corazón.

Pero don Luis, como hombre de talento, supo concentrar su dolor haciéndole mil veces mas cruel, y aparentar el amable trato que exige en sociedad la buena educacion.

Brindóse por la libertad, por la independendencia nacional, por el pueblo soberano, por la democracia pura, por los padres de la patria... en fin, no se omitió ninguno de los brindis que suelen oirse en las reuniones de los patriotas mas avanzados.

No faltaron tampoco improvisaciones poéticas de aquellas que suelen salir á relucir siempre en semejantes casos, y se sabe que han de ser consonantes *la española grey con igualdad ante la ley*, y *valientes ciudadanos, ó milicianos, con abajo los tiranos*, y aquello de *libre y fuerte con la libertad ó muerte*. Pero entre estos poéticos destellos de entusiasmo, descolló uno de algun quidam que te-

nia noticia del carácter enamorado de don Luis, que por su originalidad no dejó de avivar la úlcera que atormentaba al enamorado Mendoza; decia así:



Brindo por el jóven bello
que de ser libre hace alarde,
que nunca ha sido cobarde,
ni dobló el altivo cuello.
De su valor al destello
húndase el bando opresor,
jamás vea en derredor
ni un tirano, ni un verdugo.
Nunca se rinda á mas yugo
que al feliz yugo de amor.

Mientras una estrepitosa salva de palmadas aplaudia este brindis, asomó á los lábios de don Luis una indefinible sonrisa por entre la cual salió abrasador el hálito de un profundo suspiro.

Con los recursos que suele haber siempre en una fonda y el genio franco y generoso del marqués de Bellafior y de su hijo, prolongóse la funcion hasta la una de la madrugada; y Dios sabe

hasta qué hora se hubiera dilatado, si una ocurrencia imprevista no hubiese puesto fin al patriótico espectáculo.

La una acababa de dar cuando un resplandor rojizo, á manera de la extraordinaria claridad con que las voraces llamas de un incendio iluminan los inmediatos edificios, bañaba las paredes de la Carrera de San Gerónimo. Eran los oficiales del batallón de que don Luis de Mendoza era comandante, que iban con la música á dar una serenata á su digno gefe. Un número inmenso de hachas de cera alumbraban á la multitud que formaba un séquito respetable de honrados y pacíficos ciudadanos que manifestaban su alborozo sin cometer el mas leve desliz (1); pero apenas la serenata empezó, presentóse la fuerza armada, y con desprecio no solo de todo un pueblo inofensivo, sino de la autoridad competente, pues solo á la civil estaba el orden público encomendado, disolvió bruscamente á la multitud, y no solo fueron presos cuantos vestían el uniforme de nacionales, sino el mismo don Luis de Mendoza, sin que de nada sirviesen las súplicas de su padre.

.....
A esta estraña arbitrariedad, habia precedido una infame delacion de fray Patricio. Hé aquí explicado el valor con que se disponia á batirse con el valiente Mendoza. Fray Patricio habia apla-

(1) Los diputados de la provincia de Madrid fueron todos progresistas: el pueblo de la capital recibió con alborozo este resultado del escrutinio, y en la noche del 17 de julio fué á dar una serenata á los electos, alumbrando á la multitud una porcion considerable de hachas de cera. Desagradó al gobierno esta demostracion popular, y el capitán general que ya habia tenido en alarma la poblacion, haciendo recorrer las calles por numerosas patrullas, como si la tranquilidad pública estuviese amenazada, se acercó en la calle del Príncipe á los últimos que formaban el numeroso séquito de la serenata, y les preguntó con qué autorizacion iban de aquella suerte á la una de la noche por las calles. Estas gentes que seguian la música para oirla, sin saber tal vez qué objeto tenia, ni si habia autorizacion para dar la serenata, hubieron de contestar al general que esta ridícula pregunta acababa de hacer, que era con la autorizacion de los músicos. Esta respuesta fué para la autoridad militar, segun lo dijo en una orden de la plaza, una señal de conspiracion, un síntoma de asonada, y acordándose de que en el artículo 6.º, tratado 6.º de las ordenanzas del ejército, se previene que no se ejecuten fiestas ni actos que puedan ser motivo de juntarse mucho pueblo donde hubiese tropas de guarnicion ó de cuartel, sin dar parte primero al gobernador ó comandantes, se olvidó de que ni era comandante ni gobernador, y de que habia autoridades civiles á quienes estaba encomendada la conservacion del orden público, y mandó disolver la serenata con la fuerza armada. Indignóse el concurso de esta disposicion arbitraria, y aquella reunion hasta la sazón pacífica, empezó á gritar, á conmovirse, hasta el punto de hacerse peligrosa. Veianse en ella algunos nacionales con uniforme, y esto bastó para que todos fuesen presos, como si el vestir el uniforme de soldado del pueblo hubiera sido un delito. Las consecuencias de estas desatentadas medidas fueron funestas al gobierno. Nada compromete mas en efecto la posicion de los gobernantes que sus propios desaciertos y las demasías de los agentes á quienes confian su sosten.

zado el desafio para el amanecer, porque sabia que á media noche estaria don Luis encarcelado.

¡Cuántas esperanzas perdidas! Don Luis habia prometido á su amada la salvacion de su padre. Don Luis, al frente de los liberales mas decididos, habia jurado dar la libertad á su país.

Este denodado jóven, á pesar de que por ser comandante de la Guardia nacional, debia haber sido arrestado en el cuartel de la fuerza ciudadana, hasta que estuviese su delito comprobado; como en aquellos dias de desesperacion para el gobierno, no habia mas leyes que el capricho de la autoridad militar, fué conducido á San Basilio, en donde existia á la sazón alguna tropa acuartelada, y allí quedó el valiente patricio en rigurosa incomunicacion, dejando sin consuelo á su anciano padre, que pocos momentos antes tan gratas sensaciones habia experimentado por las glorias de su hijo, y sumergidos en profundo estupor á los amigos iniciados en el secreto de una conspiracion salvadora, que con la prision de su gefe, debia probablemente fracasar, poniendo en inminente peligro las vidas de muchos honrados liberales.

Este desdichado joven, a pesar de que por su formación de espíritu nacional, debía haber sido arrebatado en el campo de batalla, se salvó por el capricho de la suerte. Su destino le llevó a San Basilio, en donde existía a la sazón alguna tropa de caballería, y allí quedó el joven, víctima de rigurosos ejercicios militares, después de haberse en vano esforzado por escapar. En un momento de su vida, se le presentó un joven que le habló de la prisión de su país, donde prisioneros de guerra, se hallaban también algunos polacos, las vidas de los cuales dependían de la suerte de una expedición militar. Este joven le habló de la prisión de su país, donde prisioneros de guerra, se hallaban también algunos polacos, las vidas de los cuales dependían de la suerte de una expedición militar.

En breves días había todo cambiado enteramente de aspecto en casa de la baronesa del Lago. Desde el anhelado regreso de su marido habíase introducido la desunión en términos, que los dos esposos y María veíanse únicamente en la mesa y apenas se dirigían la palabra.

Solo el baron seguia prodigando finos obsequios á su jóven huésped; pero esta infeliz criatura recibíales con frialdad y aun con notable repugnancia, que si bien contenia en cierto modo la osadia del seductor, aumentaba su loco deseo de pervertir á la candorosa vírgen. El baron, lejos de ser cauto delante de su esposa, complaciase en hacer alarde de la predileccion que tributaba á María, porque persuadido como estaba de que don Luis de Mendoza habia obsequiado á su muger durante su ausencia, parecíale que vengaba su honor ultrajado, rindiendo el homenaje de su afecto á otra beldad. La filosófica resignacion de la baronesa habíase agotado ya en

Una revelación involuntaria. En breves días había todo cambiado enteramente de aspecto en casa de la baronesa del Lago. Desde el anhelado regreso de su marido habíase introducido la desunión en términos, que los dos esposos y María veíanse únicamente en la mesa y apenas se dirigían la palabra. Solo el baron seguia prodigando finos obsequios á su jóven huésped; pero esta infeliz criatura recibíales con frialdad y aun con notable repugnancia, que si bien contenia en cierto modo la osadia del seductor, aumentaba su loco deseo de pervertir á la candorosa vírgen. El baron, lejos de ser cauto delante de su esposa, complaciase en hacer alarde de la predileccion que tributaba á María, porque persuadido como estaba de que don Luis de Mendoza habia obsequiado á su muger durante su ausencia, parecíale que vengaba su honor ultrajado, rindiendo el homenaje de su afecto á otra beldad. La filosófica resignacion de la baronesa habíase agotado ya en

CAPITULO IX.

UNA REVELACION INVOLUNTARIA.

En breves días había todo cambiado enteramente de aspecto en casa de la baronesa del Lago. Desde el anhelado regreso de su marido habíase introducido la desunión en términos, que los dos esposos y María veíanse únicamente en la mesa y apenas se dirigían la palabra. Solo el baron seguia prodigando finos obsequios á su jóven huésped; pero esta infeliz criatura recibíales con frialdad y aun con notable repugnancia, que si bien contenia en cierto modo la osadia del seductor, aumentaba su loco deseo de pervertir á la candorosa vírgen. El baron, lejos de ser cauto delante de su esposa, complaciase en hacer alarde de la predileccion que tributaba á María, porque persuadido como estaba de que don Luis de Mendoza habia obsequiado á su muger durante su ausencia, parecíale que vengaba su honor ultrajado, rindiendo el homenaje de su afecto á otra beldad. La filosófica resignacion de la baronesa habíase agotado ya en

La filosófica resignacion de la baronesa habíase agotado ya en

vista de tanta afrenta, mayormente desde que María pagaba con ingratitud sus beneficios.

La pobre María, triste y desconsolada desde que tenia plena conviccion de que don Luis y la baronesa se amaban, no podia mirar con su natural ternura á la que antes era su amiga íntima, su amable y generosa protectora. La buena Emilia era para ella una rival odiosa que la habia hipócritamente engañado.

A este lamentable extremo habian llegado las cosas, cuando los anónimos de fray Patricio vinieron á completar la obra. Aquellas cartas fatales hicieron todo el efecto que el maldito fraile se propuso al escribirlas. En la predisposicion que habia en los ánimos de los diversos sugetos á quienes iban dirigidas, fueron teas incendiarias arrojadas en medio de espantosos combustibles. Solo faltaban estos elementos de discordia para que no dudasen María ni el baron de la criminal correspondencia entre don Luis y la baronesa, y esta fiel esposa tambien por desgracia habia llegado á convencerse de que María era su culpable rival. Solo su estremada delicadeza daba treguas á la resolucion que habia tomado de despedir de su casa á la que con tanta generosidad habia hospedado en ella. La prudente Emilia queria consultar á su buen hermano, antes de arrojar á la calle á María y privar á su familia de los beneficios que hasta entonces se le habian prodigado.

María no hacia mas que llorar... Grandes habian sido sus padecimientos, y sin embargo jamás habia sido tan desventurada como en aquellos terribles momentos en que se creia víctima del amor y de la amistad. ¿Quién podia ya inspirarle confianza en este mundo, cuando la mas oficiosa de las amigas y el mas rendido de los amantes la habian engañado? Con todo, aun frecuentaba aquella casa una persona que merecia su afecto, y contra quien de ningun modo podia concebir el menor recelo de connivencia; pero esta persona que habia sido su generoso salvador, el mortal benéfico que la habia arrebatado de las mazmorras de los locos, el que habia dado á su madre la salud y la vista, el que habia merecido de la pobre demente el afectuoso título de *el otro padre*, este hombre caritativo era hermano de la baronesa, y María preferia ahogar en su corazon el secreto de sus horribles martirios, á la sola idea de acriminar á la hermana de su bienhechor. Antes que darle este disgusto, estaba resuelta á morir de amargura.

Otra idea acibaraba los tormentos de María. Su padre estaba preso, y don Luis habia prometido salvarle. ¿Don Luis, que habia faltado, en el concepto de la desventurada jóven, á todos sus juramentos y promesas! ¿Y qué debia importarle á un hombre que hacia mofa de una pobre muchacha, la salvacion de su padre, ni la libertad de un miserable jornalero?

Este pensamiento desgarraba el corazon de María, cuando se le presentó una mañana su facultativo don Antonio de Aguilar.

Era el dia siguiente al de la prision de don Luis de Mendoza.

Tan pronto como el buen médico supo tan fatal acontecimiento, apresuróse á visitar á su convaleciente protegida, temeroso de que se le diese esta noticia de un modo intempestivo y brusco, que pudiese perjudicar su salud. Quiso participarle él mismo este nuevo contratiempo con la prudencia que reclamaba el estado delicado de María.

Esta jóven estaba sumergida en sus melancólicas meditaciones. Su hermoso canario, acurrucado en el extremo de una de las cañitas, la contemplaba silencioso y apesarado como el dia en que la desesperada hija del jornalero fué á venderle para dar de comer á su familia.

—¡Siempre triste, María, siempre triste!—esclamó don Antonio al entrar en la habitacion de la desolada jóven.

—No debe usted estrañarlo, don Antonio—respondió María con dulzura.—Pero con todo, me siento bien... estoy enteramente buena... y crea usted que en ninguna parte me restableceré tan pronto como al lado de mi madre... Tengo unos deseos de vivir en su compañía... Hace ya tanto tiempo que vivo separada de mis padres y hermanos, que me parecen un siglo los años transcurridos desde que abandoné el hogar paterno. En medio de toda suerte de privaciones, jamás he sido tan dichosa como cuando procuraba con mis cuidados compartir las fatigas de mi madre, aliviar sus penas y merecer sus tiernas caricias. Al considerar que mi separacion habrá aumentado sus quehaceres cuando necesita mas reposo que nunca para conservar la vista, que gracias á los talentos y bondades de usted ha recobrado, el deseo de ayudarla se acrecienta en mí por momentos, hasta el extremo de hacerme insoportables los dias que retardan mi suspirado regreso al seno de mi familia. Esto es lo que me tiene inquieta, y crea usted, don Antonio, que

no puede haber alegría para mí en este mundo mientras viva lejos de mis queridos padres. Esta es la causa de la tristeza que me consume, y solo aguardo el permiso de usted para volver á la humilde morada que no debí nunca abandonar. La compañía de mi madre y de mis hermanos, y los sanos consejos de mi padre, harán mi felicidad.



— A ver el pulso... — Pulsó el médico á María, y añadió: — muy débil... apenas se percibe. Si no se esfuerza usted, amiga mia... si no desecha esa melancolía que la devora, serán inútiles todos mis afanes.

— Crea usted que al lado de mi madre me pondría buena.

— No puede ser aun, hija mia, no puede ser. Debo seguir hasta lo último mi plan de curacion. Si por cambiar de método el éxito se malograra, no sabría consolarme nunca de ello. Mientras esté usted delicada, no sale usted de aquí. ¿Tan mal le va á usted en esta casa?

— No señor — repuso María esforzándose por sonreír, mientras

una lágrima que se deslizaba por su mejilla revelaba su acerba aflicción.

— María — repuso el médico en tono solemne — usted no está contenta... usted es infeliz.

— Es verdad — contestó María, y prorumpió en acerbo llanto.

— Llore usted, hija mia, llore usted — dijo el médico en voz conmovida — eso aliviará su corazón; pero aun necesita usted otro desahogo. Los pesares se mitigan cuando se depositan en la confianza de un amigo. ¿No merezco yo este título? ¿No me daba usted el de padre? Hable usted, hija mia, cuénteme usted con franqueza todos sus sinsabores, y Dios nos ayudará á encontrar un remedio á sus males.

— ¡ Ah señor! — repuso María sollozando — He sido engañada.

— ¡ Engañada! ¿ Y por quién?

María no pudo responder, el dolor habia formado un nudo en su garganta que ahogaba su voz.

— ¿ Sospecha usted de su amante? — preguntó don Antonio.

— Si no fuera mas que una sospecha... pero ¡ ay!... tengo pruebas de su perfidia.

— ¿ Es posible?

— La última vez que le vi, tuvo la crueldad de hacer alarde de su inconstancia... Desde entonces... no le he vuelto á ver.

Don Antonio creyó que debia aprovechar esta ocasion para participar á María la prision de su amante en los términos que menos pudiesen alarmarla.

— Sosiéguese usted, María, y sepa que si su amante de usted no viene á visitarla, es porque está arrestado.

— ¡ Arrestado! — exclamó sobresaltada la enamorada jóven.

— Sí, arrestado... por alguna falta leve del servicio... Ya sabe usted que un comandante de la Guardia nacional tiene ciertos compromisos... pero se me ha asegurado que es cosa leve, y que se le pondrá pronto en libertad.

— ¡ Dios quiera que no le suceda una desgracia!

— No sucederá... pero ¿ por qué dice usted que le es infiel?

— Porque el ingrato... ama á otra.

Al decir esto, recogió María con el pañuelo las copiosas lágrimas que manaban de sus bellos ojos.

— ¡ Ama á otra!... ¿ Será posible?... Acabe usted de confiarme

su secreto. Dígame usted el nombre de su rival.

—No debo.

—¿No debe usted decírmelo!... ¿A mí que soy su mejor amigo? ¿A mí... su segundo padre?

Don Antonio permaneció algunos instantes meditabundo.

—¿Ah señor! ¡por piedad! si quiere usted darme una prueba de que me ama...

—¿Necesita usted mas pruebas del cariño que le profeso? ¿No tiene usted aun bastantes testimonios del interés que me inspira su felicidad? Sin duda que no, cuando me niega usted su confianza.

—Yo bien quisiera decírselo á usted todo; pero soy tan desgraciada, que ni aun este consuelo me es permitido. El deber me prohíbe explicarme mas... No es por falta de confianza, no... Al contrario... la gratitud me impone silencio. Pero ya que usted se digna manifestarme un interés verdaderamente paternal, de usted depende mitigar mis padecimientos.

—Hable usted, hija mia ¿qué desea usted?

—Que me permita salir de aquí.

—¿Salir de aquí!—repuso el médico y quedóse otra vez pensativo.

—¿Hace tanto tiempo que estoy separada de mi madre! ¡Tengo tantos deseos de vivir á su lado!

—¿Salir de aquí!—repitió don Antonio siempre meditabundo—y no me nombra usted su rival porque se lo prohíbe la gratitud... María—añadió el médico en tono de solemne dignidad—todo lo comprendo. No se abandone usted á tan injustas sospechas... Mi hermana es incapaz del crimen que se le imputa.

—Señor...—esclamó María ruborizada.

—Ahora mas que nunca persisto en que no salga usted de esta casa. Quiero que al abandonarla lleve usted mejor concepto de su generosa protectora.

En este momento se presentó un criado del facultativo.

—¿Señor!—esclamó el criado.

—¿Qué ocurre?—preguntó don Antonio.

—Un caballero practicante del hospital—repuso el criado—que ha estado en casa en busca de usted, ha escrito allí mismo esta carta encargándome que la pusiera en manos de usted sin dilacion.

—A ver—dijo el médico apoderándose de la carta; y despues de leer el sobrescrito, añadió:—Aquí dice, en efecto, que es urgente. Con permiso de usted, María.

Don Antonio de Aguilar leyó la carta del practicante del hospital, la cual estaba concebida en los términos siguientes:

«Muy señor mio: hace una hora que han traído una enferma al departamento de presas, procedente de la Casa-Galera. El estado de su salud es alarmante y su dolencia se agrava por momentos. No solo urge por esta poderosa razon que se tome usted la molestia de acudir inmediatamente al hospital, sino que la misma enferma acaba de manifestar los mas vivos deseos de ver á usted para confiarle secretos de la mayor importancia. Como, atendidos los progresos de la enfermedad que esta infeliz padece, puede acontecer que de un momento á otro pierda el conocimiento, me apresuro á dar á usted este aviso.»

El médico hizo una inclinacion, y desapareció dejando á María abrumada de confusion, de vergüenza y de incertidumbre.

Deslizáronse algunos dias, y todo permanecia en el mismo estado, esceptuando no obstante los importantes descubrimientos, que por las revelaciones de una moribunda, unidas al mejor celo y á la mas atinada actividad y prudente destreza, iba haciendo el infatigable y digno facultativo del hospital general.

Una mañana del mes de agosto estaba María sentada en un sofá de su cuarto, sumergida en encontradas meditaciones, cuando una voz sonora vino á sacarla de su letargo.

—¿Hermosa María!

Hé aquí las palabras con que, presentándose de improviso el baron del Lago por primera vez en la sagrada habitacion de aquella cándida vírgen, tuvo la avilantez de empezar una nueva tentativa contra la virtud de la hija de Anselmo.

Dejemos para mas adelante la descripcion de esta animada escena, y pasemos á presenciar la conferencia no menos interesante que tuvo la baronesa del Lago con su hermano don Antonio de Aguilar.

Cambio
de hilo

...A un tipo de edificios que se levantaban en los barrios de San Antonio de Aguilar...
...El médico era un hombre de mucha instrucción y de mucha práctica...
...Durante el verano y particularmente en la canícula, tenía don Antonio de Aguilar la costumbre de madrugar y aprovechar las primeras horas de la mañana para el estudio...
...Por si ocurría en el hospital general alguna novedad que reclamase con premura su presencia, tenía alquilado un reducido, pero elegante cuarto principal muy bien amueblado, en la misma calle de Atocha, no lejos y á la misma mano de aquel establecimiento...
...Su despacho era una salita cuadrada, rodeada de estantes de caoba con cristales, que contenían no solo las mejores obras de medicina y cirugía, como el Tratado de Higiene por Foy, el de Química por Berzelius, el de Farmacia por Soubeiran, la Guía del médico práctico por Valleix, el Atlas de Anatomía por Masse, el Tratado de Cirugía por Chelius, el de Partos por Chaylly, el de Fisiología por Muller, el de Auscultacion por Andry, el de Botánica por Blanco,



CAPÍTULO X.

LOS DOS HERMANOS.

mirada auxiliar del centro

Durante el verano y particularmente en la canícula, tenía don Antonio de Aguilar la costumbre de madrugar y aprovechar las primeras horas de la mañana para el estudio. Dedicábalas todos los días á la lectura de los libros mas selectos de su profesion.
Por si ocurría en el hospital general alguna novedad que reclamase con premura su presencia, tenía alquilado un reducido, pero elegante cuarto principal muy bien amueblado, en la misma calle de Atocha, no lejos y á la misma mano de aquel establecimiento.
Su despacho era una salita cuadrada, rodeada de estantes de caoba con cristales, que contenían no solo las mejores obras de medicina y cirugía, como el Tratado de Higiene por Foy, el de Química por Berzelius, el de Farmacia por Soubeiran, la Guía del médico práctico por Valleix, el Atlas de Anatomía por Masse, el Tratado de Cirugía por Chelius, el de Partos por Chaylly, el de Fisiología por Muller, el de Auscultacion por Andry, el de Botánica por Blanco,

el de la *Tisis por Lonis*; escritos preciosos de *Vieta, Ametller, Piguillem, Codorniu, Mata, Alfaro, Argumosa* y otros profesores nacionales y extranjeros, sino multitud de libros de instruccion y recreo de autores escogidos de todos los paises. Tenia vistas al campo y recibia buenas luces y ventilacion.

Don Antonio poseia varios idiomas, y alternaba el estudio de los mas graves autores científicos con la amena lectura de bellas poesías y novelas de mérito.

Un dia que estaba embebido en esta grata ocupacion, fué distraído de ella por el anuncio de una visita, que no podia menos de sorprenderle á semejante hora y en dia de conmocion popular; era el 15 de agosto de 1836.

Acababan de dar las siete de la mañana.

—¿Tú aquí, querida Emilia?—dijo don Antonio viendo entrar á su hermana en el despacho.

—Sí, Antonio—respondió la baronesa del Lago—tengo que hacerte revelaciones de inmensa importancia. Hay ocurrencias tan extraordinarias como lamentables, que me obligan á tomar alguna resolucion que ponga término á ellas, y cualquiera que sea deberá ser violenta y acaso ruidosa. Nadie mas enemiga que yo de los escándalos, nadie mas inclinada por carácter y por conviccion á no dejarse llevar de arrebatos intempestivos; pero hay casos en que hay vilipendio en la tolerancia, y en que llegan los males á un extremo que son inútiles y aun perniciosos los paliativos.

—Dímelo á mí—repuso el médico—que me veo muchas veces en la necesidad de tener que amputar un brazo ó una pierna á un infeliz para salvarle la vida. Pero ¿sabes, Emilia, que me estremeces con ese introito?

—Deseando, pues, acertar en los medios que pongan mi decoro y hasta mi honor en el lugar que les corresponde, reclamo hoy tus consejos.

—Espícate... esas misteriosas palabras me tienen en la mayor zozobra. Ya sabes, hermana mia, que ocupas el lugar predilecto de mi corazon...

—Lo sé; y desde que murieron nuestros amados padres, no me ha quedado en el mundo mas que tu amor.

Emilia no pudo proseguir... los sollozos ahogaban su voz, y copiosísimas lágrimas surcaban por sus encendidas megillas.

Su hermano, al contrario, perdió enteramente el color... quedándose blanco como el jazmin.

—Sí, hermana mia—dijo conmovido—te ha quedado mi amor...—y con voz trémula añadió:—y qué... ¿no tienes tambien el de tu esposo?

—Mi esposo...

—Prosigue...

—Me es infiel.. —Y al decir esto dió la infeliz muger libre curso á su amargo llanto.

Don Antonio abrió maquinalmente los brazos, y Emilia se arrojó en ellos.

—Llora mas, querida Emilia, llora mas, llora en el seno de tu hermano. Eso tranquilizará tu espíritu, y cuando estés mas aliviada, me lo contarás todo, todo...—dijo con fraternal dulzura el facultativo.—¿A quién puedes confiar mejor tus secretos que á un hermano que te idolatra?

—Tus palabras me llenan de consuelo—repuso la tierna Emilia enjugándose las lágrimas.—Desde que he llorado... desde que he empezado á confiarte mis amarguras, el peso que abrumaba mi corazon ha desaparecido... no parece sino que un bálsamo consolador haya circulado por mis venas y me dé aliento para referirte mas tranquila las causas de mis infortunios.

—¿No lo ves?... Vamos, enjuga ya esos ojos, y dímelo todo sin afligirte mas... A veces la imaginacion se enardece y abulta nuestras desgracias... ¿Quién sabe?... tal vez hallaremos su remedio.

—No hay mas remedio que una separacion... Será dolorosa para mí, pero es inevitable.

—Antes de dar ese paso—repuso don Antonio con dignidad—es menester agotar los demas recursos. Tratemos de evitar un escándalo que refluiría siempre en tu perjuicio. Faltan leyes sábias, que, autorizando en ciertos casos el divorcio, dejen enteramente libres á los que unidos por los vínculos del matrimonio, declaren los tribunales haber suficiente causa para anular este enlace, sin que sirva de nota semejante sentencia á quien resultase inocente; pero toda vez que la ilustracion de la época actual no ha llegado hasta el punto de evitar por medio de tan sabia como justa providencia, los disgustos, desórdenes, y hasta crímenes inauditos que acarrea á la sociedad el haber hecho indisolubles unos lazos que,

argumentos á favor del divorcio.

—y sigue

uniendo para siempre, no solo personas que se odian mortalmente, sino sus intereses recíprocos, son fructífero semillero de domésticos disturbios. Las personas bien educadas, hermana mia, no deben olvidar esta grave falta de nuestra legislación; y para conciliar con ella los respetos debidos al público y los que el propio decoro exige, obligación suya es portarse con el tino y circunspección que asuntos de tan grave trascendencia reclaman. Pero dime, querida Emilia ¿quién es la cómplice de los desvíos de tu esposo?

— Su nombre te llenará de espanto, hermano mio... te parecerá imposible que se paguen con tan negra ingratitud los beneficios.

— Espílicate.

— Vas á tener un disgusto inmenso.

— No importa.

— Es una persona que te merece el mejor concepto y por quien te interesas con paternal cariño.

— ¿Es María? — exclamó el médico con impaciencia.

— La misma.

— No es posible — repuso terminantemente don Antonio. — Te repito, Emilia, que no es posible. María es un dechado de virtud... no cabe semejante perfidia en sus angelicales sentimientos. Hermana, ambas sois víctimas de una nueva trama de los enemigos de aquella encantadora jóven. María es inocente, no lo dudes, y cierta coincidencia me hace recelar que hay un misterio en estos acontecimientos que yo sabré penetrar.

— ¿Un misterio?

— Sí, Emilia. De algunos días á esta parte María está ciega-mente celosa, y... ¿sabes quién es el objeto de sus celos?

— ¿Quién?

— Tú, Emilia, tú. Con la misma certeza que me dices tú que la infeliz es cómplice de tu marido, me asegura ella llorando amargamente que tú estás en criminales relaciones con don Luis de Mendoza.

— ¡Hermano!

— Me equivoco, ella no me lo dijo ni quería hacerme tan dolorosa revelación; pero tenia recio empeño en salirse de tu casa, en volverse al hogar paterno... en huir para siempre de la opulencia y buscar su tranquilidad en los brazos de su pobre madre.

— Me dejas absorta.

— Yo creo que María es inocente, como estoy cierto de tu virtud, hermana mia; y con todo, ambas os mirais con ojos de desconfianza. Esto mismo ha fomentado vuestras sospechas y acaso ha empezado á engendrar un odio tan injusto como lamentable.

— ¡Ojalá, querido Antonio, que no tuviese yo motivo para odiar á esa muger; pero yo misma presencié todos los días las pruebas de una humillación que no quiero sufrir mas, y has de saber que sus criminales relaciones no son de ahora. Hace tiempo que se aman; y lo mas horrible es que tú mismo has sido víctima de un engaño inaudito, tú que inocentemente me has traído á casa á esa detestable rival. A pesar de su astucia y refinada hipocresía, no han sabido llevar el disimulo hasta el punto que exigía su maldad. Desde el momento en que presencié yo su entrevista en Aranjuez lo descubrí todo. La enormidad de su delito pudo mas que el fingimiento, y su mal reprimida turbación me reveló el fatal secreto de mi afrenta. Sospeché entonces que se amaban, y desgraciadamente no me engañé, porque mi marido lleva su frenesí hasta el extremo de hacer alarde de su inconstancia. Desde su regreso muéstrase cada día mas indiferente conmigo, no me dirige una sola vez la palabra, me mira con ceño adusto, y estoy cierta de que mi presencia le fastidia, que mi compañía le es odiosa; pero lo mas cruel es que todavía insulta mi humillación con su atrevida conducta. Delante de mí hace mi esposo alarde de tributar sus obsequios á esa jóven.

— Y delante de esa jóven te colmó don Luis de Mendoza la otra noche de atrevidos galanteos.

— Es verdad; pero yo los escuché con desprecio.

— ¿Y has oído tú alguna palabra de María que indicase su correspondencia al baron?

— No por cierto; pero ya todo Madrid habla de sus amores, y en prueba de ello, lee esta carta que me ha dirigido una amiga.

Emilia entregó á su hermano el anónimo de fray Patricio.

— La he leído — dijo con calma don Antonio, despues de haber pasado la vista por ella — y su contenido me confirma las sospechas que tengo de una trama diabólica. Afortunadamente he dado con el ovillo de este laberinto infernal. En pocos días he hecho grandes averiguaciones; hoy pienso completar mi obra, y pronto

sabrás de qué modo habeis sido víctimas de la impostura. Vámonos, Emilia.

—¿A dónde?

—A tu casa.

—¿Qué pretendes hacer?

—Te lo explicaré por el camino; pero me lisonjeo, hermana mia, que pronto serás feliz.

—Dios lo quiera; mas recelo que te engaña tu buena voluntad.

Don Antonio se vistió precipitadamente, y en el mismo coche de la baronesa del Lago, se dirigieron ambos hermanos á casa del baron.



Se consideraron por sus temáticas los ultimos capitulos.

CAPÍTULO XI.

LA SEDUCCION.

MIENTRAS la baronesa del Lago tenia con su hermano la conferencia que acabamos de describir en el capítulo anterior, el baron estaba empleando todos los recursos de su elocuencia para seducir á la desventurada hija de Anselmo el Arrojado.

—¡ Hermosa María! — exclamó el baron del Lago al presentarse con sobrada avilantez en el sagrado dormitorio de aquella honesta virgen.

Volvió María el rostro y levantóse azorada á la presencia de su seductor.

—¡ Señor! — dijo la candorosa jóven sobrecogida de un temblor convulsivo.

—No se asuste usted — repuso con dulzura el baron — soy yo... su mejor amigo... el hombre que mas se interesa por su felicidad. El que tuvo algun dia la imponderable fortuna de merecer su afecto de usted. ¿Ha olvidado usted, encantadora niña, que se dignó darme bellas esperanzas de ser correspondido?

—Estraño mucho, señor baron—respondió María, alentada por la misma osadía de su perseguidor—que me recuerde usted circunstancias que por su decoro de usted hubiera deseado olvidar; pero ya que las arranca usted del silencio de donde nunca debieron salir, me permitirá usted decirle, que si algun dia pude lisongearle á usted con espresiones de afecto que le hicieron concebir esperanzas que no pueden realizarse, fué porque vivia engañada. Me hizo usted creer que su corazon y su mano estaban libres... que aspiraba á poseer un amor legítimo, puro, que ante los sagrados altares recibiese la bendicion de Dios... Usted engañaba á una jóven inesperta, señor baron... y cuando este engaño debiera ruborizarle, me lo recuerda usted para que corresponda á su pasion! No, caballero, no espere usted nunca obtener de mí el mas leve indicio de correspondencia. Soy pobre, muy pobre, caballero; pero á las mugeres honradas, por pobres que sean, les queda siempre un precioso tesoro que guardar, y este tesoro es el honor. Suplico á usted, pues, encarecidamente que se compadezca de mí, desistiendo de sus inútiles pretensiones.



—Es imposible, María, es imposible. Conozco que cometí una grave falta en ocultar á usted mi estado; pero esta falta era hija del mismo amor que profesaba á usted... El recelo de que sabiendo usted que estaba casado no correspondiese á mi cariño, me indujo

á ocultarle esta circunstancia; pero ya que usted la sabe, espero no solo que me perdone un engaño hijo de mi pasion, sino que conociendo cuanto la adoro, se dignará apiadarse de mis sufrimientos. Yo no puedo vivir, hermosa mia, sin la esperanza de ser algun dia correspondido... con solo esta hermosa esperanza me creeria el mas venturoso de los hombres.

—Repito á usted, caballero, que se afana infructuosamente, y le suplico que no me hable mas en términos, á los que me es absolutamente imposible dar oidos.

—Es usted tan hermosa como ingrata; pero sepa usted que no desistiré nunca de mis deseos, porque son los únicos que endulzan mi existencia. Cuando se llega á amar con el ardor que circula por mis venas, no se retrocede, ni es posible extinguir el fuego que abrasa el corazon, y cuando el mio se consume en la llama que sus bellos ojos, sus gracias y sus encantos han encendido, pretende usted que olvide mi pasion! ¡Cruel! ¿Cree usted que tan fácilmente se apaga un volcan? No, no... yo no quiero vivir sino para amar á usted... para adorarla... y es inútil que me mande usted olvidar-la... esto es imposible... es el único mandato que no puedo obedecer á pesar de estar dispuesto á servir á usted como un esclavo. Exija usted de mí cuanto guste... será un dulce consuelo para mi el complacerla; pero dejar de amarla... nunca.

—Usted hará lo que guste, caballero; pero en cuanto á mí, repito que lejos de admitir un amor deshonesto como el que usted me propone, preferiria mil veces la muerte.

—No, María, el amor que propongo á usted no es deshonesto. Yo la amo á usted sinceramente con fervoroso anhelo de hacer á usted feliz. Créalo usted, ídolo mio, todo mi afan, todos mis desvelos se cifrarán siempre á darle gusto en todo. No tendré mas gloria que admirar su belleza y labrar su venturoso porvenir, no tendré mas ambicion que poseer su cariño y hacerme digno de él amándola constantemente y complaciéndola en todos sus deseos. No solo será usted la dueña de mi corazon... cuanto valgo... cuanto poseo es de usted... He tenido la fortuna de heredar una posicion brillante en Madrid, tengo inmensas riquezas para satisfacer no solo cuantas necesidades puedan sobrevenir, sino todos los caprichos que usted conciba por costosos que sean. Lejos de mortificarme los deseos de usted, tendré orgullo en verla á usted brillar en la

córte por los lujosos trenes de sus carrozas. Vivirá usted en un palacio rodeada de magníficos objetos y de personas atentas todas al mas leve gesto de usted para servirla como esclavos. Las mejores modistas de Madrid se pondrán á su disposicion para proporcionar á usted elegantes y riquísimos trages. No habrá diversion en Madrid á la que usted no asista rodeada de un lujo asiático que envidiarán las mas distinguidas bellezas de la córte. Una sola palabra que usted pronuncie puede hacerla la mas dichosa de las mugeres... un sí que asome á sus graciosos lábios, asegura para siempre su bienestar y colma la dicha del mortal que mas la adora en este mundo.

—Creo, señor baron, que no tengo necesidad de hablar mucho para que se convenza usted de lo infructuosa y repugnante que me es su pertinacia. Disimule usted si adolecen mis palabras de severidad. Hay á veces mas veneno en las frases dulces y sonoras, que en la natural aspereza de la verdad. Acostumbrada yo á decirla, declaro á usted terminantemente, señor baron, que ni le amo, ni podré amarle nunca, que ese fausto y esos oropeles que tanto halagan á los seres degradados, no fascinarán nunca á la pobre hija del jornalero Anselmo. En medio de la mas desesperada indigencia, con voz orgullosa al paso que debilitada por el hambre, me ha dicho mi padre una y mil veces: «en el mundo no hay mas que un tesoro positivo para la muger de bien, y ese tesoro es el honor.» Yo sabré conservarle y miraré siempre con ojos de compasion y de desprecio á esas miserables que se prostituyen para alcanzar un puesto distinguido en la sociedad, que no aman á los hombres, sino á sus riquezas, y miran con predileccion al que mas lujo pueda proporcionar á su insensata prostitucion. He dicho que no tendria necesidad de hablar mucho para convencer á usted de que nunca podré ceder á sus depravados intentos, y lo repito ahora, porque es imposible no penetre usted por los destellos de indignacion que deben haber demudado mis facciones, el efecto que han hecho en mi corazon sus deshonrosas proposiciones. La muger honrada no ama nunca por el sórdido interés. El verdadero amor es una emanacion de la divinidad.

—¡Bah! No seas inocente, Maria—dijo el baron tomando un tono familiar al ver que nada alcanzaba con románticas exclamaciones.—Tienes pocos años y por eso incurres en ciertas preocupa-

ciones que los progresos de la civilizacion han desterrado. La vida es muy corta... pasa con la velocidad de un rápido sueño, y no vuelve mas. Durante su curso no se alcanzan mas goces positivos que los que proporciona el oro.

—Dice usted que tengo pocos años... es verdad; pero tengo la edad suficiente para no dejarme seducir. Se aprende mucho en la escuela de la desgracia.

—Tontería... esa desgracia solo persigue á los que tienen las preocupaciones que tú manifiestas. Vamos, hermosa María, sé razonable.... Ven acá....

El baron dijo sus últimas palabras en tono picaresco, acompañándolas de una sonrisa cariñosa, y llevó el atrevimiento hasta el extremo de querer abrazar á María; pero la hija de un pobre jornalero estaba acostumbrada á despreciar fascinadoras promesas y caricias criminales. Preferia la virtud á todo, y sabia que la virtud de una muger consiste en no alimentar mas que un solo amor, amor acendrado, desnudo de ambiciosas miras é intenciones siniestras. Amaba á Mendoza, y aunque estaba en la inteligencia de que la habia engañado y no merecia tanta constancia, no podia imitar el ejemplo de esas vulgares mugercillas que se consuelan de la pérdida de un amante en los brazos de otros que tienen de reten.

—Caballero—esclamó María con indignacion—Si usted no se modera, me veré en la precision de dar un escándalo.

—¿Gritarás, eh?—dijo el baron siempre sonriéndose—nada importa. Los criados no te oirán, porque... están lejos, y mi muger no está en casa. A propósito ¿Sabes á dónde habrá ido la pica-rilla? A buen seguro que estará ahora consolando á su adorado Mendoza. Todas las mugeres son compasivas menos tú. Vamos, María, yo sé que amabas á don Luis de Mendoza, y que este jóven te ha abandonado por mi muger. Pues bien, ahí tienes otro motivo para que nosotros nos entendamos. Es un desagravio justo que todo el mundo aprobará. Con que... no seas así... y... venga un abrazo.

María quiso huir y el baron se puso en el dintel de la puerta de su cuarto. Entonces empezó María á llamar con desaforados gritos á Tomas, y el baron sonriéndose, dijo:

—¿Como ha de oirte Tomas desde la cochera? Todo es inútil... estamos solos... y no hay mas remedio que ceder...

—Se equivoca usted, caballero—dijo la baronesa presentándose con el médico.—No están ustedes solos.



Los dos hermanos habian oido gran parte del precedente coloquio.

—¿Qué es esto, señor baron?—Preguntó con gravedad don Antonio.

—Nada.... nos estabamos chanceando...—respondió avergonzado el baron.

—¿No son malas chanzas, vive Dios!—añadió colérico el facultativo.

—¿Que tono es ese, caballero?—repuso el baron del Lago.—Si usted trata de reprenderme, sepa usted que no tolero yo reconvenciones de nadie. Mas valdria que las dirigiese usted á su hermana.

—¿Cómo á mi hermana?

—Lea usted, y quedará plenamente convencido de que las merece. Lea usted.

Esto diciendo entregó el baron al médico el anónimo de fray Patricio.

Con sorpresa observó don Antonio de Aguilar que la carta que acababa de leer estaba escrita en igual papel, con idéntica tinta, oblea del mismo tamaño y doblada del mismo modo que la que le habia entregado su hermana. Confrontólas detenidamente, y adivinó que María debia haber recibido su correspondiente anónimo. Preguntóselo sin vacilar, y en efecto sacó María y puso en poder de don Antonio otra carta que no se diferenciaba de las anteriores mas que en el contenido.

—Todo está descubierto—esclamó con alegría don Antonio—pero es preciso confesar, amigos míos, que todos ustedes se han juzgado con demasiada ligereza por apariencias engañosas que los malvados han sabido aprovechar para introducir el cisma en esta casa. Todos ustedes son igualmente culpables, de consiguiente, no hay mas que olvidar lo pasado y reconciliarse para ser en lo sucesivo mas discretos.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono festivo y reconciliador. El baron del Lago, como el único verdaderamente culpable, fué el primero que acogió favorablemente la proposicion del doctor, y aparentando serenidad, esclamó:

—Cuanto me alegraría, señor médico, de que la conducta de mi esposa quedase justificada, pues no puede usted figurarse lo que costaba á mi corazon fingir nuevos amores... porque..... ¡necio de mí!... creia con esto tomar el desagravio de mi ofensa. Pero ¿qué enigma es ese? Explíquese usted, señor don Antonio.

—Todo el enigma se reduce—repuso el facultativo—á que las personas que tienen un interés en atizar la discordia entre ustedes, han dirigido un anónimo á cada uno en los términos que van ustedes á oír.

Don Antonio de Aguilar leyó en alta voz las cartas de fray Patricio, que no será malo repetir aquí para evitar al lector la molestia de hojear los capítulos anteriores.

«UNA PERSONA CELOSA DE VUESTRO HONOR OS FELICITA POR VUESTRO REGRESO. OBSERVAD LA CONDUCTA DE VUESTRA ESPOSA; DESDE VUESTRA AUSENCIA LE HA HECHO FRECUENTES VISITAS EL MARQUESITO DE BELLAFLOR. PODRÁ SER QUE VAYA CON INTENCION DE OBSEQUIAR

Á LA JOVEN QUE TIENE EN SU COMPAÑÍA; PERO SE CREE QUE LEJOS DE SER ESTO ASÍ, SE HA DADO HOSPITALIDAD Á LA TAL NIÑA PARA QUE SIRVA DE PANTALLA. LA PERSONA QUE ESTO OS ESCRIBE NO QUIERE QUE DEIS CRÉDITO Á ESTA CARTA, SINO QUE OBSERVEIS, Y OBREIS COMO HOMBRE DE TALENTO. LA AMISTAD QUE OS PROFESO ME OBLIGA Á DIRIGIROS POR ESCRITO UN AVISO, QUE ME REPUGNA DAROS VERBALMENTE, POR LA ODIOSIDAD QUE LLEVAN ESTAS OCURRENCIAS CONSIGO. NO ES MI OBJETO MORTIFICAROS NI MENOS INTRODUCIR LA DESUNION EN VUESTRA CASA; SOLO DESEO SALVAR VUESTRO HONOR. VOS HAREIS EL USO QUE JUZGUEIS CONVENIENTE DE ESTE AMISTOSO AVISO.»

«EMILIA: ERES MUY INOCENTONA. TODO MADRID SE RIE DE TÍ; PERO YO QUE TE COMPADEZCO, PORQUE TE QUIERO, ME PROONGO DARTTE UN AVISO AMISTOSO. QUE PERDONES Á TU MARIDO SUS TRAVESURAS ES VERDADERAMENTE MUY FILOSÓFICO; PERO ESO DE LLEVARLE TÚ MISMA LAS QUERIDAS Á SU CASA ES ALTAMENTE RIDÍCULO. TENIAS FAMA DE MUJER DE DISCRECION Y TALENTO; PERO TU CANDOR Y TU INOCENTE CONDUCTA VAN DESVIRTUANDO ESTA OPINION. TAL VEZ DESPRECIARÁS MI AVISO, Y CON ESTO DARÁS OTRA PRUEBA DE FILÓSOFA; PERO ENTRETANTO, CREE, AMIGA MIA, QUE ME DUELE EN EL ALMA EL VER QUE ERES EL JUGUETE EN TODOS LOS CÍRCULOS DE MADRID DE LAS GENTES DE BUEN HUMOR.—UNA DE TUS MEJORES AMIGAS.»

«MARÍA: NO PARECE SINO QUE DE NADA TE SIRVAN LAS LECCIONES DE LA ESPERIENCIA. DESPUES DE LO QUE HAS SUFRIDO EN CASA DE UNA MARQUESA QUE FINGIA PRODIGARTE TODA SUERTE DE HALAGOS, CREES AUN EN LOS BENEFICIOS DE UNA BARONESA! ¡INCAUTA JÓVEN! OBSERVA LA CONDUCTA DE LA MUGER QUE TANTAS BONDADDES TE PRODIGA. OBSERVA LOS OBSEQUIOS QUE EL QUE SE TITULA TU AMANTE RINDE A TU FINGIDA BIENHECHORA, Y SEGURAMENTE DESCUBRIRÁS LA CAUSA DE TANTA HIPOCRESÍA. DON LUIS Y LA BARONESA DEL LAGO MANTIENEN RELACIONES CRIMINALES; PERO LA BARONESA ESTÁ CASADA, Y ERA PRECISO APELAR Á UN OBJETO QUE JUSTIFICASE LAS VISITAS DEL AMANTE Á LOS OJOS DEL MARIDO. TÚ, POBRE É INOCENTE NIÑA HAS SIDO LLEVADA CON ENGAÑO Á ESA CASA PARA QUE EL VELO DE TU INOCENCIA CUBRIESE UNA PASION CRIMINAL. HUYE,

JÓVEN VIRTUOSA, DE ESA MANSION EMPONZOÑADA. VUELVE AL HOGAR PATERNO, DONDE TE AGUARDA EL AMOR DE TUS PARIENTES, EN MEDIO DE LA POBREZA, ES VERDAD; PERO TAMBIEN EN MEDIO DE LA VIRTUD, SIN LA CUAL NO HAY EN EL MUNDO TRANQUILIDAD DE CONCIENCIA. SIGUE ESTE CONSEJO QUE TE DÁ UNA PERSONA HONRADA.»

— ¡Qué osadía!

— ¡Qué infamia!

— ¡Qué maldad!

La baronesa, María y el baron pronunciaron casi á un tiempo las precedentes exclamaciones.

—Déjense ustedes ahora de inútiles aspavientos—dijo con amable jovialidad don Antonio;—y dejando á mi cargo la averiguacion y castigo del culpable, celébrese una reconciliacion cordial que afiance para siempre la felicidad de todos.

—Con mucho gusto—esclamó el taimado baron—y con los brazos abiertos se aproximó á su muger, que le recibió con afectuosa bondad.

Luego se abrazaron la baronesa y María, y el médico se despidió rebosando por todas partes júbilo y satisfaccion.

María no estaba plenamente convencida de la inocencia de don Luis; pero queria esforzarse por creerle digno de su amor, y corrió al instante á prender en su cuello el adorado medallon que por un impulso de sus celos habia arrojado en un cajoncito de su tocador. Abrióle con ansiedad, y al tirar del cordoncito, salió enredado en un billete.

Este billete iba dirigido á la baronesa. La letra del sobre era de don Luis de Mendoza.

María perdió el color. Un estremecimiento nervioso agitaba todos sus miembros.

Despues de breves instantes de angustia y sobresalto, leyó la infeliz la carta siguiente:

«Adorable amiga: debo á usted una aclaracion; pues no quisiera que me tuviera en mal concepto la persona á quien tanto amo. Confesaré la verdad para que vea usted que no trato de engañarla. Tuve algunas relaciones amorosas con esa muchacha que está en el hospital bajo el celo de su señor hermano de usted; pero

¿podía el corazón interesarse en el amor de una mujer cuyos excesos la han conducido al hospital? Hace tiempo que María (este es su nombre) no merece mas que mi odio; pero al manifestar mis deseos de que se la trate bien, sufragando yo los gastos, solo he escuchado la voz de la beneficencia.»

«Usted, mi tierna amiga, es el único objeto de mi amor, y crea usted que un solo destello de esperanza colmaria la ambición de su amante

LUIS DE MENDOZA.»

El lector se acordará de que el precedente billete fué entregado por don Luis á la baronesa, cuando creia culpable á María, y que la baronesa le dejó en su tocador. Tambien se tendrá presente que en el dormitorio de María habia dormido la baronesa antes de que saliese aquella del hospital. Aquel billete se quedó olvidado en el tocador, porque la virtuosa Emilia no se acordó mas de él.

Apenas tuvo María tiempo para concluir la lectura del fatal billete. Debilitado su espíritu por tantos azares lastimeros, no pudo resistir este último golpe, y se cayó sin sentidos.



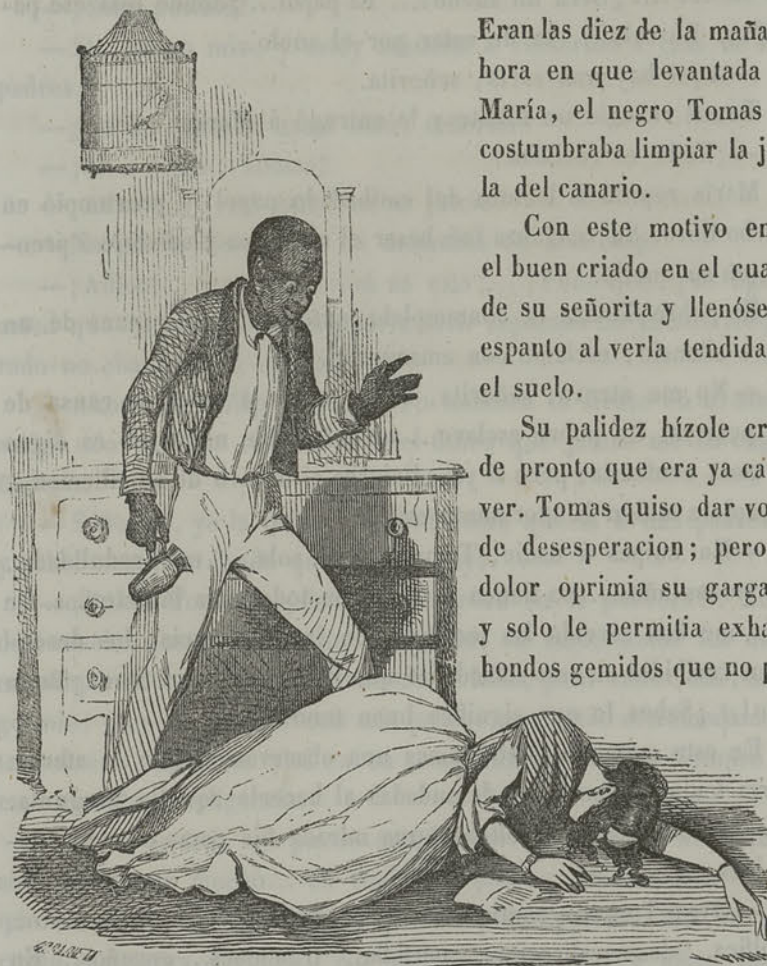
CAPITULO XII.

LA LEALTAD DE TOMAS.

Eran las diez de la mañana, hora en que levantada ya María, el negro Tomas acostumbraba limpiar la jaula del canario.

Con este motivo entró el buen criado en el cuarto de su señorita y llenóse de espanto al verla tendida en el suelo.

Su palidez hizole creer de pronto que era ya cadáver. Tomas quiso dar voces de desesperacion; pero el dolor oprimia su garganta y solo le permitia exhalar hondos gemidos que no po-



dian oirse de parte alguna. Afortunadamente tenia en la mano una jarrita de agua que traia para mudar la del bebedero del canario; roció con ella el rostro de María, y esta desgraciada empezó á dar señales de vida. Entonces levantóla Tomas, no sin trabajo, y la sentó en el sofá. Cojió despues un pomito de agua de olor que en el tocador habia, y se lo aproximó á la nariz. Apenas aspiró la jóven aquella esencia, abrió los ojos y dió un suspiro.

—¡Albricias!—esclamó Tomas, y no quiso ya llamar á nadie porque deseaba tener solo la gloria de haber hecho volver en sí á su querida señorita.—Soy yo...—añadió—¡ánimo!... no hay que asustarse.... eso no es mas que un ligero vahido.... Hoy se deja sentir el calor de un modo tan....

—¿Dónde estoy?—dijo María en voz débil.—¿Qué es lo que me sucede?... ¿Será un sueño?... El papel... ¿dónde está ese papel?... Búscalo.... ha de estar por el suelo....

—Aquí hay una carta, señorita.

Tomas recogió un billete y le entregó á María.

—¡Todo es realidad!

María repitió la lectura del malhadado papel y prorumpió en acerbo lloro. Su venganza fué besar el medallon y volverlo á prender en su cuello.

El pobre Tomas la contemplaba enternecido. Despues de un breve silencio, exclamó con amargura:

—No me atrevo, señorita, á preguntar á usted la causa de sus pesares. Un pobre esclavo... un miserable negro no es digno de tanta confianza; pero si yo adivinara el motivo de su afliccion... si supiera quién la atormenta así....

—No culpes á nadie, Tomas.... yo sola.... mi credulidad... mis pocos años... no tienen otro origen todos mis infortunios. De nada me han servido las lecciones de la esperiencia, los desengaños recibidos en esas sociedades que llaman de buen tono. ¡Buen tono!.. ¿Sabes lo que significa buen tono?

En este momento hizo Tomas una observacion que le aterró. María tenia las facciones demudadas al hacerle aquella pregunta. Sus ojos desencajados soltaban una mirada fija como cuando estaba loca.

—Oye, Tomas—continuó la desgraciada jóven—buen tono... significa... desmoralizacion... perfidia... traiciones... engaños... En

el gran mundo no se dice nunca la verdad.

—Por Dios, señorita, tranquilícese usted.

—Tienes razon, Tomas, debo tranquilizarme... Todo esto no es mas que un castigo de la Providencia por haber olvidado los consejos de un padre cariñoso. He padecido mucho; pero he alcanzado una leccion saludable... Sí, Tomas... estoy resuelta á huir para siempre de esta casa.

—¡De esta casa!.. Cuando ha recibido usted en ella tan generosa hospitalidad... cuando tantas bondades le ha prodigado la señora baronesa....

—Iguales beneficios me prodigaban en casa de la marquesa...

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que aquí tambien me engañan.

—¿Será posible?

—Sí, amigo mio, y estoy resuelta á volverme á casa de mis padres.

—¿Lo ha pensado usted bien, señorita?

—¡Sí... Adios, Tomas!

—¡Adios!... ¿está usted en su juicio?

—No puedo detenerme un momento en esta casa.

—¡Adios!... ¿qué espresion es esta?... ¡Pues qué! ¿se figura usted que el pobre esclavo podria vivir separado de usted? He jurado no abandonarla nunca.

—Ahora es indispensable... Yo tambien lo siento en el alma, amigo mio, porque tú solo eres el único que jamas me ha engañado...

—Señorita, yo la quiero á usted como queria á mis padres... y sabré seguirla donde quiera que vaya.

—¡Pobre Tomas!.. ¡siempre la virtud en la pobreza!.. Tendria mucho gusto en tenerte á mi lado, en verte todos los dias, en proporcionarte una vida cómoda y feliz; pero reflexiona, amigo mio, que voy á vivir con mis padres que están estremadamente pobres... Mientras viví en su compañía nos rodeó siempre la mas espantosa indigencia.

—Nada de todo eso puede arredrarme. Yo de nada necesito... solo quiero un rincon... en cualquier parte... Un rincon... Creo que no soy de peor condicion que un pobre perro... Yo no necesito cama para dormir... Lo que quiero es ver á usted todos

los días... y en cuanto á mi manutencion... sabré mendigarla, si no encuentro trabajo... y si algun día, señorita, carece usted ó sus padres del preciso alimento... les daré lo que haya podido yo recoger para mí... Ya vé usted que lejos de ser gravoso puedo aun serles útil...

La natural sencillez con que esplicaba el negro sus generosos sentimientos, conmovió á María en términos que no pudo responder, é impulsada por un efecto de gratitud, abrió los brazos y le estrechó cariñosamente en su seno.

¡Oh poder de la virtud! ¡Un miserable esclavo, un repugnante negro recibió un afectuoso abrazo de aquella belleza encantadora de quien la opulencia no habia podido nunca alcanzar el mas leve favor!

—Vamos pues— exclamó María con resolucion— Tomas, sígueme.

—Hasta la muerte, señorita.

—No me des ya ese título... trátame como á tu hermana. Vámonos, no perdamos tiempo.

—¿Está usted decidida á ello?

—Sí, amigo mio, y desde que he tomado esta determinacion, paréceme que me siento mucho mejor. Mi espíritu está mas tranquilo. Mira, tú me harás el favor de llevar mi pobre canario... es otro compañero inseparable de mis desgracias... Saldremos por la puerta del jardin.

—Con mucho gusto.

Tomas se apoderó de la jaula, María se puso maquinalmente el chal y sombrerito de paja, y ambos salieron de casa del baron del Lago sin ser vistos.

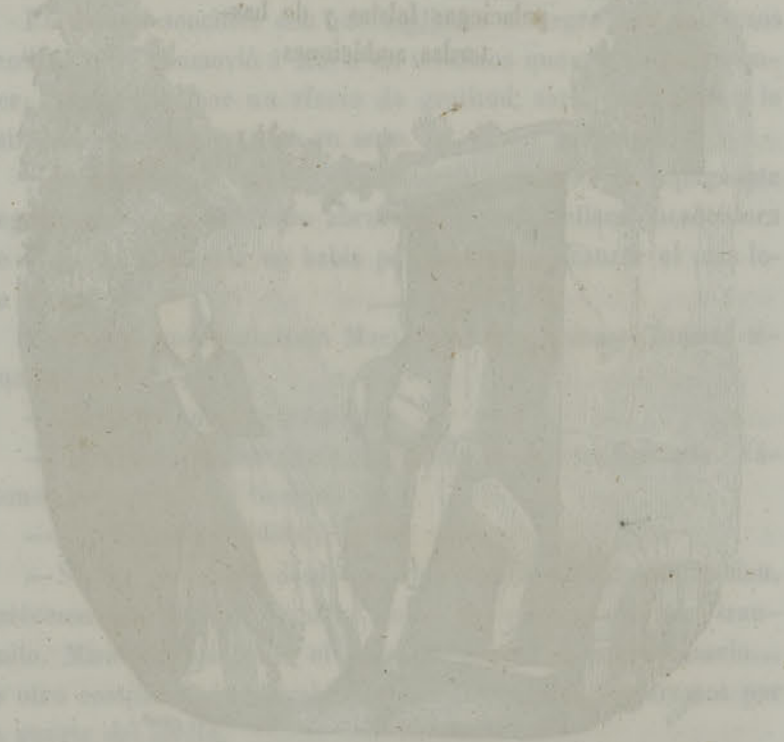
El 15 de agosto de 1836, despues de una série no interrumpida de infortunios, la desventurada María, que habia abandonado su casa á fin de no perecer de hambre, regresaba á ella mas infeliz que cuando recibió la bendicion de su padre, y llevaba un compañero además, no menos pobre y desgraciado. Ignoraba la virtuosa niña el golpe terrible que la amagaba, la inesperada calamidad que debia despertar en su mente la espantosa idea del suicidio. Pero no anticipemos el relato de tan desgarradora ca-

tástrofe; y abandonando por algunos momentos las escenas domésticas, reclama el interés de nuestra historia que retrocedamos á describir el estado de ansiedad y efervescencia á que el espíritu reaccionario de los gobernantes habia conducido á esta nacion magnánima, víctima siempre de palaciegas falsías y de bastardas ambiciones.



FIN DE LA QUINTA PARTE.

El poder legislativo es el que tiene el honor de representar a la nación, y es el que tiene el deber de velar por el cumplimiento de las leyes y de velar por el bienestar de la patria.



El poder ejecutivo es el que tiene el honor de representar a la nación, y es el que tiene el deber de velar por el cumplimiento de las leyes y de velar por el bienestar de la patria.

FIN DE LA QUINTA PARTE.

El poder judicial es el que tiene el honor de representar a la nación, y es el que tiene el deber de velar por el cumplimiento de las leyes y de velar por el bienestar de la patria.

PARTE SESTA

LA SOBERANIA NACIONAL.

CAPITULO PRIMERO.

PARTE SESTA,

La soberanía nacional.

PARTE SESTA.

LA SOBERANÍA NACIONAL.

CAPITULO PRIMERO.

EL GRITO DEL PUEBLO.



n hora menguada hubo de regalar al país la imaginación enferma y delirante de un poeta de más presunción que mérito, ese fárrago incalificable de insolentes adulaciones á la corona, de mezquinos halagos al pueblo, de máximas absurdas é insuficientes, de principios erróneos, contradictorios y degradantes, que constituyen el Estatuto real, parto del servilismo y del engaño, libelo infamatorio contra la dignidad de la nación soberana.

Y no se crea que al dar tan severa calificación á este raquí-tico injerto de costumbres estrangeras, á este miserable aborto de la hipocresía, lo hacemos á tontas y á locas sin mas objeto que satisfacer innobles miras de partido. Hablamos así llenos de buena fé y de convicción, sintiendo que la índole de nuestra obra no nos permita estendernos en un prolijo exámen del código á que hacemos referencia para que se vean en toda su deformidad los inmensos defectos de que adolece; pero bastará á nuestro intento tocar de paso sus principales absurdos para demostrar la razon que nos asiste, y la que tuvo el satírico Larra cuando dijo que el Estatuto era un vestido pequeño y estrecho para el cuerpo que debia cubrir. Argüelles le calificó de *apostasía*, y la nacion entera le rechazó con justísima indignación.

El Estatuto real establecia una cámara alta con el nombre de *Estamento de próceres*, ilimitada en el número de sus individuos; pero enteramente subyugada á la voluntad del gobierno. Completaba la mofa de los sistemas representativos una cámara baja titulada *Estamento de procuradores*, producto de un reducidísimo número de electores. Su mision era absolutamente inútil, porque ademas del *veto* que hacia ineficaces sus tareas, de nada podian entender las córtes, que no fuese sometido á su deliberacion por un real decreto. Por manera que ni la renta de doce mil reales, ni sus treinta años cumplidos, ni cuantos requisitos se exigían á los *procuradores* dábanles facultad para promover discusion alguna. Y no solo era prerrogativa esencial de la corona la iniciativa de las leyes, sino que á su arbitrio y cuando mejor cumpliese á su voluntad ilimitada, podia suspender, disolver, convocar, abrir y cerrar los Estamentos.

Dígase ahora si este menguado presente del *hombre funesto* no era una burla que hacia el poder de la soberana voluntad del pueblo. Este pueblo magnánimo, que no se rebelára nunca sino se abusára de su paciencia y sufrimiento, reclamaba con justicia el cumplimiento de sagradas promesas. Quería gobierno; pero gobierno justo y protector, á cuya sombra prosperase el árbol de la libertad con tanta sangre y tantas lágrimas regado. Horrorizábase á la idea de transaccion con los satélites de don Carlos, y agitábase iracundo en todas partes contra la insolentada avilantez de un gobierno opresor.

Satisfechos sin embargo los liberales de Madrid con el triunfo recientemente obtenido en las urnas electorales, esperaban obtener en los cuerpos legisladores el fruto de su victoria.

Málaga, la denodada y liberalísima Málaga alzóse el 27 de julio, y el pueblo y la benemérita Milicia nacional y su guarnicion proclamaron la Constitucion de 1812 en la Alameda con toda pompa y solemnidad. Propagóse esta sublevacion por todos los pueblos de la hermosa Andalucía como una chispa eléctrica, y bien pronto se hizo aquel glorioso movimiento verdaderamente nacional, bien pronto resonó imponente por toda España EL GRITO DEL PUEBLO.

Los rápidos progresos de la insurreccion amilanaron al gabinete Isturiz, pero ostentándose mas altanero y tiránico precisamente en aquellos instantes en que el miedo le consumia, acabó de pisotear las leyes cuya fuerza consideraba ineficaz para salvarse, y como todos los gobiernos moribundos, apeló á la de las bayonetas.

La valiente Guardia nacional de Madrid simpatizaba con los sublevados de las provincias, y conociendo el gobierno que no estaba lejos la hora de que se secundase el movimiento en la misma córte, espidió un decreto disolviendo la fuerza ciudadana, y quedó Madrid declarado en estado escepcional.

El 5 de agosto instalóse el imperio del sable junto al trono constitucional, y todas las autoridades quedaron á discrecion del ministro de la guerra. Mandóse suspender la accion de los tribunales, y establecióse una comision militar á la que pasaron los expedientes de sedicion. Querian darse espectáculos de sangre y de terror para contener la indignacion del pueblo, y en breves horas termináronse las causas pendientes.

Don Luis de Mendoza fué sentenciado á destierro, merced á las personas de grande influjo que se interesaron en su favor y lograron se conmutase en este castigo la pena de ser pasado por las armas, que habia dictado la comision militar.

La causa de Anselmo *el Arrojado* estaba ya terminada con la sentencia que condenaba á este desgraciado á morir en garrote vil. La Audiencia habíala remitido al juez de primera instancia que la elevó á consulta. El dia de la ejecucion estaba ya señalado por el juez que lo habia así noticiado oficialmente al hermano mayor de la *Paz y Caridad* para que dispusiese la asistencia al reo

en la capilla, al de la *Hermandad del Buen Pastor* que debía proporcionarle la cama según costumbre, y al capitán general para que diese auxilio á la justicia ordinaria en la ejecución de la sentencia y conducción del reo al patíbulo.

Ninguna alteración se hizo en estas disposiciones. El *Arrojado* era un pobre jornalero, y los pobres hallan difícilmente quien se interese por ellos. Lejos estaba María, cuando el 15 de agosto abandonó la casa del barón, de saber que el 14 había sido el día señalado para que un soldado valiente, un honrado padre de familia, un virtuoso artesano recibiese el galardón de sus méritos, de sus buenos servicios, de sus acrisoladas virtudes. Este galardón era el patíbulo, donde terminan sus maldades los delincuentes.... era la muerte en garrote vil!!!

CAPÍTULO II.

LA SENTENCIA.



DESDE que Anselmo ahogó entre sus manos al *tío Curro*, uno de los asesinos de su hijo, habíasele aislado en un calabozo en absoluta incomunicación. Dábansele los alimentos de costumbre con las precauciones de reglamento, y se le vigilaba con extraordinario rigor. Solo fray Patricio con sus diabólicas mañas logró introducir en aquel calabozo un papel que contenía los siguientes renglones:

«¡ Animo Anselmo! mucho será que tu hija no alcance tu perdón. Vale mucho un genio despejado y un buen palmito: el protector de la hija debe serlo del padre; nada más justo. No te apures por la suerte de tu familia... está en grande, y María no se contenta con un solo protector. Es muchacha que te honra por su

travesura, tiene buenas relaciones, y no es creible que porque le van á ella bien sus negocios, se olvide de su padre porque es pobre. Aunque tiene la niña bastante dosis de vanidad desde que tiene coche y lacayos, no creo que lleve su orgullo á tal extremo. Te doy estas noticias para que no desesperes, y sepas que no te faltará el apoyo de personas de valimiento, si se empeña en ello tu hija: con que ¡ánimo!—Un amigo.»

La exaltada imaginacion de Anselmo habia agotado ya toda suerte de reflexiones, la desesperacion habia terminado su curso, y su espíritu hallábase sumergido en esa calma espantosa que sucede al acceso de un furioso, y que es el estado habitual de un infeliz estúpido. Tenia Anselmo demasiado buen sentido para no conocer que desde que habia dado muerte en la misma carcel al asesino de su hijo, no le quedaba ya esperanza alguna de salvacion. Lejos sin embargo de estar arrepentido, sentía que no quedaban satisfechos sus deseos de venganza, y hubiera querido dar igual castigo á los cómplices de aquel malvado. Y no se califique este sentimiento de bárbaro y cruel, pues ni uno solo de cuantos hayan adquirido el sagrado título de padre dejaría de obrar del mismo modo, porque la apatía del que viese á los asesinos de su hijo sin inmutarse, seria el colmo de la perversidad.

Largo tiempo habia pasado Anselmo luchando con mil dolorosas meditaciones. En sus profundos y tristes pensamientos, nada habia olvidado, y no solo habia agotado ya, como hemos dicho antes, todas sus reflexiones, sino sus lágrimas que copiosamente habia tributado á la memoria de su muger y de sus hijos. El anónimo de fray Patricio habia acabado de desgarrar el corazon del jornalero; por manera que á fuerza de padecer, habíase empedernido este desdichado. Su largo y desordenado cabello, sus crecidas barbas, su mirada fija, y cierta moribunda sonrisa de altanera resignacion que contraia sus cárdenos lábios, daban un aspecto horrible á su rostro cadavérico.

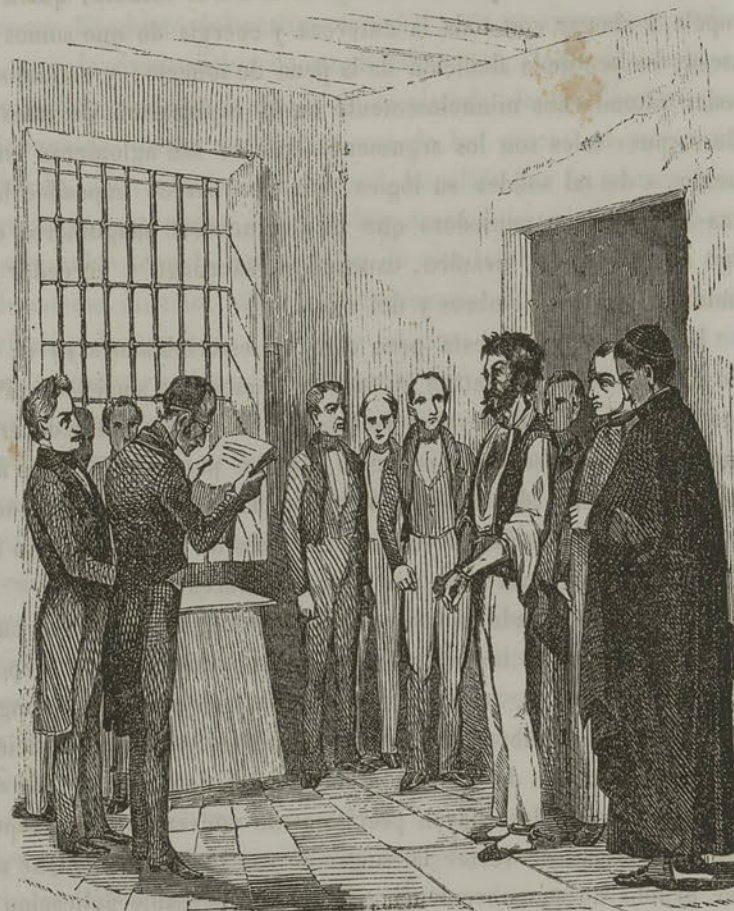
Hallábase Anselmo en completo estado de impasibilidad, y aguardaba resignado su fatal sentencia.

El 11 de agosto por la mañana se le mandó salir de su calabozo y bajar á otro departamento.

Paróle el carcelero á la puerta de otra estancia; y en presencia de una multitud siniestra por su circunspeccion y miradas es-

crudriadoras al par de compasivas, substituyó á las cadenas ordinarias del reo enormes y pesados grillos y esposas.

Aquella multitud imponente y misteriosa, eran el juez de la causa con su correspondiente número de alguaciles, los hermanos de la *Paz y Caridad*, y varios sacerdotes que debian prestar al sentenciado los primeros auxilios espirituales.



Identificada de nuevo la persona del reo, leyóle el escribano la sentencia de muerte.

Permítasenos interrumpir por un momento el curso de nuestra historia, para dejar en ella consignada nuestra opinion sobre la cuestion mas grave que pueda someterse á la inteligencia huma-

na. Procuraremos hacerlo con laconismo; pero concienzudamente.

¿ES Ó NO CONVENIENTE LA ABOLICION DE LA PENA CAPITAL?

No es por cierto un afán imprudente de parecer humanitarios, no es un deseo halagüeño de hacer alarde de encantadoras ideas, tan dulces, lisonjeras y deslumbradoras que simpaticen con los bellos sentimientos de todas las almas sensibles, sino la buena fé y la íntima convicción que resulta de un detenido estudio, quien nos impele á abogar con toda la entereza y energia de que somos capaces, en pro de la abolicion de la pena de muerte; y sentimos no poder estendernos minuciosamente en la esplanacion de nuestras ideas, pues tales son los argumentos que se nos aglomeran en la mente, y de tal solidez su lógica, que nos parece imposible haya una sola persona pensadora que no juzgue este sanguinario castigo como injusto, tiránico, usurpador, sacrilego y acreedor á la maldicion de los hombres y del cielo.

La imposicion de esta pena atroz y esterminadora es el mas feo borron de esa decantada cultura de la moderna sociedad. ¿Pues qué! ¿Puede ella declararse verdugo de sí misma? ¿Puede arrogarse y ejercer ese poder supremo con que pretende elevarse á la inaccesible altura de la Divina Providencia? ¿Pues qué! ¿Tiene la sociedad facultades para destruir á impulsos de un sanguinario instinto la mas preciosa obra del Supremo Hacedor?

Se alegará sin duda en favor de tan horrenda barbarie, que cuando los gobiernos de todas las naciones han aplicado en todas épocas la pena de muerte, no es creible que sea por un instinto sanguinario, ni que hombres que aspiran al sublime título de justicieros piadosos, hombres de opuesta índole, de distintos paises, de costumbres encontradas, hayan precisamente convenido en la repugnante necesidad de verter la sangre de sus semejantes. ¿Qué mayor prueba de su conveniencia, de su indispensable aplicacion?

Si tan peregrino argumento fuese atendible, poco hubiera progresado á buen seguro la civilizacion de los pueblos.

Por todos los pueblos del universo estendieron los jesuitas su dominio. Podria en consecuencia decirse, que cuando tantos paises los consentian en su seno, les rendian respeto y proteccion, y los mismos reyes humildad y vasallage, debian ser unos ángeles los benditos hijos de San Ignacio. El tiempo descubrió sin embargo su hipocresía, y la ilustracion del siglo presenta hoy como un triun-

✓
Cuestión
de debate
tambien
en el dia
del siglo

Anticipo de este debate el la credulidad de
los edictos borbónicos contra los doctos que ocupan
a las escrituras del periodo anterior

fo su espulsion, como hará alarde la sociedad algun dia de la supresion de la pena capital.

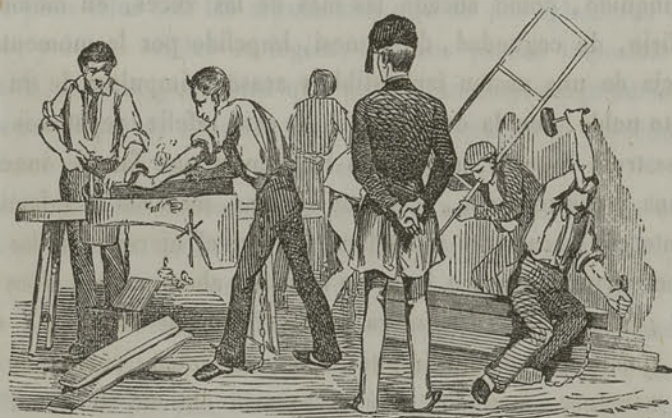
Abolirse debe la pena de muerte porque la sociedad no ha de cometer un crimen para castigar otro. No tiene facultades para separar del mundo á un ente á quien otro castigo puede convertir de criminal y nocivo en honrado y provechoso á sus semejantes. El norte de los tribunales debe ser la *justicia*, pero no la *venganza*. El objeto del castigo *corregir* pero no *esterminar*. Además, con la desaparicion de un hombre que fácilmente hubiera acaso podido volver á la senda de la virtud, de un hombre que ha delinquido, como sucede las mas de las veces, en momentos de delirio, de ceguedad, de frenesí, impelido por la momentánea violencia de una pasion irresistible y acaso á impulsos de un sentimiento noble, con la desaparicion de este infeliz, repetimos, con su desastrosa muerte, queda con frecuencia una familia inocente huérfana y desamparada, y lo que es mas, marcada la infamia en la frente con caractéres indelebles, sin que el ejercicio de las mas sublimes virtudes alcance lavar su mancha abominable. ¿Y es esto justo? ¿es moral? ¿es siquiera político? No por cierto. ¿Y si el pobre ajusticiado resulta despues ageno de culpa, como por desgracia acontece amenudo, qué desagravio obtiene su virtud? La inocencia queda ferozmente castigada, y los sucesores de la víctima no obtienen mas indemnizacion que un lloro perenne, la herencia de una infamia inmerecida, el desprecio y escarnio de esa misma sociedad que alimenta con sangre el gozo brutal de santificar con el venerando nombre de ley lo que en realidad es un asesinato horrible.

—¿Qué se hará entonces—dirán los defensores de la pena de muerte—qué se hará entonces de los grandes criminales? ¿Pues qué! ¿tan difícil es reducirles á perpétua reclusion? ¿No se inutilizan de este modo sus depravadas inclinaciones? ¿No es lo mismo para la sociedad que si hubiesen desaparecido del mundo? ¿Pues si por un lado se cumple este objeto importante, no es preferible semejante castigo al sangriento espectáculo de los patíbulos y fusilamientos, cuando tantas ventajas ofrece por otra parte la reclusion á la muerte? Sí, ventajas inmensas que no debieran nunca haber perdido de vista los legisladores.

Empréndase, ante todo, una reforma general de los presidios

de España. Háganse para ellos reglamentos humanitarios. Los presidios, así como todo linage de cárceles y calabozos, deben ser escuelas de moral, y no bárbaras inquisiciones para dar tortura á la humanidad. Hombres hay, por desgracia, que entran inocentes en los presidios, y aprenden en ellos á ser malvados hasta el extremo de salir con ansiedad de ejercer el robo y el asesinato; pero si todas las casas de correccion se montasen como la razon imperiosamente reclama, inmensas ventajas reportaria de ello la España.

La reclusion de los malvados, no solo libraria en tal caso de sus excesos á la sociedad, sino que seria útil y provechosa á los



mismos criminales. Custódiense en departamentos seguros, donde á la par que purguen sus atentados, se les moralice con el trabajo y la enseñanza de buenas doctrinas para que logren siquiera algunos de ellos conocer sus extravíos, arrepentirse sinceramente de ellos, y volviendo á ser útiles á la sociedad, puedan resarcirla en parte de los males que sus delitos ocasionaron (1).

(1) Con indecible complacencia citaremos como modelo el presidio de la hermosa cuanto ilustrada Sevilla. Hé aquí lo que dice de él el diario de aquella capital del 15 de junio último:

«En la tarde del domingo siete, tuvimos el gusto de visitar el presidio de esta capital, y no solo hemos visto confirmado el excelente concepto que nos merecia y de que ya otra vez dimos cuenta á nuestros lectores, sino desmentido el que en España no hay buenos establecimientos penales. Nos acompañaban el señor marqués de Sobremonte, comandante y mayor don Martin Lérida, quien con el celo y amable carácter que le distinguen hicieron se nos mostrasen los ricos y variados productos de aquella gran fábrica. Ya los conoce Sevilla, como que en mucha parte los consume, y como que actualmente está admirando las muestras que de ellos se hallan en la esposicion pública.»

«Fuera injusto el hacer particular elogio de alguno de los distintos talleres; pues que todos rivalizan en buen orden y no cabe mayor perfeccion en sus efectos. El número de telares es considerable, y en ellos se encontraban riquísimas cintas de seda, finísimos géneros de hilo, mantelería y cañamazo. El obrador de carruages y talabartería nos ofreció inspeccionar dos tilburis perfectamente construidos,

Y no se repitan aquí las enérgicas exclamaciones, que el autor de los Misterios de Paris pone en boca de Rodolfo cuando habla al Dómine de su castigo... «¡A presidio! (dice) no, no, tu físico de acero desafia los trabajos y miserias que arredran á la chusma, se rie de los correctivos del cabo de vara. Además... las cadenas se rompen... las tapias se derriban... los muros se escalan... el mejor dia te fugarias del calabozo para arrojarte sobre la sociedad como una fiera sedienta de sangre, dejando en pos de tí las huellas de la rapiña y del asesinato.» No se apliquen, repeti-

con una hechura elegantísima, con un charol que en nada desmerece al de los coches de Francia ó de Inglaterra, y con unas guarniciones de mucho mérito. En la zapateria encontramos muy buenos trabajos y que se venden á un precio baratísimo. Prolija seria nuestra tarea, si hubiésemos de seguir refiriendo las manufacturas que lo merecen de cuantas vimos.»

«Notamos que recibian muy buen trato los infelices á quienes la suerte condujera á aquel recinto, y que ellos tributaban á sus gefes una veneracion y obediencia sin límites. Los ranchos tenian muy buen aspecto.»

«El edificio, que es magnífico, se halla todo en un estado de aseo, de decencia y aun de lujo dignos de observarse. En los dormitorios habia hasta espejos y jaulas de canarios, y estaban los petates colgados en la pared á igual altura formando muy buena simetría. La botica es sin duda la mas elegante de Sevilla: está colocada en una habitacion de regular tamaño, amueblada con preciosos canapés de asiento carmesí, tiene en su testero una estantería de hechura arábiga, y un magnífico mostrador formado por una loza de mármol á la que sostienen dos sierpes doradas. Se está disponiendo para escuela un local dilatado y cuya pintura es de un gusto esquisito.»

«La enfermería se encuentra cual pudiera desearse. ¿Qué consuelo sintió al ver la nuestro corazon! Aquellos desgraciados tenian allí cuantos auxilios pudiera ofrecerles la caridad misma de sus familias: el que de ellos naciera en la opulencia no se veia precisado á sufrir un lecho de piedra, su cabeza descansaba sobre blandos reclinatorios, y á su cuerpo lo cubrian finísimas telas; el que siempre fué pobre, siquiera en aquellos amargos momentos, disfrutaba el regalo posible á que sus dolencias le hacian acreedor. Por el aire que allí se respiraba, difícil seria conocer que era la mansion de los enfermos; ni el mas pequeño miasma se percibia en la atmósfera; unos conductos situados contra el suelo y á regular distancia la renovaban continuamente.»

«Tambien nos agradó mucho la música del establecimiento y la creemos muy útil para en algun tanto distraer de sus justos pesares á los confinados. Se compone de estos y á la mayor parte ha sido necesario enseñarlos. La oímos tocar durante la última lista, y por cierto que hasta en esta tenemos bastante que elogiar, pues para pasarla se usaron la misma formacion y movimientos que la táctica militar dispone para los batallones del ejército. Son muy notables el buen orden é instruccion que á los sargentos deben sus brigadas.»

«Tenemos por muy seguro que en el presidio de Sevilla se llena el objeto de la ley. En él se enseña á trabajar al que tuvo la desgracia de no haberlo aprendido, se le hace al holgazan perder su hábito, se cultiva la inteligencia de los que concurren á sus aulas de primeras letras ó de dibujo, y se procura así moralizarlos á todos. Pero aun todavía se estienden mas allá sus beneficios, pues desquitando al presidiario solamente una pequeña parte del producto de sus trabajos, con la que se logra mantener al establecimiento sin gravar al Estado y hasta resultando un crecido sobrante, se le entrega el resto al darle la licencia, pudiendo servirle de auxilio para continuar viviendo despues en la sociedad.»

«Concluiremos recomendando á la nacion los importantes servicios que al frente de sus destinos la prestarán los actuales comandantes y demas gefes del presidio de Sevilla: creemos que el gobierno debe recompensarlos dignamente, y así lo pedimos con la opinion pública, por mas impotente que sea nuestro deseo.»

mos, las precedentes frases á todos los malhechores, por que afortunadamente no abundan los malvados del temple feroz y de la diabólica astucia que la ardiente fantasía de Süe ha concedido al iracundo Dómine; y aun cuando haya perversos de semejante fibra, no se crea imposible sujetarles. ¿Qué hombre, por execrable mónstruo que sea, competir puede con los tigres, los leones y las hienas? ¿Y cuando se doma á estos animales carnívoros, ha de ser tan difícil domar al hombre? A lo menos no hay en esto esa imposibilidad absoluta que existe en volver la vida á un inocente y darle un desagravio completo despues de haber espirado en el cadalso. Y si en todos casos hallamos nosotros injusta, desmoralizadora, bárbara é inicua la pena de muerte, nuestra indignacion sube de punto al verla con tanta frecuencia aplicada por causas políticas.

¿Puede leerse sin horror el inmenso catálogo de beneméritos y valientes españoles cuyo propio denuedo ha conducido al patíbulo en estos últimos años de civiles discordias? Esas escenas de sangre con que TODOS LOS PARTIDOS, pues desgraciadamente no podemos escluir ninguno, han contribuido á dar un carácter feroz á una revolucion no terminada, y que debiera ser regeneradora y benéfica, han perpetuado los odios y las venganzas.

Desde que los partidos, sin mas objeto que el de afianzar con el terror su dominacion, han apelado á los tribunales militares para conducir al patíbulo á hombres de relevante mérito, á héroes que habian derramado su sangre en defensa de la libertad de su patria, y que no tenian mas delito que seguir los impulsos de su conviccion y de su conciencia levantándose contra un gobierno establecido por otra revolucion, la sangre de ilustres víctimas ha trazado una senda de catástrofes espantosas que amancillan las páginas de nuestra historia.

Por los nombres de los generales Porlier, el Empecinado, Laci, Riego, Torrijos, Iriarte, Borso, Leon, Zurbano y otros.... por el de la ilustre patricia doña Mariana Pineda y ese inmenso catálogo de varones distinguidos por su saber y amor á la independencia y dignidad del pueblo, que han sufrido la muerte de los criminales, deducirse puede de cuántos héroes, de cuántos blasones gloriosos ha despojado á España la cuchilla de la ley.

¡Quiera Dios que llegue pronto el dia en que tanta obcecacion nos horrorice, y volviendo la sociedad de esa especie de delirio

que la ofusca, conozca las inmensas ventajas que reportaria de la abolicion de la pena de muerte!

Empiécese al menos por suprimirla en los asuntos políticos. Destiérrense para siempre esos espectáculos sangrientos que nos han privado de tantos héroes. Dia vendrá en que maldeciremos nuestra obra, y mas avanzada y razonable la sociedad, verá á la España entera postrarse de hinojos ante un panteon que encerrará las cenizas de los esclarecidos mártires de todos los partidos, y regará con lágrimas sus restos, levantando obeliscos á la gloriosa memoria de tan valientes españoles.

.....

Anselmo el Arrojado oyó su sentencia de muerte con asombrosa calma, y fué conducido por los hermanos de la Paz y Caridad á una pieza en donde se practicó el acostumbrado registro que se hace á los reos, para despojarles de todo instrumento con que puedan atentar á su existencia, y no encontrando en él cosa alguna, acompañáronle por fin á la capilla.

Los capitulos siguientes con sus extensas
cuadros descriptivos revelan una novela
moderna escrita en evolucion. Una
ambicion realista exadiva: todo Madrid,
sus alrededores, reales sitios, estadísticas, etc. Para
recordar a Galdós y Colás en Fortunata

CAPÍTULO III.

LOS ALREDEDORES DE MADRID.

Mientras obcecado el gobierno trataba de afianzarse en Madrid por medio de la opresion y de la violencia (síntomas infalibles del delirio, de la agonía y de la desesperacion) triunfaba el partido liberal en San Ildefonso... pero antes de dar al lector cuenta de los notables acontecimientos de *la Granja*, toda vez que vamos á conducirle fuera de Madrid, permítasenos distraerle de las melancólicas escenas de nuestro drama, y acompañarle á un paseo rápido por sus alrededores, con el doble objeto de que, sirviéndole de sojuz, pueda unir á la concisa descripcion que el curso de nuestra historia nos ha permitido ensayar de los primeros edificios de la capital de España, una idea exacta, aunque en bosquejo, de cuanto haya de notable en sus cercanías.

Dejemos por un momento á la tierna y fiel esposa de Anselmo llena de hermosas esperanzas, mientras su pobre marido recibe los últimos consuelos que ofrece la religion al que muere ino-

Paseo y cuadro

centemente en un cadalso. Dejemos á la desesperada María buyendo de la sociedad con su fiel negro, próxima á recaer á impulsos de sus tormentos en la horrible enfermedad de que la habia salvado un generoso facultativo. Dejemos á don Luis de Mendoza en tenebrosa prision sin poder salvar á su patria ni al padre de su querida. Dejemos á fray Patricio urdiendo nuevas é infernales tramas para laurear su triunfo. No tardaremos en seguir el curso de tan deplorables acontecimientos; pero creemos justo dar treguas al fatigado lector llevándole á respirar el aire libre de la campiña.

Hé aquí las puertas de Madrid que dan salida al campo.

Cinco son las principales: la de Alcalá, la de Atocha, la de Toledo, la de Segovia, y la de Bilbao.

La de Alcalá da paso al camino de Aragon y Cataluña. Forma un arco triunfal que inventó y dirigió Sabatini para perpetuar la memoria de la venida de Carlos III á la corte de España. Tiene cinco entradas, las tres del centro arqueadas, y cuadradas las laterales. Los adornos exteriores son ocho columnas jónicas. Los modelos de los capiteles trajéronse de Roma, donde fueron inventados por Miguel Angel para la fábrica del capitolio. Elévase un ático sobre su cornisa que remata en frontispicio con las armas régias sobre trofeos sostenidas por la Fama. Por la parte interior hay pilastras en vez de columnas, cabezas de leones y otros ornamentos ejecutados por Roberto Michel. La elevacion de esta puerta, sin incluir las armas reales, tiene setenta piés y los arcos diez y siete de ancho y treinta y cuatro de altura. La fábrica es de piedra berroqueña, y los adornos de la de Colmenar. Sus rejas son de hierro, y tiene en ambos lados la inscripcion siguiente: *Rege Carolo III. Anno MDCCLXXVIII.*

La de Atocha está al medio dia y conduce al paseo de las Delicias. Fué fabricada en 1748 de tan extravagante gusto, que en 1828 y 29 hubo que reformarla bajo la direccion del arquitecto Mariátegui. Consta de tres arcos iguales y corona el final de su ático, por la parte exterior, un escudo de las armas reales sostenido por genios y decorado de trofeos de guerra.

La de Toledo da salida al camino de Andalucía. Empezóse en 1813 por el arquitecto Aguado, y se terminó en 1827. Forma un arco de treinta y seis piés de elevacion y diez y ocho de ancho, con columnas de orden jónico. Hay dos puertas cuadradas late-

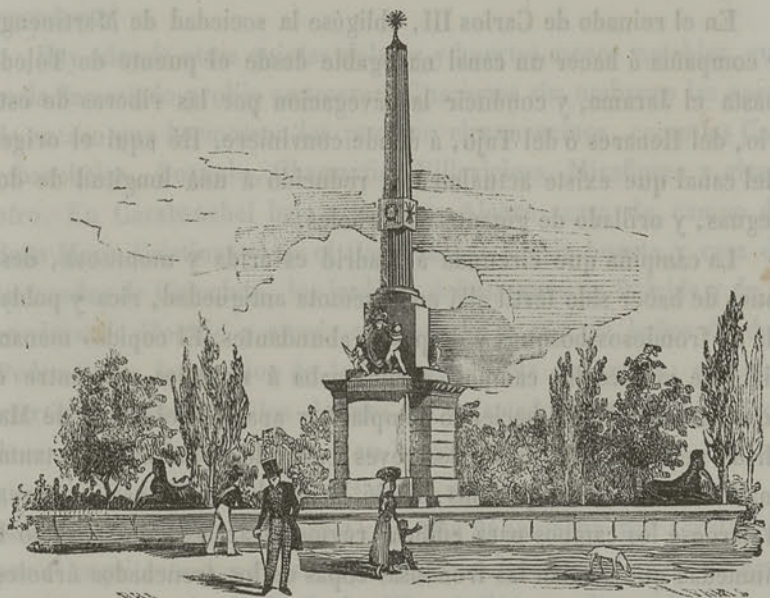
rales. En la fachada exterior descuella la España colocada sobre dos emisferios y otros adornos. En la interior véense dos genios que sostienen el escudo de armas de la villa y varios trofeos militares con una inscripcion latina dedicada al regreso de Fernando VII.

La de Segovia fué construida á principios del siglo XVII y da paso al camino de Castilla y Galicia. Su fábrica es de tan mal gusto y tan pobre, que no ofrece aliciente á la descripcion.

La de Bilbao, construida en 1787, se reduce á un grande arco con dos puertas laterales de excelente arquitectura.

Ademas de estas puertas principales, hay otras de segundo orden, como la de Santa Bárbara, la de Santo Domingo, la del Conde-Duque, la de San Bernardino, la de San Vicente, la de la Vega, y los portillos de las Vistillas, de Gil Imon, de Embajadores y de Valencia.

Entre los muchos paseos que rodean á Madrid, son los principales el de las Delicias, el de la Florida, el de la Virgen del Puerto y el de la Fuente Castellana. Este último es el mas hermoso por sus jardines, sus frondosos árboles y amenos bosques, su graciosa fuente del Cisne, y el suntuoso obelisco que, colocado en el centro



de una gran plaza circular, termina este magnífico paseo; obra mo-

derna y elegante que honra á los esclarecidos artistas que la han dirigido y ejecutado, y prueba que nuestros arquitectos, escultores y botánicos, rayan á la altura de ilustracion que descuella en los mas avanzados paises.

El Manzanares, ese célebre rio cuya europea nombradía contrasta con la escasez de sus aguas, tiene su origen en el término del lugar del mismo nombre, siete leguas distante de Madrid, y deslizándose de N. O. á S. E. cruza el Pardo, deja á mano derecha la Casa del Campo y á la izquierda Madrid, y va á juntarse con el Jarama á las diez leguas de su nacimiento. Procedente de las nieves de la Sierra, queda este rio casi enteramente en seco durante el verano.

Crúzale un puente á la salida de la puerta de Segovia, que lleva este mismo nombre. Fabricóse en el reinado de Felipe II bajo la direccion de Juan de Herrera y presenta un aspecto suntuoso.

Otro puente llamado de Toledo construyóse en 1735 siendo corregidor el marqués de Vadillo. Tambien respiran grandeza sus pilares y sus arcos; pero adolece del mal gusto de la época en que floreció el estravagante Churriguera.

Cuatro puentes mas dan paso á San Fernando, á la Casa de Campo, á San Isidro y á San Antonio de la Florida.

En el reinado de Carlos III, obligóse la sociedad de Martinengo y compañía á hacer un canal navegable desde el puente de Toledo hasta el Jarama, y conducir la navegacion por las riberas de este rio, del Henares ó del Tajo, á donde conviniere. Hé aquí el origen del canal que existe actualmente, reducido á una longitud de dos leguas, y orillado de gigantescos árboles.

La campiña que circunda á Madrid es árida y montuosa, despues de haber sido fértil allá en la remota antigüedad, rica y poblada de frondosos bosques y de pastos abundantes. El copioso manantial que vivifica los campos, serpenteaba á raudales por entre el inmenso arbolado, haciendo templado y apacible el clima de Madrid; pero del orgullo de los reyes, orgullo criminal que tantos males acarrea á los pueblos, nació la desolacion de esta comarca. Taláronse los campos para edificar régios alcázares, desapareció la humedad que atraian las frondosas copas de los tronchados árboles. Los rayos del sol abrasador secaron la tierra, y gracias á la ilustracion del gobierno de Carlos III, no fué completa la ruina, porque

afortunadamente se remediaron en parte estas desgracias, plantando dos millones de árboles en las praderas inmediatas al canal y otros muchos en los reales sitios que vamos ligeramente á describir.

La real *Casa de Campo*, destinada desde el reinado de Carlos III para sitio de caza, hállase situada á la parte O. de Madrid sobre la márgen de la derecha del Manzanares, frontera al real palacio, al cual da paso una senda de arcos subterráneos y un hermoso puente de piedra. Tiene tres leguas de circunferencia. Un gran lago y un estanque reciben las aguas de diferentes manantiales, y las prodigan á los bosques, huertas y jardines. Descuella entre suntuosos adornos la estatua de Felipe III á caballo ejecutada en bronce por Juan de Bolonia. Frente á una magnífica fuente, álzase la fachada principal del edificio.

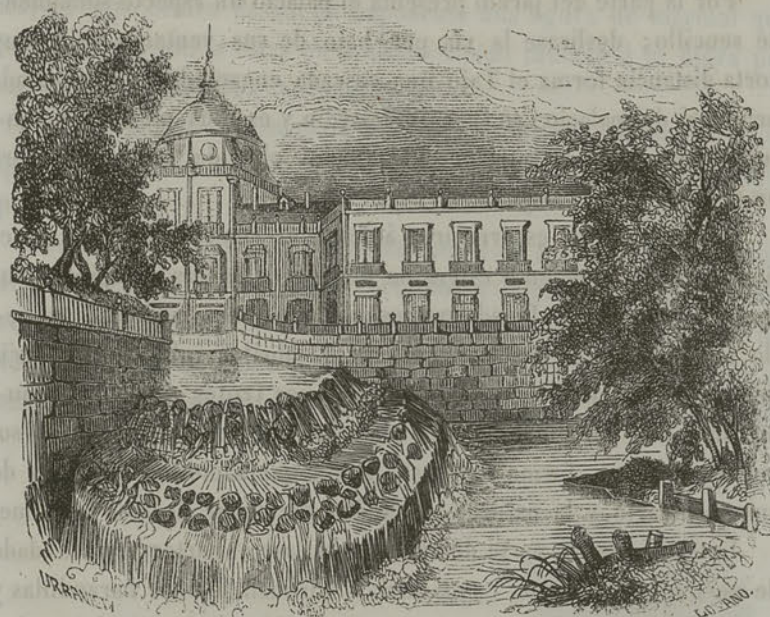
La *Moncloa* es otra real casa de recreo que fué en otro tiempo quinta de los duques de Alba. Está situada á un cuarto de legua de Madrid al N. O. y entornada de viñas, olivares y jardines. En esta posesion establecióse una fábrica de loza y porcelana.

Otro de los objetos mas preciosos de los alrededores de Madrid es la casa y jardin que posee en la *Alameda* el señor duque de Osuna. Situada á siete cuartos de legua de la córte á la izquierda del camino de Alcalá, ofrece con sus elegantes jardines una vista sorprendente.

Hay además otras quintas aisladas y huertas menos notables, que seria demasiado prolijo enumerar. Citaremos sin embargo las casas de recreo que hermosean los pueblos circunvecinos, como los Carabancheles, Pozuelo, Chamartin, Villaviciosa, Miraflores y algun otro. En Carabanchel bajo está Vista-Alegre, casa de campo de doña María Cristina, y en el Carabanchel alto la huerta y casa de los condes de Chinchon, los jardines del marqués de Bélgida y de la condesa de Montijo y otros: en Pozuelo la casa de baños de don Pedro Cano, la posesion de la baronesa viuda de Eroles: en Chamartin, el palacio de los duques del Infantado, que ocupó Napoleon en diciembre de 1808, y en Villaviciosa el castillo. A dos leguas N. O. de Madrid está el Pardo, por cuyo bosque atraviesa el Manzanares. El palacio de este real sitio de invierno fué construido por el arquitecto don Luis de la Vega de orden de Carlos V. Aumentóse en el reinado de Carlos III y recibió grandes mejoras en el de Fernando VII. Bellos salones de pinturas al fresco, ricos tapices

cuyos dibujos representan costumbres españolas, muebles elegantes, alhajas preciosas, un hermosísimo teatro, un jardín delicioso y el inmenso bosque que rodea la población, constituyen las principales bellezas del Pardo; pero á pesar de la suntuosidad de estas magníficas posesiones, no tienen punto de comparación con el asombroso alarde de riqueza, fausto y ostentación que por todas partes destellan los tres sitios reales que vamos á describir, dedicando un capítulo entero á cada uno, en gracia de su importancia inmensa, y para que sepa el mundo que hay en España bellezas de todas clases que son objeto de asombro de los viajeros, y descuellan en primera línea entre todo cuanto de mas sublime y maravilloso atesorar pueda la civilización de Europa. Unicamente nos aflige en este momento la triste reflexión de que tan admirables portentos se hayan consagrado al orgullo de unos pocos nacidos en régia cuna, mientras se olvida el bienestar de millones de artesanos laboriosos.

Empezaremos por la descripción de Aranjuez en el siguiente capítulo, é intercalaremos entre las pinturas de tanta magnificencia como encierran este sitio, *el Escorial y la Granja*, otros capítulos que sostengan el interés dramático de nuestra historia.



CAPITULO IV.

REAL SITIO DE ARANJUEZ.

SOBRE el origen del nombre de este suntuosísimo conjunto de bellezas andan asaz discordes los coronistas. Aseguran unos que fundado por los caballeros de Santiago de la inmediata AURELIA, el pueblo de Aranjuez, en el valle donde tuvieron los romanos un templo llamado ARANJOVIS, fué dominio suyo algun tiempo, hasta que prendados los reyes católicos de su bella situación, tomaronle bajo su amparo é hicieron en él varios jardines. Otros suponen que proviene su nombre del de ARANZ que se dió en la antigüedad á una villa que lindaba con el Real Palacio, y á la que substituyó la pintoresca población que nos ocupa.

Por la parte del jardín presenta el palacio un aspecto sumamente sencillo; deslízase la ría por bajo de sus ventanas, y á muy corta distancia forma el Tajo una cascada encantadora. La fachada principal del palacio cae fuera del jardín y es muy elegante y suntuosa como todo el interior del edificio, obra del famoso Herrera en el reinado de Felipe II.

Ardua empresa es arrojarle á describir sus encantadores atractivos. La sorprendente estension de sus deliciosas campiñas, sus magníficas fuentes, frondosos bosques y amenos jardines, su bello temperamento, especialmente desde abril á julio, la fragancia de inmensidad de flores, sus sabrosísimos frutos y plantas innumerables, el despejado cielo y radiante luz con que baña el sol tantos encantos, forma todo esto una combinacion fascinadora de cuanto el arte y la naturaleza pueden hermanar de mas sublime.

Entrando por la parte de oriente, hállase el parterre circundado de un imponente foso, cuyos muros coronan férreas barandillas y macetas de flores. Lo primero que cautiva la atencion es el espacioso estanque con la fuente del Tajo. Este rio está representado por la estatua de un viejo sentado en un haz de cardos, entre los cuales asoma una serpiente, cuya boca lanza con violencia un chorro de agua que se eleva hasta cincuenta y cinco piés. Cinco figuras alegóricas contribuyen á la elegancia del grupo.

A corta distancia está el estanque de los Peces. Hay en su centro dos niños jugueteando con un pato, cuyo pico forma un surtidor que arroja el agua á cuarenta piés de elevacion; y forma simetría con otro grupo de dos niños asidos á un pez, cuya boca constituye otro surtidor igual; hay luego otros estanques laterales con sendas ninfas abrazadas á una serpiente que arroja tambien por la boca un chorro de agua.

Hay luego tres alamedas en varias direcciones, cuyos álamos recortados simétricamente ofrecen hermosa perspectiva con los cuadros de matizadas flores y los zócalos de mármol que sostienen infinidad de macetas y jarrones.

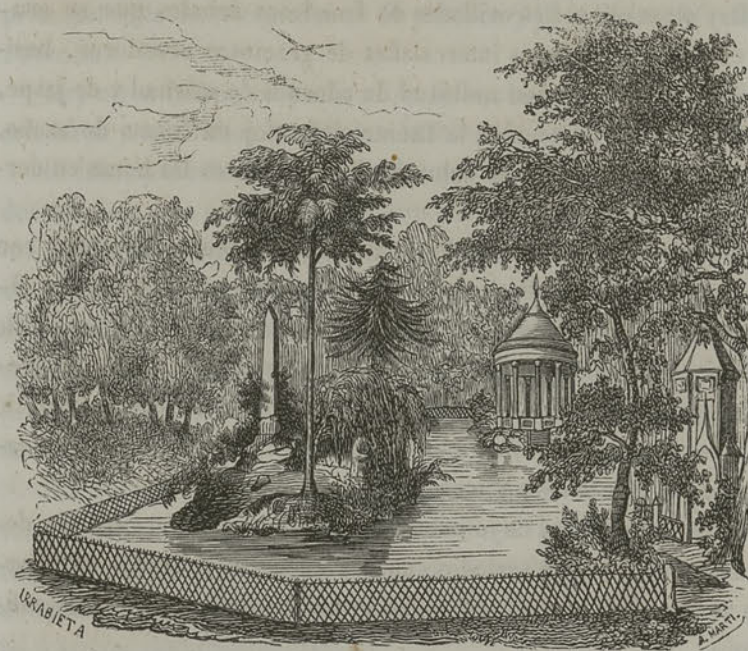
Sigue un jardinito con otra graciosa fuente, y se llega á una plazuela que da paso al *jardín de la Isla*.

Entrando en él por la orilla del rio, hay un puente que conduce á la calle del Dique Alto y á varios cuadros de preciosas flores y calles de plátanos, escalinatas y fuentes, hasta llegar á la de Hércu-

les, en cuyo centro descuella imponente una figura de mármol que le representa con la clava en la mano dando muerte á la hidra por cuyas bocas manan los caños de agua.

En una plazoleta llamada Puerta del Sol está la fuente de Apolo que representa á este dios pisando un dragon que arroja el agua por la boca.

Después de llegar á la lindísima fuente de Apolo, colocada al pié de una larga calle de chopos corolinos y lombardos; fácil le será ver á su visitador un delicioso sitio, donde millares de flores de todos los países y de todas las especies, rivalizan unas con otras en el mágico color de sus corolas y en el delicado perfume que dejan es-



capar. En medio de ellas se ve un estanque irregular imitando á un lago, en el cual hay tres isletas, con un puentecito para pasar á ellas y admirar ya una elegante y costosa rotunda de bruñidos jaspes y mármoles, ya un mausoleo de granito egipcio, y una fresca gruta coronada por un lloron y un árbol de amor, ceñida ademas de jazmines y rosales de Alejandría, entre los que aparecen porcion

de siempre-vivas, dejando apenas sitio á un colosal ababués, que elevándose de entre los demas árboles que le rodean, cimbre orgulloso sobre el sepulcro y cubre con su airosa copa toda aquella isleta: ya en fin, saliendo de este hermoso punto, puede pasar á un pabellon chino, desde donde sentado contemplará en toda su belleza el lago, y como sus aguas repiten cual un espejo, sus orillas y sus islas.

Esta cascada artificial en el Tajo presenta una pintoresca vista con sus preciosos adyacentes, cuales son la complicada fábrica de harinas en el primer término, y el puente colgado que está cerca de ella, con los jardines del Principe y Parterre que se ven en último término, formando un bellissimo conjunto que encanta á la imaginacion mas apática.

Hay otras mil calles orilladas de frondosos árboles que se cruzan en todas direcciones intercaladas de graciosos cenadores, bosquecillos y glorietas con multitud de adornos de mármol y de jaspe, hasta que llama la atencion la fuente del reloj en forma de araña, que con la sombra de una columna de agua marca las horas en derredor.

La plazuela de la fuente de la Espina tiene cuatro entradas con ocho grandes bancos de piedra, varios cenadores, columnas y pilastras de mármol y un lindísimo grupo de niños con un canastillo de flores sobre el frontis. La fuente es cuadrada con pretil de piedra jaspe, en cuyos ángulos con una columna de orden corintio descansa un pedestal sobre el que hay una ninfa que arroja un caño de agua por la boca y otro por cada pecho.

Otras mil fuentes cuyo minucioso relato seria interminable, decoran los inmensos y variados cuadros de flores rodeados de adornos sorprendentes, que por todas partes respiran fausto y magnificencia.

Las arboledas que se cruzan son innumerables. Las plazuelas están todas rodeadas de tilos negros, avellanos, castaños, lirones y dibujos de boj.

Es inútil encarecer los hechizos de este jardin, particularmente en la primavera, pues cuando el sol le hiere con toda su fuerza hállase abundante sombra en todas direcciones, y el murmullo de las aguas y el canto de los ruiseñores le convierten en morada apacible y deliciosa.

El *jardin del Principe* no es menos encantador. Entrase por la puerta del *Embarcadero* decorada con ocho columnas con sus correspondientes capiteles y cornisamento de orden jónico. Una calle de plátanos, chopos lombardos, corolinos y álamos negros conduce á la huerta ó jardin de frutas y verdura, y á las tres plazas de plátanos de occidente, olmos y acacias americanas.

Es notable el trozo de terreno poblado de mirtos, aceres, flores de amor, sauces de Babilonia y laureles teñidos.

El *jardin Anglo-chino* compuesto de irregulares bosquetes que forman tortuosas calles es ameno por su frondosidad. En una plazuela de plátanos de occidente y acacias de extraordinaria magnitud hay una especie de laguna donde estaba la fuente de Narciso.

Es muy linda la fuente de mármol blanco llamada del *Cisne*. La principal calle de este jardin es de plátanos y lleva el nombre de la *Princesa*.

Hay otros hermosos jardines de toda clase de flores y frutales, criaderos y semilleros de árboles exóticos y anchurosos estanques.

El laberinto á la inglesa es un bosque de tan preciosos y escogidos árboles, que embalsaman el aire cuando llega la florescencia.

Seria nunca acabar si hubiésemos de enumerar todas las preciosidades de estos magníficos jardines, cuya circunferencia, como dijo ya la baronesa del Lago, es de mil novecientas y cinco varas castellanas, por lo que, habiendo ya dado una idea de lo principal, pasaremos á describir el palacio que tiene el título de *Casa del Labrador*.

Diósele este nombre, porque el primer pensamiento fué efectivamente construir una casa rural; pero los reyes tienen demasiado orgullo para buscar la hermosura en la sencillez de la naturaleza, y de semejante humildad, no le quedó mas que el título, pues viene á ser un suntuosísimo alcázar.

Tres magestuosas entradas, dos laterales en forma de arcos almohadillados y otra céntrica con dos columnas y elegantes relieves en la fábrica de todas ellas, formando canastillos de flores y agrupados atributos de labranza y jardinería, dan paso á tres calles de plátanos que conducen al puente de la gran ria curva que forma isleta al palacio.

La arquitectura de la fachada es de esquisito gusto, con estatuas de los mas esclarecidos escultores españoles, representando perso-

nages mitológicos y dos famas de escayola que con caracteres dorados ostentan la siguiente inscripcion: *Reinando Carlos IV año de 1803.*

Quince bustos y doce jarrones colosales de mármol blanco de Carrara coronan este régio edificio, en cuyo interior brillan maravillosamente los prodigios del arte.

Una escalera de mármoles, bronce y escayolas con columnas de orden corintio, cañas de mármol encarnado de Cabra, chapiteles de mármol blanco, antepechos de bronce y peldaños de caoba, conduce á veinte y dos magníficas piezas dignas de particular mencion.

La primera está pintada por Velazquez con pasmosa maestría. Hermosísimas vistas de paisés y cacerías cautivan deliciosamente la atención.

La segunda pieza es un gran salon con preciosas colgaduras de gusto etrusco. Cuatro mesas y sillería de brazos forrada de rica seda, todo de finas maderas con primorosos embutidos, cuatro rinconeras con piedras de mármol blanco, dos candelabros de bronce con pedestales también de mármol, seis jarrones de bronce, ocho tridentes de cristal, un soberbio reloj encima de la chimenea y otro de mayores dimensiones con caja de caoba, bronce y mármol, ambos con su correspondiente guarda-polvo de cristal, y dos arañas de esquisito gusto, forman el régio ajuar de este suntuoso salon. Las pinturas del techo son de Velazquez y Maella. Representan las cuatro partes de Europa, los escudos de las armas de España, Parma y Austria, y varias figuras alegóricas.

La tercera pieza está decorada con vistosas colgaduras de seda floreada. Constituyen sus muebles tres mesas con mármoles tallados que ostentan siete grupos de china de Biscuí y graciosos candeleros chinoscos de bronce, nueve cuadros que representan otras tantas vistas, ejecutadas por Brambila, y catorce sillas talladas. El techo está pintado por Velazquez y representa el carro de Neptuno, los Vientos, Venus, Cupidos y las Gracias.

La cuarta pieza lleva también colgaduras de finísima seda, y encima de una mesa vése un magnífico reloj que figura á una matrona de bronce, con dorados, adornos y pedestal de mármol. Entre los ricos muebles de esta sala, llaman particularmente la atención dos jarros de china y unos cuadros en miniatura con graciosos pajaritos de mucho mérito. La pintura del techo es de Perez y representa la

carroza de Venus tirada por dos pavos reales y tres cupidos.



La quinta pieza, adornada igualmente de sedosas colgaduras, contiene un reloj de Biscuí con dos jarros laterales y floreros de china de Sebe con sus correspondientes guarda-polvos de cristal, sobre una mesa tallada. La sillería guarda uniformidad con la mesa, y entre otras preciosidades descuella un termómetro de distintas maderas labradas con primor. El techo representa cuatro medallas sostenidas por sirenas, en las cuales hay graciosas vistas, todo pintado por Perez.

La sexta pieza, con iguales colgaduras, ostenta sobre una mesa un reloj de mármol blanco con bronce dorados, con pedestal de mármol de varios matices y dos jarros de china. Decoran las paredes cuatro hermosos cuadros. Hay además una lámpara de cristal y ocho sillones dorados. El techo, pintado por Yapelli, figura los cuatro tiempos del año.

La séptima pieza sigue el mismo orden de lujosas colgaduras, y encima de dos mesas hay tridentes de cristal. Sobre una chimenea, cuyo tremol es también de cristal dorado á pan de oro, sos-

tiene un reloj, dos jarrones y dos floreros, todo con sus correspondientes guarda-polvos. Hay también una mesa embutida de finísimas maderas con primorosos adornos de bronce dorados, una araña y siete excelentes cuadros que representan varias fuentes de la Granja. En el techo se ven varias alegorías diestramente pintadas por Yapelli.

La octava pieza pudiera muy bien llamarse la *octava maravilla*. Cubierta de plata, de bronce dorados, maderas raras y preciosas, espejos de extraordinario valor, encierra diez y seis pinturas de mucho mérito, dos sillas y dos taburetes con costosísimos bordados y una hermosísima araña de bronce y de cristal.

La novena pieza, lleva el nombre de *Retrete* y está hecha de escayola de adornos arabescos, embutidos y bajos relieves de orden etrusco. Un suntuoso retrete á la inglesa de ricas maderas forrado en parte de grodetur color de poncil y bordados de oro, hace juego con una rara mesa de escultura y cuatro rinconeras de bronce con sus tableros de mármol, y cuatro banquetas también de bronce á guisa de los antiguos asientos consulares con cabezas egipcias y flores de oro. La bóveda fué pintada por Velazquez, y son lindísimos los juguetes que representa alusivos á su objeto.

La décima, undécima y duodécima piezas tienen colgaduras de seda, ricas sillerías, mesas, cuadros, arañas y relojes del mejor gusto, y sus techos fueron pintados por Perez, Brambila y Velazquez.

La decimatercia pieza está decorada de colgaduras bordadas y tejidas de oro. Encierra tres mesas talladas, pintadas y doradas, once banquetas con asientos de oro, ricos cortinages de damasco blanco con fajas de oro, pabellones bordados como las colgaduras, cuatro magníficos relojes, dos jarros de china de Sajonia, otros dos de china de Sebe, otros dos de bronce sobre el cornisamento del tremol de la chimenea, y una araña de cristal con bronce dorados. Maella y Velazquez pintaron en el techo régios festines.

Las piezas decimacuarta, décimaquinta y décimasesta, están engalanadas de colgaduras de seda de Pequin con flores y bordados de varios matices. Tienen mesas pintadas y talladas, ricas sillerías, y otros adornos entre los cuales descuellan varios grupos de china de Biscuí. Sus techos fueron pintados por Perez y Duque.

La decimaséptima pieza tiene el título de *Galería* y está hecha de

escayolas imitando diversos mármoles. Decóranla cuatro mesas de orden etrusco, ocho estatuas de yeso, diez y seis bustos de mármol procedentes de Roma, cuatro hermosos candelabros y un suntuoso reloj de mármol y bronce que remata en una bella columna á imitación de la de Trajano en Roma. Variados mármoles con recuadros de mosaicos forman el pavimento. La bóveda fué pintada por Velazquez y representa el Alba, la Noche, la Agricultura y el Comercio.

La pieza decimoctava está engalanada de seda de raso blanco, con bordaduras de oro y de varios matices, diez y seis riquísimas cortinas, seis banquetas doradas, dos mesas con palmas y laureles también doradas y sus correspondientes mármoles, un excelente villar, una péndola de caoba con bronceados de bajos relieves y cristales grabados, un reloj sobre el cornisamento de la chimenea figurando un canastillo de flores sostenido por dos niños, y dos jarrones laterales de china de Sebe con floreros, completando toda esta magnificencia una preciosa araña. Los cuatro elementos y otros asuntos alegóricos están hábilmente pintados en el techo por Maella.

Las cuatro piezas restantes corresponden al piso segundo, y en obsequio de la brevedad, diremos que compiten en lujoso fausto á las que llevamos descritas, tal vez con sobrado laconismo, siendo nuestro objeto únicamente dar una idea exacta aunque concisa de la suntuosa aglomeración de preciosidades que atesoran estas régias habitaciones. Brillan también en el segundo piso finísimas colgaduras de raso, de damascos, de preciosas sedas tejidas de plata y oro, cortinages de Pequin, doseles y pabellones de terciopelo, sillerías y mesas de extraordinario mérito, relojes, arañas, candelabros, tridentes, jarrones, espejos, bellos cuadros y otros mil adornos de cristal, porfido, marfil, porcelana, mármol, china, bronce, plata y oro, todo sorprendente por su elegancia, riqueza y buen gusto, por manera que unido este asiático lujo deslumbrador, este fausto, esta pompa y magnificencia, no solo á la frondosidad y hermosas vistas de los pintorescos jardines, sino á sus aires puros, á sus excelentes aguas, esquisitas legumbres, delicadas carnes y sabrosos frutos, hacen del sitio de Aranjuez uno de los más ricos y deliciosos del mundo.

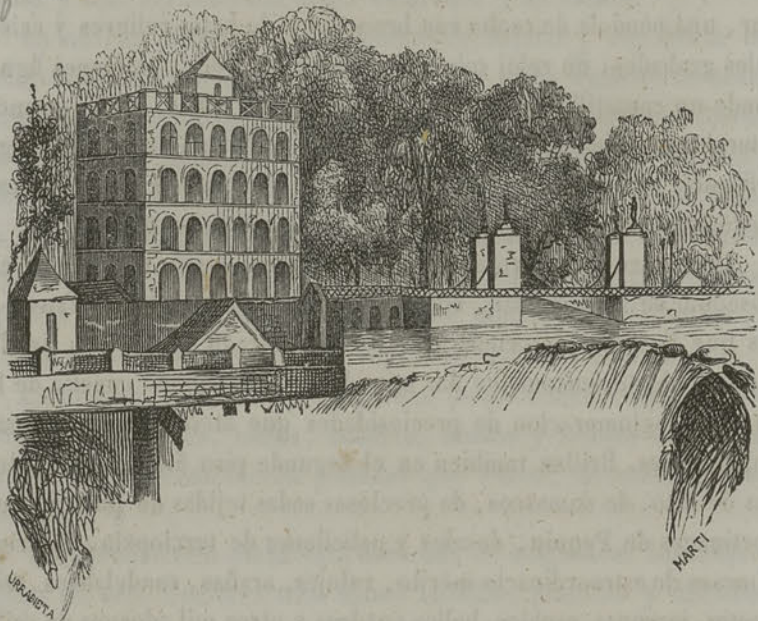
Y para la fabricación de estos mágicos jardines, de estos soberbios palacios, se han hecho sudar gotas de sangre al oprimido pueblo, á ese pueblo que es el único en quien la soberanía reside, á ese

pueblo heróico para quien solo se reservan hambre, fatigas, opresion, calabozos y patibulos.

Interealemos con la pintura de los reales sitios, la de la desmantelada estancia en que se hallaba preso don Luis de Mendoza por delacion de Fray Patricio.

Intentos
de
integrar

trato material
descriptivo en la ves ficticio



CAPÍTULO V.

SAN BASILIO.

HAY en Madrid una calle que se llama del *Desengaño*, y precisamente en esta calle está el centro de la mentira, sin que toque la codicia de los hombres el *desengaño*, hasta que en vez de adquirir los millones que en su frenesí ambicionaban, véense muchos de ellos lastimosamente arruinados.

En un espacioso y antiguo edificio cuyas hondas grietas amenazan ruina, como queriendo prevenir á los incautos que buscan la fortuna en él, los riesgos á que se esponen, se ha establecido desde poco tiempo acá ese mercado inmoral del papel del Estado, conocido por el nombre de *Botsa*. Y no hemos titubeado en calificarle de inmoral, en vista de las ambiciones que

en aquel recinto germinan, y de los escándalos que la sed de oro produce.

Al ver aquel sitio rodeado de lujosos carruages, al verle ocupado por los primeros capitalistas de la corte, imposible parece que las oscilaciones de alza ó baja no sean hijas de fundados motivos, que sujetándose al cálculo del comerciante ó banquero, den mejor resultado á quien con mas sagacidad penetre el porvenir de los negocios; pero lejos de ser así, de nada sirve el talento mercantil, en donde la astucia y la falsía convierten en tabures á encopetados personajes, que por su brillante posición social debieran ser los primeros en dar ejemplo de buena fé y moralidad.

No es por cierto nuestro ánimo ofender la delicadeza y bien adquirida reputación de muchísimos de los capitalistas que de buena fé concurren á la Bolsa; pero estos mismos no pueden menos de confesar la desmoralización que en ella se ha difundido. Rara vez se oye la verdad en aquel recinto. Todas las afecciones del corazón ceden al descomedido impulso del sórdido interés. Allí no hay fraternidad ni consideración de ninguna especie, todo se sacrifica al ansia de atesorar riquezas, de saciar el mas desenfrenado egoísmo, aunque sea labrando la ruina de los amigos y parientes. El objeto es improvisar una fortuna colosal, aunque sepulte en la miseria á honradas familias y cueste lágrimas de desesperación á muchos incautos. Todo es lícito para lograr este resultado, y acaso con sobrada frecuencia habrá sacrificado un ministro la suerte de su nación al fruto de una jugada de Bolsa (1). No lamentariamos á buen

(1) Nuestro digno amigo don Modesto Lafuente (Fray Gerundio) ha hecho una bellísima descripción de la Bolsa de Madrid en su *TEATRO SOCIAL DEL SIGLO XIX*. Para que vean nuestros lectores que si bien no hemos estado conformes con este erudito y célebre escritor con respecto á la cuestión de los *DUELOS*, que creemos en ciertos casos indispensables, lo estamos enteramente acerca de la inmoralidad de la Bolsa, reproduciremos los donosísimos trozos siguientes:

«—En la Bolsa no hay amigos, PELEGRIN, y en cuanto á ir á la una, ya es otra cosa. Aquí todos van á la una, ó por mejor decir, al uno, que es á su negocio.

—Pero ellos parece que se hacen confianzas.

—Las confianzas de la Bolsa, PELEGRIN, son como las de las máscaras y las de los juegos de prendas, con la diferencia que suelen costar mas caras. Por lo demas, aquí todo el mundo tiene alguna confianza que hacer: todo el mundo sabe algun secreto, siempre por buen conducto, se supone: estos secretos se comunican con aire misterioso, y como quien dispensa en ello un favor distinguido y singular, y nada mas que á medias, porque no se podría revelar todo sin comprometer y quebrantar lo sagrado del sigilo, dejando sin embargo traslucir lo bastante para que el que juega sepa por qué lado va á hacer un negocio loco. Pero ¡infeliz del que se fie de confianzas y secretitos de Bolsa!

—Señor, allí hay uno á quien todos parece que miran y observan con mucha atención y cuidado.

—Ese PELEGRIN, será alguno de los santones, gefes ó directores de esta or-

seguro tan criminales excesos, si en vez de tomar parte en este escandaloso juego ciertos magnates, se hubiesen dedicado á fomentar el crédito de su patria. Hora es ya de que se afiance por medio de leyes sábias, pues es de todo punto imposible que un Estado prospere, cuando no hay moralidad en los altos funcionarios. Se dice

questa, que son los que se cree dan el tono y la clave, y que tienen en su mano la llave y el cordón, con que abren ó cierran, aprietan ó alajan esta Bolsa á su placer. El que posee la confianza de uno de estos santones, aquel cree tener ya la fortuna sujeta por las agallas, compra ó vende con toda resolución, se embarca sin miedo, se engolfa en alta mar, y navega á todo trapo. Los que no, le observan cuidadosamente, acechan, escuchan, á ver si por una palabra que suelte, por un gesto ó ademán que haga, conocen si compra ó vende, si está ó continúa á la alza ó á la baja, y seguir el rumbo y derrotero que él siga. Los santones que esto saben, dejan caer á manera de oráculos ó sibilas tal cual palabra misteriosa que es cogida con avidez, ó hacen tal cual demostración que saben cómo ha de ser interpretada. Pero sucede, PELEGRIN, que cuando indican que están comprando, entonces es cuando están vendiendo, que en términos vulgares y bursátiles llaman *largar candela*, ó bien compran por un lado seis, y venden por otro doce, y ellos hacen su negocio, y el que caiga caiga.

—Pero señor, ¿y el octavo mandamiento?

—Los mandamientos de la Bolsa, PELEGRIN, no tienen octavo, porque no son los mandamientos que se encierran en dos los que aquí rigen, sino otros que se encierran en uno: los cuales ni pertenecen al honor de Dios ni al provecho del prójimo, sino al provecho del individuo.

—Señor, diga usted lo que quiera, si yo fuera hombre de dinero, jugaria hoy á la Bolsa, y pienso que con seguridad de ganar; porque al venir á este rincón en que estamos pesqué al paso una noticia muy gorda que uno estaba comunicando á otro al oído: «no tenga usted duda, le decia; lo sé originalmente; anoche les fué admitida la dimisión; esto va á pegar un hajón terrible.» Yo supuse que seria la dimisión de los ministros; y siendo así, ó yo soy muy lego, ó esto ha de ir de baja, y se podía hacer hoy un buen negocio: ¿quiere usted que nos animemos, mi amo?

—¡Desgraciado, TIRABEQUE mio, el que se fia de noticias de Bolsa! ¿No te he dicho que aquí nada es verdad, y que en este sitio no rige el octavo mandamiento? Has de tener entendido, PELEGRIN, que la Bolsa es una fábrica de noticias, pero fábrica en que se miente al vapor. Aquí cada día se forma un nuevo ministerio: la reina ha tenido ya cuatro ó cinco maridos en la Bolsa: en este sitio se han pronunciado casi todos los pueblos de España cuando ellos se hallaban mas tranquilos: aquí se han arreglado veinte veces los negocios con Roma á satisfacción de ambas partes: en este lugar ha muerto Luis Felipe doce veces, mitad de enfermedad y mitad de muerte repentina: dentro de este recinto se han roto las hostilidades de la Inglaterra con la Francia en treinta ocasiones: aquí se mudan los gabinetes extranjeros á gusto de cada consumidor: al rededor de esa valla se han puesto en desacuerdo Narvaez y la reina Madre cincuenta y cinco veces, y sin salir de aquí los han reconciliado otras tantas: allí en aquel testero han andado al estriete los ministros unos con otros en sesenta ocasiones, pero en la capilla de enfrente estaban á partir un piñón, y en el cuerpo de la iglesia habían salido ya dos de ellos de resultados de la refraga que habían tenido: aquí se disuelven las cortes á la una y media, y á las dos se vuelven á prorogar; y á veces á una misma hora en la capilla izquierda están dando un voto de censura al gobierno, y en la derecha se le están dando de confianza: junto á aquella puerta han salido una docena de notas del gabinete inglés para nuestro gobierno, y en la de enfrente siempre hay correos extraordinarios que acaban de llegar de París con la definitiva: todas las noches hay en la Bolsa consejos de ministros que duran hasta el amanecer, y á los embajadores se los trae á deshora y á mal traer de casa en casa cuando ellos duermen á descansar plenipotenciario: y todo esto, si pasa en Madrid, el que lo dice es porque lo ha visto, y si pasa fuera, ha visto cartas y documentos fehacientes, ó cuando menos, se remite al testimonio auténtico de autoridad irrecusable.

Aquí, PELEGRIN, no hay noticia que no se invente, patraña que no se forje, novedad que no se urda, embuste que no se trame, y embrolla que no se teja: todo

Novels:
muchos con
clase que
involucra
dinero.
BOLSA

que el pueblo no merece libertad porque se compone de *asquerosa plebe*, de *canalla* sin virtudes. ¡Infames! moralizaos vosotros y no se rebelarán nunca las masas populares.

Este local, ex-convento de San Basilio, conserva aun recuerdos de haber sido nido de aquellas golondrinas machos que engordaban

con el santo fin de que esto suba ó baje, se anime ó se desaliente, y hacer cada cual su juego á costa de la gente incauta y crédula, cándida y sencilla.

—¿Eso también, señor?

—¿No te he dicho que aquí nada es verdad, ó que aunque la haya no es fácil distinguirla de la mentira?

Y volviendo á las causas influyentes en los cambios, todo depende, PELEGRIN mío, de que cuatro, seis, ó diez capitalistas de estos que llamamos *gordos*, formen un complot poniéndose de acuerdo para elevar ó bajar los precios del papel, á cuyo fin y bajo la dirección de un jefe, toman todas aquellas medidas, y usan de todas las estrategias....

—Perdone usted que le interrumpa, mi amo; entonces ya sé yo el modo seguro de ganar en la Bolsa. No hay mas que ver de hacerse amigo de alguno de estos sacristanes mayores, pescarles el secreto, y en seguida arrojarlos de bruces y echarse á nado, y tomar ó vender millonadas, según convenga, y luego preparar los talegones para recibir las ganancias, que si es así como usted dice, ellas vendrán infaliblemente.

—Eso, PELEGRIN, no tiene mas peligro que el de ir buscando lana y volver trasquilado; y ese argumento que tú haces es lo que ha producido que muchos, halagados por la golosina, se hayan encontrado luego avergonzados de verse desnudos como nuestro primer padre en el acto de probarla. Lo cual consiste en diferentes razones, de las cuales te explicaré algunas, para que tú no te dejes engolosinar.

En primer lugar, PELEGRIN, que como te he dicho, en la Bolsa no hay mas amigos que uno. En cambio este merece las simpatías de todos; todos son sus apasionados; todos le buscan; todos desean estrechar relaciones con él; es el reverso de la medalla de Trápani. Este afortunado amigo es el *dinero*. De consiguiente, como en la Bolsa el octavo mandamiento no entra tampoco para nada, podría sucederte muy bien... no digo que te sucediera, pero podría sucederte, que cuando tú creyeras poseer de ese amigo el secreto de la jugada, te encontraras con que tú marchabas por el lado que él te dijo, y él llevaba el rumbo que te llamó en prueba de su amistad.

En segundo lugar, pudiera acontecer también que de esos mismos capitalistas que se habían, no diré conjurado, porque esta palabra dicen que no es parlamentaria, que se habían convenido para una jugada á la alza por ejemplo, deserten con mucha frescura el día menos pensado de las banderas alcistas, y se alisteen muy marcialmente en las filas bajistas, si por el campo que antes era enemigo calculan que van mas derechos á tropezarse con el amigo de todos, dándoseles un ardite por la infracción del tratado, con lo cual el negocio cambia enteramente de aspecto.

En tercer lugar, que al propio tiempo que por un lado se dispone un plan de campaña, no faltan guerreros del bando opuesto que preparen también el suyo, que es lo que se llama haber *una jugada fuerte*. Entonces cada jefe organiza su ejército, en que entran generales, oficiales, cabos y soldados. Cada cual arregla su plan de ataque y defensa. Cada cual pone en juego los medios estratégicos que le sugieren sus recursos. Empiezan las maniobras, se colocan las baterías, se preparan las municiones, se adelantan las guerrillas, se va empeñando la refriega, se hacen caminos cubiertos, se abren minas y contraminas, se fingen retiradas, y últimamente se empeña el combate general. Cada ejército sigue lleno de fé el pabellón de su general en jefe, y unos y otros se baten con entusiasmo. Y cuando se halla mas embravecida la pelea, cuando parece que no se va á dar cuartel, los generales y jefes de los dos encarnizados bandos, en la noche que ha de preceder á la decisión de la batalla, se acercan, capitulan en secreto, se dan el abrazo de Vergara, y acuerdan entre sí las bases de indemnización por gastos de guerra. Entretanto las masas, que ignoran la capitulación, siguen batiéndose heroica y denodadamente, hasta que cuando menos lo piensan se encuentran unos y otros desordenados, los unos sin fuerzas para continuar la lucha, los otros prisioneros de guerra, otros he-

entre silicios, pues subsisten en su cúpula cuatro santos padres que no dejan de formar contraste con el enjambre de judíos *bursátiles* que bulle por el entarimado pavimento.

A propósito de judíos: este templo religioso fué convertido en parque de artillería de la Milicia nacional en tiempo en que empuñaba las riendas del gobierno el célebre Mendizabal; y en 1836 el atrabiliario Quesada convirtiólo en prision militar.

En uno de los aposentos de esta prision yacia incomunicado el valeroso patricio don Luis de Mendoza.

ridos, y desangrados los mas, absolutamente sin gota de sangre en su cuerpo.

—¿En dónde estoy yo, mi amo? ¿A dónde me ha traído usted? Y vámonos de aquí, si á usted le parece; que á mas de no saber lo que por mí pasa con esas cosas que usted me cuenta, debe ser ya bastante tarde.

—Aun no son las dos, PELEGRIN, ¿no ves que no han tocado todavía la campana para avisar á la santa comunidad que queda cerrada la Bolsa de hoy?

—No puede ser eso, mi amo; debe ser mas tarde, porque veo por aquí muchos empleados del gobierno, y si fuera la hora que usted dice no estarían en este sitio, sino en sus oficinas.

—No te sorprenda eso, TIRABEQUE mío, porque días hay que parece esto una secretaria del Estado, ó una fusion de oficinas de todos los ramos de la administración, que es una cosa de las que entran por mas en la moralidad de la Bolsa. Lo cual debe consistir en que según dicen... cuidado, PELEGRIN, según dicen, porque yo no lo afirmo, y de consiguiente nadie tiene derecho á pedir que se escriban mis palabras como las del hermano Orense en la célebre sesión del 9 de enero. Digo que, según dicen, el gobierno, en lugar de fomentar el crédito del Estado con medidas sabias, útiles y justas, que son las que dan la verdadera confianza, suele también tomar parte en las jugadas de Bolsa, y entonces todos los que están en posición de participar de los secretos del gobierno se lanzan á la arena bursátil, con la firme convicción de hacerse poderosos en cuatro días; y tanto es natural que suceda cuando el guardian juega á los naipes. Marchan pues decididamente como satélites por la senda que les marca el planeta luminoso. Pero como en España todo sucede por la regla de los *vice-versas*, cuando el gobierno se propone hacer subir un 5, entonces es cuando suelen bajar un 6 ó un 8. El carro del sol se precipita como el de Faeton, y los que fiados en su luz habían pensado subirse al cielo como Icaro, sienten de repente derretirse las alas, no solo las de cera sino las del corazón, y caen y se zambullen y se ahogan, y lo extraño sería que estos pobres navegantes no naufragaran llevando al gobierno por piloto.

Y como la gente de tropa tiene que jugar á plazo y al descubierto, por no permitir otra cosa el tesoro privado, aunque la baja se pronuncie, siempre tienen una esperancilla; pero los plazos vencen, las liquidaciones llegan.... «al freir de los huevos será el reir,» decía el posadero; á lo que el arriero contestaba: «al cobrar será el llorar.»

En efecto, al cobrar son los llantos y los suspiros y el *stridor dentium*. Llega el cobrador con las *pólizas*. El uno apura el ejército de reserva, producto de las economías de 30 años, para cubrir sus diferencias y quedar con honor. No es malo que se salve el honor aunque todo lo demás se pierda. El otro se ha anticipado al cobrador, y ha sacado otra póliza distinta, un billete en la Mala, y si no ha parado debe estar ya entre los neo-católicos de Alemania: el vendedor contaba con ocho mil duros de diferencias, y se encuentra con ocho hijos sin padre: ¡esta si que es diferencia! Llueven en la junta sindical oficios de presentación por insolvencia; pero lo que se presenta son oficios y no mas: en cuanto á los compradores, solo se encuentra de ellos el «Dios guarde á usted muchos años.» Cuatro se esconden, seis se largan, y veinte se declaran en quiebra.—Procédase al embargo.—Sí señor; aquí están todos mis bienes muebles, inmuebles y semovientes para responder.—Inventario: seis hijos, ocho sillas, dos levitas, y diez mil reales de sueldo, de los cuales cobro cinco. He jugado veinte millones; debo cuarenta mil duros; embarquen ustedes lo que quieran, inclusa mi muger, que la doy por una lámina de deuda sin interés.» (T. S. pág. 273.)

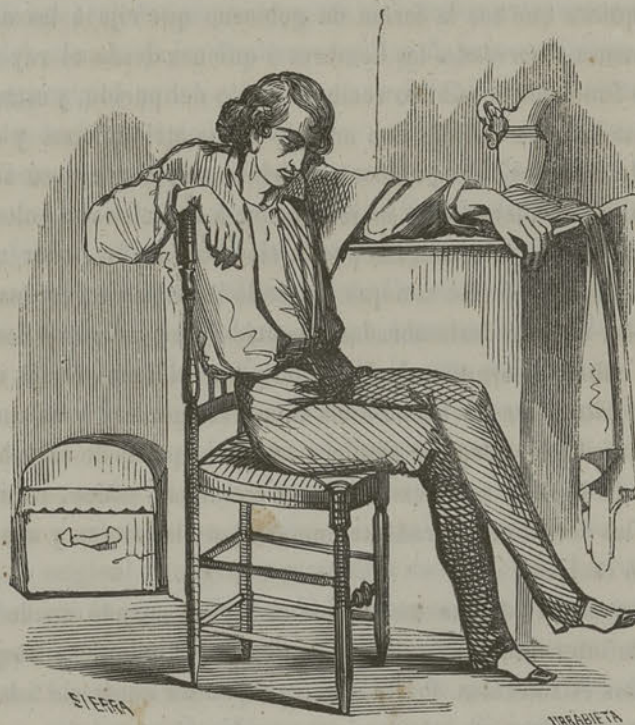
Don Luis

En su triste soledad, quedábale á este denodado jóven la esperanza de que, aun cuando él fuese víctima del encono del poder, no faltarian liberales que vengasen su muerte y salvaran la libertad española; pero los recuerdos de un anciano y querido padre que no tenia en el mundo mas consuelo que el amor de su hijo, lacera- ban su corazon; y no era esta la única idea que le atormentaba: cuanto mas reflexionaba, menos podia creer don Luis en la ingrati- tud de María. A fuerza de desearla inocente, habíase convencido de que no era posible tanta perfidia en una niña candorosa, cuyo tierno seno era albergue de angelicales virtudes.

—¡Oh! sí... María es inocente... María es digna del amor que me devora—esclamaba el enamorado jóven, cuya frenética pasion habíase acrecentado con el temor de no volver á ver á su amada.— He sido un insensato en sospechar de ella un solo instante. ¡Per- don, hermosa mia... perdon!... Pero no... no le merezco... es la segunda vez que mis locos celos ofenden el decoro de una virgen pura... de un ángel adorable... ¡Dios mio! ¡Qué horrible ceguera es la de los celos!... ¡Y voy á morir!... ¡Y voy á bajar al se- pulcro sin desvanecer su enojo!... Me matarán... sí... porque los déspotas no perdonan. He conspirado contra ellos... he caido en su poder... ni he de mendigar clemencia... ni debo esperarla. Muero por la libertad de mi patria... Esta idea me consolaria... me llen- aria de orgullo... si mi muerte no hubiese de costar acerbas lágri- mas á mi adorado padre. La gloriosa muerte que me aguarda seria dulce para mí si pudiese al menos probar á la encantadora María cuanto la amo, salvando la vida de su padre. ¡La desesperacion es un tormento horroroso!... Ni un solo destello de esperanza halaga mi deseo. Mis enemigos serán activos y severos... Dentro de poco dejaré de existir.... Ya se preparan mis verdugos para conducirme al cadalso... Me matarán... matarán tambien al infortunado padre de María... y María derramará sobre su tumba lágrimas de desconsuelo y de amor filial... sin que una sola perla de su lloro caiga sobre la losa de un amante infortunado! ¡María!... ¡hermosa María!... ¡ído- lo de mi alma!... Acaso no está lejos el instante en que este desven- turado exhale su último aliento, y mas enamorado que nunca de tus gracias y de tus virtudes.... porque mi corazon me asegura que no eres culpable... la última palabra que pronuncie será tu nombre encantador... ¡Y voy á morir sin alcanzar tu perdon!... ¡Sin mere-

certe una sola lágrima!... ¡Hasta mi memoria te será odiosa tal vez!... Si te acuerdas algun dia de tu infeliz amante.... «me enga- ñó, esclamarás, prometióme salvar á mi padre, y le abandonó al verdugo... ¡maldito sea!...» ¡Oh! no, no, bien mio, no maldigas nunca al hombre que mas te ha amado en el mundo... ¡Insensato! no parece si no que me huelgue en exacerbar mis sinsabores. ¡Tú, María, tú, angel bello, que no puedes aborrecer á tus feroces ene- migos, habias de ser tan injusta con quien te adora? ¡Imposible! el odio no cabe en tu hermoso corazon... Sí, sí... tambien tus lá- grimas regarán la tumba de tu amante.

Mendoza se quedó como petrificado, clavada la vista en el suelo y sumido en las mas profundas reflexiones.



Despues de un largo rato de meditacion, alzó la frente de im- proviso, enjugóse el sudor, y como queriéndose hacer superior á su infortunio paseóse con paso firme por lo largo de la estancia en que estaba, con la vista serena y la sonrisa en los lábios.

—Seamos dignos del partido demócrata á que tengo la gloria

de pertenecer — murmuró con entereza. — Desechemos melancólicos pensamientos. Voy á morir por la libertad de mi patria... mi conciencia está tranquila... he llenado los deberes de todo corazón liberal. No he reconocido ni respetado nunca mas soberanía que la del pueblo, porque ella sola es la que todo lo legitima. Siéntense en buen hora los opresores en el dorado sólio... con mas orgullo, con mas gloria me sentaré yo en la banqueta del patíbulo.

Esta última frase fué pronunciada con la solemne y altanera expresión que solo destella el verdadero heroísmo.

LA SOBERANÍA DEL PUEBLO ES LA QUE TODO LO LEGITIMA, decía don Luis de Mendoza. La exactitud de este aserto es de todo punto incuestionable.

Cualquiera que sea la forma de gobierno que rijan á las naciones, llámense *autoridades* los hombres á quienes desde el rey hasta el último funcionario público reciben salario del pueblo, y están por él autorizados para mandar con arreglo á sus atribuciones y en el círculo de las leyes. Los pueblos son árbitros de elegir á su antojo el sistema de gobierno que mejor cuadre á su soberana voluntad; pero cuando se ve esta ahogada por la violencia de un poder usurpador, el derecho divino con que pretende legitimarse, es una farsa ridícula, un velo deslumbrador inventado para fascinar á los incautos y cubrir el orgullo, la ambición y los crímenes de los magnates. La naturaleza ha hecho á los hombres iguales, y es un absurdo insufrible el imaginar siquiera que unos pocos de ellos hayan recibido de Dios la santificación de su omnímodo poder, para que sumidos los demás en degradante humillación, les sirvan y obedezcan como esclavos.

Publicistas hay de tan mezquinos alcances, cuando no de emponzoñada intención, que califican de ilegítimo cualquiera ataque á los sistemas establecidos. Podrá ser ilegal por ser contrario á las leyes existentes; pero no injusto si se considera á estas leyes emanadas de vicioso origen, que no pueden hacer ostentación del sello de la legitimidad, ínterin carecen de la soberana sanción de los pueblos. Y si un pueblo es el conjunto de cuantos ciudadanos han recibido el ser en su recinto, claro es que todos ellos tienen iguales derechos, y que solo escluirse deben los criminales de ejercer acción en las cosas públicas.

Verdad es que etimológicamente hablando, la palabra *legitimidad* es lo que está arreglado á ley; pero esta definición está muy lejos de satisfacer á ninguno de los partidos políticos, porque si así fuera, solo sería legítimo lo que procediera de los gobiernos, por vicioso que fuese su origen. Este absurdo nos conduciría inevitablemente á una cadena de contradicciones, pues resultando en todas épocas legítimo *lo existente*, hubiéralo sido lo mismo, y lo sería siempre un poder intruso y usurpador, que el que está basado en la voluntad de los pueblos. De esto resultaría que todos los tronos, todos los gobiernos del mundo han sido legítimos, tanto los que llevan por norte la justicia, como los que no tienen mas elementos de existencia que el egoísmo, la ambición y la violencia. ¿Y es esto conciliable? Responda la historia por nosotros.

Sin recurrir á tiempos remotos ni á países extranjeros, el origen del reinado de los Borbones en España nos suministra suficientes argumentos para probar, que solo la soberana voluntad de los pueblos legitima al poder.

Carlos II no tuvo presente al morir que á las córtes del reino correspondía disponer de la corona de España despues de su muerte, y legó sus derechos á la casa de Borbon, infringiendo con su testamento las leyes fundamentales. De este vicioso origen emanó el reinado de Felipe V, que estuvo á punto de ser derribado del trono español por los defensores de la casa de Austria. Y si esta hubiese vencido ¿hubiera sido tambien legítimo su gobierno? Hé aquí como vosotros, los que os llamais *conservadores*, los que no quereis conceder al pueblo su incuestionable soberanía, los que tenéis por *disolventes* los principios liberales, venís á ser, con toda vuestra original inteligencia y mentida moderación, los verdaderos hombres de la inmoralidad y de la anarquía. Vosotros sancionais la usurpación, vosotros acatais, no el derecho del mas justo, sino el del mas fuerte. Si José Bonaparte hubiese quedado rey de España hubiera sido un rey legítimo para vosotros. Si mañana os conquista el Gran Turco, reconocereis humildes su legitimidad; ¿qué vergüenza! ¿qué baldón!

¿Y qué diremos de la insolencia con que discurren sobre este particular los órganos del *Angel exterminador*?

Los periódicos absolutistas, los defensores de la inquisición y de los frailes, hablan hoy con mayor avilantez que nunca, y para

hacer triunfar la desacreditada causa que solo entes inmorales como fray Patricio abrazar pueden con calor, son los que mas predicán el derecho divino de los reyes como origen de la legitimidad. De la cuestion del casamiento de doña Isabel II pretenden hacer una cuestion dinástica, que suponen no está resuelta, y añaden que la coronacion de la reina fué un *acto revolucionario* que no puede ser legítimo sin que el hijo de don Carlos sea llamado á compartir el cetro con su augusta prima, pues representado por el conde de Montemolin el derecho divino, purificará, dicen los *esterminadores*, el hecho popular á que la hija de Cristina debe su advenimiento.

El derecho monárquico, así como todos los demás derechos políticos, lo hemos dicho ya, no tiene mas origen legítimo que la voluntad popular. Además de ser este un principio incuestionable, consignado está hoy en la ley fundamental de España, y el que ose poner en duda esta verdad se rebela contra el espíritu de la Constitucion jurada.

Aspiran por este medio los *esterminadores* al enlace de doña Isabel II con el conde de farsa Montemolin, y como este matrimonio no puede efectuarse sin desquiciarlo todo y sembrar en el pais horribles semillas de sangrientas discordias, de abominables venganzas, de ignorancia, degradacion é infortunios sin término, lo advertimos á quien competa respetar la siempre inteligente y soberana voluntad de la nacion, y evitar así que vuelva á correr á torrentes la sangre española.

De todos modos serán siempre inútiles los esfuerzos del *Angel esterminador* y de cuantos defiendan el ya caducado absolutismo de los reyes, porque los pueblos conocen perfectamente lo que son y lo que valen, y los varones ilustres de todos los paises, en vez de oponerse al espíritu regenerador de la época, dedícanse con empeño á que el cambio inevitable que reclama la ilustracion en las principales potencias de Europa, se verifique sin guerras asoladoras, sin efusion de sangre humana.

El *Constitucional* de París, despues de hacer una reseña histórica y filosófica de la descomposicion del partido *tory* en Inglaterra y de las causas que prepararon la caída de *sir Roberto Peel*, corrobora nuestro aserto espresándose en los términos siguientes:

«Con efecto, una especie de *solidaridad* tiende á establecerse entre los Estados constitucionales de Europa. No por eso quere-

«mos decir que la política de un Estado deba existir subordinada á la de los demás, de modo que cualquiera cambio ministerial ocurrido en Francia ó en Inglaterra haya precisamente de producir otro cambio igual en las demás naciones. No; pero las ideas circulan y se cruzan con tanta rapidez y reciprocidad en Europa, que es muy natural ver que se reproduzcan en los paises, cuyo gobierno tiene analogía, hechos semejantes dentro de un corto intervalo de tiempo. Iguales esperanzas, iguales temores, iguales pensamientos agitan simultáneamente á todos aquellos pueblos sujetos á ciertas instituciones políticas parecidas; y no hay duda de que la libertad y la reaccion experimentan las mismas alternativas en una gran parte de la Europa, desde 1830.»

«La mano de la revolucion conmovió hace algunos años al mundo civilizado. Varias constituciones salieron de este sacudimiento eléctrico. La España, la Bélgica y Portugal conquistaron un gobierno representativo: el Alemania fermentó lentamente: la Inglaterra vió á los whigs suceder á los torys.»

«Pero despues de este periodo liberal vino un periodo de reaccion. Los torys volvieron al poder en ocasion que un gabinete reaccionario lograba establecerse en Francia. Hoy la reaccion llega á su término, y las ideas liberales van reconquistando la preponderancia perdida. La dictadura acaba de caer en España: los liberales han adquirido una gran influencia en Bélgica, y el día de su triunfo parece próximo y seguro: el Alemania, hermanando la política con la religion, espera reformas útiles en la Iglesia, y una Constitucion liberal para los estados de Prusia: en Inglaterra el partido tory desaparece entregando las riendas á los whigs. Las elecciones van á verificarse en Francia en medio de este movimiento regenerador, y todo nos hace abrigar la lisonjera esperanza de que sus resultados responderán á las nuevas exigencias de la época, lejos de contrariarlas.»

Perded pues toda confianza, vosotros, dignos alumnos de fray Patricio, y confesad á pesar vuestro que siempre en las masas populares están la virtud, la inteligencia, el poder, la razon, la justicia, la soberanía y la legitimidad, al paso que el móvil de reducidas pandillas y de orgullosos palaciegos suele ser comunmente criminal ambicion.

Pero el pueblo, víctima de vuestras groseras calumnias, ese

pueblo que quiere ser libre y lo será á pesar de todos vuestros esfuerzos, solo respeta la legitimidad en la razon. No está en el derecho divino, no está en los tronos ni en las intrigas aristocráticas el origen de la legitimidad, está únicamente en la voluntad del pueblo, está únicamente en la SOBERANÍA NACIONAL.

Así se respeta á Isabel II como reina legítima de España desde que la reconoció como tal el pueblo español por medio de sus representantes.

Y si no convencen los resultados de nuestra propia historia, demos solo un paso que nos traslade allende los Pirineos y veremos á esa nacion vecina que tantos modelos de ilustracion pretende suministrarnos, gobernada por un rey *ciudadano*, hijo de la revolucion, que se llama rey legítimo de los franceses.



«Tended la vista por la Francia, ha dicho no hace mucho con talento otro periódico *progresista*, y en su historia contemporánea encontrareis un rey que se llamaba legítimo, destronado y decapitado por una revolucion que se llamó legítima tambien: vereis despues á un hombre sobreponerse á esa misma revolucion, ocupar el trono vacante por el derecho de la fuerza, y hacerse reconocer y ungir como emperador legítimo; vereisle despues, desmoronado el gran edificio de su poder, devorar sus ilusiones en el mas duro ostracismo, y sucederle una restauracion que se llamó tambien legítima: vereis por último destronada la dinastía de la restauracion y elevado al sòlio el actual rey de los franceses. Ahora bien, los que no buscáis otra razon de la legitimidad que *la existencia* ¿cómo podreis demostrar la legitimidad del que hoy ocupa el trono de la Francia? ¿Cómo podreis conciliar su legitimidad con los que le han precedido? ¿Quién será el rey legítimo de los franceses, Luis Felipe ó el sucesor de Carlos X? ¿Quién tendrá mas dere-

cho al trono de la Francia, los descendientes de Carlos X ó los de Napoleon?»

Es de todo punto imposible responder satisfactoriamente á estos encontrados extremos, sin hacer una concesion inevitable por mas que pese á los enemigos del pueblo. Conceded que la SOBERANÍA NACIONAL es la única fuente de la legitimidad, y vereis cuán naturalmente se esplican esos grandes arcanos que ponen en ridículo la *inteligencia sublime* de los que apellidan soberanos á los monarcas, y aspiran en su degradacion al vergonzoso título de vasallos.

Lleno de conviccion, era don Luis de Mendoza uno de los mas fogosos entusiastas de la SOBERANÍA DEL PUEBLO, y al pensar que iba á ser sacrificado en sus aras, aguardaba con heroica resignacion el instante fatal. Ignoraba aun su sentencia.

De repente oyéronse resonar por todos los ángulos del edificio, gritos espantosos... vítores á la libertad...

Las puertas de la estancia de don Luis saltaron de sus goznes y cayeron al impulso de una fuerza irresistible. Multitud de soldados armados, precedidos del gefe de la guardia, se aproximaron á don Luis.

Pocos segundos despues entró de tropel en aquel sitio un grupo del pueblo armado, pidiendo con desaforados gritos la libertad del preso.

Los soldados de la guardia apuntaban con sus fusiles al indenfeso patricio, que con la frente erguida aguardaba impertérrito la mortífera descarga.

El comandante del punto, para contener á los sublevados, amenazóles con que el preso no saldria de allí, ó tendrían que sacarle cadáver sino desistían de su temerario empeño.

En vez de apaciguar los ánimos esta horrible amenaza, hizo subir de punto la indignacion de los patriotas, que se abalanzaron iracundos contra el que la profirió; pero el imprudente militar no titubeó un instante, y para colmo de avilantez osó dar la voz de ¡FUEGO!!!

Suspendamos el relato de esta sangrienta escena para dar lugar á una acerba reflexion.

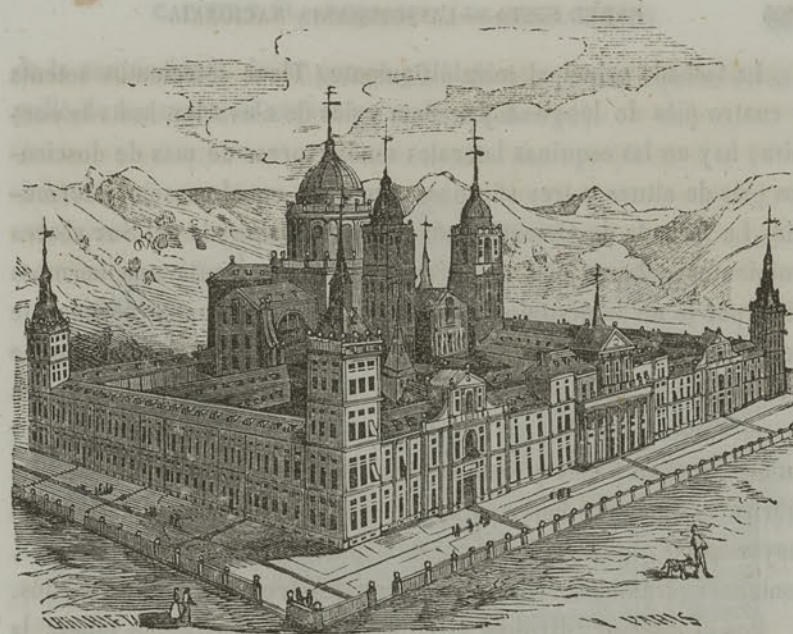
¡Qué contraste presenta la suerte del ciudadano virtuoso con la del corrompido palaciego! El primero vaga de peligro en peli-

Don
Luis
otra
vez

"Suspense"

gro, de calabozo en calabozo, con la verdad en los lábios, y en el corazon el afan de dar libertad á su patria, mientras el segundo inciensa torpemente á los opresores, y medra entre el fausto de esos marmóreos alcázares, de esos suntuosos jardines y magníficos templos, cuyos inmensos tesoros seguiremos poniendo en parangon de la pobreza que allige á las masas del trabajo y de las virtudes.

A este efecto conduciremos el lector al real sitio de San Lorenzo.



CAPITULO VI.

REAL SITIO DE SAN LORENZO.

Este famoso monasterio conocido por **EL ESCORIAL** fué empezado bajo la direccion de los arquitectos Juan Bautista de Toledo y fray Antonio de Villacastin, religioso de la órden de San Gerónimo, por órden del rey Felipe II.

Diósele el título de San Lorenzo el real de la Victoria, en conmemoracion de la que alcanzó en el dia de este santo en 1557 en la gloriosa batalla de San Quintín.

Este inmenso edificio forma un paralelógramo rectángulo que se dilata de Norte á Mediodia, setecientos cuarenta piés y quinientos ochenta de Oriente á Poniente.

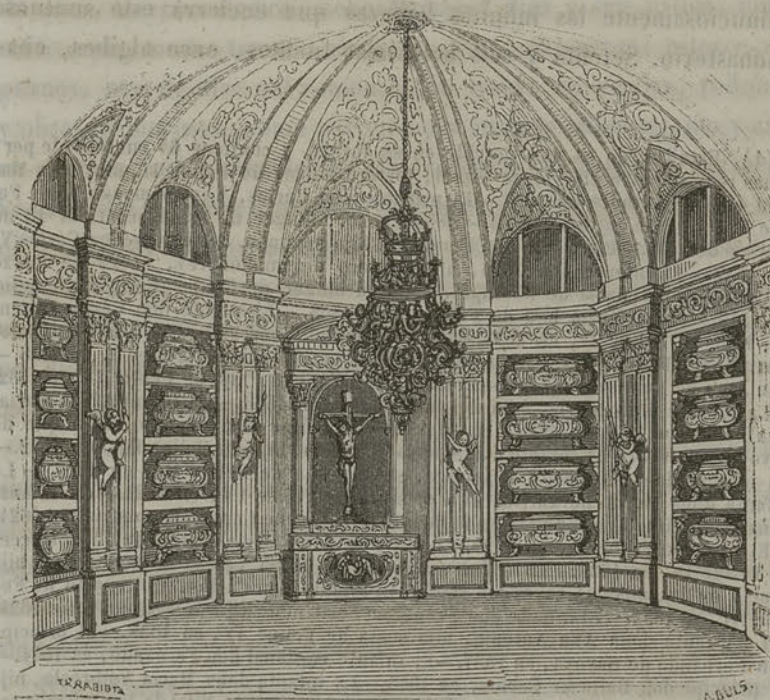
La fachada principal mira á Poniente. Tiene setecientos setenta y cuatro piés de longitud y sesenta y dos de elevacion hasta la cornisa; hay en las esquinas laterales sendas torres de mas de doscientos piés de altura y tres suntuosas portadas en el espacio intermedio. La fachada de Oriente tiene igual estension; la del Sur abarca quinientos ochenta piés de torre á torre y presenta una hermosa vista por la no interrumpida continuacion de los cuatro órdenes de ventanas. La banda del Norte es paralela á la anterior y contiene tres entradas. El cuadro de la casa consta de tres mil y dos piés de circunferencia. Véanse en estos lienzos por la parte exterior quince puertas, diez y siete nichos y mil ciento diez ventanas. La fábrica es de piedra berroqueña ó de granito, de orden dórico en su mayor parte, guardando la mas simétrica uniformidad, puertas, ventanas, pirámides, cimborios, capiteles, remates y frontispicios.

Por el interior, divídese el edificio en tres partes, á saber: la que forma el diámetro del cuadro de Poniente á Oriente abraza la entrada principal, el patio de los Reyes y el templo. La segunda, que es el lado del Mediodia, comprende cinco claustros. Y la última del otro costado del Norte guarda proporcion con la anterior conteniendo varios colegios y el palacio.

La entrada principal da inmediata comunicacion al gran patio de los Reyes, decorado por seis colosales estatuas que descuellan en el frontispicio del templo representando á David, Salomon, Ezequías, Josías, Josafat y Manasés. Este patio consta de doscientos treinta piés de longitud por ciento treinta y seis de latitud. El espacioso templo que le sigue abarca trescientos veinte piés de longitud por doscientos treinta de latitud. La elevacion del cimborio es de trescientos treinta piés. La magnificencia del interior del templo es asombrosa, su inmensidad es imponente... cuarenta y ocho magníficos altares dan á este recinto un aspecto solemne.

El panteon, destinado á la sepultura de los reyes, está situado debajo del altar mayor. Una escalera de granito y mármol conduce á él. Abrese una bellisima reja de bronce y se entra en una pieza ochavada de treinta y seis piés de diámetro por treinta y ocho de elevacion cubierta de ricos jaspes y mármoles de brillante pulimento hermosados de adornos de bronce dorado. Veinte y seis nichos se ostentan en derredor, donde otras tantas urnas sepulcrales dan un aspecto melancólico á este fúnebre recinto, á donde, en medio

de la suntuosidad, de la pompa y del fausto, viene á parar el orgullo de los reyes en asquerosa podredumbre (1).



El que acabamos de describir es el panteon principal donde solo yacen los reyes que hubiesen dejado sucesion; y en otro llamado de

(1) Están colocadas en veinte y seis nichos, otras tantas urnas sepulcrales, todas de siete piés de largo y tres de alto, labradas en mármol pardo y bronce dorado á fuego, sustentadas cada una por cuatro fuertes garras de leon, de bronce, con sendas targetas del mismo metal, en que con letras negras de relieve se leen los nombres del rey ó reina cuyos cuerpos encierran, y son los siguientes:

A la derecha del altar: El emperador Carlos V, que murió en 21 de setiembre de 1558.—Don Felipe II, en 13 de setiembre de 1598.—Don Felipe III, en 31 de marzo de 1621.—Don Felipe IV, en 17 de 1665.—Don Carlos II, en 1.º de noviembre de 1700.—Don Luis I, en 31 de agosto de 1724.—Don Carlos III, en 14 de diciembre de 1788.—Don Carlos IV, en 19 de enero de 1819.—Don Fernando VII, en 29 de setiembre de 1833.

A la izquierda del altar: La emperatriz doña Isabel, única muger del emperador, que murió en 1.º de mayo de 1539.—La reina doña Ana, cuarta muger de Felipe II, en 26 de octubre de 1580.—La reina doña Margarita, única muger de Felipe III, en 3 de octubre de 1611.—Doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV, en 16 de mayo de 1696.—Doña María Luisa de Saboya, primera muger de Felipe V, en 14 de febrero de 1714.—Doña María Amalia de Sajonia, única muger de Carlos III, en 27 de setiembre de 1760.—Doña María Luisa de Borbon, única muger de Carlos IV, en 2 de enero de 1819. En este panteon solo se entierran los reyes y reinas que hubieren dejado sucesion, y las demas reinas, y juntamente los principes é infantiles, se depositan en otro entierro.

los Infantes descansan los restos de multitud de personas de las régias familias (1).

Los límites á que nos vemos reducidos, nos impiden enumerar minuciosamente las infinitas bellezas que encierra este suntuoso monasterio. Setenta y seis bellísimas fuentes, once algibes, cua-

(1) Esta bóveda es poco notable en su forma, y contiene 64 cuerpos de personas reales, entre ellos doña Isabel, tercera muger de Felipe II, murió en Madrid el 3 de octubre de 1568.—El príncipe don Carlos, hijo primogénito de Felipe II, el 24 de julio de 1568.—Doña Leonor, muger de Francisco I, el 18 de febrero de 1538.—El infante don Fernando, hijo segundo del emperador Carlos V, en 1539.—El infante don Juan, hijo tercero del mismo rey, el 29 de marzo de 1538.—Doña Maria de Portugal, primera muger de Felipe II, el 12 de julio de 1543.—Doña Maria hija de Felipe I, en 1538.—El infante don Carlos Lorenzo, hijo de Felipe II, en 1573.—El archiduque Wenceslao, hijo del emperador Maximiliano II, en 1578.—El príncipe don Fernando, hijo de Felipe I, en 1578.—Don Juan de Austria, en 1578.—El príncipe don Diego, hijo de Felipe II, en 1582.—La infanta doña María, hija del mismo rey, en 1583.—La infanta doña Maria, hija de Felipe III, en 1603.—El príncipe don Felipe Manuel, hijo del duque de Savoya, en 1603.—El infante don Alonso Mauricio, hijo de Felipe III, en 1612.—La infanta doña Margarita Francisca, sétima hija de Felipe III, en 1617.—La infanta doña Maria Margarita, hija primera de Felipe IV, en 1621.—La infanta doña Margarita, hija segunda en 1623.—El archiduque Carlos de Austria, en 1624.—El príncipe Filiberto, en 1624.—La infanta doña Maria Margarita, hija tercera de Felipe IV, en 1627.—La infanta doña Isabel Maria Teresa de los Santos, hija cuarta de los mismos reyes, en 1607.—El infante don Carlos, hijo cuarto de Felipe III, en 1632.—El infante don Francisco Fernando, hijo de Felipe IV, en 1624.—La infanta doña Ana Antonia, hija sexta de Felipe IV, en 1636.—El príncipe don Fernando de Savoya, en 1637.—El infante cardenal don Fernando, en 1641.—El príncipe don Baltasar Carlos, en 1646.—La infanta doña Maria Ambrosia, hija de Felipe IV, en 1653.—El infante don Fernando, cuarto hijo de los mismos reyes, en 1639.—El príncipe don Felipe Próspero, hijo también de Felipe IV, en 1661.—Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, en 1679.—Doña Maria Luisa de Orleans, primera muger de Carlos II, en 1689.—El infante don Luis Felipe, hijo de Felipe V, en 1709.—Luis José, duque de Vendome, hijo natural de Luis XIV, en 1712.—El infante don Francisco, quinto hijo de Felipe V, en 1717.—El infante don Felipe Pedro, hijo de Felipe V, en 1719.—Doña Maria Ana de Nebourg, segunda muger de Carlos II, en 1740.—El infante don Francisco Javier, hijo de Carlos III, en 1771.—El infante don Carlos Clemente Antonio de Padua, hijo primogénito de Carlos IV, en 1774.—La infanta doña Maria Luisa, hija segunda del mismo rey, en 1782.—El infante don Carlos Antonio, hijo tercero del mismo, en 1783.—El infante don Felipe Francisco, hijo cuarto en 1784.—El infante don Carlos, gemelo del anterior, en 1784.—La infanta doña Maria Carlota, hija segunda del infante don Gabriel en 1787.—La infanta doña Maria Ana Victoria, hija del mismo, en 1788.—El infante don Carlos José, hijo del mismo, en 1788.—El infante don Gabriel de Borbon, hijo de Carlos III, en 1788.—El infante don Felipe Maria Francisco, hijo décimotercio de Carlos IV, en 1794.—La infanta doña Maria Teresa, quinta hija de los mismos reyes, en 1794.—El feto extraído de la reina doña Maria Amalia, en 1798.—El infante don Luis Antonio Jaime de Borbon, hijo de Felipe V, en 1785.—Doña Maria Antonia de Borbon y Lorena, primera muger de Fernando VII, en 1806.—El príncipe de Palma don Luis de Borbon, en 1803.—El infante don Antonio Pascual de Borbon, hijo de Carlos III, en 1817.—La infanta doña Maria Isabel Luisa, hija de Fernando VII, en 1818.—Doña Maria Isabel Francisca de Asis, segunda muger del mismo rey, en 1818.—Doña Maria Amalia de Sajonia, tercera muger del mismo rey, en 1829.—El infante don Francisco de Borbon, hijo del infante don Francisco, en 1821.—La infanta doña Maria Teresa Carolina, hija del mismo, en 1829.—El infante don Eduardo Felipe Maria, hijo del referido, en 1830.—La infanta doña Maria Luisa Carlota, muger del infante don Francisco, en 1844.

renta cantinas, ochenta y cuatro estatuas de bronce, mármol y piedra berroqueña, dos bibliotecas con mas de veinte y cuatro mil volúmenes impresos y cuatro mil manuscritos, doscientos siete libros de coro, trece oratorios, ocho órganos, diez y seis patios, cinco refectorios, nueve torres, cincuenta y una campanas, catorce zaguanes, mas de diez mil ventanas, un tesoro en alhajas, reliquias y obras primorosas, como por ejemplo cuatrocientas sesenta y cinco pinturas originales de los mas célebres pintores del universo. Las bóvedas y paredes pintadas al fresco, por los famosos Pelegrini, Cangiasso, Cincinato, Carducho y otros, que se estienden á un espacio de dos mil novecientos setenta y dos piés de longitud, y otras mil bellezas artísticas y riquísimos tesoros, han causado siempre el mayor asombro á cuantos han visitado este recinto, calificado con razon de OCTAVA MARAVILLA.

Multitud de vastísimos departamentos y anchurosos salones dividen este inmenso edificio, como por ejemplo el *Aula de moral*, el *Camarin*, la *Celda prioral*, el *Oratorio*, el *Noviciado*, la *Sala de capas*, las *Bibliotecas*, la *Sala de batalla* y el *Cuarto del rey* y el de la *infanta*, compuestos ambos de varios aposentos lujosamente amueblados.

Hay además la *Compañía*, nombre que se da á un edificio frente al monasterio en la parte de poniente y enlazado con él por una bellísima galería trazada por el arquitecto Mora, en el cual estaba el taller de carpintería, refectorios, confitería, panadería con su molino de agua y troges, fábrica de paños y grandes salas de enfermería con sus oratorios.

Concluiremos por dar una ligera idea de la *Casa del príncipe*.

Fabricado este edificio todo de piedra por disposicion de Carlos IV cuando era príncipe de Asturias, hállase rodeado de espesos bosques y hermosos jardines. Mas de doscientos cuadros de Caracci, Rubens, Reni, Rafael y otros pintores todos de extraordinario mérito decoran sus paredes. Los techos están pintados por Perez, Yapeli, Duran, Gomez y Maella.

Dos preciosas arañas de cristal y bronce dorado la una con cuarenta y ocho mecheros, y la otra solo de bronce dorado con treinta y dos mecheros adornan el comedor y otra pieza ovalada. Veinte y tres retratos de las familias reales de España y Nápoles cubren las paredes de otro aposento. En la tercera campean treinta y siete

Mucho habia adelantado con la prision de don Luis de Mendoza, tanto por haber privado á los conspiradores de su denodado y principal gefe, como por haberse libertado del furor de un temible rival; pero fray Patricio notaba que la indignacion del pueblo crecia por instantes, y atendido el estado de insurreccion que imperaba en toda España, conoció que era ya inútil trabajar en favor de un poder agonizante. Hizo sin embargo un nuevo esfuerzo presentando á la deliberacion de los *esterminadores* una proposicion sangrienta, que fué unánimemente aprobada por los individuos del club apostólico. Decia así:

«PIDO Á LA SANTA Y RELIGIOSA HERMANDAD DEL ANGEL ESTERMINADOR, QUE DESTINE UNA CRECIDA SUMA PARA CONMOVER LAS MASAS DE NUESTROS AUXILIARES. DÉSELES UN INOCENTE DESAHOGO. PÓNGANSE Á SU DISPOSICION LAS TABERNAS MEJOR ABASTECIDAS, PREDÍQUESELES EL ESTERMINIO DE LOS LIBERALES, ESCÍTESE POR TODOS CONCEPTOS SU RENCOR, Y EN MEDIO DE LA ANARQUÍA QUE REINA EN MADRID, EL SANTO FERVOR DE TAN DIGNOS DEFENSORES DEL ALTAR Y DEL TRONO HARÁ LO DEMAS.»

Así las cosas, retiróse fray Patricio á su casa para tomar alimento y descanso, y no pudo menos de estremecerse al ver por todas partes grupos hostiles del pueblo, que se cruzaban en todas direcciones vitoreando á la libertad.

Unos cuantos nacionales bajaban entusiasmados por la calle de la Concepcion Gerónima en direccion á la de Toledo. Así que llegaron á donde estaba fray Patricio, cedióles este la acera, y quitándose el sombrero y agitándolo en el aire, exclamó con voz sonora:

—¡Patriotas! ¡Viva Riego! ¡Viva la Constitucion del año 12! Estos vivas fueron repetidos por una inmensa multitud. Luego añadió fray Patricio:

—¡Mueran los pasteleros! —No, ciudadanos — exclamó uno de los milicianos nacionales — no se oigan entre nosotros mas que vítores. No manchemos con sangre el glorioso triunfo que nos aguarda.

En esto apareció de repente por la plazuela de Santa Cruz un piquete de caballería que cargó contra la multitud repartiendo sablazos de plano, y como la obesidad de fray Patricio no le permitia correr con la ligereza que el peligro aconsejaba, íbale en zaga

un inhumano coracero, que se hartó á las mil maravillas de calentar las reverendas espaldas del ex-franciscano hasta que, inmediato á su casa, cayóse en el duro suelo, y despues de rodar como una pelota, metióse á gatas en el portal de su domicilio, perdiendo en esta gloriosa retirada baston y sombrero, que quedaron en los campos del honor.

—¡Cuánto polvo trae usted! — exclamó la *tia Esperanza* al verle.

—Pues mire, hermana — respondió fray Patricio — no es por que no me le hayan sacudido de lo lindo.

—¡Y viene usted, padre mio, sin baston ni sombrero! ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Una bicoca... Venia una turba de bullangueros chillando, ha cargado contra ellos la caballería, y han pagado justos por pecadores.

Fray Patricio se quitó el frac y sentóse en una poltrona junto á una antigua mesa de la cocina, sin ánimos para pasar al inmediato comedor, tan mal parado habiale dejado la reciente refriega.

La *tia Esperanza* sentóse enfrente, y ambos apoyando los brazos



en la sexagenaria mesá, siguiéron muy santamente en amistosa y familiar conversacion.

—¿Le han atropellado á usted, padre mio?—preguntó la *tia Esperanza*.

—Un soldado me ha acompañado hasta el portal—respondió fray Patricio.

—Dios se lo pague. De ese modo nadie se habrá atrevido á insultar á usted.

—Es que precisamente mi compañero ha sido quien me ha molido la osamenta.

—¿Le ha pegado á usted?

—Algunos sablazos de plano... nada mas que los suficientes para que no me pueda mover en medio año.

—¡Válgame Dios, que desgracia! ¿Quiere usted que vaya por el cirujano?

—No, hermana, no. Lo que mas necesito es reposo; pero antes quisiera un poco de alimento.

—La comida está ya lista... ¿si usted la quiere?

—Sí, buena hermana, probaré un bocadito y me iré á ver si puedo descansar un rato. Aquí mismo: ponga usted los manteles en esta mesa y no hay necesidad de pasar al comedor.

Un gran plato de macarrones, buena racion de puchero con un cuarto de gallina, ricos garbanzos del Zauco, patatas manchegas, jamon de Avilés, tocino y chorizo de Estremadura, un pollo con pimientos y tomates, un trozo de cabrito asado, ensalada, media docena de albaricoques, varios dulces y el correspondiente pan y legítimo Valdepeñas, fueron el bocadito que probó fray Patricio para no desmayarse. Tomó luego un solemne polvo, fumó su descomunal cigarro de papel, y con el auxilio de la *tia Esperanza* dirigióse á su cuarto y se tumbó en la cama á la bartola el pobrecito siervo de Dios.

Cinco minutos habian pasado apenas cuando los estrepitosos ronquidos del repleto fraile hacian retemblar las vidrieras de los balcones.

La *tia Esperanza* profesaba demasiado afecto á su antiguo padre espiritual para que se alejase de él en la lamentable situacion que veia al pobrecillo. Corrió pues precipitadamente, y sentóse en una silla de la sala inmediata á su dormitorio. Allí se entretuvo con algunos de sus acostumbrados rezos.

Hacia un calor insoportable, y para sentirle menos, trasladóse

la beata al balcon, en donde á poco rato quedó tambien dormida.

Repararon casualmente en ella unos estudiantes de buen humor que pasaban por la calle.

—Mirad, chicos, que avechicho hay en ese balcon—dijo uno soltando una burlona carcajada.

—Si... es una lechuza—replicó otro.

—No es sino la imágen de la inquisicion—añadió un tercero.

—Y lleva ya luto por la próxima muerte de los ministros.

—¡Vaya una tia asquerosa!

—Parece una estatua de alquitran. ¡Pero qué narices! No sé por qué tienen ahí ese adefesio, estando vacante en el Retiro la jaula de la elefanta.

—Oiga usted, doña Proserpina, ¿qué hace usted en este mundo?

—¡Si no te oye!... ¡Si duerme como un liron!

—¡Eh! so espantajo, diga usted que la pongan en alguna higuera para asustar á los gorriones.

—Mejor es que la archiven en el gabinete de historia natural. Es una preciosa mómia.

—Eso cuando se muera.... ahora puede servir aun para las procesiones del Córpus... á falta de tarasca...

—Chicos, esa muger no es sino una bruja. Cansada de volar por la noche, duerme de dia.

—Así es la verdad; pero ya vereis como yo despierto á esa vision.

Y diciendo esto uno de los mas traviesos estudiantes, tiró á la vieja una naranja con tal tino, que dándole en medio de la joroba, la hizo levantar azorada, y notando la estrepitosa rechifla de una inmensa multitud que se habia reunido ya en la calle, metióse dentro y cerró precipitadamente el balcon; pero su espanto subió de punto cuando oyó alaridos horrorosos en la alcoba de fray Patricio.

—¡Ay!... ¡ay!... ¡que me ahogan! ¡que me matan!

Era el acento de fray Patricio; pero este acento espresaba un martirio atroz. Salia comprimido como si efectivamente un dogal apretase su garganta.

La *tia Esperanza* quedóse petrificada sin poder dar un solo paso. Una convulsion continua agitaba sus miembros, y al dirigir la

vista hácia la alcoba de fray Patricio, vióle salir entre cortinas pálido y sudoroso, los ojos desencajados, y todo su aspecto horrible y aterrador.



Fray Patricio dejóse caer en un sofá, y despues de algunos instantes de abatimiento, dirigió una mirada á su ama de gobierno, que permanecia en el mas profundo estupor,

—No es nada, hermana mia... — le dijo — una pesadilla... soñaba que me ahorcaban...

— ¡Dios mio! — exclamó la vieja.

— ¡Agua! hermana ¡agua!... Me abraso de sed.

La tia Esperanza corrió por un vaso de agua, que fray Patricio bebió con avidez.

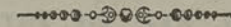
Los malvados, rodeados de riquezas, de comodidades y placeres... en medio de la ostentacion y de la magnificencia, aparentan ser felices y son horriblemente desgraciados. No solo es imposible

contener su insaciable ambicion, sino que el ánsia de goces, el afan de enaltecerse, turba incesantemente la paz de su alma y les arroja á extravíos lamentables, á crímenes espantosos. Su conciencia les acusa sin cesar, y aquellas horas en que el honrado trabajador encuentra en el dulce sueño el apacible solaz que todas sus fatigas compensa, son horas de tortura para los malvados, pues en vez de agradable reposo, sienten en su corrompido corazon el efecto desgarrador de atroces remordimientos.

.....
Mas sosegado fray Patricio, fuese de nuevo á presidir el abominable club del *Angel exterminador*.

Pocas horas despues fulminó el gobierno tan inhumanas y aterradoras disposiciones, que los liberales de Madrid, como hemos insinuado anteriormente, por no dar un espectáculo de sangre á la Europa, resolvieron hacer la revolucion en la Granja, á donde es justo ya que conduzcamos al curioso lector.

CAPITULO VIII



mantener en insalvable paciencia, sino que el insa de cores, el
alun de casta... (text is mirrored and mostly illegible)

Las cosas de este mundo, como de nuevo a preadir el sponi-
ble el... (text is mirrored and mostly illegible)

caso de la que, segun la disposicion de su espíritu, p...
consiste en... (text is mirrored and mostly illegible)

Los señores... (text is mirrored and mostly illegible)

abandonarse a toda suerte de placeres en medio del lujo de la opulencia,
de los tesoros y de las comodidades, todos exclaman con
pungida voz: todo sea por amor de Dios.

El poder de las armas, el poder de las leyes, el poder de las
milicias para la construcción de su real Granja y real Palacio en el
de castas comodidades y lujos, todo se ve en el sitio de San Ildefonso.

Hemos llegado por fin al teatro en donde se representó la esce-
na mas grandiosa de nuestra revolucion, escena que refluyó poderosamente
sobre el porvenir de los personajes que figuran en la historia que
relatamos, pero antes de seguir el curso de los acontecimientos
dramáticos, antes de volver á hablar de la virtuosa Maria,
no podemos prescindir de dar una rápida aunque verídica pintura
de la Granja, sitio encantador, que no tiene acaso rival en el orbe.

Al colocar á nuestra amada patria en la línea que le corresponde,
al vindicarla de los ultrajes con que la ignorancia quiso zaherirla,
al describir entre sus usos, costumbres y progresos de su

La Granja de San Ildefonso, que hoy por hoy es un sitio de recreo,
fue fundada en el año de 1764 por el Rey Felipe V.

Los edificios, rodeados de jardines, de cascadas y plazas,
eran de una belleza y magnificencia que hoy no se ve en el sitio.



CAPITULO VIII.

REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO.

Hemos llegado por fin al teatro en donde se representó la escena mas grandiosa de nuestra revolucion, escena que refluyó poderosamente sobre el porvenir de los personajes que figuran en la historia que relatamos, pero antes de seguir el curso de los acontecimientos dramáticos, antes de volver á hablar de la virtuosa Maria, no podemos prescindir de dar una rápida aunque verídica pintura de la Granja, sitio encantador, que no tiene acaso rival en el orbe. Al colocar á nuestra amada patria en la línea que le corresponde, al vindicarla de los ultrajes con que la ignorancia quiso zaherirla, al describir entre sus usos, costumbres y progresos de su

Melismo
civilización, cuanto encierra de notable y rodea la capital de España, faltariamos á nuestro propósito si pasásemos en silencio esos suntuosos edificios y mágicos verjeles que son el asombro de nacionales y extranjeros.

Restanos pues llevar á cima la difícil empresa de bosquejar los encantos de *la Granja*; y para no desvirtuar la realidad, procuraremos ser historiadores primero que poetas. No tendrá nuestro relato los bellos atavios de sublime elocuencia; pero el colorido de la verdad prestará algun interés á nuestras débiles pinceladas.

Don Felipe V era muy bonachon sin embargo de ser rey, y despues de la paz de Utrech, su tímida conciencia y religiosos sentimientos indujéronle á ofrecer en el silencio de la soledad holocaustos al Señor, tanto con el objeto de que se apiadase de sus culpas y pecados, como para que hiciese felices á sus muy amados súbditos los españoles.

Determinóse pues, cual otro Job, á echar cimientos al altar y casa dentro de la que, segun las disposiciones de su espíritu, pensó consagrarse enteramente á la oracion y penitencia y entregarse á Dios en perpétuo sacrificio.

Los sacrificios de los reyes semejanse á los de los frailes, que al abandonarse á toda suerte de placeres en medio del lujo, de la opulencia, de los tesoros y de las comodidades, solian esclamar compungidos: *todo sea por amor de Dios*.

El buen Felipe V hizo el doloroso sacrificio de invertir muchos millones para la construcción de su real *Granja* y rodearse en ella de cuantas comodidades y goces puede apetecer el ansia de felicidad y el orgullo de la dominación.

No es mal DESIERTO el que supo proporcionarse su devotísima magestad para dedicarse á la vida contemplativa y santa; ni es tampoco desacertada una VIDA PENITENTE que consistia en rodearse de goces, riquezas, perfumes, buenas vistas, esquisitos manjares, y eternos aduladores. *Todo sea por amor de Dios*.

En 1450, hizo construir Enrique IV al pié de una montaña una ermita dedicada á San Ildefonso, que fué cedida con algun terreno á los pobrecitos monjes de San Gerónimo del monasterio del Parral, estramuros de la ciudad de Segovia.

Gustóle á Felipe V este terreno para encomendarse á Dios, y

por convenio celebrado en 23 de marzo de 1720 quedó dueño de él por la renta anual de *mil ducados* y *cien fanegas de sal*, por que el bueno de don Felipe, como todos los monarcas, era un rey *muy salado*.

Compró igualmente á la muy noble junta de Linages de la ciudad de Segovia 201 fanegas de tierra por ochentamil cuatrocientos reales, obligándose á pagar por separado doscientos setenta y un mil novecientos veinte y ocho reales por el aprovechamiento de cincuenta y cinco mil cuatrocientos ochenta y dos pinos y arbustos que necesitó para sus obras. En una palabra, solo el coste del terreno que está hoy amurallado, y constituia el SANTO DESIERTO de Felipe V, ascendió á cuatrocientos quince mil setecientos noventa y ocho reales vellon.

En el mismo año se abrieron los cimientos del templo de la *real colegiata*, y en 1724 fué ya consagrado y dedicado á la santísima Trinidad.

Cuatro columnas de mármol sanguíneo traído de las canteras de Cabra, decoran el precioso retablo de jaspes. La mesa de altar y frontal son de precioso pórfido, el sagrario de lapiz-lázuli pulimentado.

Todo el templo forma la figura de una cruz. El coro en la parte inferior compónese de dos órdenes de vistosa sillería, que costó cuarenta y nueve mil quinientos reales. Hay en él un reloj traído de Londres por veinte y dos mil reales, y cierra el coro una magnífica reja. Dos columnas de mármol venidas de Génova sostienen la tribuna principal, coronada por dos ángeles con las reales armas de España y Farnesio. Hay otras dos tribunas laterales para las régias personas.

Muerto Felipe V fué sepultado en 1746 á espaldas del altar mayor con arreglo á su testamento; pero su hijo el rey Fernando VI hizo trasladar el cadáver de su padre al nuevo panteon en 1758, y en 1766 falleció doña Isabel Farnesio, y sus despojos fueron depositados en la tumba de su esposo.

Esta fúnebre morada consiste en una pieza cuadrilonga de tres cuerpos: el primero de piedra azul con betas blancas, sobre el cual pesa un grandioso zócalo de mármol sanguíneo con una inscripción que dice, Á FELIPE V REY DE ESPAÑA, PRÍNCIPE GRANDE, PADRE BUENO: SU HIJO FERNANDO VI OFRECE ESTE MONUMENTO. El segundo

cuerpo es una bellísima urna que descansa sobre cuatro garras de león de bronce dorado á fuego. Hay en el hueco una almohada y en ella el cetro, la corona, y el manto real, todo igualmente de bronce dorado. Una estatua de mármol blanco, representa, á la derecha, una muger llorosa con dos niños uno en brazos y otro de pié. Este grupo es el emblema de la pobreza desamparada. Otra muger á la izquierda representa á la España adolorida.

El tercer cuerpo ostenta los retratos de Felipe é Isabel sobre los cuales campea la fama con su bronceado clarín. Por la parte posterior descuella la pira de un mármol idéntico al del zócalo cimental. El turíbulo figura despedir densísimo humo y concluye este precioso monumento con los dos escudos de España y casa de Farnesio sostenidos por celestiales querubes.

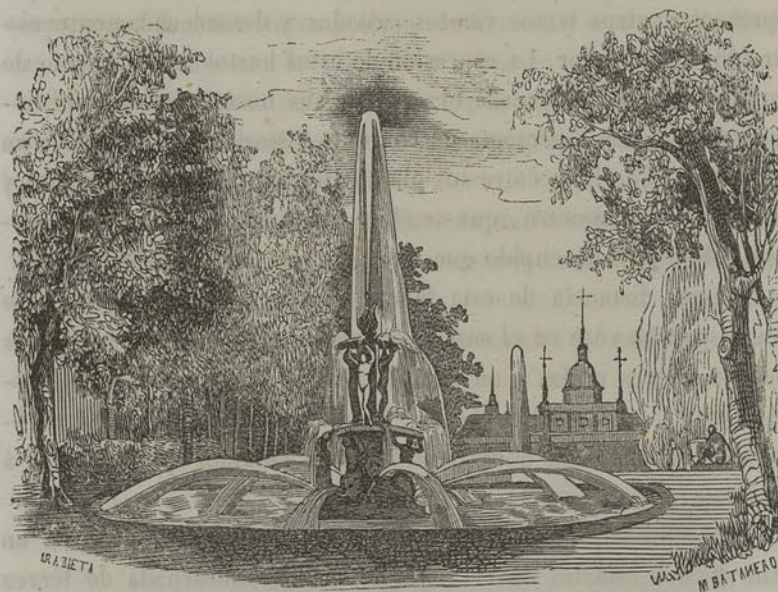
La principal fachada del palacio, está frontera á los jardines. Fué ejecutada por un tal Rics, vizcaino, en la cantidad de tres millones trescientos sesenta mil reales. Tiene doscientos sesenta piés de longitud por sesenta de elevacion, cuyo cuerpo céntrico, que es el principal, arreglado al órden corintio, compónese de piedra encarnada de las canteras de Sepúlveda, y berroqueña, con cuatro columnas istriadas, doce pilastras áticas y dos medias con su correspondiente capitel, siguiendo esta línea lateralmente, cuarenta y seis pilastras y doce columnas. Entre otros mil adornos, descuellan cuatro figuras de cuerpo entero que simbolizan las estaciones. Tres balcones sobresalen unas dos varas. Bustos, estatuas, grupos de mármol, jarrones y trofeos ó armaduras de antiguos campeones son los adornos de esta fábrica, que se vé coronada por una espaciosa balaustrada y antepecho de piedra berroqueña.

A unos quince pasos delante de esta suntuosa fachada, véñese unas gradas de mármol, sobre las cuales hay doce grupos de sirenas, génios y cupidos. Estas gradas dan paso al parterre, que es un recinto plano con artificiosos dibujos de mirtos, bojés, flores, jarrones y estatuas.

Por uno de los ramales de la escalera súbese á la cascada nueva, adornada de graciosos grupos y estatuas marmóreas.

Llégase luego al cenador, que aunque pequeño es de excelente gusto. Inmediato al cenador descuella la fuente de las *Tres Gracias*. Su estanque circular es á flor de tierra. Hay en el centro una peña con dos sátiros y dos náyades que con las manos derechas sostienen

una taza. Los sátiros tienen una bocina en la izquierda en actitud de tocarla. Entre estas cuatro figuras véñese otros tantos mascarones que arrojan agua por la boca verticalmente, lo mismo que otros cuatro que hay en el pedestal. En la primera taza están de pié las *Tres Gra-*



cias (1) enlazadas, que sostienen con la mano y la cabeza otra taza de menores dimensiones, en cuyo centro se ve un cupido que abraza á un delfín que arroja un chorro de agua á la altura de cuarenta y siete piés.

Desde la plazoleta de esta fuente, bajando por la izquierda, hácia la fachada del palacio, por entre un bosque de calles, encuéntrase la célebre fuente de *los Vientos*, que forma un vistoso juego de aguas, cuyos sacudimientos impetuosos causan un espeso rocío á semejanza de niebla. Su estanque es tambien circular y elévase media vara del suelo, y hay de trecho en trecho distribuidos en su cir-

(1) Toda vez que las figuras y demás objetos están detalladamente descritos, hemos preferido presentar la vista de algunas fuentes en el momento de arrojar el agua, apesar de que la sorprendente abundancia que despiden los inmensos surtidores, formando vistosísimos juegos hidráulicos, ocultan la parte arquitectónica, cuyo asombroso mérito (del cual nos sería imposible dar exacta idea en los diminutos límites á que nos vemos reducidos) reaparece cuando el manantial suspende su curso. Aplíquese esta advertencia á cuantos grabados adornan el presente capítulo, para que no se juzguen en discordancia con el texto de las descripciones. Baste decir que se han copiado de la preciosa colección que bajo la dirección de don José Madrazo se litografió de órden de don Fernando VII.

conferencia á distancias proporcionadas ocho mascarones que dirigen surtidores de agua aplastada al centro, en donde campea Eolo sobre un terrazo, sentado, con corona en la cabeza y cetro en la mano derecha, en cuya muñeca se ve asida una larga cadena que circuye repetidamente el peñasco, y sujeta diez y seis cabezas que representan otros tantos vientos agitados y desordenadamente esparcidos en derredor. La espresion de estos bustos indica el acto de soplar, y saliendo arqueada el agua de sus bocas, crúzase en distintas direcciones y presenta un conjunto vistosísimo. La boca de un delfin que tiene Eolo entre sus plantas forma un surtidor de diez y siete líneas de diámetro, que se eleva cincuenta y siete piés. Inmediato á Eolo hay un cupido que le contempla con asombro (1).

A corta distancia de esta fuente está la de Amfitrite. Dentro de una concha véese en el centro del estanque sentada á esta diosa rodeada de tres ninfas y un cupido. Cuatro delfines á sus piés arrojan agua con direccion oblicua. La diosa tiene asido con su diestra otro delfin, cuya boca constituye un surtidor que se eleva á cincuenta y dos piés (2).

Siguiendo la fachada de palacio hácia el Oriente, véese en un plano de dos ramales de escalera de piedra, entornada de férrea barandilla, con seis canastillos de flores y frutas y dos leones mármóreos, la fuente de *Pomona*, que á guisa de cascada forma cuatro estancias en que el agua se detiene. Un grupo de dos figuras, la una de un anciano recostado sobre un tenajon, que arroja por la boca un chorro de agua achallanada, y la otra de una jóven tendida figurando cortar las aguas con una paleta. Un niño arrodillado detras del anciano, ofrécele los frutos de las tierras regadas. Las dos figuras representan los rios Dueró y Adaja. Nueve troncos como de espadaña arrojan desde la segunda estancia, hasta la altura de diez toesas, treinta y seis caños de agua del diámetro de nueve líneas. Hay en la estancia tercera un grupo de figuras entre las cuales descuellan Vertumno y Pomona, ella á la derecha con aire de recato y admiracion; pero él sin mas abrigo que un manto que le

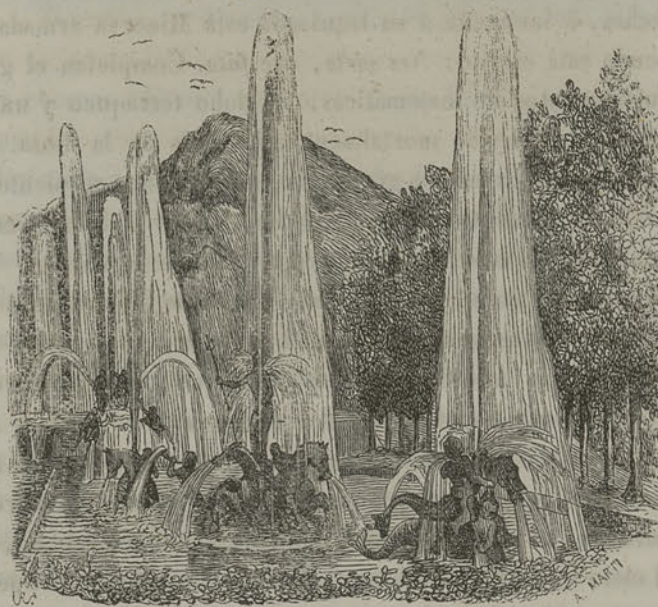
(1) Eolo, hijo de Júpiter y Acesta, vivió en las islas Eolias ó de Sicilia. Fué muy inteligente en la astronomía y pronosticaba los temporales, por cuya razon los gentiles le veneraban como dios de los vientos, á los cuales sujetaba con cadenas en cuevas oscuras y les soltaba ó reprimía á su antojo.

(2) Amfitrite debió á un delfin el haberse desposado con Neptuno, y por esto fué tenida por diosa del mar y tutelar de los delfines.

cubre la cabeza y los hombros, en ademan de quitarse una máscara de vieja. Entre ellos se ven dos niños que les ofrecen frutas de un canastillo. De este hermoso grupo salen apiñados cuarenta y cuatro caños que forman un solo chorro sorprendente. Cupido en actitud de asombro véese detras de Vertumno. En la cuarta estancia lindísimos grupos de niños forman otros surtidores, y en sus inmediaciones se notan emblemas de agricultura (1).

Desde la esplanada de esta fuente, véese el remate de la gran ría con su puente y barandilla de piedra encarnada, preciosos grupos y otros adornos magníficos.

Pasemos á la calle llamada *Carrera de los caballos*. Disfrútase desde ella de la deliciosa perspectiva de seis fuentes y ciento catorce surtidores de agua, que se elevan y se deslizan en distintas direcciones, descollando entre estos manantiales la grandiosa fuente



de Neptuno que vulgarmente se llama *de los caballos*. Su estanque paralelógramo tiene treinta y siete toesas de longitud por nueve y

(1) Vertumno es lo mismo que Proteo, dios marino del año (*ab anno vertente*) de los pensamientos y de cuanto está propenso á facil mudanza. Enamorado de Pomona, diosa de las huertas, no podía ser correspondido apesar de ser gallardo mozo, y con el objeto de lograrla disfrazóse de vieja. De este modo rindió la voluntad de la diosa por medio de la persuasion, y Pomona quedó sorprendida al verle sin la careta de vieja que cubria su juventud y sus gracias.

cuatro y medio piés de latitud, con cerco de piedra á flor de tierra. Tres cepones ó terrazos que hay en el centro contienen, los de los extremos, caballos marinos montados y guiados por robustos infantes. El uno abraza una cornucopia de la cual se eleva un chorro de agua. Viértela también los caballos por boca y narices en tres caños oblicuos. En el terrazo del medio figura el casco de un buque sobre el cual campea Neptuno con un delfin entre sus plantas que lanza el agua á cincuenta y cinco piés de elevacion. Otros delfines, ninfas y nereidas completan la bella composicion de este grupo (1).

Una escalinata de piedra conduce á la fuente de Apolo que en ovalado estanque á flor de tierra presenta un grupo sobre un cepon en que está Apolo sentado con el harpa en la mano izquierda, el arco en la diestra, y á sus plantas la serpiente Piton, que arroja por la boca á sesenta y tres piés de altura un chorro de agua de trece líneas de diámetro. Cupido está á su espalda en ademan de alcanzarle flechas, é inclinada á su izquierda está Minerva armada, en cuyo escudo está escrito: *Nec sorte, nec fato*. Completan el grupo varios instrumentos de matemáticas, el globo terráqueo y una figura con careta, herida mortalmente á los piés de la diosa. Hay otras dos mesetas con sendos grupos de un niño y una serpiente que escupe el agua á sesenta piés de elevacion, y por último la cuarta meseta contiene un mascarón que arroja un río de agua.

Sin detenernos en el estanque semicircular de los dragones alados que arrojan el agua á cuarenta piés de altura, pasemos á describir la fuente de Andrómeda, cuyo estanque circular de veinte toesas de diámetro tiene el cerco á flor de tierra. Dos jarrones laterales con orlas de flores y cabezas de sátiros cornudos por asas, forman simetría con el grupo del centro que representa á Andrómeda encadenada, el cuerpo medio desnudo, suelto el cabello, mirando al cielo en actitud suplicante. En la parte superior del peñasco, un genio asido á las cadenas parece dispuesto á libertarla. Véase á Perseo con la cabeza de la encantadora Medusa asida por los cabellos con la mano izquierda y un alfange en la diestra alzada contra un soberbio dragon, que arroja á ciento diez y seis piés de al-

(1) Neptuno, hijo de Saturno y de Opis, hermano de Júpiter y marido de Amfitrite, circunda la tierra con sus aguas. Los mónstruos marinos son sus vasallos. Empuña por cetro el *tridente* como indicando sus tres dominios en fuentes, ríos y mares.

tura un surtidor de agua de veinte líneas de diámetro y setenta



y dos chorros oblicuos por otras tantas heridas que tiene en su cuerpo (1).

Hay en la plaza de esta fuente ocho hermosas estatuas de mármol que representan dos *Silenos*, el *Honor*, *Ganimedes*, *Amfitrite*, *Júpiter*, *Cibeles* y la *Música*.

Sigue luego el parterre de Andrómeda con otras cuatro estatuas y suntuosos jarrones, y subiendo por una rambla y escalera de yerba, preséntanse tres calles y dos fuentes.

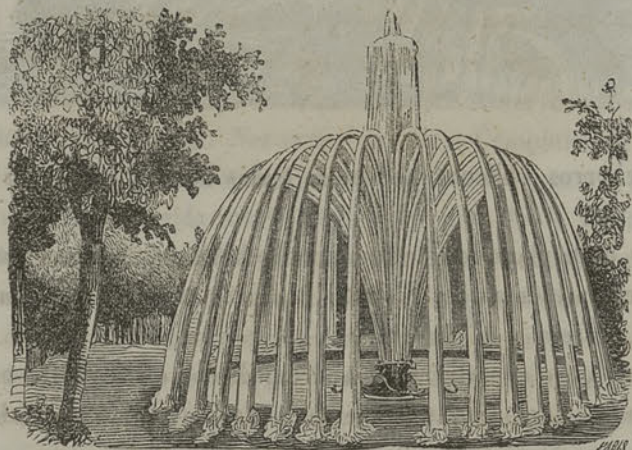
A la derecha está la fuente *de la taza* con cuatro mascarones en su zócalo, que arrojan agua por la boca verticalmente. Una grandiosa taza de mármol blanco sobre pedestal de lo mismo, con cuatro delfines que vierten agua por la boca, ocupa el centro del estanque. Cuatro náyades sostienen una concha y hay otros grupos de niños tritones que también lanzan agua, y en lo más elevado véase un triton abrazado á una náyade y esta á una cornucopia de

(1) Andrómeda, hija de Cefeo y Caliope, fué condenada á vivir amarrada á un peñasco de Etiopia, abandonándola á discrecion de una serpiente, por orden de Júpiter á instancias de Juno su muger por que Andrómeda era más bella. Los demás dioses declaráronse en su favor y se comprometieron á dar á Perseo los necesarios auxilios en estos términos: Mercurio los talaros alados para la fuga, Marte la espada, Pluton el morrion que le hacia invencible, Palas la lanza y Minerva el escudo.

Estos esfuerzos dieron libertad á Andrómeda y los dioses la acogieron benignamente y la consolaron de sus pasadas penas.

la abundancia, de la cual sale un surtidor de diez y ocho líneas de diámetro que se eleva á veinte piés.

Volviendo á la calle de en medio hállase la hermosa fuente del *Canastillo* colocada en una plazoleta circular. Tambien lo es su estanque cercado de piedra á flor de tierra y tiene diez y siete toesas y media de diámetro. Campea en su centro un gran canasto con frutas y flores sostenido por cuatro cisnes con las alas tendidas. Circúndale una corona entretejida de espadañas, sobre la cual yacen recostadas cuatro nayades en accion de nadar, pero con la cabeza y manos levantadas como queriendo registrar el canastillo. Consta de cuarenta y un caños, treinta y dos oblicuos y nueve en elevacion, que ofrecen un conjunto sorprendente.

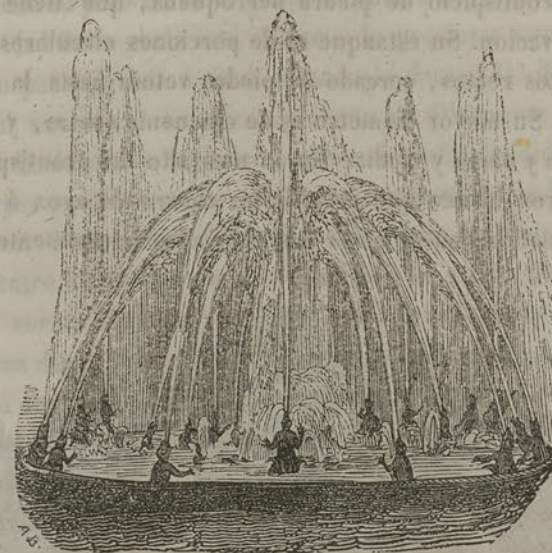


Desciéndese desde aquí á la plazuela de *las ocho calles* y se ven diez y seis fuentes que presentan una perspectiva encantadora. En medio de esta plaza hay un asombroso grupo de mármol en forma de pedestal, que es un octágono perfecto. Vénse en él tres figuras de plomo barnizadas de blanco, que representan á *Mercurio*, *Pandora* y al *Rencor* en combinadas y espresivas actitudes (1).

Bájase por una calle recta á la fuente de *las ranas* ó sea de *Latona*. Su estanque es circular á flor de tierra; su diámetro doce toesas. Hacen un bellissimo y admirable efecto las diez y seis ranas

(1) Comisionado Mercurio de la ejecucion de varias órdenes de Júpiter y otros dioses, llevaba sombrero y zapatos con alas á fin de evacuarlas con mas celeridad. Hacia uso de una vara tambien con alas y tocando con ella un dia á dos serpientes

que arrojan por la boca oblicuamente al centro donde está la diosa, sendos caños de agua que forman delicioso juego con los de ocho

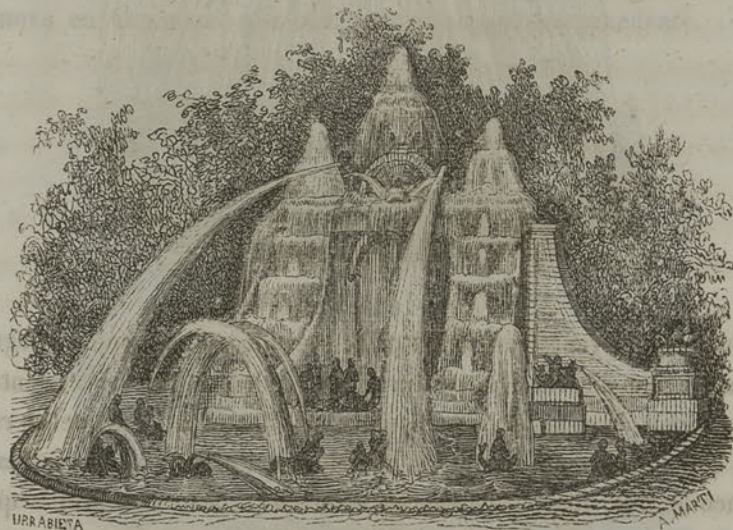


hombres semi-ranas con atributos de segadores que arrojan el agua en elevacion directa á una altura sorprendente. Hay mas adentro ocho ramos de espadaña, y en cuatro de ellos asoman pequeñas ranas que constituyen lindisimos surtidores. Un peñasco de mármol blanco de tres cuerpos ostenta en el primero ocho mascarones que arrojan agua verticalmente en forma aplastada y otras ocho ranas que arrojan arcos de agua que se cruzan y ofrecen un maravilloso efecto. Otros ocho mascarones ocupan el segundo cuerpo con cuatro ranas de menor tamaño que escupen agua del mismo modo, siendo el total de surtidores sesenta y cuatro, los cuarenta oblicuos y veinte y cuatro en elevacion. En la cima ó tercer cuerpo campea la diosa *Latona* mirando al Norte, graciosamente sentada, dirigiendo la vista y mano izquierda al cielo en actitud suplicante, mientras la derecha sostiene á uno de sus hijos, que la contempla en pié. Com-

que reñian, enroscáronse en la vara que tomó desde entonces el nombre de *Caduceo*. *Pandora* fué una mujer experimentada por Vulcano en sus fraguas de órden de Júpiter, quien en union de Mercurio la envió con un pomo encargándole que no le abriera hasta cierto tiempo; pero curiosa como mujer, abrióle sin aguardar el plazo y salieron de él y se diseminaron por todas partes todos los males, dolencias é infortunios.

pleta este bello grupo otro hijo tendido á su derecha con la mano inclinada hácia su madre (1).

Desde esta fuente se pasa á la de los baños de Diana que está fija á un frontispicio de piedra berroqueña, que tiene cincuenta piés de elevacion. Su estanque es de porciones circulares convexas y quebrantos rectos, cercado de piedra vetosa hasta la altura de una tercia. Su mayor diámetro es de cincuenta toesas, y el menor de cuarenta y cinco y media. En lo mas alto del frontispicio campea un jarron blanco que despide un chorro de agua á seis piés. Forman simetría con él otros dos colocados lateralmente un poco



mas bajos, cuyos surtidores de cuatro líneas de diámetro se elevan á ocho piés. En los intermedios hay dos leones que sujetan con sus garras á dos dragones atados y todos escupen agua. Los leones diríjenla al estanque, y los dragones á una taza que está encima del arco de una gruta. Estos manantiales forman juego con otro chorro aplastado que sale de la boca de un mascarón que hay sobre la espresada taza. Empotradas en la fábrica véense debajo dos náyades con sendos delfines que también lanzan agua al estanque. En los

(1) Latona, hija de Titan fué arrojada del cielo por la envidiosa Juno, quien hizo jurar á la tierra que no le daría asilo y la hizo perseguir por la serpiente Python; pero todo en vano, porque Latona parió á Diana y á Apolo en la isla de Delos. Caminando á Licia con sus hijos, fatigada y sedienta pidió agua á unos segadores, y no solo se la negaron sino que la enturbiaron para que no pudiese beberla. Júpiter oyó los clamores de Latona y condenó á los segadores á convertirse en ranas y habitar charcos y aguas turbias.

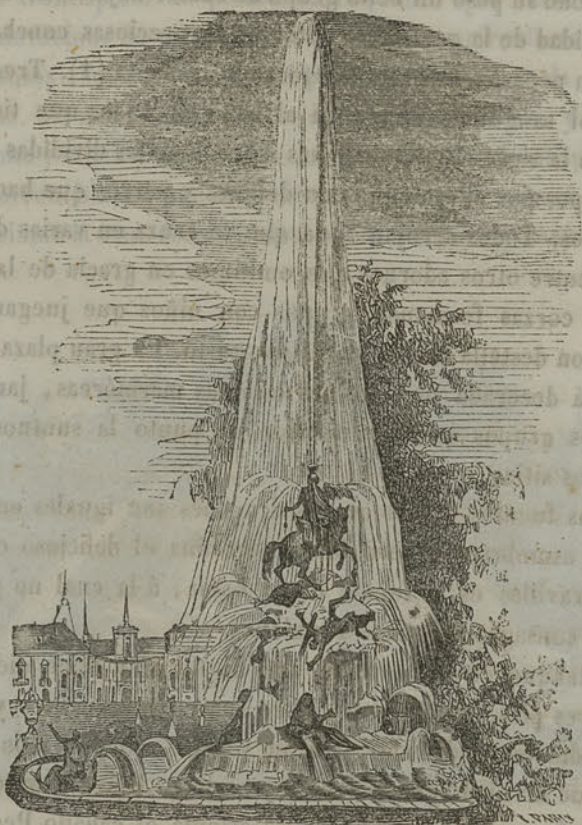
elevados cantos hay canastillos y niños en actitud de derramar flores y frutas. Colateralmente véense cuatro tazas por banda colocadas gradualmente con surtidores que arrojan el agua de una á otra, sosteniendo todo su peso un bello grupo de cuatro náyades arrodilladas. La concavidad de la gruta está cubierta de preciosas conchas. Sentado en un peñasco está Acteon tocando la flauta (1). Tres gradas de mármol sanguíneo conducen al baño de Diana que tiene seis ninfas que la sirven, y hay además catorce ninfas divididas en graciosos grupos por el estanque con delfines y perros que hacen presa de cisnes. Todos arrojan agua que se cruza en varias direcciones. Hay entre otros adornos que omitimos en gracia de la brevedad, dos corzas formando grupos con niños que juegan, cuya combinacion destella el mas esquisito gusto. La gran plaza de esta fuente está decorada de colosales estatuas marmóreas, jarrones y pintorescos grupos que hacen subir de punto la suntuosidad de estos régios sitios.

Las dos fuentes de los cuatro dragones son iguales entre sí y no menos asombrosas; pero la que termina el delicioso curso de tantas maravillas es la fuente de la Fama, á la cual no podemos menos de consagrar algunos renglones.

Su estanque circular está á flor de tierra y tiene diez y seis toesas y tres piés de diámetro. Sobre sus cuatro ángulos y en sus correspondientes pedestales figuran sendos cupidos montados en delfines que arrojan agua por boca y narices. Elévase en el centro un gran peñasco en cuya cumbre se ostenta el caballo Pegaso que tiene entre sus piés dos figuras abatidas, y hay además otras dos ya despeñadas. Diseminados en derredor véense arcos, morriones, escudos y flechas, un lagarto, troncos de árboles y flores. Montada en Pegaso está la Fama en ademan de saludar al sol, con el clarín en una mano, asiendo con la otra un surtidor de veinte y cuatro líneas de diámetro que arroja el agua á ciento treinta piés de altura.

(1) Acteon jóven pastor de gallarda presencia, enamorado de Diana andábase con sus ganados y perros por el valle Gargafia regado por la fuente Parterio donde tomaba baños la diosa. A fin de cautivarla, sentóse en un peñasco y tocó diestramente la flauta; pero Diana penetró la siniestra intencion de Acteon y le roció la cara con agua cenagosa que le privó de la vista y le convirtió en ciervo. No contenta con esto, echóle perros para que le devorasen. Acteon huyó precipitadamente pero enredándose sus astas en un matorral, fué alcanzado sin que sus lamentos ni las palabras de Ovidio *ego sum dominum cognoscite vestrum...* contuviesen á los animales que le perseguían.

Las cuatro figuras atropelladas por el caballo de la Fama, representan la Ignorancia, la Envidia, la Maledicencia y el Rencor.



Otras cuatro figuras que se notan en el zócalo del peñasco son emblemas de los ríos Duero, Ebro, Guadiana y Pisuerga, de cuyas inmediaciones salen otros tantos chorros de agua que se elevan hasta la altura del caballo.

Se creará acaso exagerada la descripción de tamañas y tan repetidas bellezas; pero lejos de esto, juzgamos nosotros que es de todo punto imposible dar á comprender al lector todos los encantos de tantas maravillas. Al soltar las aguas, cambia todo de aspecto en estos deliciosos lugares. Verdad es que la mayor parte de los magníficos grupos, los lindísimos juegos de amores y delfines, las colosales estatuas desaparecen bajo los cristalinos y susurrantes raudales que todo lo inundan y vivifican; pero si desaparece por un lado el

mérito arquitectónico, véase por otro hasta que altura raya en España, ya desde remotos tiempos, la inteligencia de sus ilustrados hidráulicos. Mil y mil juegos sorprendentes cautivan la atención y embelesan los sentidos. La vista asombrada gira vagarosa por doquiera, y en todas partes halla motivos de recreo, de admiración, de deleite. Si vistosisimos son los juegos de agua cuando el sol riela entre espumosas linfas que salpican de perlas las hermosas flores, mientras saludan las aves con sus melodías al astro bienhechor, así que la noche tiende su estrellado manto de zafiro es mágico é indefinible el aspecto que presentan las inmensas y gigantes cas fuentes que acabamos de describir. Sus colosales estatuas dibújanse en las blanquecinas nubes ó sobre un fondo rojizo jaspeado de negros, azulados y cenicientos celages. El firmamento seméjase á la sazón á una hermosa techumbre que se apoya en la frondosa copa de elevadísimos y corpulentos árboles; pero estos hechizos adquieren nuevo y encantador realce cuando las aguas corren, bullen y serpentean entre vistosos faroles. Véanse grandes espejos de agua que transparentan los mas bellos efectos de las luces. El arco Iris se reproduce con sus lindos colores en distintos sitios por efecto de las luces en combinacion con los bellísimos juegos hidráulicos, por manera que forma todo un conjunto de delicias, que por mucho que se quiera ponderar, solo puede alcanzarse á dar una leve idea de su indescriptible hermosura.

Hubiera sido tarea interminable el enumerar todas las bellezas de tan preciosas fuentes, inmensos jardines, alamedas y plazuelas sombreadas de frondosos árboles, que convierten en los campos elíseos de la fábula tan deliciosos como opulentos lugares.

Bastará decir que únicamente los jardines comprenden un terreno de catorce millones setecientos sesenta y cuatro mil piés de superficie, medidos exactamente por el jardinero mayor don José María Lemmi. Tienen ocho grandes estanques, de los cuales el mayor ha sido navegable, y se regula el total de árboles en tres millones ciento cuarenta mil, sin contar los arbustos no sujetos á línea, que son incalculables.

La magnificencia en lo interior del palacio es no menos sorprendente y asombrosa.

Este real sitio de San Ildefonso, conocido por *la Granja*, está situado en la falda de los montes carpetanos, cordillera de Guadar-

rama, á distancia de dos leguas de Segovia y doce de Madrid.

Si siguiendo el curso de nuestra historia, relataremos en el próximo capítulo los acontecimientos políticos que tuvieron origen en este real sitio á mediados de agosto de 1836, por cuyos ángulos marmóreos resonó la voz de la verdad; y besando el polvo los opresores, la VOLUNTAD DEL PUEBLO fué acatada.



APÉNDICE AL CAPÍTULO ANTERIOR.

PARA que el lector que no ha visto los portentos de la Granja, tenga una cabal idea de ellos y de su valor, añadiremos aquí una exacta relacion de las estátuas, figuras y demás ricos artefactos que se hallan en la GALERÍA BAJA DEL REAL PALACIO, con otras noticias tomadas de preciosos documentos y acreditados historiadores. El señor don Felipe V (dice el doctor don Santos Martín Sedeño) quiso destinar para salon de Embajadores la primera pieza de la *Galería baja del real palacio*, que por su misma grandeza fué dividida en diferentes estancias ó mansiones. Con atencion á dicho objeto, se empleó en ella toda la magnificencia posible; y así es, que además de hallarse estucada en su bóveda, los cornisamientos de puertas, frisos, y alfeylas de ventanas, estaban guarnecidos de los mejores mármoles de España, con columnas de los de Italia, y de otras varias y esquisitas piedras de la Península.

Cuantos restos ó monumentos de esta clase se ven por el pueblo, todos eran adornos de este magnífico salon; y de una de sus varias piezas lo son igualmente los que se hallan enterrados en el patio donde toman el coche SS. MM., á la pared del mismo edificio, á saber, varios trozos de capiteles ó grupos de diferentes formas, y de dos á tres estatuas colosales que se hicieron para la gran fachada: tambien dentro del salon se hallarán subterráneos, columnas, jambas, dinteles y basamentos que eran de las dos puertas principales, y otros parages concernientes al dicho salon, el cual en distintas épocas ha servido para coliseo de óperas; despues para juego de raqueta, estando pintado de negro, y los jugadores vestidos de blanco; y últimamente de picadero, que es el destino que tiene en el dia.

Pieza segunda. No contiene cosa particular.

Pieza tercera. En la tercera se hallan dos estatuas mayores del natural, que tienen cabezas, piernas y brazos de bronce, y lo demás de piedra ágata ó alabastro oriental, las cuales representan á *Julio César* y *Augusto*, emperadores.

Otra idem del jóven *Páris*, mayor que el natural (le falta un brazo) con un cupido que le alarga una manzana.

Otra idem tambien algo mayor que el natural representa á *Venus*.

Una urna cinericia con medios relieves que representa un sacrificio á *Baco*; y es opinion comun que estuvieron en ella las cenizas de *Cayo Calígula*, de mármol, y su pedestal de madera con entrepaños de piedra jaspe.

Dos bustos de mármol que representan el dia y el fuego.

Dos idem de yeso que representan á la noche y Medusa.

Dos mas imitados á jaspe que representan emperadores ó césares.

Cuatro pedazos de piedra berroqueña que fueron hallados en España, cuando se hicieron las calzadas en tiempo del conde de Floridablanca.

Pieza cuarta. Una estatua de cuerpo entero de mármol blanco que representa á *Narciso* con la cabeza inclinada al suelo sobre su pedestal de piedra.

Otra que representa á *Flora* con pedestal de madera y entrepaños de piedra.

Otras dos que representan á *Baco* y *Meleagro*, con pedestales de piedra.

Otra mas pequeña que representa á *Apolo*, con pedestal de idem.

Otra que representa á *Dafne* tendida en el suelo, sobre pedestal de madera.

Dos javalíes, mas que de medio relieve, en respaldos de piedra azul.

Dos columnas chapeadas de piedras, estilo mosaico, con bustos encima.

Una estatua de yeso del natural que representa á *Venus*, con una sábana, en pedestal de madera y entrepaños de piedra.

Pieza quinta. Una estatua de piedra que representa á *Júpiter*, con el rayo en la mano, sobre pedestal de madera.

Otra idem mayor que el natural de *Aradne*, con una lanzadera en la mano, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Venus* en el baño con una rodilla sobre una tortuga, y en el brazo derecho un pomo sobre la cabeza en accion de manifestarle; está colocada en su pedestal de madera con un hermoso relieve que representa á *Venus* en el tocador.

Otra idem mayor que el natural que representa á *Flora*, sobre pedestal de madera.

Otra idem menor que el natural que representa á *Tolomeo* siendo jóven, restauradas las piernas, sobre pedestal de madera.

Otra idem que representa al jóven *Antinoo*, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Fauno* recostado sobre un tronco tocando la flauta, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Hércules*, sobre pedestal de idem.

Un pedestal de madera con un bajo relieve de mármol que representa una batalla.

Cuatro pedestales de piedra con sus bustos de yeso.

Dos columnas de mármol istriadas en entorchado, con sus bustos encima.

Las dos estatuas de *Castor* y *Polux* con *Elena*, de yeso.

Una estatua de yeso que representa á *Fauno* con el cabrito al hombro, sobre pedestal de madera.

Dos bustos de piedra con sus pedestales.

Pieza sexta. Una estatua de mármol colosal, colocada en un hor-

nacina guarnecido todo de espejon y almendrado con su basamento, la cual representa á Apolo.

Ocho estatuas que representan ocho musas, Euterpe, Urania, Thalia, Polyhymnia, Erato, Therpsicore, Clio, Caliope, todas sobre pedestales de madera con fuentes y costados de mármol.

Cuatro grandes bustos de piedra que representan personajes, sobre pedestales de madera, seis idem de yeso, sobre pedestales de idem.

Pieza sétima. Toda esta pieza se halla guarnecida de los hermosos mármoles de España, que son el blanco de Granada, el verde de Cabra, y el espejon, con adornos de bronce; y se compone de ocho columnas del mismo mármol, cuyos entrepaños están guarnecidos de unos preciosos espejos de cuerpo entero, ejecutados en Venecia, con sus marcos de madera, tallados y dorados.

Dos bustos de niños, de mármol.

Doce pedestales de varios mármoles con clavos romanos y baquetas de realce, en los que se hallan colocados otros tantos bustos de emperadores, y son de yeso imitados á mármol.

Seis jarrones de yeso imitados á pórfido.

Pieza octava. Se halla en esta pieza la hermosa estatua colosal de *Cleopatra*, de la misma mano que la que estaba en el Vaticano, aunque esta es un poco mayor, y tiene el colchon mas hundido.

Una estatua de mármol que representa un Penates, sobre pedestal de espejon.

Otra idem que representa á una Sibila, sobre idem.

Otra idem que representa á París, sobre idem.

Otra idem que representa á Fauno, sobre idem.

Dos toros antiguos, menores que el natural, de mármol.

Seis bustos idem de hombres y mugeres, y entre ellos una Venus y un Viejo, de lo mejor.

Pieza novena. Un bajo relieve de cuatro piés de largo por tres de alto, el que representa la prision de un personage, y es de mármol, escuela romana.

Cuatro bustos de emperadores de varios mármoles, sobre pedestales de madera.

Otra idem tambien de mármol colosal que representa á la reina *Cristina* de Suecia, la cual vendió al embajador que se hallaba en Roma por el señor don Felipe V todas estas preciosidades,

y otras que han sido trasportadas de este palacio á los de Aranjuez y Madrid por órden de SS. MM. en distintas épocas.

Tres idem de yeso colosales, sobre pedestales de madera.

Otra idem imitando á pórfido.

Pieza décima. Dos bajos relieves, compañeros del anterior, diferentes en representacion.

Una estatua de mármol que representa la abundancia marina, sobre pedestal de madera.

Otra idem que representa la gloria mundana, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa la abundancia terrestre, sobre pedestal de idem.

Otra que representa la abundancia marina, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Hércules*, sobre pedestal de idem.

Otra idem que representa á *Ceres*, sobre pedestal de idem.

Un niño de mármol blanco de un pié de alto por otro de largo, sentado, con una guirnalda de flores.

Dos bustos de mármol, el uno negro y el otro porcelana, representan cabezas de ídolos.

Una estatua colosal de yeso, copia de la *Cleopatra*, sobre pedestales de madera.

Pieza decimaprimerá. Una estatua de marmol blanco que representa la *Fé* cubierta con un velo, escuela de Fermin ó de su mano.

Otra idem representa una muger no conocida, sobre pedestal de madera.

Otra idem representa á *Venus* que sale del baño embozada con una sábana; el medio cuerpo antiguo, y el otro moderno, sobre pedestal de idem.

Otra que representa á *Hércules*, sobre pedestal de idem.

Otra idem colosal de yeso representa á *Apolo*.

Pieza decimasegunda. Una estatua mayor que el natural de mármol blanco, representa á *Júpiter*, sobre pedestal de madera.

Otra idem representa á *Julio César*, sobre idem.

Otra idem representa á *Augusto César*, sobre idem.

Otra idem representa á *Julio César* con manto sacerdotal, sobre idem.

Cuatro ídolos egipcios de mármol de balastro ó granito de Egipto, originales de los de la gentilidad, sobre pedestales de idem.

Seis cabezas de mármol blanco colocadas sobre seis columnas de maderas imitadas á jaspe.

Cinco bustos de varios tamaños y representaciones.

Dos Faunos de yeso sobre pedestal de lo mismo.

Ocho ídolos de yeso, imitando á los originales, sobre pedestales de madera.

Un busto de yeso que representa á Vitello.

Un grupo de idem que representa dos niños luchando por una palma, sobre pedestal de madera, el que tiene un tablero de mármol blanco, y representa á *Dafne* perseguida de un sátiro.

Pieza decimatercera. Una estatua menor que el natural de mármol blanco que representa á *Ganimedes* arrebatado del águila; véase bien esta estatua, pues en juicio de muchos inteligentes viajeros, es original del antiguo griego, y Pons declara por bien hecho el no haberla puesto el brazo que la falta.

Otra idem que representa á *Venus* con idem.

Otra idem que representa á *Leda* con el cisne sobre idem.

Otra idem que representa á *Diana* sobre idem.

Pieza decimacuarta. Un bajo relieve de mármol blanco, que representa el Salvador con marco de madera.

Otro idem representa la cabeza de Olimpia.

Otro idem con marco de mármoles en forma de óvalo, representa un Santo elevado por los ángeles.

Otro idem representa trofeos de guerra, de cuatro piés de largo por tres de alto.

Otros dos idem que representan dos leones de dos varas de largo por una de alto.

Un busto de idem sobre pedestal de mármol negro con sobrepuestos de bronce, representa al rey Felipe V.

Otro idem sobre idem, representa su esposa doña Isabel.

Otro idem sobre idem, sin adorno de bronce, representa á *Luis I*, hijo de aquellos.

Otro idem representa su esposa.

Dos estatuas de yeso representan á Julio César y Augusto, sobre pedestal de madera.

Otro idem representa á *Dafne* sobre idem.

Dos idem representan musas sobre idem.

Pieza decimaquinta. — FUENTE DE LAS CONCHAS. Dos jarrones de piedra espejon de una vara de altos con tapa.

Dos estatuas de yeso en sus hornacinas, representan *Hércules* y *Júpiter*.

Cuatro bustos de yeso imitados á mármoles, sobre pedestales de madera.

Pieza decimasesta. — GALERÍA DE ÍDOLOS. Dos sátiros de mármol blanco con las colas enroscadas entre los brazos y piernas, figuras que servian para fuentes.

Dos leones sentados con una mano sobre un escudo, para el mismo uso que los anteriores.

Un bajo relieve de una vara de alto, representa una batalla romana.

Otro idem representa un perro y un javalí moderno.

Otro idem representa un venado y una venada.

Otro idem representa la Caridad.

Otro idem representa á Jesus y María.

Otro idem representa á San Sebastian asaeteado.

Otro idem representa la Anunciación de Nuestra Señora.

Otro idem representa al rey don Felipe V.

Otro idem representa las jóvenes de Corinto, origen del orden corintio.

Otro idem representa á *Diana* y *Venus* con *Andimion*, y mucho acompañamiento.

Otro idem representa *Laoconte* rodeado de serpientes, y Cupido llorando.

Cuatro urnas cinericias pequeñas, las dos en figura de medio punto, la otra redonda, y la otra triangular.

Dos bajos relieves tambien de mármol, representan varias figuras y sátiros.

Dos idem de una vara de alto, representan adornos de alquitrabes.

Dos idem colocados en dos pedestales, que el uno representa *Diana*, el otro tres figuras antiguas, un niño y un perro.

Otro idem de bronce representa el rapto de las Sabinas.

Treinta y tres bustos de varios tamaños, mármoles y representaciones, muchos de ellos estropeados.

Veinte y nueve cabezas de idem, de varias representaciones y edades.

Treinta y dos idem de idem en relieves.

Una estatua pequeña de idem representa á Baco.

Tres figuras rotas, al natural, y se ignoran sus representaciones.

Una cabeza de vestal.



RELACION DE LOS CUADROS PRINCIPALES

QUE SE HALLAN EN EL REAL PALACIO DE ESTE SITIO.

Pinturas de la galería alta.

ENTRANDO POR LA PARTE DEL PATIO LLAMADO DE LA HERRADURA.

Pieza primera. Un cuadro grande que representa varias clases de peseados, como salmon, langosta, etc., cuyo autor se ignora.

Otro que figura un venado muerto, y se cree es obra del famoso Sneider.

Varios cuadros de la vida de Cristo, y algunos de la escuela flamenca, que representan mesa de villar, taller de peluquería, etc.

Pieza segunda. Cuatro paisajes grandes, como de tres varas en cuadro, que se cree sean del Pusino, figuras, árboles, etc.

Un cuadro bastante grande que representa la mision de Eliecer, criado de Abraham, en actitud de ofrecer á Rebeca, que se destinaba para esposa de Isaac, las joyas y demas presentes que llevaba. Se juzga ser de la escuela francesa, y tiene algun mérito.

Otros muchos cuadros de la vida de Cristo.

Pieza tercera. Un cuadro del tamaño natural, que figura á Nuestra Señora de la Visitacion y á San Francisco de Sales, como en el acto de aprobar el instituto monástico que San Francisco fundaba: llama bastante la atencion; escuela francesa.

Un Ecce-homo de bastante mérito. Se conjetura sea del Greco.

Una orla de flores, sostenida por unos niños, que se cree ser del Ticiano, ó al menos copia.

Dos retratos grandes de cuerpo entero, del infante don Felipe, duque de Parma, y de su esposa María Teresa de Austria, hija de la famosa emperatriz María Teresa, montados sobre soberbios caballos, y á sus piés la vista de la ciudad de Parma, con el rio que le da el nombre.

Pieza cuarta. Cuatro medallones, al óleo, que representan varios pasages de la Sagrada Escritura: el uno á Nuestro Señor Jesucristo arrojando del átrio del templo de Jerusalem á los vendedores de géneros: otro en el acto en que los judíos le quisieron apedrear por haber profetizado la ruina del templo: tercero, á la Virgen en el momento de encontrar en el templo disputando con los doctores al niño Jesus, despues de tres dias que le habia perdido: cuarto, al Paralítico en actitud de esperar la bajada del ángel á la piscina, y á Nuestro Señor Jesucristo mandándole tomar su lecho y marchar. Son de bastante mérito, con buena perspectiva, y se cree por su colorido ser de la escuela italiana.

En dos sobrepuestas dos cuadros apaisados que representan, el uno á la muger cananea, y el otro la oracion del huerto, de bastante mérito. Se ignora su autor.

PATIO PRINCIPAL.

Antesala de las piezas colgadas de seda. Un cuadro que representa una canasta de varias frutas, derribada en tierra por el pié de un muchacho; y una muger airada que se arroja á él como para castigarle por el daño que habia causado derramando sus frutas. Es de la escuela flamenca.

Otro cuadro, sobrepuesta, que figura una dispensa provista de varios comestibles, como aves, conejos, pescas y demas, y un repostero en actitud de cortar un pedazo de jamon.

Una copia de Pablo Veronés, que representa el rapto de la Europa.

Una vista del asesinato de Julio César por Bruto y Casio, á la salida del Senado.

Otra perspectiva del famoso templo de San Juan de Letran de Roma, con el célebre tabernáculo y sepulcros de los papas.

Otros dos cuadros al óleo con cristal, que representan el nacimiento de Jesucristo y la adoracion de los Reyes. Son de bastante mérito y de la escuela italiana.

Diversos cuadros flamencos que manifiestan lavanderas, cazadores y sitios de recreo.

Una pintura bastante grande que representa á Nuestra Señora, sentada.

ENTRANDO POR EL CUERPO DE GUARDIAS DE LA REAL PERSONA.

Pieza primera y única. Sobre la puerta, el plano del paseo público de Méjico.

Un plano topográfico, dibujado, de los reales jardines de este sitio.

El retrato de la famosa Lucrecia en el acto de clavarse el puñal en el pecho despues de haber sido violada por Tarquino. Se cree ser de la escuela italiana.

Retrato del cardenal Gimenez de Cisneros, de cuerpo entero.

Varios cuadros que cubren toda la pared y figuran la vida de Jesucristo y entre ellos hay una cabeza, que tiene bastante mérito: segun se juzga es retrato de un antiguo pintor.

En el oratorio de S. M., en el frontis del altar, hay un cuadro de la sacra familia, al óleo.

Dos urnas de cristal, en las que se contienen unas figuras de cera, que representan á Nuestra Señora y al apóstol San Pedro en su penitencia.

En la pieza siguiente al salon de audiencia una estampa que figura la traslacion fúnebre del cadáver de María Luisa, esposa de Carlos IV, desde la basílica liberiana á la iglesia de San Pedro.

Honras que se hicieron en San Francisco el Grande de Madrid á María Isabel de Braganza, esposa de Fernando VII.

Otras honras, hechas en la iglesia de San Ignacio de Roma por la embajada española, á la espresada señora doña María Isabel de Braganza.

Una estampa del retrato de don Juan VI, rey de Portugal.

Varios cuadros pequenitos que representan diferentes paises.

EN LA GALERÍA QUE CONDUCE AL RETRETE.

Un cuadrillo dibujado á pluma, de mucho mérito, que representa á Nuestra Señora.

PASADO EL RETRETE EN LA PRIMERA PIEZA.

En el techo están pintados al temple por don Juan Galvez, pintor de cámara en el año de 1832, varios trages de la provincia de Segovia, y retratos de varias personas particulares que vivian en aquel año, como don Andrés Casaña, conserge del real palacio, y don José Amales, con sombrero de tres picos y capa negra, vestido á la antigua; un lechero de Otero Herreros, y algunos jóvenes de buena presencia.

EN LA PIEZA QUE CONDUCE Á LA ESCALERA DE LA GALERÍA BAJA.

Seis cuadros grandes apaisados que representan algunos pasos de la historia de Alejandro Magno. Son copias de Le-Brun.

Una copia del famoso cuadro de la *Perla* del Escorial, sacada por fray José de los Santos, monje de aquel monasterio. Es de bastante mérito.

Un cuadro, copiado del original de Rafael, que representa la Visitacion de Nuestra Señora. De mérito.

Otro idem que representa á Nuestra Señora de la Silla, sentada, y al niño Jesus en pié. De mérito, y generalmente se opina ser obra del nominado fray José de los Santos.

Otros muchos cuadros, unos al pastel y otros en cobre, que figuran pasos de la vida de Jesucristo. Se cree son obra de los señores infantes y príncipes en sus lecciones de pintura.

BREVE NOTICIA

DE

LAS REALES FABRICAS DE CRISTALES.

Poco tiempo despues de la fundacion del Sitio, Felipe V, deseoso de embellecer mas y dar subsistencia y colocacion á los nuevos moradores de la poblacion que acababa de edificar, hizo la fundacion del suntuoso edificio de las fábricas de cristales, que ha pasado tambien diferentes vicisitudes y trastornos. Pasaremos rápidamente la vista por este bello establecimiento, haciendo una corta reseña de su primitivo estado, y altura en que se halla en la actualidad.

Los primeros maestros que vinieron para la fábrica de labrados, fueron franceses; para la primera de entrefinos, alemanes; y la segunda mas ordinaria ó de todo género de piezas, fué dirigida por un inglés llamado Simon Brun. Despues de estos y hasta el fallecimiento del señor don Fernando VII, cada fábrica fué dirigida por un maestro particular, y en ellas se trabajaba toda clase de cristal, aumentando sus productos los intereses del erario de S. M. En la sala de grabar hasta el año de 1833, habia sobre ocho grabadores, cuatro talladores y multitud de fundidores, aprendices y demas operarios. Las horas que se trabajaba en labrados, eran seis y media cada tanda; relevándose unos á otros, de modo que siempre habia elaboracion; en la fábrica de entrefinos se trabajaba un dia sí y otro no. Habia varias oficinas para la preparacion de materiales que aun hoy dia subsisten, contándose como ciento cincuenta operarios con sueldo fijo, dentro del establecimiento.

En el dia hay tres fábricas ú hornos; uno para vidrieras, en que los operarios son esclusivamente franceses; otro para botellas, mitad españoles y mitad franceses, y otro para toda clase de piezas, lo mismo que el anterior. En esta última fábrica se elaboran obras preciosas del mejor cristal del reino, dispuesta toda la composicion del

material por el inteligente director de la fábrica don Diego Fernandez Segura, de cuyo cargo y cuidado dependen todas las oficinas de este establecimiento. La sala de grabar está reducida en el dia á solos dos grabadores, porque el pulimento y tallado se ha colocado en fines de mayo de 1845 en una oficina aparte bajo el nombre de sala de tallar, en la que por medio de nuevos tornos que entre todos serán como treinta, cuyo movimiento se hace por una sola rueda por agua, otros tantos operarios pulen y tallan toda clase de piezas con la mayor comodidad, curiosidad y primor. Con la citada grande rueda movida por un canal de agua, se muelen toda clase de materiales, como son greda, barrilla, cuarzo, etc., que con minio elaborado en oficina aparte, entran á hacer la composicion del cristal: hay además otros molinos movidos por caballerías para diferentes materiales.

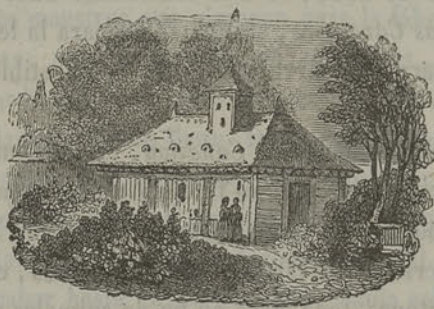
Tres son los depósitos ó almacenes dentro del establecimiento de obra concluida en él, y en los que se despacha por mayor y menor á los precios mas arreglados.

Desde el año de 1838, se han establecido unos hornos pequeños, llamados *Las Carguesas*, en que se prepara la leña y se la seca á fuego lento para que sirva mejor de combustible á los hornos grandes.

Hay otra oficina llamada *del Candilon*, en que por medio de una llama de aceite encendida por un fuelle y un solo operario, se trabajan en pequeño labores preciosísimas, como son barcos con sus velas, ovejas, perritos con faroles, patos, cupidos, equilibrios, gamos, conejos, ratones, toda clase en fin de animales y figurines perfectamente imitados, para adorno de mesas y entretenimiento de niños; barómetros, termómetros, graduadores para licores, y otra porcion de bellezas útiles y de recreo.

En el horno de vidrieras se trabaja mientras dura el material contenido en tantos crisoles cuantos son los operarios, que son seis, tres á cada lado; pudiendo regularse sobre ocho horas diarias de trabajo. En el horno de botellas se pueden calcular once horas de trabajo; siendo botellas comunes dura mas tiempo el crisol ó material en él contenido, y por consiguiente se aumentan las horas; y si las botellas son mas pequeñas, concluye en menos tiempo la elaboracion. En el horno general de toda clase de piezas, se trabaja unas diez horas al dia ó noche.

Puede asegurarse que la fábrica de cristales de San Ildefonso, es en el día la mejor del reino, perfectamente montada, con un excelente director que también ejerce el cargo de administrador, con una innumerable multitud de operarios, que solo en el establecimiento (sin contar los que cortan la leña en el pinar, y los que conducen el material desde el extranjero y de las minas del país) asciende su número á doscientas familias con buenos sueldos y bien pagados, uno de los elementos que principalmente han contribuido á que este pueblo que encierra tantas preciosidades, vaya recobrando el esplendor que tuvo en otro tiempo. Baste decir para complemento, que esta magnífica fábrica con tantos gastos y consumos, está sostenida por la generosa bondad de los señores *Fagoaga, Ceriala y Carriquiri*, que no escasean ningun gasto y se desprenden gustosos de todo lo necesario, á fin de elevar el establecimiento á la mayor altura posible, para que en nuestra España haya una fábrica de cristales que compita y esceda, si ser puede, á las mejores de otras naciones.



TASACION de las estatuas del jardin hechas en la testamentaria de don Felipe V, en el año de 1748.

FIGURAS DE MARMOL.

CASCADA.

Rs. vn.

La estatua que representa el dios Baco.	36,600
La estatua de la América.	36,600
La del Africa jóven.	36,600
<hr/>	
Suma.	109,800

Rs. vn.

Suma anterior.	109,800
La de Milon Cortoniano, preso entre las garras de un leon.	36,600
La del Estío.	36,600
La de la Fidelidad.	36,600
La de la Magnificencia.	36,600
La de las glorias de los príncipes.	36,600
La de la diosa Palas.	36,600
La estatua del Asia.	36,600
Una estatua que representa un Busto con un cabrito. . .	36,600
La del Invierno.	36,600
La estatua de Diana.	36,600
La de la Primavera ó diosa Flora.	36,600

CENADOR.

Las cuatro estatuas que hay en él, á 27,300 rs. cada una. 109,200

PARTERRE DE LA ANDRÓMEDA Ó TRILLAJE.

La estatua de Neptuno.	36,600
La diosa Juno.	36,600
La de la Música.	36,600
Otra de Saturno, ó el Tiempo.	36,600

EN LA PLAZA DE LA ANDRÓMEDA.

La estatua que figura el poema pastoral.	36,600
El poema lírico.	36,600
La de la Tierra.	36,600
El Fuego, ó dios Júpiter.	36,600
La del Agua.	36,600
El Aire.	36,600
El poema heroico.	36,600

Suma. 1.024,200

	Rs. vn.
Suma anterior.	1.024,200
El poema sátiro, de estaño y plomo.	18,000
PLAZUELA PRIMERA DESDE EL CENADOR Á LAS OCHO CALLES.	
Una estatua de mármol, de Clio, una de las nueve musas.	28,500
La del dios Apolo con la serpiente Piton.	28,500
PLAZUELA SEGUNDA.	
Una estatua de Urania.	28,500
La de Mefomena.	28,500
La de Apolimena.	28,500
La de Caliope.	28,500
PLAZUELA DESPUES DE LAS OCHO CALLES.	
La estatua de Talia.	28,500
La de Terpsícore.	28,500
La de Euterpe.	28,500
La de Erato.	28,500
PLAZUELA ANTES DE LA FUENTE DE LAS RANAS.	
Una Cazadora.	28,500
Otra Cazadora.	28,500
Otra Cazadora.	28,500
Otra Cazadora.	28,500
La estatua de Latona en la fuente de las Ranas, con sus dos hijos Apolo y Diana.	42,600
PARTERRE DE LA FAMA.	
Una estatua que representa á Dafne huyendo de Apolo.	30,000
Suma.	1.513,800

	Rs. vn.
Suma anterior.	1.513,800
La del Dios Apolo siguiendo á Dafne.	30,000
La del Atlante con la lanza en la mano.	30,000
Un grupo de estaño y plomo con tres figuras que la principal es el dios Mercurio.	33,000
FUENTE DE LA SELVA Ó POMONA.	
Los dos leones que hay en la bajada de la escalera.	6,000
Un Fauno.	15,600
Una Bacante.	15,600
Otra Bacante.	15,600
Un Sátiro.	15,600
Suma total.	1.705,200

Para el surtido de las fuentes hay colocados 4016 cañones de varias dimensiones, de hierro colado; y además, de repuesto para las obras que faltaban al fallecimiento de don Felipe V, 1232 cañones de diferentes tamaños, que despues se han ido empleando conforme han sido necesarios.

Con respecto al valor de todas las fuentes no se puede saber cuál es, porque al fallecimiento del rey don Felipe V, los peritos tasadores declararon no ser posible dar el valor que cada una tiene.

—————▶▶▶▶▶:◀◀◀◀—————

NOTICIA de los costos que han tenido varias de las fuentes y figuras hechas desde primero de setiembre de 1728, hasta fin de enero de 1733.

— Esto es solo las figuras de plomo y mármol, con los modelos en pequeño y grande, modelado en barro, moldado en yeso, fundido en plomo y estaño, soldado, reparado, cincelado y sentado en esta plaza.

VALOR DE ALGUNAS DE LAS FUENTES, PEDESTALES, JARRONES, BANCOS Y FIGURAS DE MÁRMOL Y PLOMO.

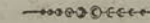
	Doblonos.
La fuente de la Fama.	3850
Las de Lucrecia y Athalanta detrás de dicha fuente de la Fama.	1000
Los pedestales, á 230.	460
Las de Dafne y Apolo, á 500.	1000
Los ocho jarrones que están en las platabandas del parterre de la Fama, á 245.	1960
Los ocho pedestales, á 50.	400
Los cuatro bancos de este parterre, á 79.	316

OCHO CALLES.

La fuente que representa á la tierra con los leones	1950
La de Neptuno con caballos marinos.	1950
La de Céres, con dragones.	1950
La de Saturno, con venados alados.	1950
La de la Victoria con sus atributos.	1150
La de Minerva con sus atributos.	1150
La de Marte con sus atributos.	1150
La de Hércules con sus atributos.	1150
El pedestal del grupo de figuras que ocupan el centro de la plaza.	226
El grupo de las tres figuras que representa á Mercurio llevando á los cielos de órden de Júpiter á Psichea, despues de los muchos tormentos que padeció á impulsos de Venus, y llevando en la mano la caja ó pomo de Pandora en que estaban los males, y un céfiro que los ayuda á subir.	850

Total de doblones. 22.462

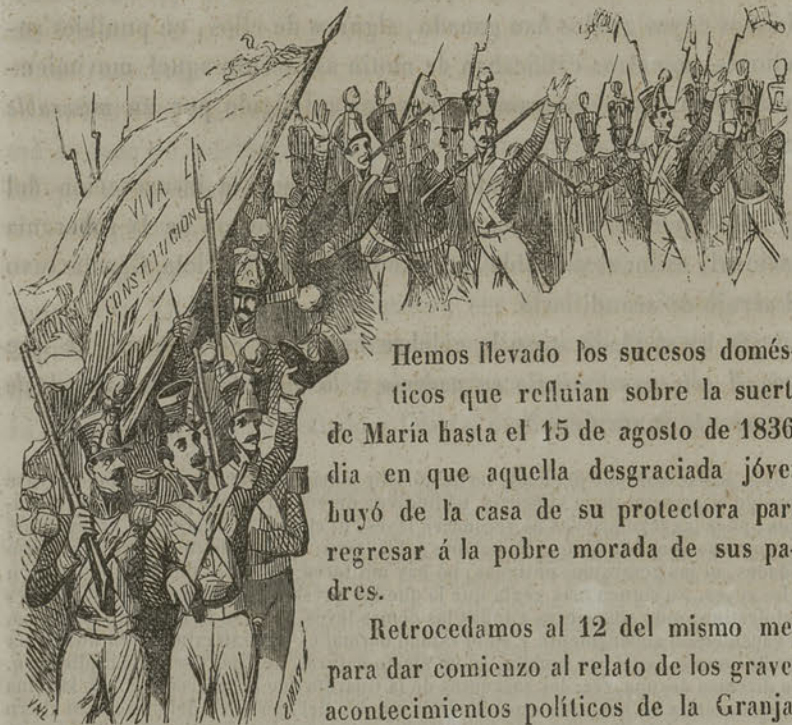
CONCLUSION DEL APÉNDICE.



Por las tasaciones que preceden de una pequenísimá parte de los gastos invertidos en estos régios lugares, inferirse puede que se ha enterrado en ellos un número inmenso de millones, imposible de sujetar á cálculo. No hay duda que cuando los estrangeros contemplan con asombro estas gigantescas obras, huélgase nuestro orgullo nacional en oírles confesar su admiracion; pero mayor sería nuestra gloria, si en vez de campear en tan suntuosos jardines la idea de enaltecer á los reyes, si en vez de fabricar palacios y conventos, se hubiesen invertido esas cantidades inmensas QUE SALLEN SIEMPRE DEL SUDOR DE LAS MASAS POPULARES, en erigir por toda España grandiosos establecimientos de beneficencia pública, casas de correccion, colegios de enseñanza gratuita, espaciosas calzadas, puentes sólidos, caminos, canales, y cuanto contribuye á la prosperidad de las naciones, sin descuidar la organizacion de una escuadra respetable, que hiciese recobrar á la marina española su antigua preponderancia y esplendor. De este modo hubiera prosperado la España, y no deplorariamos ahora el acerbo contraste que ofrece la escasez del pueblo con la magnificencia de los reyes, que embriagados de goces, se adormecen al susurro de la lisonja como al de las suntuosas fuentes de sus magníficos pensiles, sin que haya mas fuentes para el pobre artesano, que el perenne llanto que hace brotar de sus ojos el desprecio con que se galardonan sus virtudes, y el copioso sudor que arranca de su frente un asiduo y penoso trabajo, que apenas le proporciona lo preciso para vivir; y aun este escaso fruto de sus afanes le es arrebatado con violencia por un sistema tributario, que sin duda concibiera el sagaz ministro á impulsos de los vapores de una orgía.

CAPITULO IX.

EL SARGENTO Y LA REINA.



Hemos llevado los sucesos domésticos que reflujan sobre la suerte de María hasta el 15 de agosto de 1836, día en que aquella desgraciada joven huyó de la casa de su protectora para regresar á la pobre morada de sus padres.

Retrocedamos al 12 del mismo mes para dar comienzo al relato de los graves acontecimientos políticos de la Granja, donde se hallaba á la sazón la reina Gobernadora.

La insurreccion habíase propagado ya por todo el ámbito de la metrópoli, y solo faltaba que resonase imponente en el palacio real.

Historia crítica ficción e historia

Encontró por fin un eco en el marmóreo alcázar, y la libertad se salvó (1).

Eran las diez de la noche cuando la misma Guardia Real acuartelada en San Ildefonso proclamó la Constitución de 1812. Llenos de ferviente entusiasmo esparciéronse los soldados por las calles vitoreando al código de Cádiz, acaudillados por sus sargentos.

Impelidos los gefes de la insurrección por sentimientos nobles y generosos, lejos de amancillar aquel movimiento, acaso el más glorioso de cuantos ha producido la revolución española, pues sin él ocuparía probablemente el trono de España el príncipe proscrito, quisieron que la salvación de su patria se debiese á la persuasión del gefe del Estado y nunca á la violencia y desafuero. Nombróse pues una comisión de los denodados sargentos, y presidida por el bizarro Higinio García solicitó una audiencia á la reina Gobernadora.

Esta osada petición encontró, como era natural, recia oposición entre los cortesanos palaciegos, así como entre esos gefes ambiciosos cuyos grados han ganado, algunos de ellos, en punibles rebeliones, mientras calificaban de motín asqueroso aquel movimiento salvador, acaso únicamente por verle dirigido por un miserable sargento.

Lejos de nosotros la idea de abogar por la insurrección del ejército; pero si alguna vez ha sido fiel expresión de la soberanía nacional, es incuestionable que fué cuando el patriota García tuvo el arrojo de acaudillarla.

¿Se ha olvidado acaso la célebre expresión de entonces de que *veía el gobierno limitado su poderío á lo que alcanza la vista desde la torre de Santa Cruz?*

(1) Si ese eco salió de donde no debió salir jamás, sin que en cierto modo llevase consigo el carácter de la violencia, nadie tiene derecho á culpar por ello á la revolución, pues las revoluciones no reconocen leyes, ni clases, ni fueros, ni ordenanzas: no ven más que individuos, ciudadanos sublevados: no reconocen las antiguas autoridades, ni las gerarquías antiguas, no hay militares; y á veces también desconocen á los reyes. No siguen más regla que la que les prescriben las leyes providenciales del destino, muy superiores á todas las demás leyes. Por eso el hecho de la Granja, si considerado aisladamente y en el estado normal es un gran crimen, en una crisis revolucionaria, cual era aquella, es un efecto natural, de fácil y sencilla explicación. Lo diremos de una vez: los sargentos de la Guardia que abordaron á S. M. la reina Gobernadora y la hablaron esponiendo la opinión del ejército y del país, eran el eco fiel y natural del país y del ejército: puesto que estos aprobaron y ensalzaron y aun magnificaron después aquel suceso. Olvidando que eran soldados, y teniendo entonces solo en cuenta que eran ciudadanos españoles, aquellos militares hicieron un gran servicio á la nación, y no fué menor por cierto el que prestaron á la reina.

(FLOREZ, *Historia de Espartero*, tomo 1, pág. 339.)

Si tan aislado estaba pues el poder, si la España entera se había pronunciado contra sus demasías ¿por qué se ha de juzgar con severidad inaudita la conducta de un soldado valiente que se hizo intérprete de la voluntad de su patria?

El héroe García, el malogrado militar que ha fallecido en la indigencia, porque árbitro de su porvenir no tenía más ambición que salvar á su patria, ni quiso degradarse á mendigar el galardón que sus virtudes merecían, con la frente erguida y el corazón puro presentóse ante su reina y arrancó la máscara de los hipócritas.

—Señora—dijo en tono firme y respetuoso á la par—rodeada V. M. de falaces lisonjeros, no es fácil suene á vuestros oídos la voz de la verdad. Yo vengo á decíroslo en nombre de mis compañeros, y en obsequio de mi patria.

—Habla—contestó la reina respirando destellos de comprimida indignación.—¿Qué quieren los insurrectos?

—Señora: los insurrectos quieren hacer que el trono de vuestra augusta hija doña Isabel II se desquicie y se hunda en un abismo sin fondo.

—¿Atrevido!

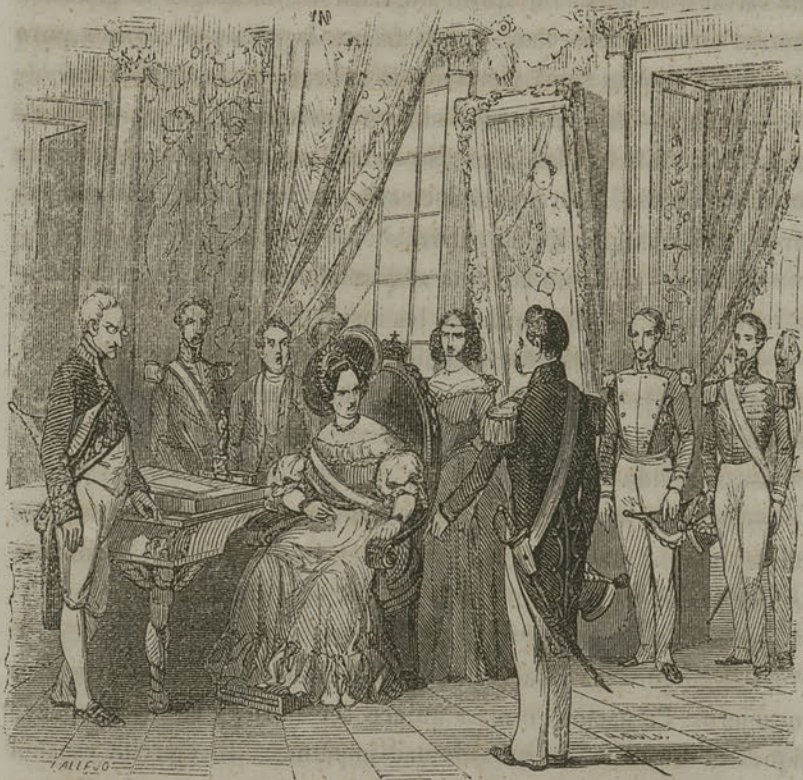
—Pero los insurrectos, señora, no somos nosotros. La voluntad de todo un pueblo nunca puede ser insurrección. Únicamente los que se oponen á su soberanía son los verdaderos rebeldes.

—Explicate.

—Digo que los insurrectos no somos nosotros, sino vuestros consejeros. La nación en masa quiere ser libre, y es inútil oponer diques al torrente de su voluntad impetuosa. El ejército español quiere esa libertad que se le prometió en los campos de Navarra (1) y por la cual ha lidiado y lidiará con denuedo y constancia,

(1) Al aproximarse los amotinados al palacio, quisieron los que le guarnecían defenderle y cerrar las puertas; mas la reina Gobernadora, que ya tenía circunstanciada noticia de lo que estaba ocurriendo, quiso saber lo que pedían los sublevados y enterarse por sí misma de sus votos, para lo cual mandó que la comisión fuese introducida en su aposento. Entró la comisión, y el sargento primero García, á nombre de ella y de todos los soldados de la guarnición, habló á la reina en términos, al propio tiempo que respetuosos, enérgicos, asegurándole que las tropas no estarían tranquilas hasta que S. M. tuviese á bien jurar la Constitución que se les había prometido en los campos de Navarra. El sargento que así hablaba pertenecía al regimiento que más se había distinguido en los combates del Norte. Acogió la reina con sobresalto y disgusto esta proposición, y tuvo la firmeza de oponer á ella sus objeciones. Mas fuéronla contestadas en animado diálogo, que acabó por convencerla de que, si jurar la Constitución era un mal, el no jurarla era un mal todavía mucho mayor. Eran las tres de la mañana cuando la reina Cristina firmó su juramento, arrancado por unos á la violencia y á la fuerza, dado por

sin que le arredren las fatigas, el hambre y la desnudez. En una palabra, señora, yo, que desde los primeros años de mi juventud solo he aprendido á derramar mi sangre en defensa de mi país, ignoro ese lenguaje fascinador, con que saben los palaciegos granjearse vuestra sonrisa y engañaros con halagüeñas lisonjas; pero con la franqueza de un veterano en cuyo corazón late el amor de



patria, vengo á deciros que si quereis salvar el trono de vuestra hija, es preciso que se proclame sin dilacion el código de Cádiz.

— Imposible — dijo la reina con energia. — Y tú, militar osado, que así te atreves á producirte en presencia mía, ¿olvidaste los deberes que impone al soldado la ordenanza?

otros con toda conviccion de que era aquel juramento la salvacion del país y del trono de su hija. El atrevido sargento se habia explicado delante de S. M. con esa expansion simpática que caracteriza la llaneza del sentimiento, y habiendo hecho una pintura fiel del estado de las provincias, no le cupo á la reina la menor duda de que la prensa adicta al gobierno de su confianza la tenia mal informada del verdadero espíritu de los pueblos, y de que hechos juguete de una política bastarda y de intereses de bandería, estaba espuesta á perder, sobre aquella estimacion tan acendrada con que la nacion española la habia querido desde el decreto de amnistia, la paz de su familia y acaso el mismo trono de Isabel.

(CRÓNICA CONTEMPORÁNEA, tomo III, página 137.)

— Antes que soldado, señora, soy ciudadano español, y antes que soldado de un gobierno opresor, soy soldado de mi patria, y defensor de su libertad. Si me atreví á dar este paso, no creais, señora, que me atraigan á estos reales sitios los alicientes del fausto y de la magestad. El asilo de la indigencia tiene para mí mas atractivos que los fascinadores oropeles que estos recintos circundan, ni conozco otra ambicion que la de contemplar á mi patria libre y feliz. Pero la idea de que iba á pronunciar la verdad.... la verdad sin esos estudiados y pomposos atavíos con que la falaz hipocresía se engalana... la idea, repito, de que iba á pronunciarla ante una escelsa señora que supo desde el régio trono tender una mano benévola al desvalido espatriado, ha vencido mi repugnancia en pisar estos marmóreos pavimentos... porque mis palacios, señora, son los campos del honor.... mis espectáculos los combates.... mis lisonjas el silbido de las balas... mi idolo la libertad del pueblo español. A nombre pues de este pueblo heróico y magnánimo, os repito, señora, que no os queda mas tabla de salvacion que la Constitucion de 1812. Los que otra cosa os aconsejan, esos son los traidores que venden el trono de vuestra augusta hija. La España entera se ha levantado contra la obcecacion de vuestros ministros... Los que otra cosa os dicen... esos mienten con toda la torpeza de viles impostores. La nacion en masa acaba de pronunciar su voluntad... Los que otra cosa pretenden... esos son los verdaderos rebeldes... esos los insurrectos criminales.

Higinio García fué en efecto fiel intérprete de la voluntad nacional, porque ya no quedaba en España una sola aldea en donde no agitára el viento la hermosa bandera que enarboló en Cádiz el orgullo nacional al arrullo del bélico estampido del cañon.

El 26 de julio habia establecido Málaga una junta de gobierno que proclamó la Constitucion política de 1812. El eco de su grito salvador resonó en Cádiz el 29, y el 30 en Sevilla y Granada. El 31 sublevóse Córdoba, y el 1.º de agosto alzóse el Aragon entero á impulsos de la inmortal Zaragoza. Pronuncióse el 3 Badajoz y siguió su ejemplo toda la Estremadura. Valencia sacudió el yugo el 8. Alicante, Murcia, Castellon de la Plana y Cartagena el 11, y á la voz de Barcelona levantóse en masa el Principado el 13, á cuya fecha no quedaba ya en España capital, pueblo ni aldea que no se hubiese emancipado del gobierno.

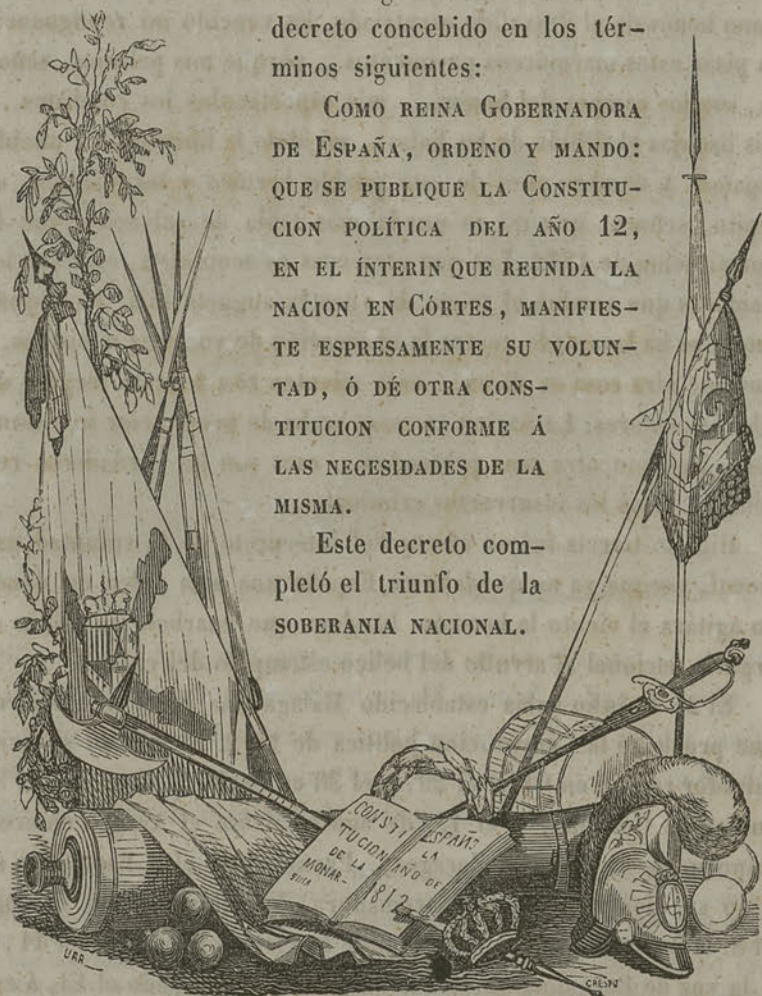
Las enérgicas palabras de García, si bien desnudas de las filigranas de la oratoria, destellaban en cambio la elocuencia de la sinceridad.

Horas enteras duró el solemne coloquio entre el bravo sargento y la reina Madre, que por consejo de las personas que la rodeaban, oponíase con entereza á la grave exigencia de un soldado atrevido; pero tales fueron los argumentos con que apoyó García la necesidad imperiosa de que sancionase S. M. en aquel mismo instante como ley fundamental del Estado la Constitución del año de 1812, que la reina Cristina manifestóse por fin convencida, y á las tres de

la madrugada del 13 firmó un decreto concebido en los términos siguientes:

COMO REINA GOBERNADORA DE ESPAÑA, ORDENO Y MANDO: QUE SE PUBLIQUE LA CONSTITUCION POLITICA DEL AÑO 12, EN EL ÍTERIN QUE REUNIDA LA NACION EN CÓRTES, MANIFIESTE ESPRESAMENTE SU VOLUNTAD, Ó DÉ OTRA CONSTITUCION CONFORME Á LAS NECESIDADES DE LA MISMA.

Este decreto completó el triunfo de la SOBERANIA NACIONAL.



FIN DE LA PARTE SESTA.

PARTE SETIMA,

Toda promesa es sagrada.

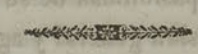
PARTE SETIMA.

Toda promesa es sagrada.

FIN DE LA PARTE SETIMA.

PARTE SETIMA.

TODA PROMESA ES SAGRADA.



CAPÍTULO PRIMERO.

EL REO EN CAPILLA.



En una pobre y reducida habitacion veia-se un altar con un crucifijo alumbrado por dos velas verdes.

Un hombre macilento escuchaba inmóvil las palabras de consuelo que un celoso sacerdote le dirigia.

Dos hermanos de la *Paz y Caridad* contemplaban con los ojos arrasados de lágrimas esta escena desgarradora.

Anselmo *el Arrojado* habia pasado ya cerca de setenta y dos horas en esta mansion de dolor y de arrepentimiento; pero estas horas de agonía viólas deslizarse sin proferir una queja ni dar el menor indicio de sufrimiento.

Aunque es costumbre servir á los

reos cuanto apetezcan en aquellos aciagos instantes, fué muy escaso el alimento que á fuerza de ruegos y consoladoras palabras lograron hacer tomar al infortunado Anselmo los hermanos de la *Paz y Caridad* y el digno confesor que no le desamparaba un momento.

En medio de tan fúnebres aparatos, el espíritu del reo no desfallecía. Su rostro estaba pálido y descarnado; de sus cárdenos lábios había desaparecido enteramente la sonrisa, y una mirada vagarosa y sin objeto indicaba la impasibilidad de su corazón.

Había hecho una confesion general y aguardaba tranquilo y resignado su última hora.

.....

¡LA ÚLTIMA HORA! La idea de que nadie puede evadirse de llegar al término fatal de su existencia, es verdaderamente aterradora, y á pesar del breve espacio que media de la cuna al sepulcro, nos abandonamos en este mundo á nuestras locas pasiones, como si hubiese de ser eterna la vida, y llega nuestro frenesí hasta el extremo de crear ambiciones insaciables, que conducen á los mortales por escabrosas vias de perdicion, sin que haya suerte por halagüeña que en lontananza nos fascine, que al llegar á alcanzarla satisfaga nuestros deseos. El huérfano desvalido envidia la imponderable felicidad del que recibe las caricias paternas. «¡Oh! dice candorosamente en su desamparo, si conociese yo á los autores de mi existencia, si hubiese en el mundo quien enjugase mis lágrimas con paternal cariño, cuán feliz seria á pesar de la miseria que me agobia! El dulce consuelo de llorar en los brazos de una madre, ha de ser una felicidad suprema, capaz de hacer olvidar los mas crudos sufrimientos. Bien sabe Dios que no tengo en este mundo mas anhelo que el de abrazar un dia á los autores de mi existencia; y si este feliz momento apareciese, no trocariá mi destino con el mas dichoso mortal, porque la bendicion de mis padres colmariá mi ventura, y me haria mirar con desprecio los rigores de la indigencia.»

El mendigo maldice el sino que le trajo al mundo, en el cual está condenado á todo género de privaciones. Este infortunado se contentaria con el humilde abrigo de su escuálido cuerpo y el preciso alimento que libertarle pudiese de los horrores del hambre. Una pobre choza que le cobijase en invierno, y un modesto trabajo que le produjese lo suficiente para no depender de la caridad age-

na, parécete que colmarián su ambicion, y tiene por felices á cuantos viven en humilde medianía. ¡Cómo se engaña! El que vive de un trabajo honesto que le sujeta á las órdenes y mandatos de un superior, siente siempre el escozor de un natural deseo, que le impele á proporcionarse la venturosa independencia, sin la cual no hay para él cumplida felicidad, y no obstante de que nada le falta para vivir tranquilo, se agita sin cesar, se atormenta y afana por adquirir la posición que envidia en otros y que le parece la cima de la ventura. Concededle ese colmo de fortuna que apetece, hacedle dueño de su casa, dadle las comodidades é independencia que deseaba, y no tardará en codiciar mayores bienes. El lujo ageno, los trenes de un rico vecino, los magníficos bailes con que obsequian otros á sus relacionados, despiertan en él cierto deseo de brillar en la sociedad, que fomentándose en sus crueles insomnios, conviértese al fin en necesidad imperiosa, que es preciso satisfacer para evitar un eterno suplicio. Sea en buen hora ese hombre el *niño mimado* de la fortuna. Colmadle de riquezas, decoradle de títulos, rodeadle de goees y de placeres ¿creéis que habrá alcanzado su sosiego, su felicidad? ¡Delirio! Ese hombre es mil veces mas infeliz que el pobre huérfano que busca á sus padres, y el desamparado pordiosero sin alimento, sin abrigo ni hogar, porque es condicion de la fragilidad humana no contentarse nunca con la propia suerte, y cuanto mas se enaltece el hombre, mas le ofusca su insensato orgullo, y agítanse las pasiones con tanta mayor violencia cuanto mas frenética es la ambicion que las produce.

Y si los resortes que toca el ambicioso para encumbrarse, son como generalmente sucede, de índole viciosa... si el dolo, la dilapidacion y otros recursos hijos de criminal inmoralidad constituyen el zócalo de su grandeza... ¡cuán digno es de compasion el magnate! ¿No veis esos oropeles que os deslumbran? ¿No le veis nadando al parecer en un mar de interminables deleites? Poned la mano en su corazón... las pulsaciones que le agitan son hijas de atosigadores remordimientos.

Resulta pues, que no hay en el mundo felicidad completa; pero hay sin embargo una tabla, única en medio del general naufragio, que conducirnos puede á puerto de seguridad... EL EJERCICIO DE LA VIRTUD.

Desgraciadamente no podemos decir que la virtud vaya siempre

acompañada de la felicidad. Los infortunios del jornalero Anselmo y de su familia toda, los incesantes sinsabores de María nos prueban que también es desgraciada la honradez; pero esta al menos lleva en la tranquilidad de su conciencia el benéfico bálsamo que dulcifica sus acerbos afanes.

El hombre que, olvidado del espacio brevísimo que le separa de su ÚLTIMA HORA, suelta la rienda á desordenados apetitos, debe padecer inauditos tormentos al contemplar un cadalso ante sus ojos.

Cruel debe ser también para el inocente este horroroso espectáculo; pero cuando en él vé el término de sus desgracias, pura y tranquila su conciencia le dá resignacion heróica que le hace olvidar á una sociedad ingrata, y ansiar la recompensa que Dios concede al justo.

.....
Anunciaron á Anselmo que debía hacer testamento.

—Nada poseo—respondió con serenidad.

—Sí, hijo mio—le dijo el confesor—puede usted disponer de la tercera parte de la limosna que se está recogiendo para su alma.

—¿Y por qué no he de disponer de todo?—dijo inocentemente Anselmo.—Con esa suma podrian acaso mis hijos pasarlo sin necesidad de deshonorosos auxilios. La pobre ciega lo necesita seguramente mas que mí alma. Las almas no necesitan dinero.

—Pero es preciso para las misas que se dicen en su sufragio.

—Las misas... es verdad... cuestan dinero... y este dinero engorda á los curas... mientras se mueren tal vez de hambre los hijos de un ajusticiado. Perdone usted, padre, conozco que en estos momentos no me toca á mí entrometerme en semejantes laberintos. Yo hubiera querido dejar á la pobre ciega todo el producto de las limosnas.... No puede ser.... paciencia... es para los curas... para que digan misas en sufragio de mi alma... muy bien... pues entonces dejo á mi pobre Luisa la tercera parte de mi limosna; pero antes de ir al cadalso, padre, necesito hablar con ella... Quiero verla... quiero abrazarla por la última vez. Quiero que se quede en el mundo tan tranquila y resignada como yo voy á abandonarle para siempre. ¿Tengo tan poco que agradecer á este mundo infame!....

—No piense usted en él, hijo mio.... Dios le aguarda á usted en el cielo para recompensar los padecimientos de la vida.

¿Con cuánta razon se quejaba Anselmo de no poder socorrer á su pobre familia con todo el fruto de las limosnas! *Es para misas... es para engordar á los curas*, decia el infeliz, y su desventurada esposa, sus pobres hijos, además de llevar una mancha infamatoria en la frente, quedaban abandonados al desprecio y á la indigencia.

A tal extremo llega la obcecacion é injusticia de los hombres, que no contentos con establecer en el mundo execrables privilegios contrarios á la sana moral, llevan la osadía hasta el punto de querer hacer cómplice de ellos al mismo Redentor. ¡Insensatos! ¿cómo no conocéis que vuestras pretensiones son sacrilegas? ¿Dios que es todo mansedumbre y generosidad habia de tender su mano salvadora al que falleció poderoso, porque pudo disponer de crecidas sumas en sufragio de su alma, y retirar su divina gracia al que muere pobre porque los ministros del altar no rezan por su alma? ¿Creeis que así como en este mundo corrompido se graduan el mérito y las virtudes por las riquezas que se poseen, será Dios tan injusto como vosotros, que se haga sordo á los gemidos de la pobreza? ¿Podeis llevar vuestra ceguedad hasta el delirio de figuraros que así como todo se alcanza en la tierra con el oro, pueda este metal fascinador proporcionar también la salvacion de las almas? Esto seria pretender que el Ser Supremo estuviese dotado de un corazon mezquino como el vuestro, albergue de ruines pasiones y de intenciones egoistas. El Divino Hacedor es todo bondad y misericordia, y la humildad y la pobreza son títulos honrosos para merecer su amor. ¿Y por qué no decís misas en sufragio de las almas de los pobres? ¿Porque no tienen con que pagarlas? ¿Y por haber sufrido en este mundo los horrores de la indigencia, quereis que se prolongue la espiacion de sus culpas en el purgatorio, ó se hundan para siempre en el infierno? ¿Luego reservais también el Cielo para los ricos? ¡Sacrilegio inaudito! ¡Horrible prevaricacion!

¿Y qué diremos de la espantosa horfandad en que dejan los tribunales á los hijos de un ajusticiado? ¿Qué senda les queda que andar en este mundo mas que la del crimen? ¿No les basta llorar eternamente un delito ageno, y con el sello de la infamia en la frente clavar en el polvo la ruborizada vista al encontrarse con la mirada de otros, sino que se han de ver obligados, apesar de su inocencia, á sufrir el castigo de las culpas de su padre? Sean en buen hora modelos de honradez y de virtud, ¿dejarán de ser para la sociedad

los hijos de un ajusticiado? Y cuando apesar de sus virtudes se miran desamparados, despreciados y hasta escupidos por sus semejantes, sin que nadie les proteja ni socorra, sin que se les confie trabajo, y sin que se les dé acaso una limosna con que saciar el hambre que les consume, ¿será maravilla que se dediquen al robo? Y cometido el primer delito, perdido ya el rubor y la vergüenza ¿será extraño que se encarnicen como fieras contra una sociedad que tan injustamente les ha repudiado? Hé aquí otra de las consecuencias fatales de la pena de muerte...

Pero ya que la ilustracion de los hombres no ha llegado á la conveniente altura para que se juzgue la abolicion de la pena de muerte como la mas imperiosa y urgente de las reformas, establézcanse á lo menos asilos de beneficencia para el amparo de las familias de los ajusticiados. Toda vez que la ley les hace *huérfanos*, á la ley toca prodigarles *paternal* apoyo.

Volviendo á las limosnas y derechos del clero, dos son los puntos de vista bajo las cuales concebirse puede la existencia y situacion del clero en el Estado: el régimen del *derecho comun* y el de la *proteccion*.

Bajo el régimen del derecho comun, el clero no constituye una corporacion reconocida por la ley: sus individuos no se distinguen de los demás ciudadanos por prerogativa alguna, ni el Estado les proporciona templos, ni salario, quedando á la generosidad de los fieles el cuidado de atender á las necesidades del culto. En este caso, y solo en este caso, debiera serles permitido á los eclesiásticos implorar la caridad de los fieles para su manutencion, y aun exigir de ellos el pago de sus piadosos ejercicios. Entonces no estaria el clero sometido para con el Estado á ninguna obligacion, á ningun deber especial. Todo cuanto es permitido á los ciudadanos legos, debiera ser lícito á los eclesiásticos. Este es el sistema que rige en los Estados Unidos de América, y el que han preconizado Lamennais y Nacet (1).

(1) «Il ne faut pas que l'église soit dans l'Etat.... il faut encore moins que l'Etat soit dans l'église.... il ne faut pas davantage que l'église soit comme une puissance qui se dresse rivale de l'Etat.... Ce qu'il faut aux croyances, ce qu'il faut aux cultes qui les expriment, c'est la liberté du *droit commun*, avec la responsabilité devant la loi civile pour tous les actes qui constituent une infraction à ses commandemens.... Ramené ainsi dans les limites d'une faculté naturelle garantie par la loi, et soumise, dans ses écarts, à l'application des lois, la religion cesse d'être un instrument de servitude dans les mains de l'Etat, ou une arme

Pero como en España rige el sistema de *proteccion* y pesa sobre los pueblos un crecido impuesto con el que se atiende á las necesidades del culto, manutención y decoro de sus ministros, obligacion es de estos desempeñar sus sagradas funciones en obsequio de los fieles con justa igualdad, sin exigir otra remuneracion alguna, porque para ello tiene tambien el Estado obligacion de pagarles puntualmente sus haberes. Además de este pago, se les conceden ciertas prerogativas é inmunidades, y se les imponen á la vez especiales deberes.

Elijan las naciones entre estos dos sistemas. El de *derecho comun* parece mas lógico; y sobre todo mas conveniente á los tiempos de religioso fervor. El de *proteccion* garantiza mejor la paz social, es el mas á propósito en estos tiempos de lamentable incredulidad, y es el que con efecto ha preferido el gefe de la Iglesia.

Hemos dicho que se puede elegir uno de estos dos regímenes; pero seria intolerable absurdo confundirlos. No faltaba mas sino que se permitiese al clero amalgamar sus privilegios con la independencia de los ciudadanos que no disfrutan de ellos. Las ventajas que tienen en corporacion, las prerogativas de que gozan individualmente, recibiendo sueldo del Erario y no estando sujetos al servicio militar y otras penalidades que afligen á los demás ciudadanos, no pueden en justicia hermanarse con su absoluta independencia ni con el ejercicio de un poder omnímodo. Esto seria retroceder á los fanáticos tiempos del despotismo teocrático.

Es una necesidad de la época, una exigencia de la actual ilustracion la separacion entera, absoluta, del órden civil y del órden religioso. Do quiera que la Iglesia haya llegado á erigirse en poder temporal, han estallado los mas estrepitosos abusos, los escándalos mas graves, los desórdenes mas inauditos. Hablen sinó las devastadoras guerras de religion: hablen sinó esas escenas de sangre con que los tribunales del SANTO OFICIO salpicaban las aras del Salvador. Nada de esto sucede en los estados en que se reconcentra el

offensive dans les mains de l'église.... Voilà quelle est la véritable loi des rapports des cultes envers l'Etat.... Mais, pour être en droit d'en réclamer le bénéfice, on doit la vouloir entière, sans restriction, avec ses profits et ses charges.... Agir autrement, ce ne serait pas faire effort pour rentrer dans le droit commun; ce serait constituer le privilège dans la liberté; attenter directement à l'égalité, organiser les moyens d'une domination plus odieuse que celle de l'Etat, et faire préparer le despotisme par les mains de la liberté.»

poder espiritual dentro de sus límites. Esta es una verdad harto sabida, es una verdad popular, es una verdad de nuestros días, en que se quiere que la religion sea acatada y sus ministros honrados y protegidos, en tanto que no se curen del gobierno de las cosas terrenales, ni aspiren á un mando que no les compete, ni ambicionen bienes perecederos, ni tesoros que contrastan con la humildad y pobreza que encarecian los apóstoles.

Desgraciadamente parece que existen aun en España malos sacerdotes, agentes del *Angel exterminador*, que aspiran á entronizarse para saciar su vengativa saña. Estos malévolos ven en el matrimonio de Isabel II con su *rey de comedia*, que con avilantez preconizan, el escabel de su ambicion. Bien saben ellos que este enlace haria correr nuevos rios de sangre española, bien saben ellos que se renovarían las espantosas escenas de muerte y desolacion que otra vez provocaron; pero esto no les detiene ni desalienta... Su intencion es dominar el mundo á toda costa... ¡Imbéciles!..... ya los pueblos conocen vuestra hipocresía (1).

.....
— Mi esposa... mi esposa... quiero ver á mi esposa — repetia Anselmo.

(1) Nadie nos aventaja en amor á la religion y respeto á los dignos ministros del altar; pero hace años que estamos convencidos de la mala índole de ciertos hipócritas, contra los cuales escribimos en otro tiempo los siguientes versos:

A LOS MALOS SACERDOTES.

Sacerdotes, que so capa
de religion, todo en vos
crímenes son y solapa,
.....
nuestro capitan es Dios.

Fuera esos anacoretas
que contra el liberalismo
aguzan las bayonetas,
y visten toscas bayetas
para ocultar su egoismo.

Ellos con descaró audaz
y con sacrílegos labios,
fingiéndolo un celo eficaz
invocan al Dios de paz
para fomentar agravios.

No mas sea el pestilente
tribunal donde se ha visto
incendiar al inocente,
y el incendio atroz, pendiente
de la cruz presidir Cristo!!!

Nunca al Ser-Eterno plugo
esa caverna cruenta,
do el crimen su trono asienta,
do el oficio de verdugo
un vil religioso ostenta.

Do el sacerdote inhumano
mil delitos acumula;
y atroz puñal en su hermano
clava, con la misma mano
que el sacro incensario undula.

Llámase manso cordero,
y á los escesos se lanza
por el criminal sendero
del vicio y de la venganza
hecho un lobo carnívero.

Y levanta criminal
las manos que Dios maldijo,
y en su furor infernal
la una ostenta el Crucifijo,
la otra descarga el puñal.

Ni una sola lágrima humedecia los ojos de Anselmo; pero su calma era horrible... era la tranquilidad de un estúpido. Anselmo llamaba á su esposa por instinto... su corazón era insensible... Hay desgracias tan horribles que agotan el sufrimiento.

— Hijo mio—dijole el confesor con afectuosa dulzura— reflexione usted bien el disgusto que va á ocasionar á su esposa la entrevista que usted desea. ¿No seria mejor que depositase usted en mí su confianza, y fuese yo quien manifestase á la infeliz la última voluntad de su marido?

— ¡Oh! no, padre, no—repuso Anselmo.— Quiero verla... quiero darle el último adiós.

— Siendo así, no debo replicar. Se pedirá el consentimiento al señor Juez.

El confesor se aproximó á uno de los hermanos de la *Paz y Caridad*, hablóle por lo bajo, y desapareció el hermano.

Reconciliado con Dios y sinceramente arrepentido de sus culpas, oyó el desventurado Anselmo una misa con ejemplar devoción y recibió los Santos Sacramentos, encomendándose particularmente á la inmaculada Virgen.



Esto dió tiempo á la llegada de su esposa, á quien no se habia juzgado conveniente declarar el desastroso fin que aguardaba á su

Sacerdotes, que so capa
de religion, todo en vos
crímenes son y solapa,
.....
nuestro capitan es Dios.

Dios que adora la virtud,
Dios que hizo á todos hermanos,
Dios que odia la esclavitud,
Dios que dá por ataud
el infierno á los tiranos.

marido, por recelo de que tan infausta nueva la imposibilitase de satisfacer la voluntad del reo. Así es que lejos Luisa de creer que iba á dar el último abrazo á su marido, recibió la noticia de que podía ir á visitarle, como precursora de su entera libertad. Rebosando de júbilo, atavióse con su mejor ropa, deseosa de parecer bien á su adorado Anselmo, como en los primeros y felices dias de su amor.

—Voy á abrazarle—decia la fiel esposa con indefinible arrobamiento—voy á abrazarle despues de tan larga y penosa ausencia. Dicen que hay placeres que matan... ¡oh! esto es mentira, porque es imposible que nadie haya experimentado gozo mas profundo y verdadero que el que en este momento embarga mis sentidos... Es el colmo de las satisfacciones embriagado el corazon de júbilo palpita aceleradamente; pero esta calenturienta celeridad, esta inquietud febril... no mata, no... al contrario... me hace olvidar todos mis infortunios y pesares... es un bálsamo celestial que reanima mi espíritu, y propagándose de fibra en fibra me rejuvenece y alienta, como á la flor que empieza á marchitarse le dá nueva lozanía el riego bienhechor. Paréceme haber retrocedido á mis juveniles años... Siento ahora la misma emocion que embriagaba entonces de gozo mi alma cuando se aproximaba el momento de ver á mi adorado Anselmo. ¡Qué galan se presentaba á mi vista!..... Sudoroso á veces y cubierto de polvo, venia á rendir á mis plantas los laureles adquiridos en las batallas. Esto me llenaba de orgullo, porque nada hay tan grato y halagüeño para una jóven, como merecer la predileccion de un indomable guerrero y ver esclavo de su amor al bizarro doncel que se proclama libre, al que lidia por la libertad de su país y ostenta en sus atezadas sienes el lauro inmarcesible de la victoria. Siento hervir en mi pecho todo el entusiasmo de aquellos felices dias. Voy á ver á mi Anselmo... ¡á verle! á verle despues de tan dolorosa y prolongada oscuridad!..... ¡Qué alegría será la suya al estrecharme contra su corazon! Cuando observe que he recobrado la vista se va á volver loco de contento... ¡Qué felices vamos á ser!... porque... no hay duda... me permiten verle... y dentro de breves dias le darán libertad... Acaso me llaman para que hoy mismo..... en este mismo instante me lleve conmigo... Ya se vé que sí... Su inocencia debia al fin triunfar... y ahora me devuelven á mi Anselmo para que nunca se se-

pare de mi lado y del lado de sus hijos... ¡Hijos de mis entrañas! Vuestro júbilo será inmenso... Yo me temo que vamos á perder todos el juicio en vista de tanta felicidad.... porque..... porque..... ¡Válgame Dios!... no sé lo que me hago... Hubiera querido ponerme muy elegante... Quisiera parecer bien á mi granadero..... pero... no debo entretenerme... ¡Pobre Anselmo! estará anhelando salir de la prision... Corramos.

Lanzóse presurosa á la calle... llegó á la capilla..... ¡poder de Dios! la pobre muger quedóse petrificada á la inesperada vista del fúnebre aparato que rodeaba á su marido. A pesar de la ansiedad con que aguardaba el momento de abrazarle, permaneció un segundo inmóvil al fijar su vista en el demudado rostro de su marido. Aquel hombre de aspecto horrible, no era ya el bizarro Anselmo... era el cadáver de un anciano moribundo. En vez del naturalmente rizado, negro y lustroso cabello que adornó un dia la magestuosa frente del honrado jornalero, largos mechones de canoso pelo caian en desórden sobre el descarnado rostro de aquel desventurado, cuya vista azorada parecia desconocer á la muger que le contemplaba atónita.

Vuelta en sí Luisa de su primera sorpresa, lanzó un ¡ay! lastimero, corrió hácia su marido y estrechándole en sus brazos prorumpió en prolongado y amargo lloro.

Luisa no podia articular una sola palabra, el dolor ahogaba su acento.

—Llora... llora... ¡infeliz muger! —murmuraba Anselmo clavando sus azorados ojos en Luisa. — ¡Tu corazon es aun sensible á las desgracias de este mundo!... El mio está frio como la losa del sepulcro. Estréchale, Luisa mia, entre tus brazos. Yo..... ya ves..... no puedo abrazarte..... No me lo permiten estos pesados hierros que sujetan mis manos; pero puedo bendecirte... Luisa.... esposa mia... yo te bendigo.

— ¡Anselmo de mi vida! — pudo por fin esclamar la virtuosa muger, y al decir esto enjugóse los ojos y miró afectuosamente á su marido.

—¿Qué es esto, querida mia, no estás ya ciega?

—No, Anselmo, no. Y no solo he recobrado la vista, sino que puedo proporcionarte un porvenir dichoso, gracias á la generosidad de ciertas almas caritativas. Pero, amigo, el aspecto de este sitio

me estremece.... el estado de tu salud me horroriza.... ¿Cuándo vendrás al seno de tu familia?

Durante este triste coloquio, el confesor y los hermanos de la *Paz y Caridad* se habian retirado á un extremo del aposento.

—¡Pobre Luisa!—murmuró Anselmo con espantosa frialdad.—Crees haber recobrado la vista, y estás mas ciega que nunca.

—El tono con que pronuncias tus misteriosas palabras... la calma horrorosa que advierto en tus facciones... hiela la sangre de mis venas.

—Sí... estás mas ciega que nunca... Lo veo por los adornos que te cubren.... lo conozco por tus mismas espresiones.... Luisa, es preciso desechar esos beneficios que dices te prodigan ciertas almas caritativas... ¡Caritativas!... ¡Hay en el mundo tan poca caridad! Luisa.... no creas nunca en la caridad de los hombres.... el egoismo es el único móvil de todas sus acciones.... Desconfía siempre de las apariencias, porque ya nadie hace bien á los demás sino le resulta alguna compensacion de su desprendimiento. Todo lo que parece generosidad, es siempre especulacion.... A la conducta de mas bellas apariencias, precede siempre el cálculo y el propio interés. Nada se hace por sentimientos de humanidad, y si por rara casualidad hay aun en el mundo corazones generosos, les es imposible ostentar beneficencia, porque la sociedad traduce por simpleza la virtud, y hace mofa del que la ejerce. Luisa... esas dádivas son deshonorosas... A tu cuidado maternal encargo la salvacion de María... Han seducido su candor... Aun puedes volverla á la senda de la virtud.

—¿Qué pronuncias, amigo mio? María no ha faltado nunca á sus deberes... es digna como siempre de nuestro amor... Las comodidades que en el dia nos rodean no tienen el menor origen deshonoroso. Tú te convencerás de ello, querido, cuando conozcas á nuestros bienhechores. Tú les amarás como yo, cuando vengas al seno de tu familia.

—¡Al seno de mi familia!... ¡Desgraciada! ¿No sabes aun que no volveré ya á vuestro lado?

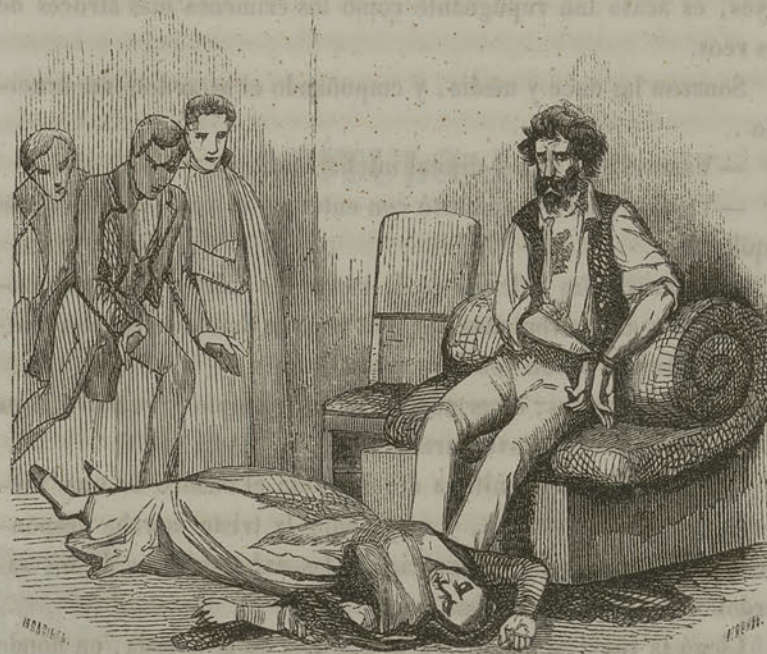
¡Qué dices! Cada palabra tuya me llena de estupor.

—¿Ignoras á dónde iré desde aquí?—preguntó Anselmo con aterradora impasibilidad.

—¿A dónde?—gritó Luisa con dolorosa impaciencia.

—Hoy mismo saldré de aquí.... para ir al patíbulo.

—¡Al patíbulo!!!... ¡ay!... no... no... —gritó frenética Luisa



y cayó sin sentidos como herida por una centella desgajada del firmamento.

Acudieron los hermanos de la *Paz y Caridad* y la sacaron exánime de aquella fúnebre estancia, sin que esta dolorosa escena, que en otro tiempo hubiera destrozado el alma del virtuoso jornalero, inmutase en lo mas mínimo su empedernido corazon. Solo se le oyó esclamar con estúpida indiferencia:

—¡Pobre muger! ¡Todavía siente!... ¡No ha apurado aun como yo la copa de la amargura!.... ¡No ha agotado aun el sufrimiento!...

En este momento presentóse el verdugo acompañado de los hermanos de la *Paz y Caridad* con hachas encendidas y una bandeja en que estaba la túnica y el birrete que llevan los reos al cadalso. Púsose el reo estos funerarios atavios, y el ejecutor de la justicia, despues de haberle atado con la misma cuerda con que debia amarrarle al palo del patíbulo, postróse de rodillas ante el reo, y le pidió conmovido un generoso perdon.

Imposible parece que haya hombres capaces de ejercer tan bárbara profesion. ¡Matar á sangre fria, cobarde é impunemente á sus semejantes! Esta infame degradacion, ejercida á nombre de las leyes, es acaso tan repugnante como los crímenes mas atroces de los reos.

Sonaron las once y media, y empuñando el sacerdote un crucifijo...

—Vamos, hijo mio—dijo al infeliz Anselmo.

—Vamos, padre—contestó con entereza el reo, y salió de la capilla.

Al atravesar las galerías de la cárcel de Córte, asomóse Anselmo á una de las ventanas que dan al patio donde se reunen multitud de presos, y con voz firme les dijo:

—Adios, amigos; escarmentad en mi ejemplo y rogad á Dios por el alma de este desventurado.

Hizo en seguida su última oracion ante el cuadro de una Virgen que hay en el pórtico, y emprendió la triste marcha respondiendo con serenidad y resignacion á las exhortaciones de los sacerdotes que le acompañaban.

Llegó la fúnebre comitiva á la plazuela de la Cebada, en donde estaba levantado el patíbulo, rodeado de un batallon de infantería de la Reina Gobernadora al mando del comandante don Juan Calvet.

¡Ya está por fin el reo junto al cadalso!.. Levanta con orgullo la cabeza... fija los ojos en el lugar donde iba á exhalar el último aliento, y sube por su pié la escalera fatal. Siéntase con serenidad en el terrible banquillo, y con voz sonora esclama: «Ciudadanos: amad á vuestra patria, defended con denuedo su libertad, y ahora... ¡perdon!.. ¡perdon!.. y rogad á Dios por mi alma.»

Suspendamos la conclusion de este horrible espectáculo para ver lo que pasa en casa de Anselmo desde que iba á salir de la cárcel con direccion al patíbulo.

En este momento presentábase el verdugo acompañado de los hijos de la familia y de algunas personas que se habian congregado en que estaba la familia y el verdugo que llevaba el reo. Púsose el reo en el banquillo y se le dio un beso en la mejilla. Después de esto se le dio un beso en la mejilla y se le dio un beso en la mejilla. Después de esto se le dio un beso en la mejilla y se le dio un beso en la mejilla.

Cambio de hijo.
Suspension de un reo.

CAPÍTULO II.

LUISA Y MANUEL.

TAN pronto como Luisa, al oír de la propia boca de su adorado Anselmo la inesperada nueva de que iba á perecer en público cadalso, cayó sin sentidos como si de repente hubiese tronchado un rayo el curso de sus dias, fué esmeradamente socorrida por los hermanos de la Paz y Caridad; y apenas volvió en sí se la condujo á su casa y se confió al cuidado de sus hijos, que llenos de angustia contemplaban el lastimoso estado de su desventurada madre.

Quando quedó sola con ellos, paseó la azorada vista en torno suyo, quiso bablar.... pero movió convulsivamente los labios sin poder articular una sola palabra y cayó de nuevo en un profundo letargo.

Renunciemos á la pintura de aquel interesante grupo, porque hay sensaciones que no pueden describirse. La desesperacion de Rosa y Joaquin en aquel momento en que creian haber perdido para siempre á su cariñosa madre, era desgarradora. Su llanto no era estrepitoso como suele serlo generalmente el de los niños. Véase el dolor pintado en su rostro descolorido. El espanto teniales inmóviles; pero todos sus miembros temblaban horrorosamente, y de sus hinchados ojos manaban copiosas lágrimas.

Este silencio duró pocos instantes, pues pasado el primer gol-

descrip
sin
describir

pe, siempre aterrador en semejantes desventuras, la reflexion hizo conocer el verdadero peligro de su madre, y entonces fué cuando al mudo espanto sucedieron los mas desgarradores lamentos.

En este apurado trance, solo Manuel, que por estar la imprenta cerrada á consecuencia de la efervescencia popular hallábase afortunadamente en casa, aunque con deseos de unirse á otros nacionales para seguir la suerte de los comprometidos, sin dejar de sentir el mismo grado de amargura que sus hermanos, conservaba una fortaleza de espíritu muy superior á la que de su tierna edad esperarse pudiera.

—Rosa, Joaquin — exclamó este adorable jóven — no lloreis de ese modo... Esto no es mas que un desmayo... Nuestra buena madre volverá pronto en sí..., y es preciso que no os vea llorar... porque se afligiria tambien ella..... y lo echariamos todo á perder. Abre esa ventana, Joaquin... que pase libremente el aire... Rosa... pronto... empapa en vinagre la punta de este pañuelo...

Los dos niños obedecieron á su hermano mayor, y Manuel, despues de haber frotado las sienes de su madre con la parte húmeda del pañuelo, aproximóle á su nariz. No quedaron defraudadas las esperanzas de Manuel, pues inmediatamente dió Luisa señales de vida. Abrió los ojos y en voz apagada exclamó:

—¿Dónde estoy? ¿Sois vosotros, hijos míos? ¿Qué horrible pesadilla acaba de atormentarme! Hijos de mi alma, he soñado que me habian conducido á la prision de vuestro padre.

—No lo ha soñado usted, madre mia, no — dijo sencillamente Manuel. — Ahora mismo viene usted de ver á mi padre, y estamos impacientes por saber de su salud...

—¿Qué dices, hijo mio? Es verdad que he estado yo en la prision de mi pobre Anselmo?

—Sí, madre mia... ¿Y no le ha dicho á usted cuándo le pondrán en libertad?

—¿En libertad?... ¡Dios mio! ¡dame fortaleza!... ¿Con que es cierto cuanto he presenciado? Sí... sí... lo es sin duda...

—Madre... ¿qué significan esas misteriosas palabras? ¿No responde usted á mi anterior pregunta? ¿Cuándo pondrán en libertad á mi padre? ¿Cuándo saldrá de su calabozo?

—Manuel... tú eres hombre... tú no te desmayarás como yo,

miserable y débil muger... He de satisfacer tu curiosidad con las mismas palabras con que tu padre ha desgarrado mi corazon. «Voy á salir hoy mismo de aquí...» me ha dicho.

—¿Hoy mismo quedará mi padre libre? — exclamó Manuel con alegría interrumpiendo á su madre. — Dice usted bien, madre mia, hay satisfacciones tan grandes que desgarran el corazon como un pesar.

—No, hijo mio, no... Las satisfacciones no son para nosotros. Prepárate á oír el mas atroz infortunio que pudiera depararnos el destino. Hijos de mi vida, abrazadme los tres y perdonadme el disgusto que voy á daros.

—Esas palabras... el tono con que usted las pronuncia... las lágrimas que veo deslizarse por sus mejillas, me hacen estremecer...

—Es verdad... — exclamó Luisa recogiendo con las yemas de los dedos las lágrimas que vertia — no se ha agotado aun mi llanto; pero este llanto es estéril... Tú que eres hombre, Manuel, no debes llorar como tu pobre madre... pero... Manuel, mírame ahora... mis ojos están ya secos... ten valor como le tengo yo en este instante... Sé digno hijo de tu padre... No son lágrimas lo que necesitamos, sino resolucion.

—Hable usted....

—Pues bien — añadió Luisa en tono solemne — escucha las terribles palabras de tu padre: «Voy á salir de aquí... para subir al cadalso.»

—¡Al cadalso! — gritaron aterradas aquellas inocentes criaturas, y Rosa y Joaquin prorumpieron en desesperado lloro.

—¡Al cadalso! — repitió Manuel y quedóse como petrificado, sumido en profundas meditaciones por algunos momentos.

Luisa con los ojos desencajados y las pupilas clavadas en Manuel contemplábale entre tanto con cierta sonrisa indefinible que contrastaba con el dolor de su pecho lacerado. Tenia la boca cerrada y oíanse rechinar sus dientes.

De repente alzó Manuel la cabeza y exclamó con fogosa conviccion.

—No... no, madre mia... no morirá. Yo sabré salvarle... y si no hay quien me siga... me lanzaré solo contra sus asesinos... y... pereceré á su lado.

— Bien, hijo mio!.. bien!.. — exclamó Luisa abrazando á su hijo, y luego poniéndole el tabalí, añadió: — No pierdas tiempo, hijo querido... Acuérdate de que los verdugos que quieren matar á tu padre se holgaron en el asesinato de tu hermano... y mañana clavarán su homicida puñal en nuestros pechos... porque esos mónstruos quieren el esterminio de los pobres. Y si no... mira que rara vez se castiga á los ricos, aunque sean culpables, mientras á los pobres se les persigue en su inocencia. Tu padre, con ser todo bondad, decia siempre: «las cosas de España no se arreglarán nunca como no vayan al palo media docena de ministros.» Tu padre tenia razon... ahora lo conozco... ahora que veo que quieren asesinar á mi esposo..... al hombre mas honrado del mundo!..... ¡Verdugos! ¡deteneos!... Corre, vuela, hijo mio... quieren matar á tu padre... ¿lo oyes? ¡Oh!.... si yo misma pudiese defenderle.... Vamos, Manuel, vamos... Tambien quiero yo verter la sangre de los perversos.

Los ademanes de Luisa semejábanse á los de una furiosa. La espresion de su lívido semblante era aterradora. Su larga cabellera fluctuaba en desórden por su pecho y sus espaldas. La muger mas angelical del mundo habíase convertido en iracunda hiena.



— ¡Vamos!... — gritaba con frenético rencor — Manuel, Manuel... corramos... iban á llevarle al patíbulo... si nos detenemos

un momento, será tarde tal vez... Quién sabe si el verdugo ha cometido ya el asesinato... Este recelo me martiriza... ¡Ay!... Manuel... Manuel... yo me ahogo... asesinos... de... te... neos...

A estas palabras cayó Luisa en el suelo acometida de una horrible convulsion nerviosa.

Asustados Rosa y Joaquin empezaron á gritar desafortadamente. A los pocos instantes llenóse de vecinos la habitacion de Anselmo, atraidos por las voces que habia dado anteriormente la desesperada Luisa y los gritos de espanto que daban Rosa y Joaquin al ver á su buena madre revolcarse por el suelo con estremecimientos horrosos.

No sin gran dificultad pudieron por fin entre una multitud de hombres forzudos sujetar á la desventurada Luisa, que arrojando espumarajos por la boca, dominada por una fiebre abrasadora, exclamaba en su delirio:

— ¿No veis ese charco horrible?... es de sangre... sangre del hombre mas honrado.... y ese hombre.... era mi esposo... Manuel, Manuel..... tu padre pide venganza..... Yo tambien tengo sed de sangre.

Estas horribles palabras hicieron una impresion profunda en el corazon de Manuel, y como si le asaltase de improviso el temor de no llegar á tiempo para salvar á su padre, exclamó:

— Cuidad de mi querida madre, buenas gentes... Yo no puedo detenerme un momento... Mi padre me llama desde el patíbulo..... Madre mia... ¡adios!... Voy á obedecerte.

Besó la frente de su madre, y con el sable en mano, lanzóse á la calle rebosando la rabia y desesperacion de un tigre herido.

viduos de la disuelta Guardia nacional; y no obstante de haber sido anteriormente desarmada, proporcionáronse armas muchos de ellos y se dispusieron á hacer frente á la criminal obstinacion de los ministros y del capitán general Quesada.

Era el 14 de agosto, y desde el amanecer divagaba por las calles un gentío inmenso, habiendo llegado á hacerse temibles los grupos que se apiñaron en la Puerta del Sol; pero el gobierno, en lugar de ceder ante la soberana voluntad del pueblo y de la reina, llevó su avilantez hasta el extremo de hacer alarde de una fuerza que no tenia, y en vez de mandar suspender la ejecucion del infortunado Anselmo, ordenó apresurarla, creyendo que con este lujo de teson lograria contener la cólera del paisanage. Esta falta de prudencia y las arbitrarias disposiciones con que se obstinó en rechazar el voto nacional, lejos de producir el resultado que en su obcecada terquedad apetecia, sirvió únicamente para que se derramase sangre preciosa provocando venganzas y desafueros.

Los desatentados ministros eran el vil juguete, el instrumento infernal del *Angel exterminador*. Esta homicida asamblea hallábase reunida bajo la presidencia de fray Patricio, que conociendo eran aquellos momentos los que debian decidir una cuestion de vida ó muerte, ponía en juego todos los elementos hostiles de que podia disponer para dar energía al gobierno. Por otra parte, algunos liberales de aventajada posicion reunidos en la habitacion del marqués de Bellaflor, digno padre de don Luis de Mendoza, dirigian el movimiento en sentido popular. Era pues una lucha entre carlistas y liberales, y lo mas escandaloso era ver al gobierno de Isabel II, despues que su reina habia mandado la publicacion del código de Cádiz, permanecer al frente de los enemigos de la libertad, rebelado contra las órdenes emanadas del trono.

En medio de la general efervescencia que reinaba entre los inmensos grupos de la Puerta del Sol, un jóven osado, rubio como el oro, cuyas encendidas megillas veíanse apenas sombreadas por el bozo de la mas tierna juventud, despreciando la pena de muerte establecida contra los que profiriesen voces alarmantes, dió con denuedo y energía el grito salvador de ¡VIVA LA CONSTITUCION! Esta voz sonora que acababa de exhalar el corazon demócrata del hijo de Anselmo *el Arrojado*, fué repetida con ardiente entusiasmo por todos los concurrentes.

El piquete de la casa de Correos era de la Guardia real de infantería y estaba reforzado por otro piquete de coraceros.

A los gritos del pueblo, avanzó espada en mano el oficial con parte de su tropa; pero los grupos permanecieron firmes, y encarándose Manuel con el oficial, manifestóle con entereza que era singular su conducta contra los que vitoreaban el código que acababa de jurar la reina.

A esta y otras reflexiones del pueblo, acató el oficial su voluntad, y envainando el acero mostrábase inofensivo, cuando apareció de repente el general Quesada con su escolta, y acuchilló como un frenético á la multitud, repartiendo sablazos de plano que acrecentaron la indignacion de los grupos.

La resistencia con que sufrieron estos el brusco ataque, y un tiro que se le disparó muy de cerca, sin acertarle, hiciéronle ver que su vida peligraba, y tuvo á bien replegarse sobre la casa de Correos, desde cuyo punto mandó destacar fuerzas imponentes de todas armas para disipar la multitud, y cubrir con cañones todas las avenidas de la Puerta del Sol.

No es nuestro ánimo revolver las cenizas de un desgraciado para censurar la imprudente conducta de los que yacen en el sepulcro. Respetamos el sagrado asilo de sus manes, y maldecimos la mano asesina que les hundió en el polvo. Nuestra voz enérgica, como órgano de mas noble y generosa mision, no resonará nunca vengativa por las bóvedas sepulcrales, ni perturbará el sagrado sosiego de una tumba.

A vosotros, militares de alta graduacion, á los que vivís ejerciendo el poder, á los que pretendéis orgullosos entronizar el imperio de vuestro sable sobre las aras de la ley, á vosotros dirigimos sin rebozo el libre acento de un corazon que execra vuestra altivez, que desprecia vuestras locas amenazas.

Desgraciadamente todos los partidos que han alcanzado hasta ahora el poder, han cometido espantosas arbitrariedades: desgraciadamente hemos visto siempre generales imprudentes, cuyos gloriosos actos de valor en las batallas de nadie son conocidos, hacer alarde de su denuedo contra indefensos grupos del pacífico paisanage. En todos tiempos hemos levantado nuestra voz contra los excesos de la autoridad militar; y cuando en noviembre de 1842 die-

ron márgen á los gravísimos acontecimientos de Barcelona (1), fuimos los primeros en anatematizar la despótica conducta de sus opresores.

La generosidad suele ser siempre compañera inseparable del verdadero valor, dijimos entonces y repetiremos siempre. El hombre valiente se arroja denodado al peligro, combate con bizarría mientras vé armado y vigoroso en la liza á su contrario; pero una vez ciñe sus victoriosas sienes el lauro inmarcesible de la victoria, queda su ambicion satisfecha y se huelga en completar su heroismo prodigando á los vencidos todo linage de consideraciones, y aquel que de mayor arrojo hiciera alarde en la refriega, es el que mas justamente merece y obtiene un lugar distinguido en el aprecio de todo vencedor animado de sentimientos nobles y caballerosos. Hé

(1) El gobierno y solamente el gobierno fué el criminal causante de los graves acontecimientos de Barcelona. Así se desprendia de todos los antecedentes, de todas las noticias y hasta de los mismos partes de aquellas autoridades y así lo comprendieron los diputados de la nacion si atendemos á los enérgicos y gravísimos cargos que en la sesion del lunes 21 dirigieron á los ministros cuantos hicieron uso de la palabra, cualquiera que haya sido el sentido en que la hayan pedido.

Ocupó el Sr. Rodil la tribuna y en medio de generales risotadas delectó torpemente los partes que habia recibido hasta entonces del capitán general del Principado, por los que se venia á declarar que la posicion del Sr. Van-Halen era insostenible, porque alentados con el triunfo los sublevados, eran absolutos dueños de la ciudad y de los pueblos comarcanos. El presidente del gabinete añadió que á las dos de la tarde del 21 saldría de la corte el Duque de la Victoria á fin de castigar á los revolucionarios.

Presentóse en consecuencia á la mesa una proposicion á fin de que se enviase un mensaje al gobierno ofreciéndole su cooperacion para restablecer la tranquilidad alterada. Muchos diputados pidieron la palabra en pro y en contra de la proposicion; pero tan solo la usaron seis y todos ellos dirigieron severísimas acusaciones al gobierno.

El Sr. Prim fué el primero que atribuyó aquel movimiento á las provocaciones del gabinete. Copiaremos algunas de sus palabras. «Es preciso, dijo, que sepamos sobre quién debe recaer la responsabilidad, y por ello yo suplicaré á los Sres. Diputados que suspendan el juicio sobre los sucesos de la capital de Cataluña, porque creo que la culpa toda tiénela el gobierno que está haciendo materiales en ella para que á la menor chispa estallen, porque se ha propuesto subyugarla y ponerla encima la mano de hierro como se hizo en otro tiempo. Repito, señores, que la culpa toda es del gobierno que no tiene prestigio, que no tiene fuerza moral, y todos sabemos muy bien que á los pueblos no se les debe gobernar con las bayonetas sino con el prestigio de las autoridades. Al pueblo catalan se le manda con la ley, pero jamas tratándolo como esclavo, y esto último es lo que se quiere. «Su señoría justifica sus asertos con multitud de hechos y razones incontestables.

El Sr. Conde de las Navas dijo entre otras cosas. «Yo no hubiera tomado la palabra á no ser por la adición que el Sr. ministro de la Guerra ha hecho á los partes de que ha dado cuenta al congreso. Despues de su lectura añadió: *Deseando el regente del reino que se conserve pura la constitucion, vá á salir para Cataluña y hacer entrar á los revolucionarios en el orden.* Estas son sus palabras, las he apuntado, y de estas palabras es de donde ha deducido el Sr. Prim que la cuestion se juzgaba. *A hacer entrar á los revolucionarios en el orden.* ¿Y quiénes son esos revolucionarios? Yo no los conozco. El Sr. Prim ha dicho que el gobierno tiene la culpa de todo, y eso sí lo conozco yo.»

«Pero sigamos al gefe político con su fuerza armada. Llega á la casa de uno á

aquí la generosidad de que hizo alarde el heróico pueblo barcelonés en pos de un triunfo hermoso, al lanzar de su seno á los criminales tiranos que hollando las leyes intentaron esclavizarle.

Pero así como estos sentimientos sublimes acompañan siempre al heroismo, los cobardes son en todos tiempos amigos de la tiranía, son en todos tiempos rencorosos, en todos tiempos vengativos é ingratos. En su ruin corazon no cabe la generosidad, porque está ya lleno de perfidia y encono, encono reconcentrado que jamás se estingue; pero que solo estalla á traicion, contra sus adversarios cuando los ven rendidos, bien sea á la imperiosa fuerza de las circunstancias, bien sea al halago de fementidas promesas ó bajo el inmenso peso de aglomerados é irresistibles elementos despues de haber luchado con bravura. Entonces son valientes los tiranos. Due-

quien se habia designado con el nombre de *republicano*, de uno de ese partido á quien no se quiere dejar discutir sus doctrinas, porque no se quiere que esa juventud de corazon ardiente marche á la regeneracion que se propone y se la quiere precipitar: esto es lo que se quiere. Que se encontraron armas! Si esos jóvenes son nacionales, no habian de tener armas? Que encontraron una carabina!.. la carabina de Ambrosio, sería acaso la que encontraron. Ya dije que estaba con el Sr. Prim y esto basta para que convenga en que el gobierno tiene la culpa de todo.»

El Sr. MATA: «Yo no puedo decir exactamente lo que ha pasado, pues necesito para hacerlo noticias que espero: mas si queremos referirnos á los accidentes de que se nos ha dado cuenta, pudiéramos decir que ha sido alguna provocacion de parte de la autoridad, teniendo en cuenta que se nos habla de cargas de caballeria; esto es un ultraje al pueblo de Barcelona, pacifico por carácter, y por las particulares circunstancias de su aplicacion y civilizacion; y no queda duda de que ha tenido gravísimos motivos, para que la mayor parte de sus habitantes se lancen á tal contienda.»

«No me detendré á probar lo que ha manifestado el Sr. Prim y que algunos creeran exagerado; pero sí observaré, que nadie escede á los catalanes en amor á la Constitucion, al trono constitucional, como con repetidas pruebas lo han demostrado. Me limitaré á manifestar que las instituciones están amenazadas, y que hace mucho tiempo que el gobierno busca un apoyo sin saber donde encontrarle. Constaba ya que el dia 14 debia haber aquí un movimiento: tambien se dijo que en Zaragoza lo hubo ese dia, y ¿quién sabe si la desgraciada Cataluña ha sido la única á quien han comprometido! Se dice que se quieren aprovechar los barullos, y ¿quién sabe cuál será el móvil de ellos? Sabidas son las cuestiones que están para agitarse, entre ellas las de algodones, en que tan singularmente se interesa Cataluña, y ¿quién sabe si pretenderá inutilizarse ahora á aquella provincia haciendo de modo que no pueda tomar en ella la parte necesaria? ¿y qué interés y de qué modo podria tenerlo en este asunto la nacion vecina? Suelto estas observaciones, para que individuos mas entendidos que yo las aprovechen. Creo haber manifestado que no hay necesidad ni es tiempo oportuno de que el Congreso apruebe la proposicion que se discute.»

El Sr. MENDEZ VIGO (Don Pedro): «Señores, he propuesto al Sr. Presidente, y ha tenido la dignacion de acordarlo, que se lea el último párrafo de la interpelacion que yo hice al gobierno en el año de 1840 en medio de un congreso, que V. SS. recordarán muy bien, de retrógrados, que se llamaban así (*Se leyó*).»

«En medio de aquel Congreso, que era como he dicho, dije lo que corresponde á un hombre que quiere todo para el pueblo y por el pueblo, es decir, republicano.»

«Pero consiguiente á la proposicion del Sr. Serrano, veo que al momento se llama la atencion, porque el trono está en peligro, porque las leyes no son respetadas; y nadie se acuerda de defender á aquel pueblo que se halla en ese compromiso, acaso sin culpa suya. Señores, es muy sería la situacion en que nos encontramos; yo veo este negocio de una manera mas grave que lo que aparece á primera vista. Las autoridades han faltado allí y han conducido la situacion en que se encuentra aquel ge-

ños de la fuerza bruta, la emplean iracundos contra ciudadanos inermes, y así como el feroz gavilan se ceba en la cándida paloma, sacian los cobardes su sed de estragos y de venganzas con la sangre del rendido.

La España, la Europa entera vió con escándalo y asombro las inauditas violencias con que el gobierno provocó los lamentables sucesos de Barcelona. Con escándalo y asombro vió la Europa esos encarcelamientos despóticos, esas sangrientas cargas de caballería, esos saqueos y metrallas horribles con que los viles instrumentos de la tiranía quisieron avasallar á un vecindario de ciento cincuenta mil almas, al segundo de España, el mas laborioso y rico. Y cuando el mismo regente dijo á la faz del mundo en su mas solemne juramento que en cuanto mandáre contrario á las leyes no debia ser obedecido, ¿debía la gran Barcelona permitir que unos generales

neral con respecto á un pueblo de 130,000 almas, y no un pueblo salvaje, sino el pueblo mas civilizado de España. Y con un pueblo civilizado, con un pueblo á quien se pone en necesidad de hacer lo que el de Barcelona ¿se toma una actitud guerrera? Yo desapruero la conducta de ese general; la situacion es muy seria, aquel es un pueblo muy respetable, y antes de que nada sucediese se hubieran podido evitar todos esos desórdenes, si antes no se hubiera faltado á la ley, si antes no se hubiera puesto presos á ciudadanos en su casa ó en su imprenta, donde se les atacó. Otras imprentas podian atacarse tambien, sin embargo de que yo reprobaré siempre eso; pero precisamente habia de hacerse en contra de esos hombres, que no pueden menos de considerarse como las atalayas del partido progresista, porque son los que han estado siempre en los peligros batiéndose con los carlistas, con los retrógrados y con toda clase de enemigos de la libertad; hombres que lo quieren todo por el pueblo y para el pueblo, y que siempre han sido leales á la causa de la libertad; ¿por qué ha de haber esta prevencion contra esos hombres?»

«Señores, yo, vuelvo á repetir, daré mi voto para que se concedan al Gobierno todos los auxilios necesarios, pero siempre que tenga la circunspección conveniente en este negocio, porque no se trata de ir á batir á un pueblo salvaje, sino al primer pueblo de España, al mas civilizado, á un pueblo industrial y recomendable: ¿y será posible que se le vaya á buscar en actitud de guerra, y que el general diga que tiene esa actitud con respecto al pueblo? Yo, señores, soy severísimo y lo he sido siempre, y en donde yo mando, solo sobre mi cadáver se cometen desórdenes; pero nunca se han cometido, porque he tenido vigilancia y prevision suficiente para evitarlos, y he tenido situaciones muy difíciles, que acaso pocos hombres hayan tenido, pero los hombres que representan al Gobierno y el Gobierno mismo deben prevenir estas situaciones, y si no no es gobierno. Así, pues, sin que este negocio se mire con toda detencion, yo nunca estaré de acuerdo con que se quiera dar fuerza al Gobierno de una manera ciega, porque al momento se trae á relucir las leyes y el trono, pero la situacion del pueblo no se ve nunca, y cuando las leyes se infringen contra el pueblo no se reclama su observancia, y eso no lo debo yo permitir. Yo tengo mis derechos como ciudadano y como español, y como Diputado tengo un deber de decir aquí lo que me parece justo. Yo recomiendo muy particularmente que se mire con la atencion que corresponde esa situacion, que es terrible, porque no es un pueblo cualquiera seducido el que ha tomado esa actitud, y cuando la ha tomado ha debido tener grandes motivos para ello. No son doscientos republicanos los que han movido á ese pueblo; otras razones debe haber sin duda, y si han sido doscientos republicanos, dejo al Congreso el considerar la fuerza que hay en ellos cuando han podido llevar así ese pueblo, como llevarian acaso el resto de la nacion.»

En una palabra, no habló un solo diputado que no se manifestase contrario al ministerio.

imprudentes no solo se hiciesen superiores con mandatos arbitrarios á la Constitucion vigente, sino que rasgándola hoja por hoja, entronizasen en su lugar el imperio de las bayonetas? Lo he dicho ya y lo repetiré otra y mil veces. Barcelona estuvo en su derecho al repeler la fuerza con la fuerza. Barcelona no se sublevó contra la Constitucion, contra los tiranos que la hollaban sí. Todo aquel vecindario en masa se levantó como un gigante, y de una magestuosa sacudida lanzó de sus muros al feroz despotismo como á la débil agramiza el viento bramador. Despues de un horrible bombardeo que escandalizó á la Europa, fué Barcelona bárbaramente saqueada (1).

¡Pueblos! ¿No os estremece la bárbara conducta de los déspotas? La Constitucion prohíbe toda exaccion que no esté votada por las Córtes. Y esos hombres que se llaman constitucionales hacen uso de las bayonetas para saquear al pueblo el fruto de sus sudores! Con estos actos de horror y arbitrariedad, no solo convierten en verdugos del pueblo á los beneméritos soldados de la patria, no solo se sirven de los héroes del ejército para trocarlos en serviles instrumentos de la mas degradante tiranía, sino que á esa fuerza armada que paga la nacion para que defienda su libertad, y proteja

(1) Los siguientes partes oficiales justifican nuestro aserto:

Ejército de Cataluña. Excmo. Sr.—Viendo ineficaces las contemplaciones y plazos concedidos para la recaudacion de las cantidades impuestas al comercio, industria y propiedad de esta capital, y muy particularmente á la última, me veo, con grande repugnancia en la precision de adoptar medidas capaces de producir el cumplimiento de las órdenes del gobierno.—A este efecto pasaré á manos de V. E., el dia de mañana y subsiguientes, listas nominales comprensivas de los nombres de los morosos, contra quienes expedirá V. E. el apremio militar correspondiente, destinando á la casa de cada uno la fuerza de un cabo y cinco hombres que se alojarán en ella, devengando los auxilios de ordenanza y á mas diez y seis reales el cabo y doce los soldados el primer dia, el duplo el segundo, triplicado el tercero, y así sucesivamente.—Este apremio subsistirá en los mismos términos, hasta que por el dueño de la casa ó inquilino se presente al sargento mayor de la plaza, recibo en forma espedido por el Ayuntamiento ó Junta de comercio que acredite estar solvente del cupo que le haya tocado, cuyo documento confrontará dicho mayor con las listas que diariamente publiquen ambas corporaciones.—Cada uno de los destacamentos será conducido á la respectiva casa por un ayudante de plaza, con una papeleta firmada por el sargento mayor que exprese el contenido de esta orden.—Si transcurriesen los cinco primeros dias de apremio sin que se hubiese verificado el pago sin levantarse aquel, me dará V. E. parte para en su vista tomar nuevas providencias. Dios guarde á V. E. muchos años. Barcelona 15 de enero de 1843.—Antonio Seoane.—Excmo. Señor general gobernador de esta plaza.

De esta orden se ha dado traslado en el mismo dia al Excmo. Ayuntamiento y Junta de comercio de esta capital para su conocimiento y puede que desde el lunes 15 del presente mes remita al Excmo. Sr. capitán general listas sucesivas que comprendan los nombres de los que hasta la fecha en que se formen no hayan satisfecho el cupo que les ha correspondido, empezando por los mayores contribuyentes.—El general jefe de E. M. G.—DOMINGO DE ARISTIZABAL.

los derechos y seguridad de todos los ciudadanos, y que hermanada con la Milicia nacional contenga y castigue los excesos de la ambicion y las maldades de los opresores, á esa fuerza armada, repetimos, que tantos dias de gloria ha dado al pueblo su único soberano, se la envilece haciendo que sus gloriosas bayonetas se agucen contra la inocencia y perpetren actos de ignominia y degradacion, prestando ciega obediencia á los mandatos de insolentes dictadores.

Y estos abusos, estos atentados se cometen y han cometido en todos tiempos y por los militares de todos los partidos (1).

(1) El atentado recientemente cometido en la persona del juez de primera instancia de Pamplona, prueba hasta la evidencia que las autoridades militares se creen superiores á todo, y lo son en efecto, cuando la ineptitud del gobierno consiente sus desmanes, sus escandalosos abusos. Hé aquí una manifestacion de la misma víctima, que se ha publicado en varios periódicos de esta córte:

«Sres. redactores de *El Tiempo*.—Muy señores míos: Por si ustedes tuviesen á bien dar cabida en su apreciable periódico al atentado sin igual que acaba de cometerse en mi persona y funciones por el capitán general de Pamplona, me voy á tomar la libertad de referirlo con todas sus circunstancias. Hallábame yo de juez de primera instancia de aquella capital, y á mi noticia llegó estrajudicialmente y como cosa pública, que el capitán general habia procedido á la prision de algunos individuos de la clase de paisanos, vecinos de ella, y otros militares de la guarnicion, á consecuencia, segun se decia, de cierto plan de conspiracion y pronunciamiento contra el Estado, y que sobre ello estaba instruyendo causa criminal: estas voces fueron cundiendo cada vez mas, en términos que ya ese hecho llegó á hacerse notorio, y en tal estado, consultando á la ley de 17 de abril de 1821 y la respetable opinion de sus comentadores en el boletín de jurisprudencia y legislacion, no dudé un momento en persuadirme que el conocimiento de la tal causa tocaba esclusivamente á la jurisdiccion real ordinaria que en primera instancia me estaba encomendada, máxime cuando la capital subsistia en su estado normal, pues no se la habia declarado en el de escepcion.»

«Bajo tal convencimiento me puse tambien en el de que mi estrecho deber en defensa de la jurisdiccion ordinaria, exigia formarle la oportuna competencia, y al efecto alcé el día 19 del corriente auto sobre ello y le dirigí un atento oficio reducido á decirle, que extra-oficialmente y como una cosa pública, habia llegado á entender que por su autoridad se estaba procediendo á la instruccion de causa criminal por aquella clase de crimen, y como si así era, por su naturaleza y segun la ley de 17 de abril de 1821, tocaba exclusivamente su conocimiento á la jurisdiccion real ordinaria, habia acordado oficiarle, cual lo hacia, á fin de que, y bajo tal hipótesis se sirviera inhibirse de él y me remitiese lo obrado con el reo ó reos que resultasen, ó en otro caso me manifestase las razones y fundamentos que tuviese para creerse competente, omitiendo todo procedimiento interin se orillaba la competencia, que desde entonces le anunciaba, y que á la vez tuviese á bien acompañarme testimonio de la criminalidad que en la causa resultaba para mi mayor acierto en el asunto, que era lo que deseaba, y poder tal vez ceder á sus razonamientos.»

«Esta comunicacion se la pasó á las ocho de la tarde, elevando tambien parte de ella con testimonio, á la audiencia territorial; y en vez de la contestacion que debiera haberme dado accediendo ó negándose á la inhibicion conforme lo previene la instruccion restablecida en 1836 sobre el modo y orden de entablar y dirimir las competencias, sin duda se ocupó en fraguar el de ejecutar conmigo la mayor de las tropelias y el atentado mas enorme que hasta nuestros tiempos se ha cometido con un funcionario público de mi clase.»

«A la una de aquella noche fué bruscamente allanada mi casa habitacion sin siquiera pasármese recado atento, por el comisario de proteccion y seguridad pública, acompañado de alguna fuerza armada de la guardia civil, y previniéndome que de orden del gefe político me presentase inmediatamente con él á disposicion del capitán general: esta inesperada determinacion, tanto en su esencia, como en el modo, hizo que entrase en contestaciones con aquel sobre sus causales, y en el

Un capitán general está ejerciendo mando actualmente, que pretende ser acatado y venerado como la Divinidad, llevando su ESTUPIDEZ Y COBARDÍA hasta el extremo de abofetear á cuantos cometen el enorme crimen de no saludarle con el sombrero en la mano. Su escelencia quisiera sin duda que el pueblo español se postrase de hinojos y lamiese los piés de sus opresores. ¡Delirio! ¡torpeza sin igual! ¿os figurais acaso, ridiculos Quijotes, que el virtuoso pueblo español es una despreciable grey de esclavos nacida para besar las cadenas con que trata vuestra insolencia de aherrojarle? ¡Imbéciles! Salid de vuestro error; y si nuestras palabras no os conmueven, volved la vista á esas losas sepulcrales.... los frios restos que en ellas descansan... las cenizas de San Just, Donadío y Quesada, os dirán con muda elocuencia el desastroso fin que aguarda á los

acto se presentaron otros dos emisarios, oficiales del gobierno político, reformando la intimacion en términos de que compareciese ante su gefe, de orden del capitán general; les rogué que al menos se me permitiese pasar á ver antes á mi único é inmediato superior, que era el señor regente de la audiencia, y se sirviera orientarme de la causa de tamaña tropelia: pero ni uno ni otro pude conseguir, limitándose á decirme en términos misteriosos, que tuviese entendido iba á sacárseme de la capital en una silla de postas dentro de media hora.»

«Bien sabia yo que ni el gefe militar ni el político tenian sobre mí, como tal juez, autoridad de ninguna especie, pero hostigado así por una fuerza irresistible, preciso me fué sucumbir y marchar entre aquella turba á casa del segundo, quien afectando cierto pesar é ignorancia me manifestó tenia orden del primero para ponerme á disposicion del ayudante de E. M. que se hallaba presente, y que con él pasase á la del gobernador de la plaza, reiterándome allí que á la una y media habia de salir para Estella en una silla de posta.»

«El ayudante ejecutó aquella orden, trasladándome á casa del gobernador, á quien advirtió del objeto de mi comparendo, y sin haberseme permitido volver un instante á mi casa para proveerme de lo indispensable, para hacer entrega á los escribanos de las causas, pleitos y otros documentos del juzgado que tenia en ella, y menos ver al señor regente por mas que lo supliqué, luego que se proporcionó una silla, que fué entre dos y tres de la madrugada del 20, se me sacó en ella para esta ciudad como á un malhechor, escoltado por fuerza de caballería, y así se me condujo á las órdenes del gobernador militar de ella, segun parece, en clase de detenido, sin haberseme pasado un simple oficio por nadie ni dichoseme la causa de atentado tan remarcable, y aunque un momento antes de mi salida dirigí una lacónica comunicacion al señor regente sobre la violencia que se me causaba, tampoco he recibido contestacion alguna, ni sé qué medidas habrá adoptado la audiencia cuando la mañana de aquel dia supiese la demasia cometida con el juez de la capital.»

«Esta es la verdad pura y desnuda por mas que acaso el autor y cooperadores de ese plan inicuo contra mí, traten de disfrazarlo tergiversando los hechos para cohonestar su conducta tortuosa é irregular; pero si tal sucediese, desde ahora les aseguro que faltarian audazmente á ella, y así les faculto para que puedan decirse-lo bajo mi responsabilidad.»

«El público entero de Pamplona, todo el pais está escandalizado con tan extraño proceder, de que hasta ahora no habia ejemplo; y para ello baste recordar lo que en iguales casos y circunstancias de mas hulto que las que aquí mediaban, ha sucedido al contender las jurisdicciones ordinaria y militar, cual, entre otros, puede citarse el que ocurrió en esa córte en 1843, á consecuencia de la tentativa contra el general Narvaez. Una y otra sostuvieron con dignidad y decoro su derecho; á conocer de la causa, no lograron avenirse; se elevó el asunto al tribunal superior competente, y él decidió la competencia á favor del juzgado militar. ¿Qué se habria di-

opresores del pueblo... del pueblo que paga á sus soldados PARA QUE LE SIRVAN ¿lo entendeis? pero de ningun modo para que le insulten y atropellen.

Y no se crea que porque reprobamos el despotismo militar apadrinemos innobles venganzas; no por cierto. Hablaremos mas adelante del asesinato horrible que terminó los dias del infuortunado Quesada, y espondremos el ódio que sus execrables matadores nos inspiran; pero ellos son á veces el instrumento de que se vale la Providencia para no dejar impunes á los tiranos.

Los grupos de la Puerta del Sol, ahuyentados por la fuerza armada, esparciéronse por todas las calles de Madrid, siendo no pequeño el que, acaudillado por el intrépido Manuel, se encaminó

cho si entonces ese capitan general la hubiera resuelto desterrando al juez de primera instancia que la sostenia? Pues eso es lo que el de Pamplona ha ejecutado con el de ella, tratándole con la misma crueldad, inconsideracion y falta de decoro que si fuese un ladron famoso, y usurpando atribuciones que en su caso residian solo en el tribunal supremo de Justicia y en la audiencia territorial.»

«Ha creido tambien sin duda que deshaciéndose de mí por ese medio reprobado, quedaba ya libre, espedito y en actitud legal de continuar los procedimientos criminales de que se trataba, y este es otro absurdo y heregia legal, porque quien le entabló la competencia, bajo supuesto de ser ciertas las voces que corrian, fué el juzgado de primera instancia, su persona moral, y esa allí ha quedado por mas que la mia física y material haya sido lanzada de aquel punto y despojada arbitraria y violentamente del ejercicio de sus funciones. Si les ha seguido, siempre se resentirán de una notoria nulidad, y sobre su autor pesará en todos tiempos esa responsabilidad.

«Desde este punto he dirigido una esposicion al gobierno de S. M. y otra á la audiencia territorial sobre tales y tan enormes atropellamientos contra mi persona, contra mi autoridad y contra toda la magistratura española, cuya respetable clase es quien en realidad ha recibido la ofensa. Tranquilo yo en la justicia de mi proceder, y satisfecho de haber llenado una obligacion que me imponian mi deber y mi conciencia legal, veo y sufro con orgullo las persecuciones que de sus resultas se me hacen experimentar por un hombre desnudo de toda autoridad para ello, y lo prefiero á la humillacion, á la vergüenza y hasta á la responsabilidad que de otro modo me atormentarian y pudiera haberseme exigido por la audiencia del territorio de no haber tratado de sostener con dignidad y firmeza los derechos de la real jurisdiccion ordinaria. Lo demas importa poco, y siempre me consolaré con aquella máxima, de que no es lo sensible sufrir la pena, sino haberla merecido.»

«Lleno de confianza con mi noble y justa causa, la tengo tambien de que la resolucion del gobierno me será propicia y reparadora de los insultos que se me han irrogado y están irrogando, no menos que de la proteccion de la audiencia, cuya honra, decoro y buen nombre se interesa en ello; y por último, cuento tambien con que la opinion pública, que es el mejor censor de los actos públicos y privados del hombre, la de toda la distinguida é ilustrada magistratura, y de cuantos se dignen escucharme, habrá de ponerse de mi parte y reprobár la conducta del adversario. De otro modo, y si esa se canonizase, ¡desgraciada administracion de justicia! ella quedaria minada por sus cimientos, holladas las leyes, desautorizados de todo punto los funcionarios del poder judicial, y sin ningun género del prestigio que tan preciso es conservarles, y que tan inicua, brusca é ilegalmente se ha atacado, respecto de ese su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.»

«En este mi destierro de Estella á 23 de julio de 1846.—Fernando de Galarza.»

á la plazuela de la Cebada en el crítico momento en que el infeliz Anselmo iba á perecer á manos del verdugo.

Ya iba este severo egecutor de la justicia á egercer el acto mas horrible de su fatal ministerio, cuando atropellando por todo presentóse en medio del cuadro que formaba el batallon de la Reina Gobernadora, un bizarro ginete montado en un brioso alazan, agitando en el aire un pañuelo blanco. Era un comandante de la Guardia nacional, rubio como el oro. Es inútil añadir que este gallardo jóven era don Luis de Mendoza, á quien el pueblo habia dado libertad. En vez de obedecer á la voz de ¡fuego! que habia dado el comandante de la guardia de San Basilio, habíase unido la tropa á los sublevados.

—¡Españoles! —esclamó don Luis con voz sonora— ¡Viva la Constitucion!



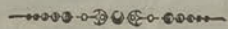
Al resonar este grito, que fué repetido por una multitud inmensa, empezóse una sangrienta lucha entre la tropa y el paisanage, de la cual fué una de las víctimas el comandante del ba-

tallon de la Reina Gobernadora don Juan Calvet (1), valiente militar que habia hecho con gloria la campaña de Cataluña.

Entre tanto habia desaparecido el verdugo del fúnebre catafalco, y en medio de él veíase un grupo de tres hombres: Manuel abrazaba á su padre, mientras don Luis cortaba con su sable la cuerda que sujetaba el cuerpo de Anselmo al palo del patíbulo.

El dia siguiente veíase Anselmo rodeado de su esposa y de sus hijos, á escepcion de María, de quien ni siquiera queria que le hablasen, porque el decente ajuar que le cercaba, los aseados trages de sus hijos y de su esposa, y mas que todo el anónimo de fray Patricio, habian hecho tal impresion en su ánimo, que hallábase plenamente convencido de la prostitucion de María.

—Luisa— dijo á su muger— ya que me habeis vuelto á una vida que no tiene para mí atractivo ninguno, quiero que me volvais á mi honrada miseria, porque... cualquiera que sea mi libertador, me habrá hecho un fatal presente si he de ser testigo de nuestro vilipendio, viviendo á espensas del deshonor de una hija. No me hableis pues ni una sola palabra de María ni de sus protectores... ¿lo ois? Que no tenga que repetir este irrevocable mandato. Esposa, hijos míos, mas vale pedir limosna, que llevar en la frente el sello de la infamia.



(1) Agrupáronse otros nacionales armados en la plaza de la Cebada; y habiendo recibido orden de dispersarlos una partida del regimiento Reina Gobernadora, mandada por el comandante de batallon Calvet, empeñose un tiroteo del cual resultaron muertos y heridos por una y otra parte, siendo de los primeros el gefe de la tropa. (FLOREZ, *Historia de Espartero*, tomo I, página 342).

CAPITULO IV.

EL SUICIDIO.

Amaneció el 15 de agosto de 1836, y la fausta noticia de que el dia antes habia alzado S. M. el estado de sitio de Madrid nombrando nuevo ministerio, disponiendo la reorganizacion de la Guardia nacional y separando á Quesada del mando, fué el iris de paz y de esperanza que hermoscaba el horizonte político.

Componíase el nuevo gabinete de don José María Calatrava, ministro de Estado y presidente del Consejo; don Joaquin Ferrer, de Hacienda; don Ramon Gil de la Cuadra, de Gobernacion; quedando á discrecion del presidente proponer los tres restantes.

Confirióse la capitanía general á don Antonio Seoane, quien, al transitar con sus ayudantes por la Puerta del Sol, anunció el triunfo del pueblo y fué saludado por la multitud con entusiastas vítores.

El decreto en que mandaba la Reina Gobernadora la publicacion del código de Cádiz estaba efectivamente fechado el 13, y claro es que el gobierno que no le dió cumplimiento, habíase erigido en rebeldía, siendo criminal causante de las desgracias que por tan funesto retraso acontecieron.

El gefe político interino don Fernando Rubin de Celis, mandó fijar por las esquinas un bando manuscrito, invitando al vecindario para las cinco de la tarde, hora en que debia promulgarse la Constitucion de 1812.

Escortado el ayuntamiento por un brillante escuadron de la Guardia nacional, celebró este acto solemne con toda pompa, y fué tan general el júbilo en Madrid, fué tan ardiente el entusiasmo, que bien pudo conocer el partido retrógrado, que jamás su bandera ha representado la opinion nacional.

Lástima es por cierto que una de las mas bellas páginas de la historia contemporánea lleve una horrible mancha de sangre ilustre.

El malogrado general Quesada, despreciando los unánimes consejos de sus amigos, que anhelaban evitar el inminente riesgo que amagaba su vida, empeñóse en salir de Madrid sin mas custodia que un asistente, á la luz del dia y precisamente en los momentos en que el pueblo vencedor saboreaba todo el placer de su triunfo.

Llegó no obstante sin contratiempo alguno á Hortaleza el honrado fugitivo, en donde quiso el destino fatal que, conocido por el alcalde, le intimára su arresto. ¿Lo creyerais, lectores? Sometido á la autoridad, bajo el amparo de las leyes, fué aquel infeliz despedazado por una horda de cobardes asesinos, cuya barbárie rechaza todo hombre de bien que siente circular por sus venas sangre liberal. Corramos un velo sobre tan horrenda catástrofe, que contrasta singularmente con el público regocijo y general alegría que un gentío inmenso y bullicioso respiraba por doquiera, inundando las anchurosas calles y plazas de la capital.

Riquísimas y vistosas colgaduras ornaban todos los balcones, que coronados de elegantes bellezas, cuyos espresivos rostros lanzaban destellos de la general animacion, eran otra prueba de que el amor de patria y libertad, es en España un fuego inestinguible.

Don Luis de Mendoza estaba desempeñando en estos graves acontecimientos un papel tan principal, que á pesar de los ardientes deseos que alimentaba de ver á María para confundirla con su noble proceder si ella habia sido perjura, ó consolarla si era inocente, no pudo ir á casa del baron del Lago para hacer ver á su amada que un enamorado español jamás falta á las promesas que hace á su dama. El rubio jóven anhelaba este feliz momento con

tanta mayor ansiedad, cuanto que los dias que habia estado en su prision privado de ver al tierno objeto de su cariño, habiales pasado en lisonjeras reflexiones que enardecieron su pasion y le hicieron concebir esperanzas de que María no le era infiel.

Otro motivo de felicidad halagaba su alma generosa. Despues de haber salvado al virtuoso Anselmo, llegó libre y vencedor á los brazos de su adorado padre. Contóle la historia de sus amores, y no solo alcanzó ser escuchado con afectuosa bondad, sino que notó en el respetable marqués de Bellaflor una emocion sobrenatural, dejaba traslucir al través del gozo y la sorpresa, un misterio de alta importancia, cuya revelacion sabrá el lector á su tiempo.

Esta observacion habíala hecho ya don Luis cuando Manuel, el dia que fué á alistarse en las honrosas filas de la Guardia nacional, pronunció el nombre del *Arrojado* delante del marqués de Bellaflor. La paternal cordialidad con que abrazó al hijo de Anselmo, era hija de una particular circunstancia, que el generoso marqués no podia nunca olvidar. Así pues, no solo dió á su hijo su consentimiento para que contrajese matrimonio con la hija del jornalero, sino que quiso acompañarle aquella misma mañana á casa del padre para pedirle la hija con toda formalidad.

Así pensaban padre é hijo, mientras que abrumada la imaginacion de María por mil apariencias engañosas, lacerado el corazon por sus incesantes infortunios, trastornado su juicio por terribles desengaños, habia adquirido una especie de certeza de que no habia en el mundo buena fé, y que todos, empezando por su amante y por su mejor amiga, todos la engañaban. Solo el pobre Tomas mostrábale una fidelidad que la enternecia, y como sabe ya el lector, no titubeó en que la acompañase al hogar paterno, en donde preferia sufrir todo linage de privaciones, á la vergüenza de ser el ludibrio de una sociedad corrompida.

María, aunque vestida con suma sencillez, llevaba un elegante trage, y conservaba el medallon con el retrato del hombre á quien no podia dejar de amar.

Llegó á su casa precisamente en el instante en que su padre proferia el terrible mandato de que nunca se le hablase de ella.

Entró María precipitadamente en la humilde habitacion donde estaba su padre... ¡Desgraciada!... En el momento en que iba á arrojarse en sus brazos, una mirada de indignacion que dirigió á

la infeliz el no menos desventurado padre, la dejó petrificada.

—¿Quién es usted?—murmuró Anselmo, temblando convulsivamente.—No, no... usted no es mi hija... Mi hija era una pobre niña llena de rubor y de inocencia. Usted, señora, tendrá en la sociedad buenos protectores... Ellos recibirán á usted como se merece una gran señora. En la casa de un pobre jornalero no tiene cabida la prostitucion.

Era esta palabra demasiado severa, para que dejase de hacer una profunda herida en el sensible corazon de la inocente jóven. El rostro lívido de Anselmo, aviejado por las canas, hijas del dolor mas que de los años... el tono solemne con que manifestaba su cólera en aquellas palabras acusadoras, hicieron retroceder á María. Toda la sangre de sus venas se le aglomeró en la cabeza, y como impulsada por un acceso de desesperacion, huyó precipitadamente.

El negro Tomas no pudo contener su despecho, y llorando con amargura exclamó:

—¡Padre cruel! La naturaleza no te dá derecho para tratar así á la mas virtuosa de las hijas. Cuando la desgraciada ha sabido conservar puro é ileso su honor en medio de mil infortunios.... cuando resuelve abandonar el gran mundo para no ser víctima de los lazos que tiende la seduccion á su hermosura, cuando viene sin mancilla á buscar su puerto de salvacion en los brazos de su padre... se vé lanzada ignominiosamente de ellos! Así sois los que os llamais civilizados... No importa... yo.... pobre negro.... yo.... estúpido salvaje... trabajaré sin cesar... mendigaré la caridad ajena para proporcionar un pedazo de pan á esa virtuosa niña... Mucho será que no encuentre almas caritativas... No todos los blancos han de tener un corazon de tigre como su padre.

Estas sentidas palabras llenaron de estupor al desventurado Anselmo.

Luisa, que habia conocido en casa de la baronesa al negro Tomas, díjole llena de afliccion:

—Corre, buen hombre, corre por Dios y haz que vuelva María. Su padre la ama como siempre, y espero que se convencerá de su inocencia. Tú ignoras el estado de mi pobre esposo... Perdona á su dolor lo que acaba de hacer; pero no pierdas tiempo, corre en busca de la hija de mis entrañas.

Un estremecimiento espantoso agitaba todos los miembros del Arrojado. Temeroso Manuel de que fuese víctima de una convulsion, no se atrevió á ir en pos de María. Él y su madre procuraban apaciguar con palabras de dulzura al infeliz Anselmo.

A la invitacion de la bondadosa Luisa, salió el negro Tomás en busca de María. Ya no la vió en la calle. Un recelo espantoso hizo correr hácia la puerta de Toledo.

El temor de Tomás no salió infundado. María atravesaba los campos como una loca... Ningun obstáculo la detenia... Llegó por



fin al canal... ¡ira de Dios! ¡la desgraciada se arrojó en él!!!

.....
 ¡Y esto se califica de suicidio! No, no. Esto es un asesinato horrible... un asesinato que comete la injusticia de los hombres al mirar con indiferencia las desgracias de las clases menesterosas. María, hija de padres honrados, tuvo que abandonar su casa en virtud de los paternales consejos de un jornalero, que en premio de los servicios prestados á su patria en las honrosas filas del ejército y en recompensa de su honradez como ciudadano pacífico y la-

borioso, veíase con su esposa y sus hijos, sumergido en la más espantosa indignancia. María, tan jóven y hermosa como desgraciada, supo vencer con heróica virtud todo género de seducciones. La hipocresía mas refinada, los halagos de la opulencia, las promesas mas fascinadoras, no alcanzaron hacer titubear un solo momento á la pobre hija del pueblo, mas grande, mas sublime en su misma pobreza que sus opulentos y temibles enemigos. Todos los esfuerzos de la maldad, todas las intrigas del engaño y de la seducción estrelláronse contra la entereza de su virtud, cual se estrella el orgullo de las olas irascibles contra la firmeza de una roca. Pero los esfuerzos de una niña debian agotarse al fin en la deshecha borrasca que amagaba incesantemente sepultarla en un abismo. Aislada en una sociedad corrompida cual navecilla sin brújula en la anchurosa y alta mar, combatida por mil furiosos elementos, no vió por último mas ánco- ra de salvacion que el amor paternal, y con la ansiosa esperanza con que se arroja el náufrago al puerto de seguridad, y arrebatado por el torbellino de las aguas pierde hasta el consuelo de sus últimas ilusiones, lanzóse María en el seno de su padre, de donde fué rechazada con inesperada crueldad. Huérfana ya en el mundo, solo dos sendas presentábanse ante sus pasos. La *prostitucion* y la *muerte*. La eleccion no podia ser dudosa, y al arrojarse al canal no hizo la infeliz María mas que obedecer los impulsos de su heroismo. Vendida por su amiga, engañada por su amante, repudiada por su padre mismo, no le quedaba ya mas amparo que el de Dios, y quiso comparecer sin mancilla ante su presencia, abandonando un mundo injusto y corrompido, que lejos de tener para la desesperada jóven aliciente alguno, desechaba su virtud, cual escupe el mar los inanimados restos del que se ahoga en su seno.

No es nuestra idea ni por asomo, abogar en pro del suicidio. Quisiéramos que todos los desgraciados á quienes su desesperacion conduce á tan lamentable extremo, se convencieran de la volubilidad de la suerte, y mitigasen sus acerbos males con el bálsamo consolador de la dulce esperanza. Quisiéramos que se convencieran los infelices de que nada hay, en efectó, mas caprichoso que el destino, y de que el que llora hoy un infortunio horrible, se vé mañana halagado por los inmensos favores de la fortuna; pero esos filósofos de singular calaña, esos charlatanes que se acaloran en vanas disputas sobre si el acto del suicidio es un acto de valor ó cobardía, cesen

ya de dilucidar una cuestion inútil y que solo es susceptible de una solucion condicional. El modo de verificar un suicidio y las causas que le produzcan pueden hacerle á su vez hijo de la cobardía como del valor, fruto del crimen lo mismo que de la virtud.

María no debió suicidarse, dirán los pedantes de oficio, porque una jóven á quien el autor nos presenta como tipo de honradez y dechado de heróicas virtudes decae de su elevacion al terminar con tan horrendo crimen su gloriosa carrera. Compadecemos á los que de semejante modo puedan racionar, pues además de dar al acto desesperado de la heroína de nuestra novela una calificacion enteramente contraria á la que en nuestro concepto merece, nótese palpablemente cuán lejos están de haber comprendido nuestro pensamiento. Cuando la criminal indiferencia con que mira el gobierno á las clases menesterosas llega á producir el suicidio de una jóven tan virtuosa como María, muy culpable debe ser el gobierno... muy graves deben ser las medidas de proteccion que el miserable estado de las masas trabajadoras reclama con urgencia.

Hemos presentado en escena un bondadoso jornalero, una familia tan pobre como honrada, tenazmente perseguida á causa del abandono en que tiene la sociedad á los infelices artesanos condenados á un trabajo eterno ó á sufrir todos los horrores de la indigencia. Al poner en evidencia este criminal abandono, nuestro objeto ha sido patentizar los males que á la misma sociedad acarrea semejante desprecio de la probidad y honradez, cuando estas bellas prendas adornan á los pobres.

No parece sino que para moralizar al pueblo no haya mas que prisiones, calabozos, cadalsos, espectáculos sangrientos que contrastan con los progresos de civilizacion que tanto se ponderan. No solo es ineficaz para la correccion de los malvados el siniestro rumor de los cerrojos de las cárceles, de las cadenas y de los grillos, no solo es ineficaz la tremenda vista del hacha del verdugo, sino esos castigos y venganzas divinas con que se trata de amedrentar á la ignorante chusma de hombres pervertidos. Ineficaces son estos medios, repetimos, si junto al castigo del malo, no se prodiga al bueno el merecido galardón.

Así como se castiga el crimen, ¿por qué no se premia la virtud con gloriosas y honoríficas distinciones?

Hay un patíbulo á donde sube el reo y entrega al verdugo su

criminal cabeza; pero no hay un catafalco cubierto de laureles donde el hombre de bien reciba el premio de su probidad.

El Divino Criador, castiga al malo con justa severidad; pero premia al bueno con todo el esplendor de su divina gracia, y los hombres, despreciando el ejemplo del Supremo Hacedor, hemos pintado á la justicia con los ojos vendados y una espada en la mano, como en actitud de entregarse ciegamente al esterminio y á la venganza. La balanza que lleva en la otra mano, no parece destinada á pesar la acusacion con la defensa, sino con el oro, los títulos, la posicion social ó valimiento del reo.

En la opinion del humanitario Süe, debiera simbolizarse la JUSTICIA con una espada en la mano y una corona en la otra, pero nosotros solo deseáramos ver la corona en la diestra de la JUSTICIA y una llave en la izquierda como signo de reclusion, porque no quisiéramos que la diosa Astrea vibrase nunca un instrumento homicida, por lo demás estamos perfectamente de acuerdo con nuestro digno amigo el estimable autor de *los Misterios de Paris*.

«El pueblo veria entonces (dice) que si hay castigos terribles para los malos, hay tambien triunfos gloriosos para los buenos; mientras que ahora busca en vano el reverso de los calabozos, de los presidios y de los cadalsos.

El pueblo ve una *justicia criminal*, compuesta de hombres íntegros, puros é ilustrados, ocupados en indagar, en descubrir y en castigar á los malvados; pero no ve una *justicia virtuosa* (1) compuesta de hombres íntegros, puros é ilustrados, ocupados en indagar y en recompensar á los hombres de bien.

Todo le dice: tiembla!

Nada le dice: espera!

(1) Algunos dias despues de haber escrito estas líneas, repasamos el *memorial de Santa Elena*, ese libro inmortal que nos parece un sublime tratado de filosofia práctica, y vimos este trozo, en el cual no habiamos fijado la atencion antes de ahora.

«Uno de mis sueños (*habla el emperador*), para cuando terminada nuestra campaña gozásemos las delicias de la paz en el seno de la nacion, hubiese sido buscar una docena de verdaderos filántropos, de hombres honrados, que no viviendo mas que para proyectar buenas obras, no hiciesen otra cosa que ponerlas en práctica. Yo los hubiese diseminado en el imperio para que le recorriesen en secreto, dándome cuenta á mi mismo de sus expediciones, hubiesen ejercido el ESPIONAJE DE LA VIRTUD; hubiesen sido mis confesores, mis directores espirituales, y mis decisiones con ellos hubiesen sido mis buenas obras secretas. Mi primera ocupacion hubiese sido trabajar con todas mis fuerzas en mejorar de raiz la organizacion de toda la sociedad; hubiese descendido si era posible, hasta los *goces individuales*.» (*Memorial*, tom. 3.º, pág. 109, edicion de 1824.) (Nota de Süe.)

Todo le amenaza...

Nada le consuela.

El estado gasta anualmente muchos millones para el estéril castigo de los criminales. Con esa enorme suma tiene cárceles y presidios, galeras y calabozos, patíbulos y verdugos.

Eso es muy necesario, concedido.

Pero cuánto gasta el estado, para la recompensa saludable y fecunda de los hombres de bien?

Nada...

Cuando el curso de esta novela nos conduzca á las cárceles de hombres, veremos infinidad de artesanos de irreprochable conducta que tendrian satisfecha su ambicion si esperasen salir algun dia de la miserable condicion de prisioneros, seguros de hallar un buen alimento, una buena cama y un buen albergue.

Y los artesanos como Morel, que hubiesen vivido veinte años con probidad y resignacion en medio de la miseria y de las seducciones, no tienen derecho á desear ser felices como lo son los malvados?

No merecen que la sociedad se tome la pena, ya que no de recompensarles, de alentarles al menos en el camino difícil y terrible que atraviesan con tanto valor?

Por modesto que sea el hombre de bien, se oculta tanto como el ladron y el asesino?... Y á estos no les descubre la justicia criminal siempre que quiere?

Esta es una utopia que no tiene nada de consoladora.

Imaginaos por un momento una sociedad organizada de tal suerte, que tenga por decirlo así, *tribunales de virtud* como los tiene *del crimen*.

Un ministerio público señalando las acciones nobles y denunciándolas al reconocimiento general como se denuncian hoy dia los crímenes á la vindicta de las leyes.

Hé aquí dos ejemplos, dos *justicias*: dígase cual es mas fecunda en consecuencias y en resultados positivos.

Un hombre asesina á otro para robarle; al amanecer se coloca sordamente la guillotina en un extremo de Paris y cortan la cabeza al asesino en presencia del populacho, que se rie de los jueces, del paciente y del verdugo.

Hé ahí la última palabra de la sociedad; hé ahí su mayor castigo;

hé ahí el ejemplo mas terrible y mas saludable que puede dar al pueblo.

El único... porque nada sirve de contrapeso al golpe que está destilando sangre.

No... la sociedad no tiene ningun espectáeulo dulce y bienhechor, que oponer á ese otro fúnebre espectáculo.

No seria otro castigo hacer que el pueblo tuviera diariamente ante sus ojos el ejemplo de las grandes virtudes noblemente ensalzadas y MATERIALMENTE remuneradas por el ESTADO?

Lo seria, y seria tambien una exhortacion continúa á la honradez y á la probidad ver con frecuencia un tribunal augusto, imponente y venerando, ofreciendo á los ojos de la muchedumbre un artesano pobre y honrado, de una vida laboriosa y ejemplar, y al cual le pudieran decir estas palabras:

«Habeis trabajado como ninguno por espacio de veinte años luchando abiertamente contra el infortunio; habeis educado á vuestra familia en los principios de delicadeza y honor.... y vuestras virtudes superiores os han distinguido altamente: recibid pues la recompensa y la gloria. La sociedad vigilante, justa y bienhechora, no deja nunca en el olvido ni el mal ni el bien.... A cada cual le paga segun sus obras.... El estado os asegura una pension bastante á cubrir vuestras necesidades. Apreciado de todos, terminareis tranquila y reposadamente una vida que debe servir de modelo á la sociedad..... y así son y serán premiados siempre los que hayan perseverado por muchos años en la probidad y la virtud dando ejemplo de raras y nobles cualidades morales. Vuestro ejemplo traerá consigo la imitacion.... la esperanza aligerará el peso opresor que la suerte impone á los infelices en su larga carrera. Animados de una saludable emulacion, lucharán con energía en el cumplimiento de los deberes mas difíciles, á fin de verse un dia distinguidos y remunerados como vos....»

Nosotros preguntamos ahora, cuál de los dos espectáculos, el del criminal guillotinado, ó el del hombre de bien recompensado, hará una impresion mas saludable y mas fecunda en el pueblo?

No hay duda de que muchas personas *delicadas* se indignarán con solo pensar en esas innobles recompensas *materiales* otorgadas á lo que el mundo tiene mas volátil: ¡ LA VIRTUD!

Hallarán contra estas tendencias toda clase de razones mas ó me-

nos filosóficas, platónicas, teológicas, y sobre todo *económicas*, como por ejemplo:

«La honradez lleva en sí misma su recompensa...»

«La virtud no tiene precio...»

«La conciencia satisfecha es la mas noble de las recompensas.»

Y finalmente, esta objecion triunfante y sin réplica:

«LA FELICIDAD ETERNA QUE ESPERA Á LOS JUSTOS EN LA OTRA VIDA DEBE BASTAR PARA ALENTARLES Á QUE SEAN BUENOS.»

A eso responderemos que la sociedad no se fia esclusivamente en la venganza divina para intimidar y castigar á los criminales.

La sociedad prelude el juicio final con los juicios humanos...

Y mientras llega la hora inexorable de los arcángeles, de las trompetas y de los lagos de fuego, se contenta modestamente... con los gendarmes.

Repetimos que para amedrentar á los malvados, han materializado ó reducido mas bien á proporciones humanas y visibles los efectos anticipados de la cólera divina.

Por qué no habrán hecho lo mismo con los efectos de la recompensa celeste que espera á las gentes honradas?»

Así se esplicaba el demócrata escritor, y la ilustrada Francia no pudo menos de atender á tan sábia como filantrópica peticion. El acento de Süe fué oido, y acaba de crearse en París un *Jurado de recompensas para los artesanos* que es de una utilidad asombrosa. El célebre Victor Hugo escribióle con fecha de 16 de mayo del corriente año, la notable carta siguiente:

«Señores.—Llegará un dia en que los poderes públicos comprendan que en el estado actual de la Europa y de la civilizacion, debe haber y hay asimilacion perfecta entre el soldado y el obrero. El soldado es el obrero de la guerra: el obrero es el soldado de la paz. El primero arriesga su vida por el pais en su lucha con el extranjero: el segundo dá su vida, la usa, la gasta todos los dias en provecho de todos en su lucha con la materia. Hay mas heroismo en la labor del soldado; lo cual implica la disciplina. Hay mas inteligencia en el trabajo del obrero, lo cual reclama la libertad; pero tanto el obrero como el soldado trabajan en la civilizacion, el uno protegiendo y aumentando el territorio nacional; el otro fecundándole, cultivándole, dotándole con todas las riquezas de la agricultura y de la industria.»

«Permitid que añada aquí que esta asimilacion me llama la atencion de un modo particular y sumamente vivo: á mí, que soy hijo de un soldado y obrero del pensamiento.»

«El dia en que estas verdades sean admitidas, los mismos cuidados sociales, las mismas recompensas sostendrán, animarán y glorificarán al soldado que al obrero, al obrero que al soldado. El estado, representante de la nacion, honrará con las muestras públicas y visibles de estimacion de que dispone, al obrero honrado, laborioso, inteligente y distinguido, del mismo modo que al soldado valiente. El Estado amparará y abrigará en su vejez al hombre de la paz, como ampara y abriga al hombre de la guerra; y al fin se comprenderá cuanto hay de social y de profundo en ese gran pensamiento de Luis XIV que llamamos *Hotel de los inválidos*, y en ese gran pensamiento de Bonaparte que llamamos la *Legion de Honor*.»

«Vuestro proyecto, señores, es un paso dado hácia ese hermoso y deseable resultado; es tambien un ejemplo que dais á la sociedad entera: la idea que debiera tener el Estado, vosotros la teneis; lo que el Estado hará mañana, vosotros lo haceis hoy.»

«Hé aquí, señores, lo que apruebo y lo que honro particularmente en el proyecto que habeis tenido á bien comunicarme. Es un paso que dais, y por él os felicito; pero es preciso que no nos lo disimulemos; no es mas que un paso, y es necesario dar otros é ir mas lejos. La Francia ha hecho alto hace mucho tiempo, y ya es hora de que los pensadores y los trabajadores den la señal, y se pongan en marcha sobre toda linea con las ideas del porvenir.»

Ya que hemos dado en la manía de imitar á los extranjeros, hagámoslo siquiera en los adelantamientos de la ilustracion.



CAPÍTULO V.

ERA INOCENTE.

Las cariñosas frases de consuelo que los hijos y la esposa tributaron al pundonoroso jornalero, empezaban á surtir ya el mágico efecto que era de esperar.

—¿Me asegurais que María es inocente? —preguntaba el afligido padre en su dolorosa ansiedad.

—Sí, esposo mio —le respondió Luisa. —Las personas que protejen á nuestra hija y á todos nosotros, por ningun concepto pueden albergar siniestras intenciones. Son dos hermanos generosos, sumamente ricos al parecer, que cifran todo su afan y su gloria en prodigar beneficios á los menesterosos. El uno es una señorita casada, muy amable, en cuya casa está María, querida y respetada como si fuese hermana de su protectora. Esto no tiene nada de particular, Anselmo; y aun me acuerdo que cuando se separó María de nuestro lado, decíamos nosotros: es tan buena, que adonde quiera que vaya la han de querer luego como hija.

—Es verdad —contestó Anselmo profundamente conmovido.

—Pues bien, querido, nuestras esperanzas se han realizado. El otro hermano es uno de los facultativos del hospital, á cuya habilidad debo el haber recobrado la vista...

—¡La vista! —dijo Anselmo asombrado, y besó los ojos de su esposa. —Es verdad.... el benéfico mortal que te ha hecho recobrar la vista debe ser un ángel.... porque semejante beneficio es inmenso.... Esposa mia ¡cuánto habrás sufrido sumergida en dolorosas tinieblas! La existencia ha de ser un peso insoportable para los infelices que se hallan privados del mayor beneficio que ha dispensado el Criador á los mortales. Debe ser un tormento horrible la ceguera.... Oír hablar de los encantos de la naturaleza, de los hermosos rayos del sol, y estar eternamente condenado á no ver.... Oír la voz de las personas á quienes se ama, sin poder recrearse en su contemplacion, debe ser un martirio horroroso.... Yo te confieso, amada mia, que si me viese privado de ver tus gracias, que si oyese en rededor mio el cariñoso acento de mis hijos sin tener la dicha de contemplar sus angelicales facciones, me moriria de dolor. Has tenido una resignacion heróica, Luisa mia... ¡Pobre Luisa! cuánto habrá padecido tu espíritu!

—Tienes razon, Anselmo, he padecido mucho; pero el placer de volver á verte ha compensado todas mis amarguras; y este placer, esta felicidad imponderable la debo al protector de María.

—En efecto, á ese generoso mortal debes toda tu dicha... y yo tambien se la debo, porque tu dicha es mi propia ventura. Dios bendiga á nuestro salvador.

—Dices bien, nuestro salvador, porque tambien á su sabiduría, á su bondad y á sus desvelos debemos la conservacion de una hija virtuosa.

—¿Será cierto?

—Sí, amado esposo, el hombre benéfico de quien hablamos, ha libertado á María de un inminente peligro. María se habia vuelto loca á consecuencia de sus continuos sinsabores, y el celo de nuestro ángel tutelar logró restablecer su salud. Convaleciente apenas, fué trasladada del hospital á casa de su adorable hermana, en quien halló María una generosa protectora que le prodigó todo linage de cuidados, con el mismo esmero que pudiera haberlo hecho la mas afectuosa de las madres. Pero.... ¿qué tienes Anselmo? ¿Lloras?

—Sí, Luisa, lloro de dolor y de arrepentimiento. Déjame verter copiosas lágrimas... está mi corazon tan oprimido!... He sido un ingrato para con mis bienhechores... he sido un padre desnaturalizado para con la mas adorable de las hijas. Luisa... ¿Dónde está María? ¿Dónde está?... Quiero abrazarla.... ¡María!... ¡María!... Quiero arrodillarme á sus piés... pedirle perdon... y... Lu... Luisa... yo... ¡ay!... yo me... aho... go... No puedo hablar....

A estas palabras sucedieron prolongados sollozos, y en pos de un profundo suspiro, el veterano indomable conocido por *el Arrojado*, el que no habia vertido una sola lágrima ante la muerte al pisar con pié firme el cadalso... el aguerrido granadero... lloraba como un niño.

—¡Anselmo! —le decia su cariñosa muger enjugándole las lágrimas—no te desesperes. María no puede estar lejos de aquí.

—Sí, padre mio —añadió Manuel con alegría— voy yo tambien por ella, y volveremos todos para ser ya siempre felices. Animo, mi querido padre. Pronto estrechará usted en sus brazos á la inocente María.

Los desdichados ignoraban la desastrosa resolucion que habia tomado aquella desesperada criatura.

Manuel desapareció corriendo.

Por uno de aquellos prodigios impenetrables que obra la naturaleza, habia recobrado Anselmo su sensibilidad, como ha visto ya el lector. Lloró largo rato, y su corazon oprimido recibió con el llanto un consuelo que solo pueden concebir las almas susceptibles

de afectuosas sensaciones.

—¡Válgame Dios! ¡Lo que tardan!— esclamaba Anselmo con impaciencia—¡lo que tardan!—y el desdichado padre se paseaba como un loco por el reducido espacio del aposento. Sentábase de improviso, y poniendo una mano en cada rodilla, clavaba sus azorados ojos en el suelo y permanecía algunos segundos inmóvil y meditabundo. De repente levantaba la cabeza y la volvía con inquietud hácia la puerta. El copioso sudor, que de su ancha frente manaba, confundíase con sus lágrimas acerbas.

—Ya no la veré mas... soy un mónstruo—esclamaba con desesperacion el infortunado padre, y ocultaba el rostro entre sus callosas palmas.

En este momento sonaron pasos.

Estremecióse Anselmo de alegría y de rubor, y voló con sorprendente agilidad hácia la puerta.

Eran la baronesa del Lago y su hermano el facultativo don Antonio de Aguilar.

Anselmo se quedó como petrificado, hasta que corriendo Luisa á besar la mano de la baronesa, esclamó con júbilo la buena muger:

—¡Nuestros bienhechores!



La baronesa recibió á Luisa en sus brazos.

—Este caballero—dijo Luisa á Anselmo, señalando á don Antonio de Aguilar—es el facultativo que me ha vuelto la salud y la vista.—Y volviendo el rostro hácia la baronesa, añadió:—y esta hermosa señorita es la protectora de María.

Los dos hermanos permanecieron juntos.

Anselmo, se arrojó á sus piés y los besó como un miserable esclavo. Anselmo *el Arrojado*, el veterano valiente, el indomable republicano que en su vida se habia postrado ante el poder, que jamás habia cometido bajeza alguna, que hasta agoviado por todos los horrores de la indigencia no habia querido mendigar la caridad ajena, que orgulloso en su pobreza, considerábase superior al opulento palaciego... este hombre incorruptible, este liberal á toda prueba, cuya altivez era hija de la virtud, y que hubiera preferido la muerte á la mas ligera humillacion, arrastrábase por el suelo y bañaba con su amargo llanto los piés de sus semejantes, y esta humillacion, lo mismo que su altanería, era tambien hija de la virtud.

No sin gran dificultad, consiguió por fin don Antonio levantar al afligido padre, y recibéndole en sus brazos, díjole con dulzura:

—Aquí, aquí, junto á mi corazon quiero yo á los hombres que honran por sus virtudes al género humano.

—Yo no soy digno de tanta bondad. He ultrajado con indignas sospechas la generosidad de ustedes, y no sé si merezco perdon.

—Sí, mi querido amigo—dijo sonriendo con amabilidad la baronesa—queda usted perdonado; pero ha de ser bajo una condicion.

—Hable usted, señorita—repuso Anselmo enjugándose las lágrimas que surcaban sus mejillas y el sudor que brotaba en su frente.—¿Qué condicion exige usted?

—Que ese llanto y esa afliccion han de convertirse en júbilo y alegría.

—¡Alegría!... no puede haberla para mí sin el amor de mi hija. La he ofendido villanamente, y he ofendido tambien á usted, á su benéfica protectora!...

—Su protectora.... su protectora.... no me gusta este título, amigo mio—dijo la baronesa—prefiero el de amiga, porque en efecto, soy la mejor amiga de María, y vengo ahora en su busca... Ha desaparecido repentinamente de mi casa sin despedirse, porque se cree ofendida, y quiero desengañarla y darle una completa satisfaccion. ¿Pero dónde está María?

— Yo no lo sé.... — dijo Anselmo impaciente — yo tambien la aguardo con ansiedad, siento una necesidad imperiosa de estrecharla contra mi corazon. Yo espero que volverá... ¿No es verdad que volverá pronto?

— Sí, Anselmo, tranquilízate — exclamó Luisa. — María no puede tardar, señorita — dijo luego á la baronesa. — Han ido en su busca y pronto estará aquí.

— Animo, virtuoso Anselmo — exclamó don Antonio dando la mano al jornalero, que estaba asombrado de cuanto pasaba, y en extremo pesaroso por la tardanza de su hija. — Animo, amigo mio, se acabaron ya todos los infortunios de ustedes, y el abominable autor de ellos acaba de caer en poder de la justicia.

— ¿El autor de nuestros infortunios? — preguntó Anselmo cada vez mas aturrido.

— Sí — continuó el médico. — ¿Usted se acordará sin duda de que el 17 de julio de 1834 salvó la vida á un padre franciscano?

— Es verdad — respondió Anselmo — y por cierto que en pago de mi accion trató el malvado de seducir á mi hija.

— Pues esa idea no se ha separado un momento de su imaginacion. Es larga de contar la historia de sus maldades, que yo he sabido por su cómplice. Una infeliz que habia servido de instrumento á los torpes deseos de aquel mónstruo, obtuvo en premio ser encerrada, á instancias del impúdico fraile, en la casa Galera, despues de haber representado un papel brillante entre la aristocracia de la córté. La desgraciada no ha podido sobrevivir á tan atroz degradacion, y en pos de una breve, pero aguda enfermedad, murió ayer en mis brazos revelándome secretos importantes. Una desdichada jóven que en sus buenos tiempos hacia pasar por hija suya, se ha quedado en un estado de alelamiento que dá compasion.

— ¿Pero de qué medios se ha valido el maldito fraile para causar tantas desgracias? — preguntó Luisa.

— Repito que seria largo de contar — dijo el facultativo. — Baste saber que sus crímenes están plenamente justificados por confesion de otra cómplice que tenia en su casa y está tambien en poder de la justicia. Además, se han encontrado en su casa documentos importantísimos relativos á una vasta conspiracion en sentido carlista, de la que aparece gefe principal.

— ¡ Infame! — gritó Anselmo con ira.

— Pues ese traidor á su pátria — continuó don Antonio — no solo pretendió seducir á María, sino que ha sido su implacable verdugo, cobarde calumniador, delator del hombre á quien debía la vida, y autor de villanos anónimos con que logró introducir la discordia en el seno de una familia honrada.

— ¿Y cómo sufre el cielo tanta maldad? — exclamó Anselmo lleno de asombro.

— El cielo no la sufre ya... — repuso el facultativo. — Se han descubierto las tramas de ese mónstruo, por un prodigio de la Providencia... Está en poder de los tribunales, es de esperar que tambien los hombres harán justicia. En este caso declararán la inocencia de usted, amigo mio, y María, que ha sido hasta ahora LA VÍCTIMA DE UN FRAILE, vivirá feliz para ser el consuelo de sus amados padres.

— ¡ María! ¡ María!..... — empezó á gritar Anselmo como fuera de sí... — ¡ Hija de mi corazon! ¿ Dónde estás? Ven á los brazos de un padre que te adora. ¡ Cuánto tarda!... ¡ Dios mio! ¿ A dónde habrá ido? Me siento desfallecer.... Cuando debia experimentar la mas dulce satisfaccion al saber que mi hija es inocente... que merece mi amor.... yo no sé lo que pasa por mí... Siento un pesar que me agovia... Un fatal presentimiento me dice que no he de ver mas á la hija de mis entrañas. ¡ Y yo la he maltratado!... ¡ Perdon! hija mia... ¡ perdon!

Al decir esto, el afligido padre lloraba amargamente.

— ¿ A qué vienen esos estremos, esposo mio? — le dijo con angelical dulzura su digna muger. — María volverá pronto. ¿ No ves que tu afliccion nos hace padecer á todos?

— ¡ Volverá!... ¿ dices que volverá?... Dios lo quiera así... porque yo no puedo vivir sin mi adorada hija. Este atroz presentimiento que me está destrozando el corazon... este presentimiento fatal, precursor sin duda de alguna nueva desgracia, me anuncia que no he de ver mas á María, y hé aquí la idea horrible que me anonada. No ver mas á la hija de mi amor, y haberla yo apartado bárbaramente de mi presencia... haber ofendido su virtud... haberla insultado como á la mas estúpida meretriz... Esto es abominable... María no debe volver á los brazos de un padre tan cruel y desnaturalizado... ¡ Ay! si ella supiese cuánto sufre este padre arrepentido... ¡ María!... ¡ María!...

Anselmo gritaba como un frenético.

—Cálmate, esposo mio — repetía la adolorida madre. — María no es rencorosa, y olvidará tu severidad en el momento en que se vea entre tus amantes brazos... y este momento dichoso... créelo, Anselmo, no puede tardar.

Nuevo rumor de pisadas interrumpió esta escena. Corrió Anselmo hácia la puerta... ¡Tampoco era María! Sin embargo, á la vista del primero de los dos personajes que aparecieron quedóse Anselmo estupefacto, contemplóle un momento con indefinible sorpresa, y lanzando un penetrante grito, se arrojó en sus brazos.

*Se a plaza visita de María
Lo más posible por incrementar
expectación y angustia*



CAPITULO VI.

EL RESUCITADO.

— ¡Mi coronel!... ¡mi coronel! — gritaba Anselmo con ademanes de loco. — ¿Será posible?... ¿O es esto una cruel pesadilla que hará luego mas acerba mi desgracia?

El hombre que estaba delante de Anselmo era el antiguo camarada cuya memoria jamás habia olvidado el agradecido jornalero. En todas sus desgracias, en los mas angustiosos apuros, decia siempre *el Arrojado*: esto no me sucederia si mi coronel viviese. Y el protector de Anselmo vivia, mientras lloraba su muerte el digno compañero de sus bélicas fatigas. Figúrese pues el lector cuán grande seria la sorpresa del pobre jornalero á tan inesperada visita.

— Por Dios... por Dios... decidme que no es esto un sueño... — repetía con ansiedad. — Decidme que no me engaño...

— No, querido Anselmo, no te engañas... soy tu coronel... ó por mejor decir tu antiguo camarada, tu hermano — exclamó profundamente conmovido el marqués de Bellaflor, que era el que con su hijo don Luis acababa de presentarse en aquella casa.

— ¡Qué felicidad! — dijo Luisa besando la mano del marqués de

Bellaflor. — ¡Nosotros que habíamos llorado tanto por la muerte de usted!...

— Es verdad, hija mia— repuso el marqués dando cariñosamente palmadas en la mano de Luisa — tuve la desgracia de morir en los papeles públicos. Los señores periodistas me mataron de un rasguño, de una sola plumada; hay plumas mas terribles que la lanza de un guerrero; pero lo que es en el campo solo quedé herido, aunque de bastante gravedad, y el resultado ha sido imposibilitarme para el servicio militar. Es un milagro que pueda contarle hoy.... porque la herida fué muy cerca del corazon, y para extraer la bala, tuvieron que hacer una carnicería en mi cuerpo. No hay mal que por bien no venga..... ahora tengo un excelente termómetro que me anuncia todas las alteraciones del tiempo; pero lo hace á menudo con tanta espresion, que no deja de atormentarme mucho y varias veces ha puesto nuevamente en peligro mi existencia.

— Pues la Gaceta— replicó Anselmo — decia terminantemente que habia usted muerto.

— Esa es la prueba mas evidente de que era mentira — contestó riéndose el marqués, y mirando luego afectuosamente á la mujer de Anselmo, añadió: — Querida Luisa, venga un abrazo... Yo supongo que tu marido no ha de tener celos de este pobre viejo.... Y estos señores que se hallan presentes me disimularán mi franqueza... Los viejos tenemos privilegio esclusivo para estas libertades.

La baronesa y su hermano, se inclinaron con amabilidad, como aprobando la proposicion del marqués, cuyo buen humor cautivó desde luego las mas dulces simpatías.

Luisa y el marqués se abrazaron afectuosamente.

— ¿Sabes, Anselmo — dijo el coronel — que tienes una linda alhaja? Dicen que el matrimonio es una pesada cruz, pero yo creo que hay de todo en la viña del Señor, y á los apasionados de este estado suele acontecerles como á los aficionados á los melones. Todo está en saber acertar en la eleccion para no llevarse calabazas. Yo apuesto que á tí, Anselmo, no te será tan pesada esta carga como el chopo y la mochila. ¿Y son vuestros estos niños tan guapos?

Rosa y Joaquin corrieron á besar la mano del marqués.

— Tan lindos y amables como su madre — dijo este dando un beso á cada uno. — ¿Cuántos tienes?

— Ahora cuatro — respondió Anselmo — y tres que he tenido la desgracia de perder.

— ¡Cáspita! ¿Sabes que has aprovechado lindamente el tiempo? Buena puntería tenias en las batallas, pero veo que no has perdido esta habilidad en tu nuevo estado.

El marqués notó que su chanzoneta era un poco atrevida habiendo una jóven delante, y queriendo disculparse añadió sonriéndose:

— Disimulen ustedes mi franqueza... Hoy estoy loco de contento... es uno de los dias mas felices de mi vida... y además, reclamo los derechos que me dá el privilegio de que hemos hablado anteriormente. Disimule usted, señorita — añadió saludando á la baronesa — las chanzonetas de un viejo militar respiran siempre cierto sabor á cuerpo de guardia, que no está en su mano desvanecer.

— No me asustan á mí estas cosas, señor marqués — respondió la baronesa — y prefiero yo el buen humor á todo.

— Padre mio — dijo don Luis de Mendoza — esta señora es la baronesa del Lago, y este caballero su hermano don Antonio de Aguilar, uno de los mas acreditados facultativos de Madrid.

Don Antonio se inclinó.

— No ha mentido esta vez la fama — repuso el marqués — si el talento y las bondades de esta amable señora corresponden á su singular belleza.

— Gracias por el galanteo, señor marqués — respondió la baronesa haciendo una graciosa cortesía.

El marqués de Bellaflor tendió la mano al facultativo, y dijo con elegante finura:

— Cuento con la amistad de una persona tan distinguida como apreciable.

— Me honra sobre manera ese desco, y me considero dichoso en ser amigo del digno padre de don Luis de Mendoza, — contestó el facultativo, apretando con cariño la mano del marqués.

— Ahora, amigos míos — continuó el marqués dirigiendo la palabra á Luisa y Anselmo — quiero, como he dicho antes, pagar una deuda antigua. TODA PROMESA ES SAGRADA entre personas de honor.... No puedo en consecuencia faltar por ningun concepto á la mia, y... ya veis... solo para cumplirla he resucitado.

—¿Una deuda?—repuso Anselmo.

—¿Pues qué? ¿has olvidado tan pronto tu heroica accion?

El lector nos permitirá reproducir lo que digimos en el capítulo primero de la presente historia, hablando de Anselmo *el Arrojado*:

«Había servido en el ejército liberal bajo las órdenes de un coronel, á quien en una accion salvó la vida. Su gefe quiso recompensar los servicios de su libertador, y le proporcionó el retiro, que Anselmo deseaba desde que se había enamorado de la muger con quien casó despues.»

«El bizarro coronel hacia poco que lloraba la pérdida de su adorada esposa, y no parecía sino que buscase el peligro para librarse de un pesar desgarrador; pero reflexionando que debía vivir y cuidar del fruto de amor que le había dejado su esposa, todo le parecía poco para mostrar su gratitud al valiente jóven que le había salvado. Ofrecióle oro en abundancia; pero esta oferta ruborizó al pundonoroso militar, que solo admitió en recompensa la amistad de su gefe. «Pues bien —dijo el coronel abrazando á su salvador— DESDE HOY, BIZARRO JÓVEN, DESEO SER TU HERMANO... CÁ-SATE Y SÉ MAS FELIZ QUE YO... PERO SI TIENES UNA HIJA, QUIERO SER SU PADRINO, ¿LO OYES? QUIERO QUE SE LLAME MARÍA, PORQUE ES EL DULCE NOMBRE DE LA ESPOSA Á QUIEN YO ADORABA TANTO; Y UNA VEZ QUE NO QUIERES MAS RECOMPENSA QUE MI AFECTO, JURO POR LA MEMORIA DEL ÁNGEL QUE DIOS ME ARREBATÓ, NO SER JAMÁS INGRATO AL BENEFICIO QUE TE DEBO.»

—DESEO SER TU HERMANO, dije entonces —añadió el marqués de Bellaflor. —Pues bien, este perillan—y dió una palmada en el hombro derecho de don Luis de Mendoza que estaba á su lado— aquí donde tú le ves, hecho todo un hombre de provecho, es mi hijo, ama á tu hija... y es preciso casarles.

—¿Señor!—dijo Anselmo con humilde confusion.

—No hay que darle vueltas... prometí ser tu hermano... afuera cumplimientos... y vengan esos cinco.

La baronesa y su hermano contemplaban atónitos y conmovidos esta singular escena.

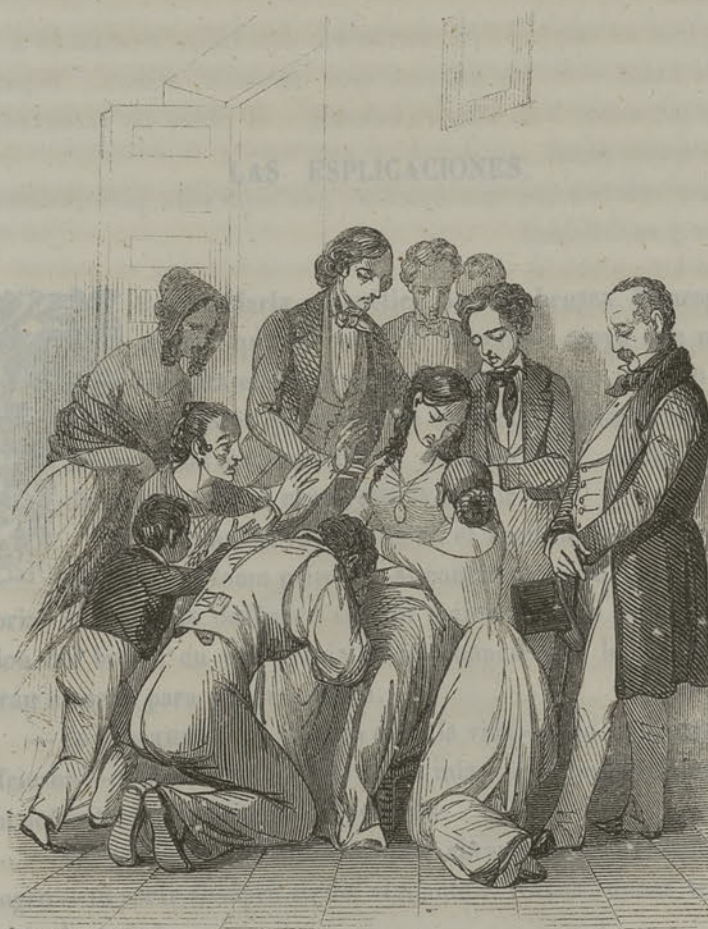
En el momento en que el marqués de Bellaflor estrechaba la mano del pobre jornalero, un interesante grupo apareció en el dintel de la puerta.

—¡Mi hija!...—gritó Anselmo.

Era efectivamente María apoyada en los brazos de su hermano y del negro Tomas.

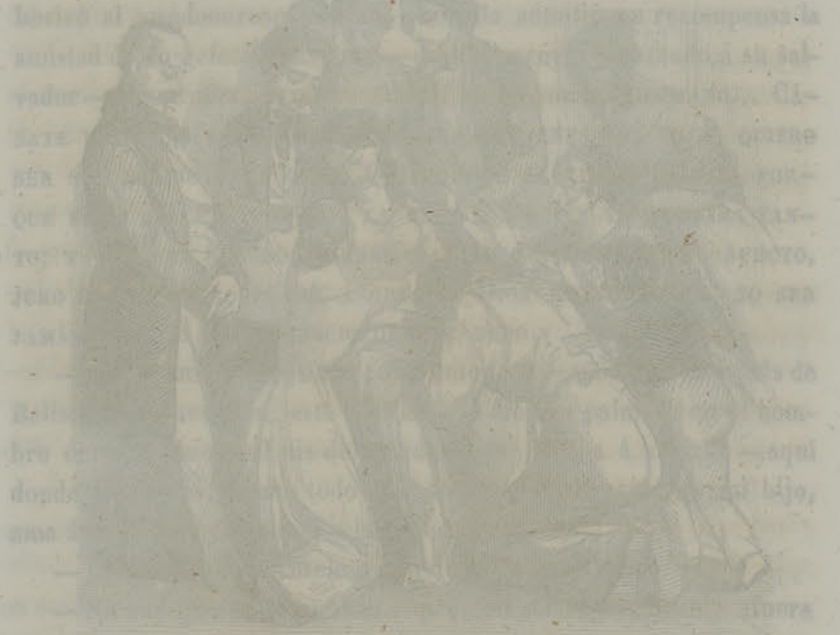
Don Luis sorprendido y azorado aproximó una silla á su amada, y la infeliz dejóse caer en ella casi desfallecida. Anselmo se arrojó á sus piés, asíóla de las manos y las colmó de besos de amor y de arrepentimiento, y las inundó de lágrimas de alegría y de gratitud.

CAPITULO VII.



—Este hombre es el portado como un león, el comandante—
—exclamó Manuel dirigiendo la palabra á don Luis, y sacando luego
á su padre de la mano, añadió:—padre mio, este caballero es el
digno gefe de mi batallon... Todos los ocupados estamos dispues-
tos á derramar nuestra sangre por la defensa; pero desde hoy ten-

En el momento en que el marqués de Bellver estrechaba la mano del pobre jornalero, un interesante grupo apareció en el umbral de la puerta.



— Mi hijo! — gritó Anselmo.

Los señores más notorios que había para aborrecer sus virtudes. Es preciso que esté en posesión de un título noble, este caballero, al menos con valor, mil peligros, se librará a desdén de las partes del cuerpo humano. Y — cuando en un día en que estaba...

CAPITULO VII.

LAS ESPLICACIONES.



UANDO María, frenética por la brusca é inesperada acogida que su padre le dispensó, creyó que no había para ella mas medio de poner breve término á sus sinsabores que arrojarle al canal, precisamente al verificar aquel acto horrible de desesperacion, estaba no muy distante de ella el negro que la seguia.

Se acordará el lector que en el capítulo XX de la parte segunda del tomo primero, al contar el negro Tomas su historia, hace alarde de haber sido el mejor nadador de la tripulacion del buque en que servia, circunstancia que le favoreció en gran manera para salvar á María.

— Es la segunda vez que me debe la vida — dijo con orgullo el africano — y mientras conserve yo la mia, la dedicaré á guardar á mi señorita de toda suerte de peligros.

— Sí, buen Tomas, dijo don Luis abrazando afectuosamente al negro — tú serás siempre su fiel vigilante... Nunca, nunca te separarás de su lado.

— Este hombre se ha portado como un héroe, mi comandante — exclamó Manuel dirigiendo la palabra á don Luis, y asiendo luego á su padre de la mano, añadió: — padre mio, este caballero es el digno gefe de mi batallon... Todos los nacionales estamos dispuestos á derramar nuestra sangre en su defensa; pero desde hoy tene-

mos nosotros mas motivos que nadie para adorar sus virtudes. Es preciso que usted lo sepa, mi querido padre, este caballero, arrojando con valor mil peligros, ha libertado á usted de las garras del verdugo.

Decir esto Manuel, y arrojarse Luisa á los piés de don Luis, abrazarle Rosa y Joaquin las rodillas y contemplar todos esta tierna escena con lágrimas en los ojos, fué operacion tan rápida como simultánea; pero que ofrecia un bello cuadro lleno de animacion y de ternura.

—¿Qué es esto?—dijo enternecido don Luis, levantando á la sensible Luisa.—Yo no merezco esos extremos, señora... Espuse mi vida por salvar á un hombre honrado... al padre de la virtuosa jóven á quien adoro...

María sonrióse con una dulzura, que espresaba perfectamente su amor y su felicidad.

Don Luis continuó:

—Cumplí con mi deber, y nada mas.

—¡Bien, hijo mio, muy bien!...—esclamó abrazando con en-



tusiasmo á su hijo el marqués de Bellafior, y mirando jovialmente á Anselmo, añadió:—¿Qué dices tú á todo esto?

—Que estoy asombrado de tanta generosidad, de tantas virtudes—respondió *el Arrojado* profundamente conmovido.—Todos, mi coronel... todos son aquí héroes... menos yo... ¡infeliz de mí!.. Confieso que he sido un torpe... un ingrato...—Y besando la mano de María, le preguntó con los ojos preñados de lágrimas:—¿Me perdonas, hija mia?

—¡Padre! ¡padre de mi corazon!—gritó María exhalando un suspiro.

Los auxilios que por disposicion del médico don Antonio de Aguilar se habian prodigado á María desde que fué conducida á la habitacion en que pasaba esta escena, habian producido ya el buen efecto que era de esperar. Tambien habíanla enterado el facultativo y su hermana de la inocencia de don Luis, esplicando lo de la misteriosa carta hallada en el tocador, y las intrigas de fray Patricio.

María y su padre se abrazaron y colmaron de besos, y esta reconciliacion, si puede decirse así, de dos almas que no habian dejado un momento de amarse, completó el júbilo que destellaban los semblantes de todos.

—Anselmo—dijo el marqués—yo me contemplo hoy muy feliz y creo que tú tambien lo eres.

—Sí señor—respondió Anselmo.—Rodeado de corazones generosos... breves instantes han bastado para hacerme olvidar mis pasados tormentos.

—Lo celebro mucho, camarada—replicó el marqués—pero es preciso que no seamos egoistas, y toda vez que nosotros somos felices, debemos hacer tambien la dicha de este buen par de alhajas—y dirigió una mirada á don Luis y á María que estaban juntos dándose amorosas esplicaciones.

—¡Mi coronel!—respondió Anselmo recobrando su genial buen humor—la ordenanza impone al soldado la obligacion de obedecer ciegamente á su gefe. Disponga usted lo que guste.

—Pues entonces—repuso el marqués—venga usted acá María, ó mejor diré... ven acá hija de mi alma... el primer abrazo ha de ser para tu nuevo padre... despues te sobrará tiempo para abrazar á tu esposo.

María no se hizo de rogar. Apenas abrió el marqués de Bellafior sus brazos ya estaba en ellos la candorosa jóven.

Manuel se cuadró muy formal delante de don Luis de Mendoza, y llevando la diestra á la altura de su frente con la palma hácia afuera, exclamó con donosa gravedad:

—Sea el parabien, mi comandante.

—Hermano mio— dijo don Luis sonriéndose dulcemente— ven á mis brazos.

Y se abrazaron tambien.

—Hijos míos— exclamó Luisa asiendo á don Luis y á María de las manos y juntándolas con ademán solemne— amaos siempre y recibid con la bendicion de vuestros padres la bendicion de Dios.

—¡ Viva! ¡ viva!— gritó don Antonio de Aguilar.

—Señores— dijo con graciosa amabilidad la baronesa del Lago, —yo soy la muger mas envidiosa que hay en el mundo, y espero que se me concederá una parte en el general regocijo. Ya que he aparecido rival de María ante un fraile, espero ser su madrina ante un cura.

—Y yo su padrino...— añadió el médico.

—Perfectamente— exclamó el marqués de Bellaflor.— Concedido.

María corrió á los brazos de la baronesa del Lago, y entrambas conmovidas prodigáronse mutuamente afectuosos besos.

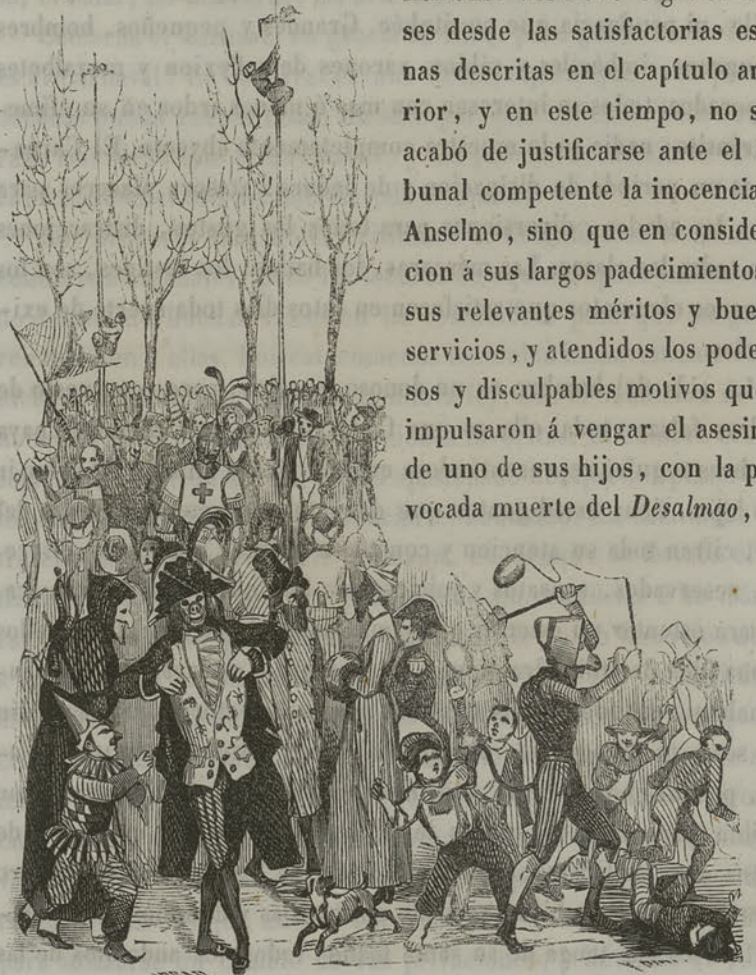
¿Se celebrará el deseado enlace de María con su digno amante? ¿No habrá algun nuevo contratiempo que lo impida? Pronto lo sabrá el lector.

Nuevos
temores
y expulsión

CAPÍTULO VIII.

EL CARNAVAL.

Habianse deslizado algunos meses desde las satisfactorias escenas descritas en el capítulo anterior, y en este tiempo, no solo acabó de justificarse ante el tribunal competente la inocencia de Anselmo, sino que en consideracion á sus largos padecimientos, á sus relevantes méritos y buenos servicios, y atendidos los poderosos y disculpables motivos que le impulsaron á vengar el asesinato de uno de sus hijos, con la provocada muerte del *Desalmaa*, fué



del todo absuelto; y su honor ultrajado, recibió un desagravio público por medio de una declaración judicial que de orden superior salió inserta en la Gaceta, en que se hacía justicia al mérito y á la virtud.

Por otra parte habíanse probado hasta la evidencia todos los crímenes de Fray Patricio, y no podía tardar la hora de la espiciación.

Pero el triunfo de la virtud no era aun completo, don Luis y María se amaban con adoración, y su amor no había recibido aun la bendición sacerdotal ante los altares del Todopoderoso.

Erase el primero de los tres días del carnaval de 1837.

Acerca del origen de esta locura universal, dimos en otra ocasión los detalles siguientes:

«Confesemos que es una singularísima cosa el Carnaval. No hay formalidad posible en cuanto él aparece. No hay gravedad que no vacile, ni prudencia que no titubee. Grandes y pequeños, hombres y mugeres, imbeciles y sábios, varones de reflexión y mozalbetes evaporados, todos se interesan con mas ó menos ardor en su efímero tránsito; nadie se le muestra completamente abyecto. El Carnaval es un periodo de disipación y de locura: atesora placeres para todas las edades, diversiones para todos los gustos, distracciones para todas las clases. Las máscaras, los bailes, los festines, son los primeros elementos que satisfacen en estos días toda suerte de exigencias.

La vida del hombre es un donoso mosaico, pero compuesto de piedras falsas: toda ella es una farsa ridícula que mientras haya hombres seguirá representándose en este pícaro mundo. Ahí, sin ir mas lejos, tiene usted gentes que durante once meses y medio del año, cifran toda su atención y conato en parecer prudentes, discretos, reservados, sensatos y juiciosos en fin; que se martirizan acaso para ostentar un exterior que jamás pueda dejar concebir de ellos ni una idea de atolondramiento, de ligereza ó estrayagancia. Cuando hablan, cuando habláis vosotros mismos, lectores queridos, sin que sea esto un agravio, cuando hablamos nosotros, en una palabra, procuramos hacerlo con moderación, con toda la reflexión posible para que no se nos tenga por tontos ó por escapados de alguna casa de Orates; pero hete aquí que llega el mes de febrero repartiéndolo á todo bicho viviente mascarillas y dominós y... ¡pata-trás! ¡Dios nos tenga de su santa mano! todos los andamios de las

bellas apariencias exteriores de prudencia y circunspección se desploman.

Bien conozco que la gravedad de la vida reclama algun intermedio de desahogo. Es una necesidad confesada y atendida en todos tiempos y por todos los siglos. Un corto periodo de locura alarga la existencia del hombre: todos los pueblos han reconocido esta verdad. Los antiguos judíos tenían su *goral*, los persas y los babilonios sus *saceas*, los griegos sus *kronias*, los romanos, mas ardientes en todo, tenían no solo sus *saturnales* como los griegos, sino tambien sus *bacanales*, y *lupercales*. Los judíos modernos tienen su *purim*, los musulmanes su *beiram*, los ingleses su *christ-mas* y los demás pueblos el *carnaval*; pero observad bien, mis amados lectores, que la esencia de todas estas fiestas antiguas y modernas ha sido siempre la mesa, el baile, las máscaras, las diversiones, la risa.

Celebrad el Carnaval en gracia de Dios; pero ¿sabeis bien lo que es el Carnaval? El Carnaval es una licencia para que toda persona decente pueda correr como un loco por esas calles de Dios con un rabo mas largo que el de Luzbel, y un pedazo de carton en la cara, haciendo el oso delante de todo el mundo.

Los primeros sacerdotes cristianos se desgañaban declamando contra sus bacanales; pero las locuras de aquella época habían echado demasiado hondas raíces en las costumbres para que las gentes renunciásen á ellas. Los catecúmenos no tenían inconveniente en someterse al bautismo y adoptar la nueva ley, con la condicion de que no se les privasen aquellas diversiones favoritas. El hombre era inseparable del neófito, y el neófito apasionado de aquellos placeres, á los cuales quería hacerles renunciar el bautismo. En esta lucha entre el ente positivo y el ente de razon, no siempre se llevaba el último la victoria. Se apetecía el bautismo sin renunciar á las máscaras. Tertuliano se queja de esto amargamente; pero hubo que ceder á la fuerza de la costumbre y transigir. Así es, que la institución del ayuno preparatorio á la fiesta de la resurrección, ó la pascua cristiana, imponiendo una dura penitencia de cuarenta días de austeras privaciones, dió motivo á que antes de entrar en esta rigurosa cuarentena, permitiese el cristianismo todas las locuras del Carnaval. Pero no solo eran permitidas en esta época. Los ministros de la religion eran los que mas se aprovechaban de semejante tolerancia para solazarse en cambio de sus privaciones, y llevaron el delirio

hasta el extremo de disfrazarse en muchas circunstancias solemnes y hasta en las pompas fúnebres y entierros. Si no me creéis, consultar podeis los estatutos sinodales que Hinemar, arzobispo de Reims, dió en 853 á su iglesia. Este prelado prohibió á los religiosos de su diócesis el emborracharse (perdónesenos la espresion) la víspera del dia de los difuntos, de lo que puede lógicamente deducirse que aquellos santos varones tenian la costumbre de coger un lobo como un templo en aquel dia. Prohibióles, como digo, comer, beber, cantar y bailar la danza del oso. El Carnaval, jamás autorizado y siempre tolerado por la Iglesia, se celebraba en las comunidades religiosas. Hace ya algunos siglos que en el último domingo de Carnaval se solemnizaba en Roma una fiesta á la que asistia el papa á caballo, rodeado de todos los cardenales. Las gentes, á pié los pobres, y los ricos á caballo (esta es costumbre de todas las épocas) iban en procesion al monte Testacio, donde se hacia un sacrificio solemne. Empezábase la funcion por inmolar un oso. Era el símbolo del diablo tentador de nuestra carne. Mataban en seguida unos becerrillos, que decian significaban el orgullo de nuestros placeres. Que el diablo fuese representado por un oso, fácilmente se concibe, su fealdad podia justificar la comparacion; pero que los inocentes becerritos fuesen el símbolo de la voluptuosidad y el orgullo, es difícil de concebir.

En el siglo XV tenian tambien los cardenales la costumbre de disfrazarse y pasearse por las calles de Roma en carrozas triunfales con la cara tiznada, precedidos de trompetas y clarines: y como se disfrazaban en las Iglesias, lo prohibió en 1456 el concilio de Soissons; y por último, el concilio de Toledo prohibió en 1565, que los eclesiásticos se disfrazasen; pero como los frailes de España han sido siempre alegres y aficionados á la zambra y gresca, fueron los únicos que continuaron en ciertas solemnidades, disfrazándose y bailando en el coro.»

A las precedentes noticias acerca del origen del Carnaval, tenemos que añadir ahora la descripcion de algunas escenas que en uno de estos dias de locura ocurrían en Madrid en 1837.

Dejaremos en el silencio las vulgares ocurrencias de ciertos entes que despues de pasar todo el año devanándose los sesos para combinar un disfraz que llame la general atencion por la aguda originalidad de la idea, sacan á relucir su ingenio paseándose muy sé-

rios por las calles de Madrid vestidos de moros, ó cubiertos de estereras, trages socorridos que consideran como un permiso para encajar una desvergüenza al lucero del alba.

A las cuatro de la tarde estaba Madrid animadísimo. Cruzábanse en todas direcciones alegres comparsas de máscaras, cuya diversidad de caprichosos atavios es imposible describir.



Todas las raras antigüedades de las prenderías, los apolillados trages que deslumbraron algun dia á los espectadores en los teatros de óperas ó comedias de grande espectáculo, alternaban con los airosos vestidos de majo, con los negros guiñapos del travieso estudiante, y con esos casacones y empolvadas pelucas, símbolo de la gravedad de nuestros antepasados.

No parecía sino que todos los paises y las generaciones todas habíanse reunido en Madrid.

Aquí, un ridículo jorobado, veíase precedido de una multitud de chiquillos ansiosos por coger con la boca un miserable higo seco que aquel llevaba pendiente por medio de un bramante de una larga caña, á la cual daba golpes con un palo para que agitando el babeado fruto no fuese tan fácilmente presa de la infantil gazusa.

Allí otro, en traje de arlequin, sudando á mares, corria detrás de una naranja que arrojaba él mismo y volvía á coger si algun diestro muchacho no andaba mas listo en apoderarse de ella.

Mas allá divertíanse otros dos, vestidos de marineros ingleses, en darse de *trompis* con la mas brutal propiedad, parodiando la civilizacion de la Gran Bretaña.

Multitud de corpulentos asturianos disfrazados de lavanderas, andaban á la greña á lo mejor y acababan por zurrarse la badana, imitando las poéticas escenas que suelen acontecer entre las encantadoras ninfas que concurren á orillas del famoso Manzanares.

No faltó en esta bulliciosa y animada enciclopedia, el macareno contrabandista montado en su brioso jaco, ostentando el puro en la boca, su indispensable trabuco en la diestra, y en la grupa su peregrino pimpollo, que equivale á decir una de esas *jembras* rumbosas, de ojos homicidas, que solo germinan en el suelo español, con mas gracias que una amnistía y mas sal que un alfolí.

Veíanse algunos grupos alegóricos, y si bien es verdad que en la mayor parte de las mascaradas escaseaba el ingenio, las habia de gran *chispa*, particularmente en la multitud de tiznados, cuya diversion consistia en visitar una tras otra todas las tabernas de Madrid y libar en cada una de ellas el delicioso nectar de Lico.

Otras cuadrillas de corpulentas y nauseabundas sílfides, ligeras como el plomo, profanaban los respetables nombres del bolero, de la jota y del fandango, agitándose al compás de una destemplada bandurria y del canto chillon de aguardentosas sirenas.

Aunque la mayor parte de estos elementos de hilaridad solian dirigirse con preferencia al Prado, al baile de la Plaza de Toros y á las cucañas de las Delicias, no por eso dejaba de participar todo Madrid de esta locura inmensa, de esta alegría universal.

Con todo, de una mansion oscura, de un subterráneo espantoso, salian hondos gemidos que venian á perderse en la comun algazara. Embriagada la sociedad entera de placer, curábase poco de que pudiese haber en el mundo quien derramase lágrimas de amargura apurando hasta las heces la ponzoña del dolor.

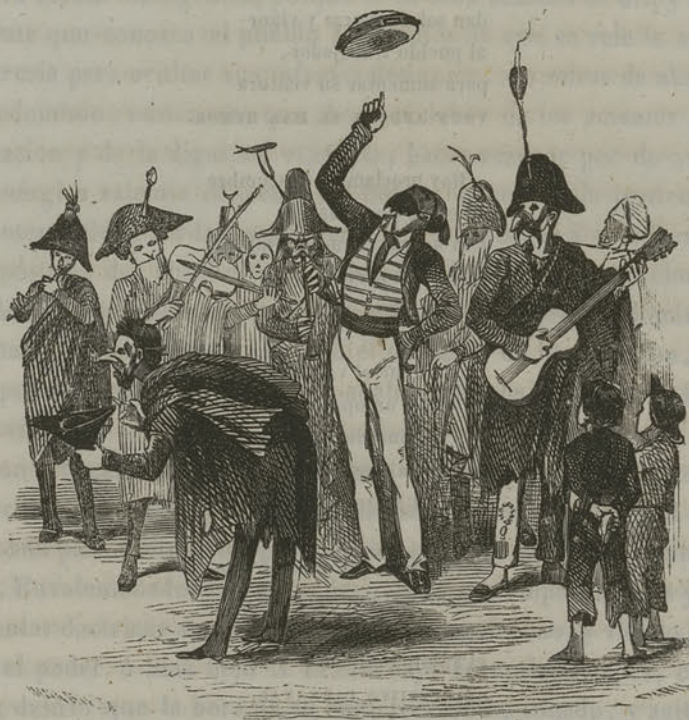
Un miserable mortal, abandonado de todos, víctima de agudos remordimientos, alternaba los lamentos de la desesperacion y el estéril llanto de la cobardía con sacrílegas blasfemias é iracundas imprecaciones. Cargado de pesadas cadenas, movíase convulsivamente y se arrastraba por el suelo como queriendo apresurar el término de sus padecimientos. Quedábase de repente inmóvil, y lloraba como una débil muger; pero lejos de proporcionar estas

Contraste entre alegría de fiestas públicas y morriada
tristeza de prisión de Patricio sirve para integrar
cuadro. y resaltar horror de castigo

lágrimas un consuelo al desdichado que las vertía, debilitaban su espíritu y daban origen á delirios espantosos.

El hombre de este calabozo oscuro y subterráneo, el que tan atroces tormentos experimentaba, era fray Patricio.

Y en medio de los martirios que desgarraban su corazon, oía los gritos del gozo universal á que se entregaban todas las clases de la sociedad, de esa sociedad en la que se vió rodeado de fausto y de placeres. Este contraste acibaraba su horrendo padecer. Todos sus amigos habianle abandonado; y hasta la *tia Esperanza*, en vez de prodigarle consuelos de amistad, convirtióse en su mas encarnizada enemiga. Para granjearse esta maldita vieja la benevolencia de los tribunales por medio de importantes revelaciones, descubrió y justificó todos los crímenes de su antiguo padre espiritual; pero este medio no evitó que la abominable beata fuese condenada á reclusion perpetua.



Precisamente junto á una reja que daba escasa luz al calabozo de fray Patricio, estaba moviendo estrepitosa algazara una cuadrilla de máscaras, que vestidas de estudiantes y provistas de sus

correspondientes instrumentos entonaban alegres cantares al compas de la jota aragonesa. Cada una de estas coplas, seguidas del popular aplauso y de las soberanas risotadas de una multitud zambrera, resonaba por el fétido vacío de la húmeda mansion del reo, y lo que era para los demás una escitacion de jovialidad sin límites, era para el malhadado fraile una gritería infernal que desgarraba su corrompido corazon.

Mientras el malvado blasfemaba horriblemente de Dios, y maldecía á los hombres que con tanta severidad castigaban sus excesos, los bulliciosos estudiantes entonaban los siguientes trovos:

VAYA AFUERA EL MAL HUMOR
EN ESTE DIA JOVIAL;
VIVA EL GOZO BIENHECHOR
DEL FESTIVO CARNAVAL.

=
Ya que estos ratos de holgura
dan solaz, fuerza y vigor
al pueblo trabajador,
para aumentar su ventura
VAYA AFUERA EL MAL HUMOR.

=
Hoy proclama la costumbre
libertad universal;
y la honrada muchedumbre
sacude su servidumbre
EN ESTE DIA JOVIAL.

=
Prodigue el vil lisonjero
vítores á un opresor;
que el honrado jornalero
solo grita placentero
VIVA EL GOZO BIENHECHOR.

=
En tanto que el ambicioso
se convierte en criminal,
goza el pueblo laborioso
el júbilo bullicioso
DEL FESTIVO CARNAVAL.

Al oír la última estrofa lanzó fray Patricio un grito de rabia semejante al aullido de una fiera en el momento en que siente traspasado su pecho por la saeta del certero cazador. Este grito de do-

lorosa desesperacion quedó ahogado por los estrepitosos aplausos de una multitud llena de alegría y de honradez.

Fray Patricio, el furibundo carlista, el conspirador sagaz, el insaciable codicioso, el hipócrita feroz, el seductor infame, el corrompido palaciego, el ex-fraile en fin que aspiraba á ser consejero de don Carlos, llora ya en oscuro calabozo las consecuencias de sus horrendos crímenes. Así vendrá tambien un dia de justicia y de escipacion para los malvados que se empeñan en arrebatarnos las instituciones liberales.

Retratar en fray Patricio á la inmunda pandilla inquisitorial que aun aspira al dominio de España, presentarla á la faz del mundo con todos los horrores de su deformidad, he aquí el objeto primordial de nuestro trabajo; he aquí el gran pensamiento para cuyo desarrollo hemos apelado á todos los recursos, á todas las fuerzas de nuestra escasa inteligencia, porque si en toda ocasion es útil y conveniente que conozca el pueblo los medios de que se vale la astuta hipocresía para ocultar sus infames designios, sus miras de absoluto predominio, nunca mas que ahora es deber de los amantes de la ilustracion y de la dignidad española, hacer resonar por do quiera con enérgica valentía el acento del honor, la voz de la justicia, el eco potente de la verdad, para confundir y anonadar á esos frenéticos apóstoles del absolutismo, que merced al sistema reaccionario que desde el entronizamiento de las sublimes inteligencias domina en España, han tomado tales brios en el palenque de la discusion, que osan presentarse como los únicos adalides dignos de ceñir el lauro de la victoria.

Con arrogancia inaudita proclaman hoy los órganos del príncipe proscrito, que solo el furibundo partido de don Carlos es el predestinado para redimir los prolongados males de esta nacion magnánima. Envalentonados con el sendero que á sus emponzoñadas y degradantes doctrinas abriera la ineptitud del gobierno, y viendo ejercido el poder ó mas bien la tiranía bajo fórmulas falaces, creen en su delirio que la hora de su resurreccion ha sonado, y agítanse en todos sentidos para coronar su empresa por medio de un escándalo.

De un escándalo, sí; porque un escándalo horroroso fuera el enlace de Isabel II con el conde de Montemolin, despues de tantos

Comp.
Corneliz
Barroquis

años de encarnizada lucha, despues de tantos afanes, despues de tantos sacrificios de oro y de sangre como ha derramado el pueblo para reconquistar su incuestionable SOBERANIA, su adorada LIBERTAD, esa libertad emanada de la infalible justicia de Dios, libertad que de ningun modo es conciliable con el advenimiento de un desterrado que simbolizar pretende el ya caducado derecho divino (1).

Los amigos de la inquisicion, de las horcas y de los frailes, han apelado á estravagantes sofismas, y haciendo de la cuestion del matrimonio una *cuestion dinástica* (como dijimos ya en otro capítulo), ponderan su gravedad, y añaden que el advenimiento de la reina es un acto de la revolucion que no puede ser legítimo sin que le purifique el indicado enlacc. Además de absurdo es altamente rebelde este peregrino modo de argüir, porque es contrario á la Constitucion vigente, y porque los actos de la soberanía del pueblo son siempre puros, siempre válidos, siempre legales, y es el mas punible de los atentados no rendirles todo respeto y veneracion.

Hoy mas que nunca levantan los absolutistas su hace poco abatida cerviz y exageran las grandes ventajas de su posicion, encomian sus elementos de triunfo y se califican de partido nacional, único fuerte y poderoso para restablecer el orden y el sosiego público; pero esta suposicion temeraria, queda desvanecida por su estraña conducta en el momento en que para recomendar á los pueblos su desesperada causa, fingen modificacion en sus principios, y disfrazan con los atavios del sistema representativo sus vetustos dogmas, esos dogmas del fanatismo y esclavitud incompatibles con la dignidad del hombre, combatidos por la ilustracion y lanzados para siempre del seno de las naciones civilizadas, por que no puede haber independencia, libertad, prosperidad ni honor, donde se anteponga el capricho del rey á la soberana voluntad del pueblo.

¡Elementos de triunfo!.. ¡insensatos! ¿fundais acaso estos elementos en la preponderancia de vuestros intereses? ¿Los fundais en vuestros recursos pecuniarios?... en la opinion pública?... en la ignorancia del pueblo?... en la ventaja de vuestras armas?... en la bondad de vuestras doctrinas?... en el auxilio de las potencias estrañas?... ¡Cuán miserables sois! ¿Tan alucinados estais que no cono-

(1) Despues de escrito esto, en decreto de 28 de agosto de 1846, declara la reina haber determinado contraer matrimonio con su primo el infante don Francisco de Asis María, y esta declaracion acaba de anonadar al feroz bando carlista.

ceis los nuevos intereses creados por la revolucion, intereses mas sólidos ya y robustos que los que llorais, intereses hondamente arraigados que os es de todo punto imposible derribar? ¿No agotásteis ya en la pasada lucha todos vuestros recursos? ¿No estais aun convencidos de que los pueblos conocen perfectamente vuestra hipocresía, y no puede seros jamás favorable su opinion? ¿No veis que pasaron ya los tiempos de imbécil credulidad y de bárbaro fanatismo? ¿No quedasteis aun escarmentados en la pasada liza, en que



mediando vuestras fuerzas con los liberales, tuvisteis que besar el polvo de la humillacion? ¿Aguardais acaso triunfar por medio de los socorros vergonzantes del estrangero, que vendrán á reducirse á ineficaces simpatías? Desistid ya de vuestro loco empeño, y no hagais alarde de vuestra ventajosa posicion, si no quereis añadir el ridículo á vuestra miserable impotencia.

Demasiado sabeis vosotros, que lejos de ser el casamiento de Isabel II con vuestro adorado conde la piedra fundamental de la paz de España, lejos de conseguirse una reconciliacion, que empezando en el seno de la familia real se propagase á la nacion toda, trabajais hipócritamente en favor de una restauracion completa del régimen absoluto, y esta restauracion no podría verificarse sin destruir el go-

bierno representativo, los intereses creados, la libertad de imprenta, en una palabra, sin *esterminar* al partido liberal.

Esta es, españoles, la reconciliación que nos ofrece el partido carlista. Este es el orden, la paz, el sosiego y prosperidad que nos proporcionaría el enlace de Isabel II con el conde de Montemolin. Estas son las glorias que traería á nuestra amada patria el triunfo del *Angel esterminador*.

Fray Patricio no tiene de fabuloso mas que su nombre: su carácter, sus crímenes, su ambición, su hipocresía, forman el tipo histórico de la mayor parte de los enemigos de nuestra prosperidad, que so capa de caridad evangélica, de mansedumbre apostólica, y de anhelos de fraternidad, pretenden ahogarnos en un lago de sangre para entronizarse sobre nuestros restos y erigirse en árbitros del pueblo.

Esta verdad es bien conocida de todo el país, que ha presenciado la feroz conducta de los Merino, Tristany y otros cien tigres con hopalandas, que trocaron el hisopo por el trabuco del salteador.

Y para que se vea que nada les detiene cuando se trata del triunfo de sus abominables doctrinas, tiéndase la vista hácia los fértiles valles intercalados de montañoso terreno que constituyen las tres provincias Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, unidas á la Navarra, léase la historia de la reciente lucha, y se verá que para entronizar esos monstruos el despotismo teocrático en España, no titubearon en hacerse defensores de una verdadera república, porque no venia á ser otra cosa la emancipación de aquellas provincias, su particular legislación que les excluía de contribuir con sus hijos en defensa del estado y de otras cargas y tributos que gravitaban sobre los demás españoles, disfrutando los beneficios y libertades que completaban sus decantados *fueros*.

Pero no eran los *fueros* de aquellos habitantes lo que sacaba del sagrado templo á los sacerdotes de un Dios de paz para lanzarlos al campo de la guerra, no eran los *fueros* los que impelían á estas indomables furias á blandir el homicida acero, y agitar la tea incendiaria en vez de predicar evangélicos principios de caridad y de mansedumbre, no eran los *fueros* los que arrancándoles del púlpito y del confesonario, conducíanles á los espectáculos de sangre, de robo y de violación, donde figuraban siempre como insaciables caudillos, no eran los *fueros* por fin el móvil de su escandalosa y cri-

minal conducta, sino el deseo de entronizar á don Carlos para subyugar ellos despues trono y pueblo, y enseñorearse sobre los escombros de la libertad.

Al fallecimiento de Fernando VII contaban las provincias en cuestion quinientos mil habitantes de carácter hosco, de proverbial fiereza, de sentimientos religiosos hasta el fanatismo, de rígidas costumbres y de un espíritu de provincialismo que raya en exaltación.

Estos fueron entonces los elementos que el bando apostólico trató de explotar para el logro de su ambición desenfadada, así como utilizar quiere ahora el soñado enlace de su MANIQUÉ con la reina de España.

El interés de los *fueros* y el fanatismo religioso en un país á propósito para la guerra, no solo por su situación topográfica, sino por la escasa civilización de sus naturales, fueron hábilmente atizados por aquellos agitadores homicidas. Sabian muy bien que no les era dable proclamar lo que la nación entera rechazaba, sabian muy bien que donde doce millones de habitantes oponíanse decididamente á sus criminales proyectos, érales imposible tremolar con éxito el negro estandarte de la inquisición; y alzaron en consecuencia la bandera de los *fueros* en las provincias Vascongadas, cuando el gobierno superior no habia pensado, siquiera en alterar tales franquicias é inmunidades.

Tan cierto es esto, como que el poder miraba aun como un crimen inimizarse en las cosas de la iglesia, y odiaba ciertas reformas que la ilustración del siglo reclamaba con imperio. Entre los cortesanos que rodeaban á Cristina, entre los individuos del gobierno, habia relaciones reservadas con los agentes de don Carlos. Deseoso Zumalacárregui de atraerse al bando rebelde á uno de los generales del ejército liberal, hizo uso para convencerle, de uno de los documentos de tan criminal correspondencia, y este hecho escandaloso, cuya revelación debemos al celo y amistad del ilustrado jóven don Blas Araque, es positivo aunque seamos los primeros en publicarlo. Y no valga decir que tales inteligencias serian supuestas por el caudillo rebelde para mejor lograr su intento, porque el general á quien aludimos ha dado sobradas pruebas de astucia y de sagacidad, y el mismo Zumalacárregui que era su amigo social y le conocia y apreciaba mucho y por esto sin duda le deseaba para su

gefe, no se hubiera atrevido jamás á decirle otra cosa que la verdad.

A pesar de todo esto y de la ninguna disposicion que habia en el gobierno para marchar por la senda de las reformas, empezaron los apóstoles de la anarquía á recorrer aquel pais y á sublevar á sus naturales diciéndoles que los *fueros* iban á serles arrebatados, que iba á reproducirse en España la revolucion francesa con todos los horrores de la nivelacion de fortunas y de la guillotina, y que las inmorales máximas de libertinage de los francmasones, reemplazarian el dogma venerando de nuestra santa religion.

Estas alarmantes palabras pronunciadas con diabólico entusiasmo por multitud de sacerdotes, que á guisa de frenéticos energúmenos se agitaban por todas partes, lograron por fin dar cima á la desastrosa sublevacion que hizo correr á raudales la sangre preciosa de los hijos de España, enconados entre sí en fratricida lucha, promovida y alimentada por los ministros del Dios de las misericordias.

Varios hechos nos refieren las historias que podriamos citar en corroboracion de esta verdad; pero por si hay quien dude aun de que el bando apostólico fué el que sublevó el pais y el motor en consecuencia de todas esas catástrofes, que con el casamiento de Montemolin quiere ahora renovar con mayor encono, citaremos un solo hecho, por ser menos sabido, si bien no menos cierto que los infinitos que la historia contemporánea nos presenta y de los cuales la España entera ha sido víctima y testigo. Tambien nos ha demostrado la veracidad de este hecho el señor Araque, en términos que no dejan lugar á la menor duda.

Cierto prelado reunió, pocos dias antes del fallecimiento de Fernando VII, á los curas de su diócesis, y dirigiéndoles la palabra, concluyó su discurso con estas notables espresiones: «UN GRAVE ACONTECIMIENTO NOS AMENAZA; PERO LO PRIMERO ES SALVAR-NOS, AUNQUE PARA ELLO SEA PRECISO VERTER Á MARES LA SANGRE DE CIERTOS HOMBRES.» Uno de los concurrentes, hermano de cierto general carlista, preguntóle cuales eran los CIERTOS HOMBRES y el GRAVE ACONTECIMIENTO de que se trataba; y el prelado contestó: «no tardará en verificarse el acontecimiento, y entonces se os darán instrucciones contra esos hombres SIN CUYO ESTERMINIO NO PUEDE HABER SALVACION PARA NOSOTROS.»

Ahora bien, sepán nuestros lectores, que todos los que compu-

sieron aquella asamblea, no tardaron en engrosar las filas de don Carlos conduciendo á ellas la mas florida juventud de sus feligresías, y es de presumir que el ACONTECIMIENTO en cuestion fuese la muerte del monarca y LOS HOMBRES CUYA SANGRE ERA PRECISO VERTER Á MARES, los defensores de la libertad.

El buen prelado conoció los perjuicios que iba á irrogar á ciertos zánganos de alzacuello y estolon, todo sistema de progreso y de saludables reformas, y que el medio de salvar los tesoros que ciertos abusos producian á los que dicen que renuncian en este valle de lágrimas á todo género de riquezas y bienes percederos, era la guerra, el esterminio del partido liberal, y guerra y esterminio predicóse entonces, y guerra y esterminio es lo que envuelve esa reconciliacion á que nos brindan con su pretendido enlace.

Hemos dicho que todos los que compusieron aquella asamblea volaron á la faccion, y en esto hemos faltado á la exactitud, porque es preciso escluir al caritativo prelado, que á manera de fray Patricio vivia entre los liberales. Este santo varon mantúvose quieto en su destino, desde el cual fué mas útil á la causa de don Carlos.

Cuando á principios de 1834 confirióse el mando en gefe del ejército de las tropas liberales al general Quesada, en la memoria que dirigió al gobierno manifestándole cual iba á ser su plan de campaña, se leen estos renglones: «Si fuera posible separar de este pais á todos los malos curas y frailes, seria un medio seguro de que mejorase el espíritu público, y por consiguiente que se disminuyese la faccion; pero conozco que esto es imposible, pues SERIAN MUY POCAS LAS ESCEPCIONES QUE SE PUDIERAN HACER, EMPEZANDO POR EL ALTO CLERO DE LA CAPITAL.»

Mucho pudiéramos añadir para probar el sanguinario instinto de los que en vez de seguir los preceptos sublimes del Evangelio, han originado las desgracias todas que de algunos años á esta parte pesan sobre nuestra desventurada España; pero basta lo que llevamos espuesto, basta lo que ha presenciado la nacion entera, para que no se nos culpe de exagerados en el desarrollo del carácter ferroz de fray Patricio, tipo de esos hipócritas que tan envalentonados se presentan en el dia, de cuyo rostro soez hemos arrebatado la risueña máscara, para que el pueblo español no se deje fascinar de sus ponzoñosos halagos.

Afortunadamente hay tambien dignos ministros del altar que

practican las verdaderas máximas del Evangelio. Estos respetables sacerdotes conocen como nosotros los abusos que deploramos; y no hace mucho que un ilustrado religioso nos dirigió, entre otras cláusulas llenas de luminosas verdades, las notables líneas siguientes :

«..... todos los vicios que en la constitucion secundaria de su exterior disciplina ha tenido la Iglesia, y por cuyos flancos tantas brechas ha abierto en sus baluartes el ariete enemigo, vienen de haberse alejado de sus sencillos principios, y enaltecídose con el orgullo y los atavíos de los déspotas mundanos. Fuera ella en sus formas popular y patriarcal, como su fundador divino la queria, sin violencia, sin sangre, absteniéndose del juego impuro de las intrigas por levantar un trono sobre los tronos del mundo, y fijar en su cetro el dominio temporal y absoluto de todos los pueblos de la tierra, y el lábaro de la cruz ondearia hoy con respeto desde Roma á los opuestos polos. Hubieran sus ministros tenido siempre presente el santo dogma de la igualdad, que los apóstoles predicaron y recomendaron á sus sucesores, sin estraviarse del verdadero rumbo de su doctrina para satisfacer pasiones reprobadas y usurpar la posesion de unas atribuciones que no les pertenecian, y la regeneracion del mundo y la paz y ventura de los pueblos y las sanas costumbres se encontrarían hoy en su mayor desarrollo. Fueran generosos y humanos con sus enemigos, atrayéndolos á su gremio, por los medios que la dulce persuasion ofrece, como encarecia el grande Gregorio, cuyo nombre hicieron odioso algunos de sus sucesores : hubieran dado por sí mismos el ejemplo de esa caridad divina, que es la piedra angular de su moral, y las naciones todas se reunirían hoy en derredor de sus tabernáculos.»

CAPITULO IX.

EL DORMITORIO BLANCO.

UNA de las calles de Madrid que por su extraordinario bullicio rivaliza en celebridad con la famosa Puerta del Sol, es sin duda alguna la dilatadísima calle de Toledo. Mejor que en el congreso de los padres de la patria, vense en ella representadas todas las provincias que constituyen la nacion española.

Por ella aparecen el macareno hijo de la tierra de *Maria Zanticima* con la rica aceituna sevillana; el indomable carromato catalan con su escitante salchichon de Vich; el estreño con sus picantes chorizos, que tan ricamente condimentan la sabrosa y nunca bien ponderada olla nacional, y enardecen la sangre de los descendientes de Atanarico; el cartaginés y el murciano con sus carros atestados de naranjas y granadas, como deseosos de templar con ellas los efectos del comestible anterior; el hijo de Pelayo, con su enorme calzado á guisa de *Judio errante*, que aunque no entra por la puerta de Toledo, sino por la de Segovia ó

portillo de San Vicente, se enseñorea de todas las calles de Madrid con su cuba de *horchata de ranas* á cuestas, ejerciendo sus sansónicos brios y luciendo su *dulcísimo* dialecto en la cuna de los Vargas y de los Cisneros; tampoco dejan de cruzarse algunos devotos de la virgen del Pilar, aunque el terco y franco aragonés suele introducir en la corte los estomacales melocotones de su pais por la puerta de Alcalá; el honrado nieto de Sancho Panza, precedido de una récua de jumentos mas retozones que calaverillas de buen tono ó literatos en ciernes, ó entronizado en algun carro cargado de pellejos del famoso Valdepeñas...

del néctar que sabe
la pena mas grave
en gozo tornar,

segun opinion de nuestro lirico Melendez; y por último, la galera del alegre valenciano, que con sus blancos y holgados zaragüelles en verano, y sus calzones de pana azul en invierno, sin ser jugador de manos ni valerse en consecuencia del arte de birlibirloque, sabe, por medio de su inteligencia mercantil, convertir esteras en horchata de chufas, y cacharros en melones, con cuyos géneros especula á las mil maravillas durante las cuatro estaciones del año, y así pasa la vida jovialmente cantando su cancion favorita:

Vendo en otoño sandía,
durante el invierno esteras,
loza por las primaveras,
y en verano horchata fria.
¿Quién la bebe?
¡Fresquita como la nieve!

En una palabra, por la calle de Toledo suelen transitar cuantos se descuelgan de las provincias todas, con intento de abastecer á Madrid de todos los regalos *manducables* que produce el fértil suelo español, fruto de los afanes y sudores del honrado y pobre labriego, para que se refocile acaso en su sabor el haragan de los palacios.

La reunion de todos estos transeuntes ante el parador de Cádiz ó de la posada del *tío Berrinche*, forma un bellissimo cuadro lleno de animacion.

La diversidad de trages que se ofrecen á la vista, los distintos dialectos que se oyen por todas partes, y la concurrencia de los madrileños de aquel barrio, que es indudablemente el mas populoso de la capital, presentan un espectáculo asombroso; y este indefinible bullicio cobra mayor vida y agitacion conforme va introduciéndose el forastero en la coronada villa. Infinidad de zapaterías, hojalaterías, tabernas, posadas y mil tiendas de todos géneros, transforman esta calle en un verdadero mercado, que hace mas concurrido la proximidad del rastro, célebre zacatin ó reunion de prenderías, en donde se venden ropas de uso y toda especie de trastos inútiles, desde la espada del rey Wamba y el dedal de Clitemnestra hasta el cetro de Montemolin, desde la lanza de don Quijote hasta los espolines de don Carlos y los algodones del tintero de don Jaime Balmes (1).

En 1567 empezaron en esta calle su huronera los *pobrecitos* padres de la Compañía de Jesus, y bajo el patronato de doña María de Austria construyóse en 1651 la actual iglesia de San Isidro, templo grandioso y riquísimo de magnificencia como cosa de los *beneditos* jesuitas. Cuando, conocida la hipocresía de estos hurones, fueron estrañados del reino por Carlos III, con cajas destempladas como suele decirse, destinóse este templo para iglesia real colegiata, á donde fueron trasladados con religiosa pompa el 4 de febrero de 1769 los cuerpos de los santos esposos Isidro y María de la Cabeza, cuyas urnas fueron colocadas en el altar mayor. El cuerpo del glorioso patron de Madrid se conserva ileso, á escepcion de una pequeña avería en los piés, dentro de dos magníficas cajas. La interior es de filigrana argentina, donativo de la reina doña Mariana de Neobourg, y la exterior de bronce, plata y oro, regalada por el colegio de plateros de Madrid. Sobre un grupo de nubes campea entronizada la estatua del santo, obra de don Juan de Mena, y colocadas lateralmente en simetría están las de la Fé y Humildad, debidas á la destreza de don Manuel Alvarez y don Francisco Gutierrez. En el segundo cuerpo hay un gran cuadro pintado por don Antonio Rafael de Mengs, que representa la Santísima Trinidad. Otras pinturas de Ricci, de Jordan, de Alonso Cano, de Morales, de Donoso, de Coello,

(1) Escritor carlista.

de Carducho, de Palomino y de Herrera, contribuyen á la decoracion de este altar, de la capilla de la Soledad, de la de San Ignacio, sacristía y demás puntos de la iglesia, cuya magnificencia es por todos conceptos asombrosa.



La fachada de este suntuoso templo es acaso por su aspecto magestuoso la mas imponente de todas las de las iglesias de la córte. Consta de tres puertas entre cuadruplicadas semi-columnas con pedestales y una pilastra á cada lado. La cornisa que termina sobre las columnas, ostenta una hermosa balaustrada, y completan la obra dos torres laterales no terminadas aun.

Este es el edificio mas notable de la calle de Toledo. Las casas particulares no son de estremada elegancia.

En una de ellas, situada á lo último de la calle, muy inmediata á la puerta del mismo nombre, habíase hospedado el marqués de Bellasflor con su hijo don Luis de Mendoza; y aunque no era uno de esos marmóreos palacios que tanto abundan

C252
d. Bellas-
flor

en Madrid, amueblada con esquisito gusto bajo la direccion de la inteligente baronesa del Lago, con todo el lujo y elegancia con que un amor puro y apasionado hubiera querido convertir en paraiso lo que iba á ser morada de la mas virtuosa beldad, ofrecia en su interior un aspecto delicioso.

Las paredes de la sala principal estaban cubiertas de raso color de lila. Preciosos cortinages ondeaban en torno de los dinteles de las lustrosas puertas de nogal. Grandes y costosas pinturas con marcos dorados alternaban entre magníficos espejos. Las butacas y sofás que rodeaban el salon estaban cubiertas de lindas sedas floreadas de vivísimos y bien combinados colores. Entre los dos balcones que daban vista á la calle, habia una elegante mesa de caoba con bellos adornos de bronce dorado, y encima de la superficie de mármol campeaba un magnífico reloj que representaba la carroza de Cibeles puesta de perfil, viéndose en una de las ruedas, que ocupaba el centro de este grupo, el círculo de las horas de oro embutidas en blanquísima porcelana. Dos preciosos jarros de china con flores artificiales, colocados lateralmente, completaban la simetría de estos adornos. Cuatro graciosas rinconeras sostenian sendos globos de cristal, con hermosísimos peces de colores. Una mesa redonda de graciosísima hechura, ostentaba en medio del salon un precioso juego de café de loza inglesa. Colgaban del techo cinco arañas de cristal con su corona dorada. Las cuatro laterales eran mas pequeñas, y á propósito para bugías; la del centro tenia tres órdenes de magníficos globos. La alfombra de esta sala correspondia por su finura y graciosos dibujos á la elegancia y esquisito gusto de los demás adornos.

Esta sala daba paso por un lado á otras piezas, cuya descripcion omitiremos para no ser demasiado prolijos, y por otro á un lindísimo gabinete con su correspondiente alcoba, que por estar destinado á ser la sagrada morada de dos tiernos y felices esposos que por sus virtudes y desgracias han obtenido las simpatías de los lectores, no podemos prescindir de ensayarnos en hacer de ella una ligera pintura.

Las paredes del gabinete estaban cubiertas de una riquísima seda azul zafiro con ramos de flores de terciopelo turquí. Este azul oscuro sobre fondo claro, hacia muy bello efecto. Dos grandes

espejos de cuerpo entero, cuyas ovaladas lunas, rodeadas de caoba, girables entre dos pequeñas columnas de ébano con capiteles de plata hábilmente cincelada, que descansaban sobre un pedestal de ébano con cuatro leones de plata, alternaban con una preciosa sillería de bambúes, y un tocador, maravilla del arte, construido de varias y finas maderas, tan raras como prodigiosamente labradas y embutidas, con ricos adornos, entre los cuales descollaba sobre la límpida luna de cristal un donoso grupo de oro, que representaba á Venus acariciando á Cupido, que desde el regazo de su madre sostenía con la mano izquierda un canastillo, del cual sacaba con la diestra hermosas flores, que derramaba sobre un lecho nupcial. Pendía del techo una jaula que contenía un bellísimo canario. El pavimento estaba no menos ricamente entapizado que la sala anterior; pero lo que presentaba una vista encantadora por su elegante sencillez, era el dormitorio. Bajo un hermoso pabellón de costosos encajes, estaba el lecho de los futuros esposos. Todo respiraba candor. La cama y sillería eran de marfil, las paredes estaban cubiertas de raso blanco, y sobre la fina holandá que cubría los colchones y almohadas de mullida pluma, veíase una colcha de damasco, blanca también como la espuma del mar. Solo el tapiz de esta nevada alcoba, era de casimiro pajizo, y este color delicado daba mayor realce á la hermosa blancura del que iba á ser en breve sagrado recinto de amor y de pureza.

Tenia este dormitorio dos puertas laterales. La de la izquierda daba paso al baño, y la de la derecha á un alegre comedor con vistas y comunicación al jardín por medio de una galería y escalinata de mármol.

Como el mes de marzo no es el más á propósito para que ostente Flora el lucimiento de sus galas, y además hacia poco tiempo que este jardín habíase terminado, pródiga naturaleza no había aun tenido el tiempo suficiente para derramar sobre él sus inagotables hechizos. Veíanse no obstante los primores del arte en la simetría y esquisita inteligencia con que estaban repartidos los diversos cuadros de plantíos, los preciosos surtidores, las estatuas, los estanques, encrucijadas, verjas, callejuelas, escojidas plantas nacientes y últimas flores de invierno, entre las cuales andaba el negro Tomas muy afanoso escogiendo las más bonitas, y con el

auxilio de dos jóvenes y apuestas doncellas, formaba graciosos ramos y lindas guirnaldas con que engalanaba una hermosa capilla cuya puerta principal daba al jardín.

Eran las diez de la mañana.

Un matrimonio acababa de verificarse en el sagrado oratorio del cual hemos hecho mencion.

La hija de un pobre jornalero y el hijo de un rico marqués, María y don Luis de Mendoza acababan de recibir la bendición de un sacerdote, y salían rebosando júbilo, rodeados de una alegre aunque reducida comitiva, que no cesaba de dar parabienes á los afortunados esposos, que abrian el paso amorosamente unidos de las manos en ademan de subir la escalinata del jardín con dirección al comedor.

Seguíanles el respetable Bellaflor asido del brazo del honrado jornalero Anselmo, á quien el demócrata marqués cedía la derecha. El *Arrojado* parecia haber rejuvenecido, y estaba sumamente interesante con su aire marcial, su chaqueta de paño azul y su pantalon ceniciento con tira encarnada.

Luisa y la baronesa del Lago, iban también de bracero, y en pos de ellas el intrépido Manuel, dando el brazo derecho á Rosa y la mano izquierda á Joaquin.

Terminaba este lucido séquito el cura en medio de don Antonio de Aguilar y del baron del Lago y otros amigos de confianza del marqués de Bellaflor y de don Luis de Mendoza.

Al llegar al comedor, donde había un espléndido almuerzo prevenido, hizo el marqués sentar en uno de los dos sitios principales al padre de María, colocando á su izquierda á su digna esposa y á su derecha á la baronesa del Lago. En las tres sillas del otro extremo, colocó al señor cura en medio del baron y del facultativo. Sentóse él en el centro de uno de los lados entre Rosa y Manuel, y en el del frente hizo sentar á los recién desposados. Los demás concurrentes sentáronse á discrecion.

No nos entretendremos en dar minuciosos detalles de los diversos trages que vestían los personajes de esta escena. Baste decir que si bien el lujo no era tan deslumbrador como en los festines de la elevada aristocrácia, veíase la sencillez unida á la finura y elegancia.

María estaba seductora. Un velo de modesta dulzura é inde-

finible bondad daba mayor realce á la perfeccion de sus agraciadas facciones. Una lindísima diadema de hojas artificiales de verde esmeralda, embellecidas de diamantes que imitaban el matinal rocío, ceñía su cabeza, sujetando con graciosa coquetería los largos, negros y lustrosos bucles que deslizándose por las megillas ondeaban en torno del sedoso y enhiesto cuello. Es imposible pintar la española espresion de sus grandes y rasgados ojos negros, cuyas pobladas cejas y largas pestañas aumentaban su hermosura. Sus lábios de carmin, contraidos por una sonrisa encantadora, descubrian la igual, blanca y luciente dentadura. Será fuerza renunciar á la descripcion de la esbeltez de su reducidísimo talle y esquisitas proporciones de su aventajado cuerpo. Un vestido de *moiré* pajizo, bajo otro de crespón blanco guarnecido de camelias, cuyas flores y follage formaban bellísimas undulaciones, desprendiase de un gracioso corpiño de terciopelo negro tachonado de preciosos diamantes, iguales á los de la diadema y de unos riquísimos pendientes, cuyos destellos se perdian entre las sombras de los rizos. De una gruesa cadena de oro y esmalte, que rodeaba su cuello, y cayendo sobre el corpiño terminaba en el corazon; pendia el medallon adorado, inseparable compañero de sus ya olvidados infortunios. No queremos proseguir la pintura de tantos hechizos, porque hay beldades superiores á la habilidad del mas diestro pincel, y es una profanacion el retratarlas.

Creemos inútil decir, que durante el almuerzo reinó la mas pura alegría; la franqueza mas cordial, entre brándis de verdadera amistad.

—¿Con que no hay remedio—decia el marqués de Bellafior á Anselmo el *Arrojado*—no quieres venirte con tu familia á habitar con nosotros esta casa?

—No, mi coronel—respondió Anselmo—no quiero acostumbrarme á malos vicios. A Luisa y á mí nos va perfectamente en nuestra humilde choza. Rosa se quedará aquí con su hermana; pero los demás lo vamos á pasar muy en grande con lo que gana ya Manuel en la imprenta, y lo que voy á ganar yo que me encuentro con todas las fuerzas de mi juventud, y no quiero abandonar la honrada profesion de albañil. Quiero ser siempre jornalero, y solo cuando me falte trabajo, acudiré á mi hija, á mi protector, á mi antiguo coronel.

—¡Siempre coronel!—esclamó el marqués.—¿Cuándo habrá igualdad entre nosotros, señor republicano?

—Pues bien—repuso Anselmo poniéndose en pié con la copa



en la mano,—he oido ya varios brándis, y quiero tambien echar mi cuartillo á espadas.—Y mirando con resolucion al marqués, añadió con adorable franqueza:—Hermano mio; á tu salud!

Mientras una salva de bravos, vítores y palmadas, seguia á este brándis, cubriéronse de rubor las megillas de la virtuosa Luisa. Una lágrima cayó de sus ojos, pero era una lágrima de satisfaccion y de regocijo.

El marqués no pudo contenerse, y abandonando su asiento corrió hácia Anselmo y le estrechó contra su corazon, conmovido de orgullo y de placer.

El marqués, cuya hereditaria nobleza tenia su origen en la mas remota antigüedad, cifraba su orgullo, repetimos, en adquirir vínculos de parentesco y de amor con la familia de un pobre albañil, solo porque atesoraba virtudes mas apreciables que la necia vanidad de algunos aristócratas improvisados, que en medio de su opulencia y suntuosidad, ruborizanse de haber

nacido en humilde cuna, y desconocen á sus mismos parientes... tal vez á sus propios padres ó hermanos, porque en vez de esos trages de carnaval, llenos de bordados de oro, con que suelen ponerse en ridículo los títulos novatos, visten la honrosa chaqueta del artesano. Dignos son verdaderamente de lástima esos imbéciles que se creen que no hay mas riqueza que la del dinero ni mas nobleza que la de los pergaminos. Un rico sin dignidad, sin prudencia ni amor ni respeto á las masas trabajadoras, es un ente despreciable, es un *pobre* hombre que merece compasion. El aristócrata que se aísla por no rozarse con una sociedad de la que se juzga distante por su elevada alcurnia, es otro *miserable* cuya fragilidad divierte al pueblo, como la manía de un insensato, que solo en su jaula, cree ser árbitro de los destinos ajenos. ¿Hay todavía quien imaginarse pueda que esos títulos inventados por la vanidad de los tontos enjendran por sí solos nobleza, cuando apenas pasa dia sin que en los diarios de avisos se anuncie la venta de alguno de ellos como suele anunciarse la cosa mas despreciable y *vulgar*? ¿No es una nobleza que cualquiera de esos á quienes se califica de *pobres y ruines pelafustanes de la plebe* adquirir puede con poco dinero, supuesto que casi siempre es el hambre quien obliga á poner ejecutorias en pública subasta? Y si por una cantidad insignificante le es fácil á cualquiera decorarse con el título de marqués ó de conde, ¿es posible que haya en el mundo gente zafia hasta el punto de creer en semejante nobleza de farsa? El marqués de Bellasflor conocia muy bien que la verdadera nobleza es hija de las grandes acciones, y al ver que emparentaba con una familia cuyos individuos eran todos modelos de virtud, su corazon latia de placer cuando estrechaba la mano del jornalero que acababa de honrarle y ennoblecerle dándole el título de hermano. De honrarle y ennoblecerle, sí, porque un pobre obrero que jamás ha transijido con la infamia, que pasando por las mas terribles vicisitudes ha sabido hacerse superior á ellas y no abandonar nunca la senda del honor, es mil veces mas noble hasta en su indigencia, que esos elevados personajes de la aristocracia, que respiran por todas partes ineptitud y orgullo, sin que puedan alegar en su favor mas mérito que el de ser hijos de otro tonto encopetado, ó el haber comprado una rancia ejecutoria á algun noble mendrugista. Son estos argumentos tan lógicos, son verdades tan patentes, que en la misma aristocrácia hay personas dignas por sus

talentos de respeto y estimacion; y ellas son las primeras que reconocen el ningun valor de semejantes títulos, cuando no hay moralidad en las costumbres de los que de ellos hacen empalagosa ostentacion.

Y si por sí solos nada valen los viejos pergaminos ¿qué diremos de los que compran nobleza con el oro, con la adulacion, con el servilismo, con la infamia y hasta con el crimen? Confesemos pues, que así como hay nobleza que amancilla y degrada, hay tambien pobreza que honra y ennoblece, y de esta clase era la del plebeyo albañil, en cuya diestra encallecida por el trabajo, juzgábase honrada la mano del opulento marqués de Bellasflor.

— Señores — dijo el baron del Lago ostentando una copa en la diestra — ¡Que la felicidad de los nuevos esposos no se vea nunca interrumpida por el emponzoñado aliento de la seduccion!

Una ligera sonrisa de María, dió á entender al baron que comprendia su arrepentimiento.

Habiase ya terminado el almuerzo, y los dos esposos, embebidados en amorosas pláticas, no habian reparado en que los concurrentes se habian ido poco á poco diseminando por el jardin.

Al verse solos, levantáronse tambien; pero en vez de seguir las huellas de los demás, enlazó don Luis su brazo por la delgadísima cintura de su esposa, y en esta amorosa posicion se dirigieron ambos maquinalmente al *dormitorio blanco*, que como hemos dicho antes estaba contiguo al comedor.

Abrió don Luis la puerta, y la candorosa vírgen sintió un estremecimiento indefinible al ver el lecho nupcial.

Pocos momentos despues resonaban en aquel recinto de celestial pureza, á manera del suave murmullo de las flores mecidas por las brisas de la aurora, los suspiros de amor que se confundian con los melodiosos trinos de un canario.

¡ Amor! ¡ sublime amor! tus votos están satisfechos.

En este momento una estrepitosa detonacion resonó por todos los ángulos del edificio.

Era una descarga que envió á Fray Patricio á los profundos infiernos.

Sentenciado, como traidor, á ser pasado por las armas, murió sin dar muestras de arrepentimiento ni querer recibir los auxilios

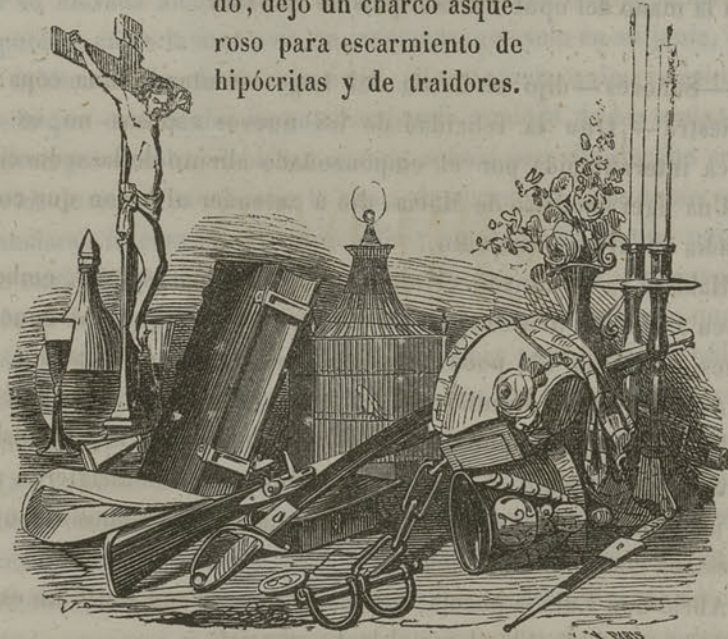
clave

canario

espirituales; pero al mismo tiempo mostró una cobardía sin igual.

Al disparar el piquete los fusiles, dejóse caer, y solo una bala le acertó en la frente y le destrozó parte del cráneo, pero sin acabarle de matar.

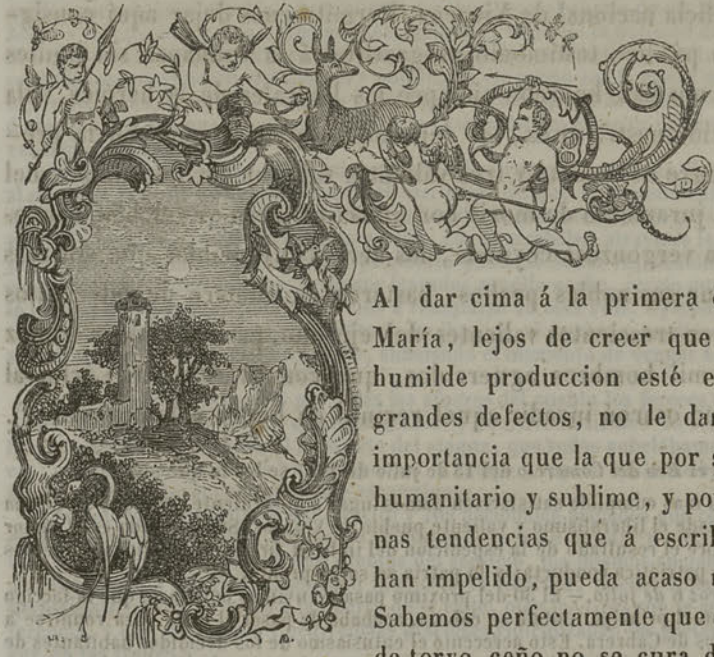
A consecuencia de esta horrible herida, estuvo largo rato lanzando aullidos y retorciéndose en violentos estremecimientos de dolorosa agonía. Varios tiros mal dirigidos aumentaron sus tormentos y lograron por fin reducirle á cadáver, despues de haberse revolcado por su sangre inmunda, de la cual, en el declive de una cuesta que hay á la izquierda de la parte exterior de la puerta de Toledo, dejó un charco asqueroso para escarmiento de hipócritas y de traidores.



FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA DE MARIA.

EPILOGO.

PRÓLOGO.



Al dar cima á la primera época de María, lejos de creer que nuestra humilde produccion esté esenta de grandes defectos, no le damos mas importancia que la que por su objeto humanitario y sublime, y por las sanas tendencias que á escribirla nos han impelido, pueda acaso merecer. Sabemos perfectamente que el censor de torvo ceño no se cura de inten-

ciones, y descarga la inexorable penca de su crítica mordaz contra todo misero profano, por laudable que sea el celo de una voluntad pura y benéfica.

Si al colocar á la España en la avanzada línea que en la civilización universal le corresponde, se reconoce amor de pátria en nuestros sentimientos, si brillan por ventura en nuestro humilde trabajo destellos del ardiente deseo que nos anima en pró de las clases menesterosas, si hemos logrado despertar la vigilancia y atizar el ódio contra la infame hipocresía, si hemos alcanzado de nuestros lectores una sola lágrima en tributo de respeto y de amor á las virtudes de una infortunada hija del pueblo, habremos logrado un éxito superior á nuestras esperanzas.

Hemos vindicado á la Milicia nacional de los calumniosos ultrajes de sus cobardes enemigos. Y sentimos habernos visto reducidos á relatar las glorias de la Milicia madrileña, porque en toda España, lo mismo que en su capital, ha sido un dechado de valor, de subordinación, de heroísmo.

Nosotros hemos tenido ocasion de admirar de cerca estas sublimes virtudes, porque durante lo mas encarnizado de la guerra civil, hemos estado al frente de uno de los batallones que mas ocasiones tuvieron de distinguirse en tan sangrienta lucha. Hablamos de la Milicia nacional de Vinaroz. Permítasenos dejar aquí consignado un público testimonio de gratitud á la confianza sin límites con que nos han honrado siempre los liberales de la heroica villa que meció nuestra cuna, los denodados patricios que con la preciosa sangre de sesenta y tres valientes sellaron en los campos del honor el juramento de morir con gloria primero que doblar el cuello á una vergonzosa coyunda, los héroes invencibles que sin mas muros que sus nobles pechos, bastaron en número de setecientos unidos con trescientos valientes del ejército, para intimidar á diez y siete mil hombres aguerridos, que con su rey don Carlos al frente, no osaron invadir aquel recinto de honor y de bravura (1).

(1) En el *Eco del Comercio* del 13 de julio de 1837 se lee lo que sigue:

«Con la mas cumplida satisfacción damos lugar á la siguiente carta que se nos ha dirigido desde el liberalísimo y valiente pueblo de Vinaroz. Su contenido es el mejor agüero sobre el resultado de la expedición del imbécil tirano. Que todos los pueblos imiten tan patriótica conducta; y la patria se salva pronto.

«Vinaroz 6 de julio.— El 30 del próximo pasado tuvimos noticia de que la facción navarra con el príncipe tonto á su cabeza, acababa de pasar el Ebro para reunirse á los yándalos de Cabrera. Esto acrecentó el entusiasmo de los decididos habitantes de esta villa, y llegó á su colmo cuando leyeron una alocución de las autoridades, en

«Heróica ha sido la Milicia nacional de Vinaroz como la de toda España; pero no podemos pasar en silencio un hecho que por sí solo inmortaliza á los habitantes de aquella benemérita villa; y para que no se crea que un excesivo amor al pueblo que nos dió el ser, nos ciegue hasta el extremo de exagerar sus glorias, callaremos nosotros á fin de hacer oír la voz de un representante de la nación (el señor Medrano) que en la sesión del 25 de abril de 1840, le refirió en el seno de las Córtes del modo siguiente:

«Valientes han sido todos los pueblos de España: dentro de esa provincia están Lucena, Castellon, Villafamés, Villamalefa y otros; en la misma provincia que me dió el ser tambien los ha habido; pero hay un hecho privativo, propio del carácter de ese pueblo, que prueba su heroicidad.»

«El día 11 de noviembre, despues de ese suceso lamentable en que fueron sacrificados tantos beneméritos nacionales, se presentaron unos barcos que conducian facciosos desde Cartagena á Barcelona, la mar estaba borrascosa; pasó uno de los barcos que no tuvo necesidad de acercarse demasiado á la costa; pero se

que manifestaban su invariable resolución de perecer antes entre las ruinas del pueblo, que sujetarse al yugo de un príncipe traidor tan imbécil como tirano.

«Es digna del mayor elogio la energía y sábia conducta que han desplegado las autoridades de esta villa durante el peligro. Convocaron á las personas mas distinguidas por su posición social, patriotismo y saber, con el objeto de oír consejos de honor y salvación. En esta entusiasmada asamblea, descolló la decisión del patriota don Wenceslao Ayguals de Izco con proposiciones de medidas extraordinarias, que recibidas unánimemente con aplauso y puestas en ejecución con la mayor energía por el ayuntamiento constitucional, han contribuido en alto grado al aspecto imponente de los fuertes que guarnecen esta villa, á la exaltación del espíritu público y demás ventajas consiguientes.

«No puede hacerse una descripción exacta del extremo á que llegó el entusiasmo al recibirse la noticia (la noche del 2 del corriente) de que el Pretendiente acababa de llegar á Ulldecona con todos sus esclavos, incluidas las facciones de por acá, acampados á tres horas de distancia de esta villa, cuyos arrabales atraviesa la carretera, por la que probablemente se habia propuesto pasar el señor rey absoluto. Era en consecuencia de presumir que seríamos atacados aquella noche, recelo que confirmó la llegada de un comprometido que vino á refugiarse en esta villa. Oyéronse algunos tiros á las nueve, y al toque de generala se iluminó el pueblo y acudió cada cual á su puesto con un valor extraordinario, anhelando el momento de vengar á las 63 víctimas del 18 de octubre de 1838.

«A media noche se oyeron por todas las afueras del pueblo los feroces aullidos de ¡viva la inquisición! ¡viva el rey absoluto! y se avivó el tiroteo en términos que hacia sospechar era llegado el momento del ataque, que todos anhelábamos frenéticos; pero el enemigo tuvo á bien abandonar el campo y repetir en la noche siguiente igual tentativa llevándose el mismo escarmiento.

«No solo los 300 hombres del ejército y 700 nacionales armados que componen la escasa fuerza de esta villa, han hecho prodigios á la vista de diez y siete mil esclavos, sino los paisanos legalmente exentos del servicio, los mismos ancianos corrieron al peligro, y los niños entonaban himnos á la libertad, mientras sus madres y hermanas sentadas en corro á la puerta de la calle, oían los tiros con la mayor indiferencia, y con mil chistes y ocurrencias graciosas ridiculizaban las pretensiones del rey de los frailes.»

presentó otro cargado con ciento cuarenta y siete facciosos con su escolta; el temporal empezaba á inspirar temores, y el barco no tardó en hacer señales de peligro.»

«Los vecinos de Vinaroz, como siempre han estado en disposicion de temer ataques, han permanecido en alarma continúa, y creyendo que pudiese ser un ataque simulado, ocuparon sus puestos. Pero pronto cesó la alarma, y todo el pueblo en masa acudió al muelle: las señales de peligro se repitieron y contestaron por los vecinos que indicaron el punto por donde podia embestir el buque á tierra: embistió en efecto estrellándose en el momento, y se ar-



rojó todo el pueblo á la mar, y salvó ciento cuarenta y siete facciosos, toda la escolta y la tripulacion.»

«No pereció ni un hombre siquiera; pero los infelices, que infeliz es todo el que padece, que acababan de salir del inminente peligro de perder la vida en el mar, se vieron en otro no menor, porque creian ser sacrificados por aquel pueblo justamente resentido; y así es que empiezan á gritar: «Señores, que nosotros no somos de Cabrera.» La contestacion fué unánime, un grito general: «No tengais cuidado; os salvaremos: nosotros tenemos gobierno, tenemos gefes, y pertenecemos á un pueblo valiente que no ataca á enemigos indefensos.» Esto hicieron, y este comportamiento tuvieron á pesar de estar justamente resentidos; y á mi modo de ver entonces fué Vinaroz mas grande y sublime que en todas las defensas que ha hecho.»

«Me he aprovechado de esta ocasion para presentar este testimonio de mi respeto y admiracion á ese pueblo.»

Ya anteriormente, el Diario mercantil de Valencia del 24 de noviembre de 1838 habíase espresado sobre este particular en los términos siguientes:

«La relacion que insertamos en el número de anteayer de lo ocurrido en Vinaroz, copiando el parte (1) de aquel comandante militar, deseariamos la reprodugesen todos los periódicos de la nacion, y los estrangeros á cuyos editores llegase, porque ella es el mas terrible cargo contra los gefes sanguinarios de esa manada de lobos carnívoros, cuyo instinto perfeccionado con las diarias carnicerías de que son egecutores y testigos, es una consecuencia del principio de intolerancia que dirige su sistema, y un ensayo de lo que harian si triunfasen. No hay que formarse ilusiones. La reaccion del año 1823 tuvo por distintivo calabozos, estrañamientos, confi-

(1) Este parte estaba concebido del modo siguiente:

Comandancia militar del canton de Vinaroz.—Excmo. Sr. Como á las diez de la mañana de este dia, habiendo un fuerte temporal, se me dió aviso hallarse un buque á la vista con direccion á esta costa, pidiendo auxilio y en derrota de perderse; inmediatamente di mis disposiciones para socorrerlo; pero siendo imposible el tirar ninguna lancha al agua, no pudo hacerse mas que hacerle señales para que se dirigiese sobre la playa de la Magdalena que baña á esta poblacion; mas al llegar próximo de tierra, se observó conducia facciosos prisioneros, y acudiendo toda la marina y tropa que puse sobre las armas, se consiguió varar el buque sobre dicha playa, y reconocido resultó ser la polacra Nuestra Señora del Mar, su capitan don Estanislao Perez, procedente de Cartagena, que conducia 147 prisioneros á Barcelona, los cuales venian escoltados por un sargento, un cabo y ocho nacionales de la espresada plaza de Cartagena. Dicho buque en el mismo acto de varar fué destrozado por las olas, pero la humanidad de este leal y patriótico vecindario y guarnicion, dando pruebas de aquella y de su cordura, trabajaron hasta conseguir la salvacion de todos. Prisioneros, escolta y tripulacion todo se salvó á fuerza de fatigas que duraron la mayor parte del dia, saliendo aquellos del naufragio sin ropa alguna y casi todos sin camisa, aunque despues se ha sacado de los fragmentos del buque alguna ropa que se les ha entregado. La desnudez de todos, la penosa navegacion que han sufrido desde el 30 del anterior octubre hasta la fecha, los ha puesto en un estado deplorable y en particular á los prisioneros, entre los que resultan algunos enfermos; á aquellos les tengo en un local provisionalmente, pero custodiados, y he dado las órdenes correspondientes para que se les socorra con la racion de pan y etapa, hasta tanto que V. E. disponga lo que tenga por conveniente.

No puedo menos de manifestar á V. E. lo satisfecho que he quedado del buen comportamiento y órden de este vecindario y de la guarnicion, pues todos á porfia no deseaban mas que salvar del naufragio á unos enemigos que tantos motivos tienen para odiarlos, manifestando siempre los sentimientos de sus corazones como verdaderos liberales, no haciéndoles el menor daño en situacion tan crítica, y sujetándose á que sea la ley y no otro el que los castigue, cuyo resultado confieso á V. E. no esperaba con la efervescencia que observé el dia 10 del actual cuando la llegada de la bombardera Flora, de que di á V. E. cuenta en el mismo dia, manteniéndose el pueblo tranquilo sin la menor sospecha de alteracion.

Todo lo cual pongo en el superior conocimiento de V. E., esperando se sirva darme sus órdenes de lo que deba hacerse con dichos prisioneros, los cuales conceptúo no conviene permanezcan en este punto. Dios guarde á V. E. muchos años. Vinaroz 13 de noviembre de 1838.—Excmo. Sr.—Ignacio Courtois.—Excmo. Sr. Capitan general interino segundo cabo de estos reinos.

namientos, suplicios. La presente, si por desgracia se verificase, careceria de los tres primeros: no habria cárceles, á nadie se estrañaria, á nadie se confinaría. Todos los liberales sin distincion de edad ni sexo, ¿qué decimos liberales? los indiferentes, los neutrales; aun mas, los carlistas moderados y de pura opinion serian degollados, ahorcados, descuartizados, sus casas quemadas, sus bienes confiscados; y no descansarían los carlistas hasta que física y materialmente hablando, no quedase con vida un solo liberal. Parecerá exageracion; pero el censo de la poblacion española disminuiría de cerca de dos millones de personas egecutadas en los suplicios, sin incluir en dicho número los que lograsen sustraerse con la emigracion á una muerte cierta. A lo que vamos viendo, se organizarían cámaras ardientes y consejos de sangre, y volverían los aciagos dias de la convencion y asesinatos en masa, reproduciéndose en escala mas vasta é incomparablemente mas atroz las escenas de destruccion que señalaron de un modo tan único y terrible la dictadura de Robespierre. No es una exaltacion de fibra, un enardecimiento de sangre el que nos inspira tan espantosas profecías. Es la íntima conviccion de que así debe suceder, fortalecida con el escrupuloso análisis de los elementos que entran en la confeccion del sistema carlista. ¡Necio, desgraciado del que crea que una reaccion en la actualidad tendria ni siquiera un punto de contacto, de semejanza remota con la reaccion del año 1823! ¡Infeliz del que se prometiese otra alternativa que la emigracion ó el cadalso! ¡Desventurado del que esperase olvido, y mucho menos compasion!»

«El deseo de que estas terribles verdades ahonden en los ánimos de todos los españoles que no sean esclavos de la tiranía rebelde, nos ha estraviado algun tanto del objeto principal de este artículo. Decíamos que la conducta observada por los habitantes de Vinaroz es el cargo mas terrible que se puede hacer al estúpido pretendiente, y á los gefes que en nombre suyo insultan á la humanidad y á la naturaleza. Acompáñenos el hombre reflexivo é imparcial y colóquese con nosotros en Vinaroz, donde manan sangre todavia los cadáveres de la flor de la juventud de aquella hermosa villa, despedazados por los rebeldes; donde casi resonaron las descargas del Forcall, y los alaridos de las víctimas de Cabrera; donde llegó el eco de los tiros que asesinaron á los desgraciados nacionales del

castillo, y donde incesantemente se repiten noticias de las crueldades del tigre. Presente pues á la vista de estos habitantes un crecido número de prisioneros pertenecientes á las hordas de los vándalos, y muchos de los cuales tendrán quizás sus manos manchadas con la sangre de alguno de los hijos de aquel pueblo. Preséntelos en momentos de efervescencia, de furor, de frenesí justo aunque terrible, y díganos si creará en la virtud, en el heroismo de aquel pueblo; díganos si escusaría cualquier exceso, cualquier arrebató. Pues ese pueblo furibundo, frenético, no asesinó á sus asesinos. No; fué mas héroe que todo eso. Los salvó de una muerte cierta. ¿Qué decimos, los salvó? Se espuso á la muerte por salvar las vidas de los que las aprovecharán para destruirlo y aniquilarlo á él; y esto en ocasion en que ningún interés le resultaba, ni temor ó respeto alguno podia influir en su conducta. Gracias por tu heroismo, pueblo de Vinaroz. Si los bárbaros que salvaste, si los indignos á quienes sirven, fueran capaces de sentir, de aprender, de tí debían tomar lecciones, de tu virtud, de tu magnanimidad. Pero no; son incorregibles. Constituyamos á Cabrera en caso semejante, y pongamos á su disposicion doscientos náufragos liberales... Horror causa solo imaginar la acogida que les daría en su infortunio. Y nosotros, á pesar del sistema de represalias establecido, no podemos renunciar á los sentimientos que nos caracterizan, y aun recibimos á los enemigos, y les cuidamos y alimentamos como en Vinaroz, donde la bondad del trato que los facciosos recibieron escede á toda ponderacion.»

«Pero como quiera que sea, nuestra noble conducta en esta parte hace resaltar mas la indigna de los rebeldes, y justifica victoriosamente las represalias que hemos adoptado. Inútiles serán las medidas de rigor para contener á Cabrera, pero no lo serán para estimular á los facciosos á forzar á Cabrera á contenerse por su propio interés, ó para determinar una reaccion que le haga espíar los enormes crímenes que pesan sobre su alma emponzoñada. Duro es que un siglo de ilustracion presencie escenas dignas de los siglos mas bárbaros; pero échese la culpa á los que son origen de tantos males, y caiga la maldicion y execracion de las edades presentes y futuras sobre sus cabezas.»

¿Y en presencia de estos y semejantes hechos históricos con que la Milicia nacional de toda España dió pruebas de su gene-

rosidad y prestó á la libertad gloriosísimos servicios de una importancia inmensa, hay quien ose calumniarla? ¿Hay quién diga que no puede haber sosiego público donde tenga armas el pueblo? Lo que no consiente el pueblo armado son los abusos del poder, y claro es que los que viven de ellos, los que medran en medio de escandalosas arbitrariedades, jamás reconocerán la utilidad de esa fuerza ciudadana, mas interesada que nadie en la conservacion del orden público, porque sin él no puede haber prosperidad para la industria, para las artes ni el comercio, de cuyas fuentes mana la dicha de las clases del Estado, llamadas por la ley á la defensa de sus propios intereses. Pero estas clases honradas y trabajadoras, serian bordas de imbéciles siervos, si las armas que deben blandir con denuedo contra toda clase de enemigos de su libertad, dejaranlas enmohecer en el fango de la degradacion, y sucumbiendo á la estúpida molicie de miserables autómatas, besasen la mano opresora que forja su dogal. Por esta misma razon que el baluarte mas inexpugnable de la libertad del pueblo es la Milicia nacional, no conviene que esta exista donde no se quiere que el pueblo tenga libertad.

Creemos haber cumplido con lo mas sagrado de nuestra mision al abogar por la mejora de cárceles y de hospitales.

Dios quiera que la Junta Municipal de beneficencia pueda llevar á efecto cuanto antes su grandioso proyecto de reformas en favor de los pobres dementes y de las infelices que adquieren el sagrado título de madres; pero dudamos mucho que realizarse puedan los filantrópicos deseos de la Junta en el triste aislamiento á que se la vé en el dia condenada, y la ninguna proteccion que el gobierno le dispensa.

Desde su fundacion hasta el reinado de Isabel II, el Hospital General de Madrid estuvo exento del pago de contribuciones por las fincas de su pertenencia, sin que pagasen derecho cuantos géneros y especies entraban en Madrid para consumo de los enfermos. En el dia de hoy paga su cuota como otro cualquiera propietario de fincas y solo se le permite la libre entrada del vino y la carne. Aunque los monarcas, en medio del fausto deslumbrador que les rodea, suelen curarse poco de los ayes de la humanidad doliente, preciso es consignar aquí un acto histórico de régia caridad. Desde Carlos III han hecho donativos de importancia al Hospital General

cuantos reyes le han sucedido, y hasta Fernando VII hizole el de los sobrantes de su mesa, que vendidos en la misma cocina de Palacio, producian algunos miles de reales. Con ninguno de estos beneficios cuenta actualmente el Hospital General de Madrid.

Hemos levantado nuestra humilde voz en pro de esas asociaciones humanitarias que pudieran moralizar á las masas populares, prestando auxilios á los jornaleros necesitados sin que tengan estos que acudir en sus conflictos á la codicia de un insaciable usurero, á la cual sacrifican su porvenir, y lloran despues en el seno de sus desgraciadas familias la esterilidad de sus afanes, ó acaban por recurrir al suicidio.

El suicidio ha sido en todos tiempos asunto de graves meditaciones entre los moralistas; pero ahora mas que nunca debe llamar muy particularmente su atencion en vista de la progresion ascendente de semejante catástrofe.

Varias son las opiniones emitidas sobre el suicidio: unos le juzgan como acto libre, sujeto á responsabilidad, otros como resultado de la demencia, quiénes le elogian como un acto de valor, quiénes le califican de vergonzosa cobardía, la religion le mira como un crimen, la moral como una accion culpable.

Estas opiniones tienen todas ellas un aspecto de verdad en ciertos casos; pero en el momento en que se trate de hacerlas exclusivas, se las convierte en erróneas.

El medio de aclarar la cuestion está en el origen de las causas que producen el suicidio, que son generalmente:

La vergüenza de algun crimen.

Los padecimientos físicos.

La embriaguez.

Las enfermedades cerebrales.

El amor.

Los celos.

Los disgustos de familia.

La indigencia.

Los reveses, en fin, producidos por el juego, por la ambicion y á veces por motivos laudables ó por la injusticia de los hombres.

En una palabra, el suicidio no tiene mas origen en nuestro concepto que *los padecimientos físicos y morales*; pero no por esto se ha de deducir que es siempre una enfermedad ó un acto de locura,

Verdad es que es muy cómodo para tranquilizar la conciencia de los causantes de ajenos infortunios, cuando la miseria y la desesperación arrojan á un viviente al suicidio, poder esclamar, ERA UN INSENSATO; pero la mas lijera observación de los hechos perturbará esta aparente tranquilidad. Las pruebas sobran; pero entre los muchos casos históricos de que podíamos valerlos para justificar nuestra opinión de que no puede haberla esclusiva en materias de suicidio, seguiremos los ejemplos publicados por Mr. Brierre de Boismont.

He aquí cómo se expresaba un padre que se asfiaba durante la ausencia de su hija.

«Mi querida hija: tengo sesenta y nueve años, estoy enfermo, paralítico, casi ciego; lo he probado todo para no serte una carga, pero infructuosamente. Cuando he pedido hospitalidad en las casas de beneficencia, se me ha contestado que no tenia la edad! Hace seis meses que agotas tus recursos. No se pasa una semana sin que lleves alguna prenda al Monte de Piedad; el resultado de esto será la indigencia... mas vale que termine yo mi vida. Aprovecho el momento de tu ausencia... cuando vuelvas habrán acabado ya todos mis males, y tú no tendrás que trabajar mas que para tí.»

El segundo ejemplo es de un hombre á quien el deseo de en-



riquecerse con prontitud condujo á su completa ruina; he aquí la carta en que esplica los motivos de su suicidio.

«Mi querida esposa: es preciso separarnos; hace medio año que lacho contra esta resolución; tan fuerte es el instinto de la vida! pero no obstante, cediendo á mi idea, hubiera sido el mal menos grave. Sufrí tanto en mi juventud, que juré poner término á mi existencia si la miseria me asaltaba por segunda vez. A los diez y ocho años, para evitar toda suerte de privaciones, busqué la muerte en los combates; ahora no tengo ya este recurso. Tú me maldecirás, mi tierna amiga, pues te dejo en un estado deplorable; sin embargo, no todo está perdido: si nuestro hijo sabe apreciar los sacrificios que hemos hecho por él, no abandonará á su madre.»

«Después de las angustias de mi juventud, héme dejado llevar á las especulaciones de la bolsa, sin tener presente que jamas fuí afortunado en los juegos de azar. Ya que la Providencia hábame concedido algunos bienes, debí permanecer tranquilo; pero la codicia y los malos consejos me han arruinado.»

«Maldito sea el que me arrastró á tan perniciosa senda; sin él seriamos aun dichosos; pero elogiando las operaciones de la bolsa, escitando mi amor propio, mofándose de mi incapacidad, hundióme en este peligroso caos. Tú tambien, mi querida esposa, aprobando sus pérfidos consejos, no lo digo para reprenderte, escitaste mi ambición. Pero yo solo me tengo la culpa de todo, pues no me faltaron buenos consejeros.»

«Me quedaban aun algunos débiles recursos con los cuales hubiese podido prolongar mi existencia; pero no he podido resistir al pensamiento de verte en la miseria. Yo que desde nuestro casamiento no he tenido mas deseo que el de crearte una posición segura, he quedado sin fuerzas ante un resultado tan triste.»

«Y tú, mi querido hijo, que, después de tu madre eres el objeto de todos mis afanes, sírvate de lección el ejemplo de tu desventurado padre. Con placer y orgullo te he visto crecer en los principios del honor; tu buena conducta te ha grangeado una excelente reputación entre nuestros conocidos. Ya no me tendrás mas para guiarte... sé el protector, el apoyo de tu madre. Hacia medio año que deseaba confiarte mis penas, entenderme contigo para reparar nuestras desgracias; pero la vergüenza de la confesión ha sido mayor que mi voluntad.»

«Hijo querido, soy una víctima de la miseria; luché contra

ella y creía haberla vencido; pero una ambición *sugerida* todo lo ha desvanecido, y hoy he caído en el abismo con treinta años más. Soy feliz de haberte dado una educación; ella te ayudará á salir de la desgraciada posición en que va á colocarnos mi muerte. Cuando estés en edad de casarte, busca una mujer que te proporcione alguna fortuna, porque nada rompe los lazos conyugales como los apuros de la pobreza.»

«Adios, mis queridos amigos, os abrazo con la desesperación en el alma, mi último suspiro es para vosotros.»

¿Hay en esta carta el menor síntoma de locura? Sin vanas declamaciones, sin oropeladas frases de teatro, todas sus líneas destellan verdad y pintan perfectamente la desesperación de un hombre, que viéndose arruinado al fin de su carrera, y no teniendo la energía de la juventud, no puede soportar la vista del espantoso espectro de la indigencia.

Este ejemplo que hemos tomado entre cien otros, prueba que el suicidio puede muy bien ser resultado de esa sed insaciable de riquezas, de esa necesidad de atesorar en breves días, que se apodera del espíritu de los codiciosos, así como puede serlo de otras mil causas, sin que la demencia medie para nada, aunque también por sí sola pueda ser una de ellas.

Pero siendo generalmente el suicidio un acto libre y premeditado como otra cualquiera de las acciones del hombre, está sujeto á influencias más ó menos poderosas, entre las cuales figuran en primera línea las costumbres, las instituciones, las leyes, las creencias, la desmoralización y no pocas veces la virtud, el valor y el heroísmo. Solo así se explican los suicidios de la Grecia y de Roma, de la India, de Sagunto, de Numancia, y de tantos personajes célebres.

Ha dicho un gran filósofo satírico :

El mundo es baile de máscaras
y el hombre con vanos títulos
pone á sus locuras cáscaras. (1)

Nosotros no creemos como Voltaire que el Universo sea una

(1) Ce monde est un grand bal, où des fous déguisés
Sous les risibles noms d'Eminence et d'Altesse,
Pensent enfler leur être et hausser leur bassesse.

VOLTAIRE.

casa de locos: opinamos, sí, con Brierre de Boismont, que la razón es la regla y la locura la excepción. Pero así como estamos plenamente convencidos de que el hombre, en el suicidio, tiene generalmente conciencia de lo que hace, tenemos igual persuasión de que con semejante acto se hace culpable á los ojos de Dios cuyas leyes viola, lo mismo que ante la sociedad, á la cual arrebató un miembro más ó menos útil; pero también es preciso confesar con dolor que esta misma sociedad, con su ingratitude, su desprecio y sus injusticias, es con mucha frecuencia culpable de lamentables suicidios.

A la sociedad corresponde dar una educación moral á las masas populares, para extirpar las malas costumbres. La miseria es indudablemente el más eficaz elemento de cuantos conducen el hombre al suicidio. ¿Y tan difícil es atenuar considerablemente esta causa, disminuyendo las tarifas que hieren de un modo exorbitante los géneros de primera necesidad para el alimento de las clases menesterosas? Creemos haber indicado en el curso de nuestra historia, los medios que tiene un gobierno ilustrado para moralizar al pueblo. No se persiga á la inocencia, no se deje en cruel abandono á los pobres artesanos, á los honrados jornaleros, protéjase la agricultura y el comercio aligerando los insostenibles impuestos que les abrumen, alientense las ciencias y las artes, prodígense recompensas al mérito y á la virtud, y desaparecerá de este modo la miseria, semillero de vicios y de crímenes, causa de la desesperación que conduce muchos infelices al suicidio.

Impelidos por el deseo de despertar en España ese humanitario espíritu de fraternidad que moraliza las naciones, nos lamentábamos en las primeras páginas de nuestra historia de la casi absoluta falta de empresas filantrópicas, que conciliando el interés de sus individuos, proporcionase beneficios á las masas populares. Con satisfacción imponderable vimos aparecer la CAJA DE SOCORROS AGRÍCOLAS DE CASTILLA LA VIEJA, á la que sucedieron en poco tiempo la SOCIEDAD AMIGA DE LA JUVENTUD, la ISABELA y otras de cuyas benéficas miras hemos hablado con la suficiente extensión en el curso de nuestra obra; pero por mucho que nos lisonjasen los generosos sentimientos que se albergan en el pecho de todo buen español, no esperábamos que el espíritu de asociación llegase á tomar en pocos meses un vuelo extraordinario que no podrá menos

de producir opimos frutos para las clases trabajadoras, que refluirán igualmente en beneficio de todas las demás, si el dolo y la falsía no se presentan bajo los hermosos atavíos de la humanidad.

De ningún modo podemos nosotros creer que haya intenciones siniestras en esas empresas que con el halagüeño título de humanitarias se multiplican diariamente. Los respetables nombres que hemos leído al frente de las mas de ellas, son para nosotros una garantía de probidad; y aunque estamos muy lejos de atribuirnos la gloria de haber despertado en nuestra patria el afán de asociarse, que de un modo asombroso germina y se desarrolla por todas partes, nos congratulamos de haber sido de los primeros que han señalado esta senda como la mas á propósito para labrar la felicidad del pueblo español.

Hablamos en la hipótesis de que, como no dudamos, cumplan estas sociedades religiosamente sus deberes, pues no presidiendo el fraude en su conducta, por sus propios anuncios puede sacarse en consecuencia, cuantos beneficios han de proporcionar al fatigado pueblo.



Grato y consolador es ver que hay españoles que se interesan por la prosperidad de sus semejantes, así como es doloroso é irritante el contraste que ofrece esta generosa conducta con el abando-

no en que tiene el gobierno á los pueblos confiados á su opresora tutela.

Nada diremos del humanitario objeto de las sociedades ya citadas, por haberlo hecho anteriormente; nos limitaremos en consecuencia á reproducir los filantrópicos términos en que se anuncian continuamente las que van apareciendo solo en la capital de España.

LA ESPERANZA. Compañía española para elevar la industria fabril á su mayor grado de perfeccion y baratura. — Capital: reales vellon cien millones, con la facultad de aumentarlo hasta doscientos millones. Acciones: veinte y cinco mil de á cuatro mil reales cada una. Desembolso: diez por ciento.

En un tiempo en que el espíritu de asociacion ha tomado en nuestro pais un desarrollo desconocido hasta ahora, natural era que el objeto de las sociedades fuese tan vario, cuantas son las operaciones que podian ofrecerles un resultado ventajoso. Ninguna, sin embargo, habia fijado su atencion en la primera de nuestras necesidades, que es elevar la abatida industria fabril al alto grado de que es susceptible en un pais que une á su feracidad puertos seguros en ambos mares. *La Esperanza* se propone llenar este vacío: para ello ha empezado por calcular los consumos, comparándolos con los productos de nuestras fábricas; y se ha convencido de que estos, ni en cantidad pueden bastar á lo que para el consumo se necesita, ni en su calidad y baratura competir con los que se elaboran en el extranjero.

El resultado de los cálculos que la compañía ha formado antes de decidirse á tan colosal empresa, le ha hecho presente, no solo aquella verdad que está al alcance del menos entendido, sino algunas de las causas que se han opuesto hasta ahora al completo desarrollo de nuestras fábricas; y el campo inmenso que se abre á quien con ánimo resuelto y capital suficiente, se dedique á este ramo de industria tan floreciente en otro tiempo y en el día tan abatido é ignorado.

Cataluña, la industriosa Cataluña, que al través de tantas dificultades y penosas alternativas, ha mejorado sus productos de una manera altamente satisfactoria para aquella laboriosa provincia, no ha podido, sin embargo, presentar en sus géneros las infinitas diferencias que el lujo hace ya indispensables, ni tal abundancia

que bastase á la tercera parte del consumo, ni unos precios que puedan competir con los del extranjero.

La Esperanza se propone elevar nuestra industria fabril á la altura de las naciones mas adelantadas en manufacturas, aprovechando las primeras materias que con tanta abundancia rinde nuestro privilegiado suelo, sirviéndose al mismo tiempo de las que produzcan otros paises, haciendo sus importaciones en la cantidad necesaria para sus fábricas y para el surtido de las demás que quieran proveerse en sus almacenes.

Nuestras lanas en cuanto sean capaces de produccion, ya solas, ya con sus estambres, ya con mezcla de otras materias, son objeto privilegiado de su atencion; introduciendo máquinas para hilados y tegidos de todas especies, con arreglo á los métodos mas adelantados y reconocidos por mas beneficiosos hasta el dia.

Para llenar cumplidamente estos objetos cuenta con un capital de cien millones de reales, habiéndose reservado por la escritura social la facultad de aumentarlo hasta doscientos, si la estension que logre dar á sus operaciones así lo exigiere.

En tal concepto los objetos de la sociedad serán:

1.º Crear establecimientos fabriles en los puntos de la Península que considere mas conveniente á sus intereses y á los generales del pais.

2.º Facilitar á los ya existentes los fondos ó primeras materias necesarias para que sus productos puedan competir con los extranjeros.

3.º Tomar participacion en cualquiera de los establecimientos fabriles ó industriales ya creados, ó adquirirlos por compra si lo considera útil.

4.º Proteger los establecimientos industriales que necesiten el auxilio de la compañía.

5.º Dedicar los fondos sobrantes á cuanto tenga analogía con el objeto propuesto, y á lo demás prevenido en la escritura social.

La sociedad dará principio á sus trabajos con el establecimiento de una fábrica de estambres y sus combinaciones con otras materias, otra de hilados y tejidos de algodón y otra de paños.

LA PROSPERIDAD. Sociedad de riego, canalizacion y fomento de las provincias de España.

Aprobados por el tribunal de comercio los estatutos de esta sociedad, tuvo lugar su instalacion el dia 27 de julio último. Los objetos que se propone realizar esta compañía son los siguientes:

1.º Abrir canales de riego y de navegacion.

2.º Proporcionar riego por otros medios á las tierras que sean capaces de recibirlo.

3.º Adquirir, cuando lo juzgue conveniente, los terrenos que por sus circunstancias topográficas sean susceptibles de aumento en sus valores, reservándose hacer luego de aquellos el uso mas conforme á sus intereses.

4.º Desecar, bajo iguales condiciones, lagunas y pantanos, y hacer las obras necesarias en las tierras espuestas á inundarse.

5.º Establecer depósitos de agua á fin de atender con ellos á los campos, á los molinos y demás industrias, y surtir á los pueblos que lo soliciten.

6.º Aprovechar los saltos de agua para construir toda clase de artefactos.

7.º Reducir á poblacion y cultivo terrenos abandonados ó eriales, estableciendo en ellos nuevos pobladores, á quienes se distribuirán casas, tierras, ganados y utensilios necesarios á dicho objeto. La sociedad hará estas cesiones bajo los pactos mas conducentes á la prosperidad del pais, al bienestar de los colonos y á los intereses de la misma, teniendo presente la urgente necesidad de impedir la emigracion de nuestros habitantes á paises extranjeros.

8.º Por fin, facilitar á los particulares el capital necesario para ejecutar las obras por sí mismos, bajo las condiciones y con las garantías que se estipulen.

Además tomará parte en todas las especulaciones que ofreciendo garantías de buen éxito sean favorables á los intereses de la sociedad.

Para realizar estos objetos se ha fijado el capital social en cuatrocientos millones, representados por cien mil acciones nominativas de cuatro mil reales cada una.

LA URBANA. Sociedad anónima.

Reconocida generalmente la necesidad de las ampliaciones y mejoras que Madrid reclama, á consecuencia del notorio aumento de su vecindario, acordadas unas por la corporacion municipal,

otras por el gobierno, y debatidas y reclamadas todas por la opinion, solo falta que el interés privado, conducido por el espíritu de asociacion convierta hácia este objeto sus miras, y emprenda y realice aquellas obras que por su magnitud, no es dado acometer á ningun individuo aislado, ni tampoco á los fondos públicos. Tan grandioso pensamiento ha dado origen á esta sociedad ofrecer con sus capitales y con su activa cooperacion un centro comun de trabajos y medios para poner en práctica todas las ideas de mejora propuestas ya, ó que pueden ser convenientes: conducir dichas mejoras bajo un sistema general, que al mismo tiempo que contribuya al engrandecimiento y belleza de la capital del reino, ofrezca un seguro y ventajoso premio á los desembolsos y sacrificios de la sociedad; prestar al interés privado la mas oportuna ocasion de emplear sus capitales en beneficio propio y público; á las artes industriales, trabajo y medios de perfeccionamiento; á las arcas públicas notorias ventajas, y al pueblo de Madrid aumento de riqueza, comodidad y hermosura. Tales son los objetos que se propone cumplir la sociedad anónima que se anuncia con el título de *La Urbana*.—El artículo de sus estatutos en que se señalan estos objetos, abraza los siguientes:

Construccion de edificios de utilidad pública en esta capital y sus inmediaciones, como calles, pasages, teatros, mercados, casas, etc., reedificando las existentes ó construyéndolas de nuevo.

Compra de terrenos, y haciendo en ellos las nivelaciones y mejoras necesarias, enagenarlos ó darlos á censo para su edificacion.

Alquiler á precios módicos de las casás ó edificios públicos que le pertenezcan y no le convenga enagenar.

Establecimiento de varios depósitos de materiales de construccion para esponderlos á precios moderados en beneficio del público.

Anticipo á los dueños de solares, que por falta de fondos no puedan edificar, del dinero necesario al efecto, bajo las cláusulas y condiciones que para su reintegro establezca la misma sociedad.

Celebracion de contratas con el gobierno y con el Excmo. Ayuntamiento, para llevar á cabo cuantas empresas tengan por objeto la mejora de la capital ó sus inmediaciones.

Creacion de una caja de ahorros para los empleados y operarios de la sociedad, á fin de asegurarles á ellos y á sus familias la sub-

sistencia necesaria, cuando se imposibiliten para el trabajo.

El capital social es de doscientos millones de reales y está representado por cien mil acciones nominativas de á dos mil rs. vn. cada una.

LA AUTORA DE ESPAÑA. Sociedad agrícola de ganadería y proteccion rural.

Los objetos principales de esta Sociedad son:

1.º La creacion de una Caja de socorros agrícolas que proporcione á los labradores y ganaderos las cantidades que necesiten en metálico ó en especie; ya sea á los primeros para el cultivo de sus heredades, ó recoleccion de frutos en sus respectivas épocas, así como las semillas, aperos de labranza, caballerías y demás objetos particulares de ella; y á estos y á los ganaderos cuanto sea necesario para la conservacion y fomento de sus ganados.

2.º Crear un banco para asegurar las cosechas de toda clase de sementeras y arbolados del granizo, piedra, langosta y demás plagas, así como las caballerías y ganados en sus diversas especies de las enfermedades epidémicas ó contagiosas.

3.º Establecer una Caja de depósitos para todo género de cereales, abonándose á los labradores al hacerlo por tiempo determinado una cantidad proporcionada en concepto de préstamo.

4.º Crear un Banco de ahorros en donde puedan depositarse los capitales que desee cualquier imponente en grande ó pequeña suma; y él mismo proporcionará los medios de formarse un capital en el número de años que se prefije, mediante una corta cuota pagada periódicamente, que asegurará el porvenir del imponente y el de su familia; y tambien se podrá asegurar el importe de alguna finca, efectos ó bienes que por cualquier accidente tema el poseedor que puede desaparecer, segun se explicará en la instruccion que se publique al efecto; y estos beneficios no solo son para los labradores y ganaderos, sino tambien para la clase obrera, para los propietarios y todas las demás de la nacion. El modo y forma de realizar las operaciones que quedan indicadas, las seguridades y condiciones que hayan de exigirse á los asegurados, y los beneficios que haya de reportar la sociedad, serán objeto de una instruccion particular que para cada ramo se publicará al principio la sociedad sus operaciones.

LA PENINSULAR-MINERA. Capital social: doscientos millones de reales divididos en cien mil acciones de á dos mil reales cada una.—Primer desembolso: diez por ciento.

La industria minera es de todas las especulaciones la que mas necesita de las ventajas que proporciona la asociacion. Por mas inagotables que sean las riquezas que la Península encierra en su seno, cuantos esfuerzos se empleen para extraerlas serán inútiles si no están dirigidos con inteligencia, y auxiliados con medios suficientes. De la falta de conocimiento ó de capitales se resienten la mayor parte de las empresas de esta clase. Las unas ni pueden buscar hombres especiales que allanen dificultades insuperables para el espíritu de rutina, ni nombrar comisiones científicas que examinen terrenos aun no reconocidos; mientras que otras agotan sus escasos recursos en ensayos poco felices, y abandonan en el momento crítico sus trabajos por la imposibilidad de emplear máquinas costosas, ó de acometer obras de grande importancia.

Los fundadores de esta sociedad han calculado que la especulacion minera, la mas lucrativa sin disputa de todas las especulaciones, lo será mas aplicando á ella hombres de conocimientos y grandes capitales, y que los azares que la acompañan son nulos para una empresa de tanta importancia. Una compañía de doscientos millones sujeta la suerte y no aventura á sus caprichos sino cantidades insignificantes comparadas con el capital social.

Movidos por estas consideraciones, no han titubeado los individuos de la actual junta de gobierno en asociarse para extraer los tesoros metálicos que nuestra nacion abriga en sus entrañas, y han pensado tambien que seria conveniente interesar, no solo al público de Madrid, sino tambien al de las provincias, á fin de que cunda y dé resultados felices ese espíritu de asociacion que entre nosotros se va desenvolviendo, poderoso elemento de orden y prosperidad para las naciones.

Los objetos que principalmente se propone realizar la *Peninsular-Minera*, son los siguientes:

- 1.º Contribuir por cuantos medios estén á sus alcances á la prosperidad de la industria minera en España.
- 2.º Beneficiar las minas cuya propiedad adquiriera.
- 3.º Reconocer y estudiar los terrenos que aun no estén examinados.

4.º Introducir del extranjero los descubrimientos científicos y prácticos desconocidos entre nosotros.

5.º Construir fundiciones y fábricas para dar mas valor á los minerales que estraiga de sus minas ó compre á otras empresas.

6.º Ejecutar todas las obras que se consideren convenientes para facilitar sus trabajos ó para conducir al mercado sus productos.

7.º Auxiliar con sus fondos á todas las demás empresas mineras que acudan á la compañía.

LA GRAN ANTILLA. Sociedad anónima mercantil. Su capital es de veinte y cinco millones de duros, distribuidos en esta forma: diez millones en acciones nominativas á metálico de á quinientos pesos cada una; otros diez en acciones hipotecarias de igual valor, sobre bienes raices productivos, y los cinco restantes en acciones al portador de á cien pesos cada una.

Sus objetos son asegurar en las Islas de Cuba y Puerto Rico los buques y mercancías, el valor de los esclavos existentes en la actualidad, hacer préstamos y descuentos de letras y pagarés, el giro y compra de letras, admitir depósitos, prestar garantías y todas las demás operaciones y negocios lícitos, que ya en estos puntos, ya en otros de Ultramar y la Península, convengan á la sociedad.

LA ACTIVIDAD. Sociedad mercantil anónima.

Sus operaciones serán:

- 1.ª Administrar bienes por la módica retribucion á que dará lugar la estension de este negociado.
- 2.ª Hacer adelantos de dinero sobre las rentas de las propiedades que la compañía administre, á precios convencionales.
- 3.ª Afianzar en casos dados las obligaciones de los propietarios sobre la hipoteca de sus fincas, en la forma que prescribirá un reglamento.
- 4.ª Podrá crear vitalicios sobre cesion de predios rústicos y urbanos, sobre las bases y tarifas que se formarán.
- 5.ª Abrir créditos en otras plazas sobre depósito en Madrid de acciones industriales ú otros valores.
- 6.ª Descontar papel sobre la plaza, las provincias y el estran-

gero, á plazos que no escedan de cuatro meses, y con dos firmas de conocida reputacion.

7.^a Abrir cuentas corrientes á particulares y establecimientos públicos, con abono de interés, y conforme á bases condicionales.

8.^a Hacer anticipaciones sobre depósito de fondos públicos y otros valores, á los tipos que se señalarán mensualmente.

9.^a Desempeñar comisiones para cobranzas, pagos, compras y ventas de propiedades, deuda del Estado, acciones y otros efectos análogos.

SOCIEDAD METALÚRGICA DE SAN JUAN DE ALCARAZ.

La sociedad metalúrgica de San Juan de Alcaraz, no está ya en el caso de inquirir tesoros, denunciar terrenos y empezar el laboreo de minas cuyos resultados sean desconocidos ni dudosos. Las célebres de Riopar y Alcaraz, son propiedad suya, y su objeto no es otro que el de atender con mayores esfuerzos á beneficiar la riqueza siempre creciente en aquel hermoso pais; aumentar los medios de esplotar el mineral, que parece multiplicar sus variedades y ensanchar sus filones á la vista de los operarios, y fomentar en fin por cuantos medios estén al alcance de los grandes recursos con que cuenta, los trabajos de las fábricas; sirviendo de ese modo los muchos pedidos que habia de desatender sin esa indispensable actividad.

El objeto de la sociedad es:

- 1.º La esplotacion de la gran mina de San Juan de Riopar.
- 2.º La esplotacion de otras minas inmediatas de calamina, cobre y carbon.
- 3.º La fabricacion de laton en sus diferentes formas.
- 4.º La fabricacion de zinc y cobre, su laminacion y construccion de objetos de estos metales.
- 5.º El beneficio de montes en los términos de Alcaraz, ya para leña y carbon, ya para maderas de construccion.
- 6.º y último. Ocuparse de todos los objetos análogos á los anteriores, ó que sirvan para su desarrollo é incremento.

SOCIEDAD BENÉFICA DE MEDICINA Y CIRUJIA.

Se ha creado con este título, bajo la proteccion del excelentísimo señor conde de Villalobos y permiso del gobierno, una sociedad cu-

yo objeto es *asistir con el mayor esmero y exactitud*, tal como lo acreditará la esperiencia, á *toda clase de enfermedades, incluidas las sífilíticas y los partos*. La retribucion que se exige, asi por la asistencia facultativa como por facilitar los medicamentos necesarios, es la de cuatro reales por suscripcion mensual. Tambien se admiten gratis pobres de solemnidad en número proporcionado á las suscripciones de pago.

Cuenta la sociedad, por ahora, para su servicio, con una casa de baños, seis boticas, suficiente número de practicantes y diez profesores médico-cirujanos y cirujanos de cinco años académicos. Además son *consultores* de la misma los doctores catedráticos de la facultad, antes colegio de San Carlos, don Francisco Alonso y don Ramon Altés.

Otras varias sociedades podriamos citar, que omitimos para no ser prolijos en demasia. Solo añadiremos, que como haya buena fé en estas asociaciones, no cabe la menor duda que el pueblo recogerá de ellas los mas opimos frutos; pero si contra nuestras creencias, presidiese en estas reuniones un mezquino espíritu de especulacion, hijo del egoismo y del ansia de atesorar; si bajo una aparente filantropía se envolvese un lazo para despojar á los pobres del escasisimo fruto de sus afanes que el malhadado sistema tributario no acaba de arrancarles, fueran semejantes empresas comparables solo á las cavernas de salteadores, y esos señores acaudalados que se anuncian con los pomposos títulos de filántropos y benéficos, convertiríanse en abominables usureros.

Estamos muy lejos de imaginar que se abuse de la creencia del pueblo, é invitamos á este pueblo por quien abogamos, á que se aproveche con confianza de los infinitos beneficios que han de resultarle de semejantes asociaciones. Ellas estirparán para siempre la miseria pública, y lejos de erigirse en escandalosa usura, harán que desaparezca de España ese oficio criminal con que los malvados se alimentan de la sangre de los pobres.

No hay en el mundo oficio mas degradante y villano que el del inicuo usurero. Se necesita un corazon de tigre para utilizar en provecho propio el hambre de los demás, enriquecerse haciendo desgraciados, y especular con las lágrimas de los indigentes. Es una inmundicia de las mas horribles, una profesion mas repug-

nante que la del verdugo; porque el verdugo mata, á nombre de la justicia, á hombres calificados de reos por los tribunales, mientras el execrable usurero se goza en asesinar lentamente á inocentes desvalidos.

Si el gobierno quiere dar una prueba siquiera de humanidad, proteja ese espíritu bienhechor de fraternidad que destella por todas partes, y complete la obra estableciendo en España un JURADO DE RECOMPENSAS PARA LOS ARTESANOS, de cuyas ventajas hemos hablado estensamente... pero... ¡qué insensatos somos! nos dirigimos al gobierno, como si sus individuos pensasen en otra cosa mas que en aglomerar intrigas, despilfarrar el oro y repartir empleos para acrecentar el número de sus amigos y poder con su apoyo permanecer en las doradas poltronas, sordos á los gemidos de los pueblos.

Al abogar por la abolición de la pena capital, de ese espectá-



culo tan inmoral como asqueroso, hemos obedecido fielmente á los impulsos de nuestras mas íntimas convicciones, y no nos cabe la menor duda de que esta es acaso la mas urgente y sublime reforma que la civilizaci6n europea reclama. Hora es ya de que los hombres benéficos, los amantes de la humanidad, los filósofos todos levanten su voz imponente contra esta mancha de sangre que afea las páginas de la actual legislaci6n de todos los paises.

Hemos colocado á nuestra amada España en el lugar que le cor-

responde, para confusi6n y vergüenza de los que, groseros como Guizot, además de ignorantes, la critican injustamente llevados por un brutal instinto.

Se dirá, á buen seguro, que no es atinado medio para ensalzar á una naci6n, borrajear con repugnantes pinceladas las asquerosas costumbres de hediondos lupanares y el desenfreno de oropeladas orgías. Pero precisamente para dar realce á la virtud, hemos presentado al vicio con toda su deformidad; así era indispensable hacerlo para lograr ese contraste moralizador que forma el claro-oscuro de los bellos cuadros de Walter Scott, Cooper, Balzac, Hugo, Dumas, Süe y otros famosos novelistas; y le apellidamos moralizador, porque los atractivos de las buenas costumbres seducen y cautivan á cuantos conocen sus encantos, del mismo modo que la fealdad del crimen ahuyenta y horroriza á los que llegan á penetrarse de sus desastrosas consecuencias.

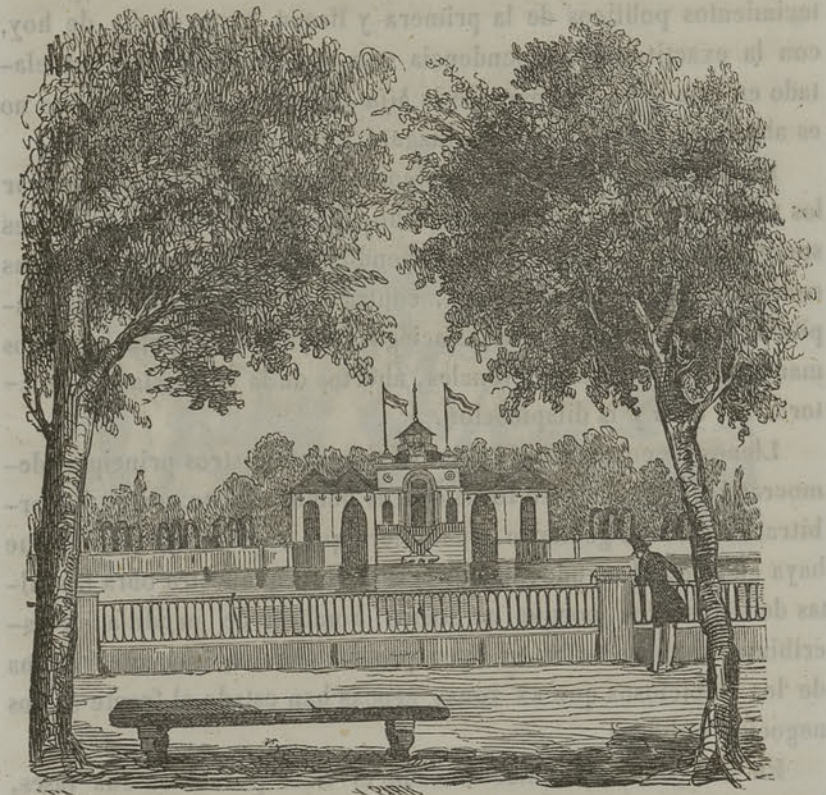
Es además de todo punto imprescindible dar una idea exacta de todo linaje de abusos para indicar su origen, sus efectos, y los medios asequibles que tiene en su mano el gobierno para lograr su completa estirpaci6n.

Y no se diga que hemos vituperado sin fé ni conciencia á las clases ricas para halagar á los pobres y alcanzar por este medio un aura popular mal entendida. No se nos acuse tampoco de haber vilipendiado á los honrados artesanos con el objeto de rendir vergonzoso homenaje de adulaci6n al poderoso.

Hemos procurado ser justos, y nada mas. Desde los miserables bodegones de los barrios bajos hasta los dorados salones de la mas elevada aristocrácia, lo hemos recorrido y escudriñado todo sin omitir el marmóreo alcázar de los reyes de Castilla, y do quiera que la inmoralidad nos haya salido al encuentro, la hemos retratado sin reticencia alguna que desvirtuar pudiese el colorido de la realidad.

Si en la aseada taberna del *tio Gaspacho* y en el asqueroso bodegon de la *tia Marciana* hemos descrito escenas repugnantes de crápula y desmoralizaci6n, creem6s que las sublimes virtudes de la honrada familia de *Anselmo el Arrojado* dejan en buen lugar á esas masas de artesanos infelices, que en medio del hambre y de las privaciones perecen de indigencia, primero que sucumbir á la infamia.

Madrid, y de todos sus progresos, tanto en la parte artística, científica y literaria, como en la filantrópica, mercantil é industrial que colocan su ilustracion al nivel de la de las primeras capitales de Europa. Hemos pasado en silencio el magnífico museo de escultura, el museo naval, el de ingenieros, el de artillería, el gabinete topográfico, el de historia natural, el depósito hidrográfico, la imprenta nacional, el observatorio meteorológico, la armería real, la biblioteca nacional y la de San Isidro, las casas consistoriales, los Consejos, la Audiencia, la Aduana, los Ministerios, los palacios de Liria y de Buena-Vista, las diferentes academias, universidades, colegios y escuelas, el delicioso jardin botánico, y otras mil preciosidades que pueden competir con cuanto haya de mas suntuoso, de mas culto y sorprendente en otros países. Nada hemos dicho tampoco del famoso RETIRO, de ese sitio encantador debido á la caba-



llesca y galante córte de Felipe IV, ó mejor dicho al conde-duque de Olivares. Este poderoso valido quiso hacer alarde de la

Si en el palacio de la marquesa de Turbias-aguas hemos presentado tipos de horrible degradacion, el marqués de Bellafior, don Luis de Mendoza y la baronesa del Lago son irrefragables testimonios de que no creemos exenta de almas generosas á la aristocrácia madrileña.

Nuestros lectores habrán reconocido seguramente en el execrable fray Patricio, no solo un fiel retrato de lo que eran los ridiculos holgazanes á quienes los progresos de la civilizacion han expulsado de las naciones cultas, sino el verdadero símbolo de los defensores del trono absoluto y de la abominable inquisicion.

En el enlace y desarrollo de la fábula dramática hemos seguido los principios de la escuela mas sublime... la escuela de la naturaleza, la escuela de la verdad. Ni nos hemos dejado alucinar por ciertas monstruosidades de grande efecto por mas que novelistas insignes cuyo nombre acatamos las hayan prohibido, ni hemos querido pisar trilladas veredas. Nos hemos ensayado en crear un nuevo género que puede calificarse de HISTORIA-NOVELA. Tampoco hemos adoptado el lenguaje campanudo y de gusto estragado que tanto seduce y fascina á literatos noveles. Hemos buscado elocuencia en la realidad y en la sencillez. No dudamos que adolece nuestra obra de mil imperfecciones; pero á lo menos es puramente española.

Por lo que hace á la parte histórica, creemos no haber olvidado ninguno de los grandes sucesos ocurridos en Madrid durante el periodo del Estatuto real, y hasta nos hemos esmerado en detallar sus minuciosidades por órden de fechas, de dias y de horas como el mas escrupuloso historiador, haciendo revelaciones importantes que no hemos leído en ninguna de las crónicas contemporáneas.

Tanto en el exámen de los usos y costumbres de Madrid, como en la historia de las corridas de toros y descripción de edificios notables y reales sitios y paseos, hemos procurado conciliar el laconismo con la exactitud.

No hemos querido convertir nuestra obra en *Guia de forasteros* dando noticia de todas las calles, plazas, jardines, casas, palacios y demás edificios públicos y privados que constituyen la hermosa capital de España.

Nuestra tarea hubiera sido interminable si hubiésemos tratado de presentar á nuestros lectores un minucioso y fiel trasunto de

Contrabandista
de mercancías con
modo las cosas

historia-novela

razón
de inclusión
de tanto
material
especialmente
extraneo

Más selectiva
la obra en su campo
costumbrismo de lo
que hubiera debido
por ser

magnificencia propia de un poder que no solo dictaba leyes á la España, sino al Portugal, á Italia, á Flandes y al Nuevo Mundo, al paso que florecian en la córte del BUEN RETIRO poetas insignes como Lope de Vega, Calderon, Tirso y Quevedo, y admirables pintores como Murillo y Velazquez.

Algo debiamos dejar para la segunda época de la historia de MARÍA, que con el título de LA MARQUESA DE BELLAFLOR ó EL NIÑO DE LA INCLUSA, publicaremos sin dilacion con igual esmero, el mismo lujo é idénticas dimensiones. Si en la presente humilde produccion, ha sido MARÍA un modelo de virtud para las clases menesterosas, la misma MARÍA, elevada á la altura de la aristocracia de Madrid, será el tipo de la verdadera nobleza, y algunas de las que se apellidan señoras podrán admitir de la *hija de un jornalero* lecciones de finura, de buen gusto, de elegancia y de virtud. En la segunda época de MARÍA, enlázanse los acontecimientos políticos de la primera y llegan hasta el dia de hoy, con la exactitud é independecia con que creemos haberlos relatado en esta primera época de *la hija de un jornalero*; pero esto no es ahora del caso, el público juzgará á su tiempo.

La imparcialidad ha guiado siempre nuestra pluma al censurar los actos del poder y lo hemos hecho con toda la energía de que es susceptible nuestro carácter independiente, fulminando anatemas contra mercenarios aduladores, contra apóstatas corrompidos, capitalistas inmorales, torpes palaciegos, militares déspotas, inicuos mandarines, y ministros venales, abortos de la apostasía y protectores del dolo y la dilapidacion.

Llenos de consecuencia y conviccion en nuestros principios democráticos, así como en todas épocas hemos escrito contra las arbitrariedades del gobierno, cualquiera que haya sido el partido que haya ejercido el mando, hemos censurado en nuestra obra las faltas de todos ellos, porque no somos hombres de pandilla, y escribimos siempre de buena fé en pro del pueblo, inocente víctima de los ambiciosos que EN TODAS ÉPOCAS han estado al frente de los negocios públicos.

En una palabra, hemos atacado el vicio por todas sus fases, hemos indicado todo linage de abusos y los remedios que les son aplicables... hemos presentado por fin radiosa y triunfante la virtud y castigado el crimen. Si no hemos sabido engalanar nuestro

humilde trabajo con las brillantes galas de la elocuencia, con los oropeles de la elegancia, con las filigranas del buen gusto, y las flores de la dulce poesía, dígase en buen hora que somos MALOS LITERATOS; pero al ver nuestra sana intencion, no se nos niegue al menos el título de BUENOS ESPAÑOLES y quedará nuestra ambicion satisfecha.

Wenceslao Ayguals de Izco.

MADRID 19 DE SETIEMBRE DE 1846.



ERRATAS.

TOMO	PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
I.	84	25	palabras	palabras
»	238	1	chisnescos	chinescos
»	264	33	Fernando	Francisco
»	269	3	ocupados	ocupadas
»	305	1	tendióse	sentóse
»	355	10	anicete	anisete
»	367	3	prosopopea	prosopopeya
II.	64	34	marquesa	baronesa
»	218	21	Zauco	Sáuco
»	290	8	victoriosas	gloriosas
»	309	24 y 25	corciente	corriente
»	320	12	termómetro	barómetro
»	331	26	neófito, y el neófia	neófito, y el neófito

ÍNDICE.

PARTE CUARTA.—TAMBIEN LA VIRTUD ES NOBLEZA.

	PÁGS.
CAPÍTULO I. Las sorpresas.	7
= II. El amor.	15
= III. Nuevas maquinaciones.	25
= IV. El museo de pinturas.	31
= V. El baile de candil.	39
= VI. El café nuevo.	49
= VII. La petaca.	55
= VIII. El asesinato.	59
= IX. Un recién llegado.	67
= X. El regreso del marido.	73

PARTE QUINTA.—LOS CELOS.

CAPÍTULO I. El origen de la anarquía.	81
= II. La libertad bien entendida.	87
= III. El permiso.	95
= IV. El voluntario.	101
= V. Todos con celos.	107
= VI. Los anónimos.	111
= VII. Don Luis y Fray Patricio.	117
= VIII. La serenata.	123

=	IX. Una revelacion involuntaria.	131
=	X. Los dos hermanos.	139
=	XI. La seducccion.	145
=	XII. La lealtad de Tomas.	155

PARTE SESTA.—LA SOBERANIA NACIONAL.

CAPÍTULO I.	El grito del pueblo.	163
=	II. La sentencia.	167
=	III. Los alrededores de Madrid.	177
=	IV. Real sitio de Aranjuez.	183
=	V. San Basilio.	193
=	VI. Real sitio de San Lorenzo.	207
=	VII. La conciencia de los malvados.	215
=	VIII. Real sitio de San Ildefonso.	223
	Apéndice al capítulo anterior.	239
=	IX. El sargento y la reina.	259

PARTE SETIMA.—TODA PROMESA ES SAGRADA.

CAPÍTULO I.	El reo en capilla.	267
=	II. Luisa y Manuel.	281
=	III. La virtud en el patíbulo.	287
=	IV. El suicidio.	299
=	V. Era inocente.	311
=	VI. El resucitado.	319
=	VII. Las esplicaciones.	325
=	VIII. El carnaval.	329
=	IX. El dormitorio blanco.	345
	Epílogo.	359

OPINION DE LA PRENSA PERIÓDICA

ESPRESADA

DURANTE LA PUBLICACION DE ESTE TOMO.

LA AURORA, de Sevilla:
María, la hija de un jornalero.—Tenemos á la vista las entregas publicadas hasta ahora de esta inimitable novela, original de nuestro digno consocio el célebre literato don Wenceslao Ayguale de Izco; y no podemos menos de recomendar su lectura á todas las clases de la sociedad, porque á todas convienen las doctrinas que aquella encierra. Noble en su objeto, grande en su pensamiento, ha sabido su autor mezclar con sublime ingenio las bellezas de la fábula con el exacto razonamiento de la historia, y sembrando de principios altamente filantrópicos sus elocuentes páginas, ha formado una obra que hará época en los fastos de la literatura española. Para decirlo de una vez, *la María* se halla encargada de llevar el nombre de su autor á la posteridad.

LA JOVIALIDAD, de Sevilla, del 20 de mayo:
María, la hija de un jornalero, novela original de don Wenceslao Ayguale de Izco.—Edicion de gran lujo ilustrada con profusion de magníficos grabados. Acaban de repartirse las últimas entregas del primer tomo de esta célebre publicacion que escede en mucho á los mas cumplidos elogios que nosotros pudiéramos tributarle. El lenguaje castizo de esta novela, y las doctrinas filantrópicas que sus páginas encierran, la acreditan como la novela española de la época. Amigos y compatriotas del señor Ayguale de Izco, le rendimos un tributo de admiracion por sus talentos, que de hoy mas llevarán su nombre á la posteridad.

EL MINERO GADITANO, de Cadiz, del 31 de mayo:
María, la hija de un jornalero.—Se ha concluido el tomo primero de esta novela, parto de la democrática y elegante pluma del humanitario don Wenceslao Ayguale de Izco. El éxito de esta interesante y popular novela que con tanta avidez leen todas las personas, es asombro-

so tanto en España como en el extranjero.
 Abogar por el pueblo y por las clases infortunadas, realizar la noble y virtuosa por esencia, clase trabajadora, que victima de la desgracia sucumbe al peso de la mas horrorosa indigencia por la falta de apoyo en los gobiernos, que sin considerar la influencia de tan laboriosa clase en la riqueza social, la abandonan y abaten: en fin, la honradez y la virtud son ensalzadas; mientras que el vicio y el crimen son vituperados y pintados con los colores mas odiosos y detestables, ya se encubran bajo hipócritas cogullas y capuchas, ya bajo condecoraciones y bordados.

EL TRUENO, de Cádiz, del 31 de mayo:
María, la hija de un jornalero.—Háse concluido el tomo primero de esta novela que merece el elogio de la prensa española, no solo por el mérito literario é ideas humanitarias de ella, sino tambien por el esmerado lujo de la impresion, que sin disputa alguna rivaliza con las mejores obras de lujo que publican nuestros vecinos los transpirenaicos.

EL BOLETIN PINCIANO, de Valladolid, del 10 de junio:
María, la hija de un jornalero.—Se ha terminado el primer tomo de la interesante produccion de don Wenceslao Ayguale de Izco. Envidiable es por cierto el renombre á que se ha hecho acreedor el señor Ayguale, y tiempo es ya de que en España se vanaglorie de poseer una obra contemporánea original que puede competir sin escepcion con las de los mejores literatos extranjeros, tanto por el mérito y estilo de la produccion, cuanto por el lujo tipográfico y preciosos grabados de que abunda la misma. Felicitamos muy de veras al señor Ayguale.

EL EBRO, de Tortosa, del 3 de julio:

POESIA ACROSTICA.

Alza la frente, cisne portentoso,
 Engador noble de la patria mia;
 Auela do quier y escucharás gozoso
 El loor que merece tu *Maria*.
 No hay un humano que al fijar los ojos
 Cuidadoso en la misma, de repente
 En su pecho no sienta los abrojos
 Semejantes á aquellos que ella siente.
 Lee mas, y ya empieza á solazarse
 Verla como aparta de sí el vicio,
 Orando al Redentor para librarse
 Vanimosa del torpe fray *Patricio*.
 ¿Quién habrá que vivas no te envíe,
 Genio privilegiado? Quién no goza,
 ¿Na, sí, y veces mil? Quién no se engríe
 Ver escuchar al español *Mendoza*?
 La francesa nación pensó algun día
 Solo abundar en sábios... oh! se engaña
 Debe saberlo ya, pues tu *Maria*
 Enseña que también tiene la España,
 Siendo tú uno de ellos, darte quiero,
 Celoso por el brillo de tu gloria,
 Con puro amor, un parabien sincero,
 Omniscio vate de eternal memoria.
 SINESIO SABATER.

LA IBERIA MUSICAL, de Madrid, del 29 de julio:

Maria, la hija de un jornalero.—Cada día va obteniendo mas aceptación esta popular novela que sale á la par en Madrid y París, escrita por el conocidísimo señor Ayguals de Izco. Del tomo segundo se han repartido las entregas 39 y 40, últimas del 3.º abono, con la 28 terminó el tomo 1.º que consta de 444 páginas en 4.º marquilla, papel superior, perfectamente satinado, con 112 grabados que pueden competir con lo mejor y mas lujoso que se publica en el extranjero.

EL NUEVO ESPECTADOR, de Madrid, del 8 de agosto:

El célebre poeta italiano señor don Temístocles Solera, autor de los libretos de las óperas *Hernany*, *Nabuco*, *Atila*, y de la celebrada *oda á España*, ha dedicado al señor Ayguals de Izco, por la novela que está publicando, titulada *Maria, la hija de un jornalero*, la linda composición que insertamos á continuación. Tenemos una satisfacción en ver á los autores españoles celebrados por los literatos extranjeros.

AL CHIARISSIMO SIGNOR AYGUALS DE IZCO.

Bardo terrible
 Del sacro pópulo,
 Abbí d' un italo
 E plauso e amor...

Io sparsi lágrime
 Sulle tue págine,
 In cui distillasi
 Tutto il tuo cor.

Ruinando fúggonò
 L' onde dei sécoli,
 Ma sempre giòvine
 MARIA vivrà:
 Che sulla cándida
 Diffuse un bálsamo
 Incorruttibile
 La veritá.

TEMISTOCLE SOLERA.
 Valenza 29 luglio 1846.

TRADUCCION.

Cantor enérgico
 Del suelo hispánico,
 Yo entre mil vítores
 Te rindo amor.
 Yo vertí lágrimas
 Sobre esas páginas
 En que destílase
 Tu corazón.

Entre el estrépito
 De siglos que húndense,
 María célebre
 Descollará;
 Porque á la cándida
 Roció de un bálsamo
 Puro y benéfico
 Santa verdad.

LEON CUEVAS.

EL ESPECTADOR, de Madrid, del 27 de agosto:

Anda ya muy adelantada la publicación de la novela del señor Ayguals, titulada *Maria, la hija de un jornalero*. La general aceptación que ha merecido este libro, nos dispensa de hacer de él ningún elogio. Apenas ha habido un periódico que no se haya ocupado muy ventajosamente de dicha novela, haciendo de ella particular mención. Nosotros nos limitaremos por ahora á recomendar su lectura á todos los que se sientan animados de algún sentimiento patriótico, porque la *Maria*, independiente de su mérito literario, es una obra en que rebosa el alma patriótica y entusiasta por los principios populares del señor Ayguals. Cuando la novela esté terminada, escribiremos un artículo especial en que daremos la medida de su mérito y de sus circunstancias.

EL TELEGRAFO, de Madrid, del 1.º de setiembre:

IMPROVISACION.

El célebre improvisador señor Cataldi, nos ha favorecido con la bellísima poesía siguiente, que hemos logrado arrebatar á la velocidad de su declamación, y la insertamos con complacencia, como una prueba del maravilloso talento de este poeta, único en su género, de cuya fama universal hemos tenido ocasion de hablar repetidas veces.

AL CHIARISSIMO AUTORE DI MARIA.

Tanto nel cor la favolosa istoria
 Io vò stampando della tua Maria,
 Ch'ella di me si resterà memoria
 Lungo il cammino della vita mia.
 Quanto amore di patria! e quanta gloria!
 Quanta bassezza e quanta codardia!
 E come bene hai tu dipinto, ó Grande,
 Le scene piu sublimi e memorande!

Sarà consuolo delle afflitte madri
 Questa bell'opra delle tue piu belle;
 Sarà l'orgoglio d'onorati padri.
 E scuola di virtude alle donzelle:
 Sarà castigo agl'impudenti ladri,
 Che han vita nel fragor delle procelle;
 E sarà luce per la menti oziose,
 Che poco sanno delle patrie cose.

Sorgano como te, bardi possenti
 A divulgar si nobili pensieri,
 Si stringano fra lor le ibère genti,
 Che nell'unione hanno poter gl'imperi;
 E apprendano dal corso degli eventi
 Di cittadini i dritti, e di guerrieri,
 E possa nel santissimo desio
 In un sol nodo benedirle Iddio!

Segui, che a te non manca lena e core,
 Onde compir l'opra pietosa, e ardita,
 Che tanto piu l'apporterá d'onore,
 Quanto piu aquista realtade, e vita.
 Io, d'ogni grande impresa umil cantore,
 Nella mente e nel cor l'avró scolpita;
 Ed in suolo ospital qualunche ei sia,
 Compagna a me sarà la tua MARIA.
 P. CATALDI.

TRADUCCION.

Tanta emoción la fabulosa historia
 me hace sentir de tu sin par Maria,
 que de sus atractivos la memoria
 cesará solo con la vida mia.
 ¡Cuanto amor patrio! ¡Cuanto honor y gloria!
 ¡Cuanta bajeza! ¡Cuanta cobardia!
 Y con cuánta verdad ¡oh genio! esprimes
 de la heroica virtud actos sublimes.

Será consuolo de afligida madre
 la mas bella obra de tus obras bellas:
 será el orgullo del honrado padre
 y escuela de virtud de las doncellas:
 Será castigo del que vil taladre
 fortunas de otros por cebarse en ellas;
 y será en fin, María hermosa y pura,
 faro esplendente de la mente oscura.

Salgan otros, cual tú, vate potente,
 á divulgar tu humanitaria idea.
 Estréchese entre si la hispana gente
 y hermosa unox vuestra divisa sea.

El ciudadano, el militar valiente
 sus fueros de hombre respetados vea,
 y en una sola y sacrosanta liga
 á los hijos de Iberia Dios bendiga.

Signe, que á un corazón cual es el tuyo
 no le falta jamás el ardimiento.
 Triunfe MARIA, y en tu gloria arguyo
 que igualará el honor al pensamiento.
 Yo, humilde trovador, al nombre suyo
 himnos tributaré con sacro acento,
 y la mente, do quier, y el alma mia
 tendrán por compañera tu MARIA.

LEON CUEVAS.

Madrid 22 de agosto 1846.

SONETO.

Alza orgulloso tu laureada frente,
 vate preclaro, que á la patria mia
 consagras tu purísima Maria,
 bello modelo de la edad presente.
 Tu genio admira el orbe reverente
 al ver la humanitaria valentia
 con que de la feroz hipocresia
 la mascara arrebatas elocuente.
 ¿Quién, al leerla, no halla tu obra digna
 de eterna fama? ¡Oh sabio Ayguals! con ella
 por las naciones vuela ya tu nombre.
 Si inmortal lauro nuestra edad consigna
 á tu alba frente; cual radiante estrella,
 tu libro hermoso al porvenir asombre.
 JOSE MAS Y MATEU.
 Manresa 10 de agosto de 1846.

JUICIO CRITICO.

En el tiempo que ha transcurrido desde que salió la primera entrega de *Maria, la hija de un jornalero*, he tenido parte en la redacción de dos periódicos literarios, y en ambos ofrecí ocuparme de la producción con que el señor Ayguals de Izco se ha propuesto poner el sello á su reputación bien merecida. Esperaba para dar cumplimiento á mi promesa, que hubiese salido un número de entregas que me permitiese formar de la obra que pensaba analizar, algún juicio poco aventurado. El último periódico que tuve á mi disposición, murió precisamente cuando en el número que próximamente se aguardaba debió insertarse el artículo que sigue:

«La novela es un género de literatura que los abraza todos y que ha adquirido en estos últimos tiempos una importancia inmensa. Dramática y épica, sin dejar de ser pintoresca, real y verdadera como en los tiempos de Walter Scott, es en su fondo filosófica y social, y goza del raro privilegio de hablar al mismo tiempo al corazón y á la inteligencia, con lo que lo mismo se abre las puertas del gabinete de una hermosa, que las del retrete de un sabio. Así es que para componer hoy una novela tal como la reclaman

las exigencias de la época, se necesita mucho sentimiento, mucha imaginación, mucho saber y mucho criterio. El señor Ayguals de Izco, rivalizando con los grandes novelistas de Francia, que es la nación en que con más afán se cultiva este ramo de literatura, ha medido sus propias fuerzas antes de empezar su obra, y se ha sentido con las suficientes para llevarla á cabo. Porque una novela no es como una poesía suelta que puede escribirse al azar y pedirse á la inspiración de un momento, es una obra de combinación, que á más de requerir una inspiración sostenida, perenne, inagotable para producir la poesía que brota de cada una de sus páginas, exige del escritor que no se desconcierte nunca, ni aun en los instantes en que se siente más arrebatado, para formar un todo homogéneo en medio de su variedad, compacto á pesar de sus accidentes, un todo cuyas partes por distintas que sean conspiran todas á un mismo fin. Este todo no se forma sin genio y sin talento, y el autor de *María* ha querido formar este todo.

El señor Ayguals de Izco, como Süe y otros célebres novelistas, interrumpe con harta frecuencia el curso de la narración con reflexiones morales, políticas y religiosas, que lo mismo que las largas descripciones, mantienen al lector separado por demasiado tiempo del teatro en que se desenvuelven las escenas, y que nosotros, que queremos que los efectos morales se desprendan exclusivamente de los efectos dramáticos, las consideraríamos superfluas, si no estuviésemos persuadidos de que la novela del señor Ayguals, como las de Eugenio Süe y otros, están escritas principalmente para las clases trabajadoras que necesitan, por su falta de instrucción, que se les desmenuen mucho las ideas, para que su cerebro las pueda digerir. Por esto sin duda el señor Ayguals, aunque en su novela la moral se desprende de la acción, para hacer accesible esta moral á todas las inteligencias, la ha desleído en reflexiones que á algunos pueden parecer vulgares sin que lo sean para la generalidad del pueblo, y que á pesar de esto, no faltará quien diga que estarían más en su lugar colocadas en un periódico como artículos de fondo. Los que tal digan no conocen la índole de la obra, ni el objeto que su autor se ha propuesto.

Además, las reflexiones morales del señor Ayguals de Izco, dirígenle á destruir vulgares preocupaciones con tal racionismo y tal copia de sólidos argumentos, que cautivan agradablemente la atención del lector, así como entusiasmo la enérgica convicción de sus principios democráticos, y el denuedo con que anatematiza

los abusos del poder arrancando la máscara de los hipócritas y haciendo revelaciones de importancia.

Estas tendencias son demasiado sublimes para que se lean con indiferencia, así como hay tanta verdad, tanta gala poética en las descripciones, tanta erudición y pureza de lenguaje, que no puede menos de ser deliciosa su lectura.

Quisiéramos reproducir los elegantes trasuntos de los paseos y magníficos edificios de Madrid sin escluir los reales sitios, que presenta el autor con novedad y maestría, la exactitud y bellísimas tintas de los cuadros de costumbres españolas, la historia de las corridas de toros desde la más remota antigüedad, los acontecimientos populares y el estado de civilización del pueblo y de la aristocracia madrileña, desde las tabernas de los barrios bajos hasta el alcázar de los reyes de Castilla; pero reducidos á los límites de un periódico, nos concretaremos á presentar aquí la descripción del jardín de la baronesa del Lago, para que los que no han leído la *MARÍA* formen una idea del estilo del autor, añadiendo que hemos tomado este trozo al acaso, porque sobre parecemos todas las descripciones igualmente bellas, sería preciso copiar toda la novela para probar que el señor Ayguals de Izco ha cultivado con éxito brillante todos los géneros de la bella literatura.

«En un recinto de no grandes dimensiones, cercado de una elegante verja de hierro, la inteligencia y buen gusto de una de las más amables criaturas de la aristocracia madrileña, parecía haber reunido todos los encantos de la naturaleza.

Vistosísimos grupos de galanas flores hábilmente colocadas en pequeñas divisiones, enrejadas de juncos á modo de graciosos canastillos, embalsaman el aire de un aroma celestial. Estas flores encantadoras, entre las cuales descuellan los jacinintos de Persia y las francesillas de Irlanda, véanse rodeadas de una magnífica alfombra de fondo verde esmeralda, que guarda la más perfecta armonía con los variados y vivísimos matices que de los canastillos se ostentan, y á manera de laberinto, deja estrechas callejuelas cubiertas de tierra arenosa, que se cruzan en todas direcciones.

Hay en el centro de este ameno vergel una pila circular, en medio de la cual se vé un hermoso cisne de blanquísimo mármol, que alzando altivo su dilatado cuello, parece querer arrojar al cielo un chorro de agua cristalina, que se deshace á cierta altura y cae sobre sus alas cual copioso rocío de perlas orientales.

Cuatro frondosos sauces de Babilonia

colocados simétricamente, véanse retratados en el fondo de aquella límpida superficie, que quedaría inmóvil como el cristal de un espejo, si el halago de las brisas no la embelleciera con mansas undulaciones, por entre las cuales juguetea y se rebullen multitud de pececillos de color de fuego, salpicados de plata, oro, nacar y coral.

Cuatro magníficas estatuas también de mármol, que representan las estaciones, ocupan los cuatro ángulos del jardín. Véase de trecho en trecho rústicos bancos con respaldos de arrayán moruno graciosamente recortado, entoldados de pomposa enredadera, que defendiendo aquellos asientos de los rayos del sol, hace que se aspire en ellos deliciosa frescura.

Entre dos de estos agradables bancos que estaban en el fondo del jardín, y á los cuales se llegaba por una calle orillada de plantas damasquinas y bellísimos rosales de Bengala, había una pajarera espaciosa, primorosamente construida de cuatro pilares de mármol que sujetaban el alambre diestramente entrelazado en forma de gran jaula.

Había en su centro un copudo naranjo, cubierto de exquisita fruta que brillaba como el oro, y exhalaba deleitoso perfume.

Toda clase de pajarillos revoloteaban en aquella dulce prision. Confundíase allí el candoroso canario con el pintado gilguerillo, la triste tortolilla con la inocente paloma. Todos cantaban alegres y bulliciosos, cuando el sol con sus rayos abrasadores hería aquel recinto de amor y de inocencia. El trino del gilguero, las modulaciones del canario, formaban armonía con el arrullo de la paloma; el triste gemido de la tórtola contrastaba con el delicado contrapunto del celoso ruiseñor.»

Cada capítulo considerado aisladamente es un perfecto cuadro de las costumbres de Madrid. El de la taberna del *tío Gazpacho*, en que tan propiamente están imitados el lenguaje y los modales de la gente de *garrote* y *navaja*, el de la corrida de toros, el del baile de candil, el de la romería de San Isidro, y otros que contrastan con los de la buena sociedad de la clase media y las *soirées* de la alta aristocracia, están llenos de verdad, y alternan dignamente con las interesantes escenas que el argumento dramático produce.

Este argumento es interesantísimo, complicado, nuevo, y se enlaza y desarrolla con portentosa naturalidad. Los caracteres, copiados diestramente de la naturaleza, se sostienen de un modo admirable, los acontecimientos de efecto producen todo el que desea su autor sin apelar á inverosímiles exageraciones, y un hermoso velo de decoro y dignidad cubre

la totalidad de este bello cuadro verdaderamente español.

El señor Ayguals ha conocido perfectamente las leyes del contraste; ha interpolado con particular criterio lo jocoso y lo patético, ha buscado también contraste en las situaciones y contraste en las personas, y ha conseguido de este modo que todo en su obra se presentase en relieve, porque lo blanco junto á lo negro es cuando parece más blanco. ¡Qué contraste entre las virtudes de la pobre hija de un jornalero y la asquerosa lascivia de Fray Patricio! ¡Qué contraste entre la miseria y la opulencia, entre el pueblo y sus opresores, entre la libertad y el despotismo!

Concluiremos este artículo diciendo que el señor Ayguals, si bien en las tendencias humanitarias parece haber tomado por modelo en algunos puntos á Eugenio Süe, ha sabido separarse tanto de este escritor y de todos los demás novelistas extranjeros y nacionales, que bien pudiera titularse autor de un género enteramente nuevo. *María* no es una novela histórica, es una historia embebida en una novela, es nuestra crónica contemporánea enlazada con todos los accidentes de la vida doméstica, que al parecer solo ella podía producirlos. Nunca admiraremos bastante el impropio trabajo que su autor habrá tenido que tomarse para hacer corresponder en este paralelismo que hace seguir á la novela y á la historia los grandes sucesos de una y de otra, de suerte que se encuentran mutuamente enlazados sin alteración de fechas. Esto es sorprendente, y debe llamar la atención de todos los que estiman en algo un trabajo concienzudo.

La novela del señor Ayguals está destinada á formar época en los fastos de la literatura, si del juicio de los contemporáneos nos es lícito deducir cual será el de los venideros. Cuenta en España con un número de suscriptores superior á cuantas novelas se han publicado hasta el día, y según los periódicos de París, en Francia, en esa nación tan inteligente é ilustrada, en donde se publica escrita en francés por el mismo autor, rivaliza en éxito con las obras maestras de esos colosales como Dumas y Süe han adquirido celebridad europea.»

ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

EL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, de Madrid, del 6 de setiembre:

María, la hija de un jornalero, novela original de D. Wenceslao Ayguals de Izco. — Sorprendente es la altura á que la novela se ha elevado en estos últimos años. El romanticismo hizo en ella la

primera revolucion dándola un giro nuevo, calcándola sobre antiguas leyendas, evocando los recuerdos de la edad media y presentándolos revestidos de formas terribles y exageradas; vuelto el público de la primera sorpresa que no pudo menos de causarle aquella inundacion de crónicas patibularias, comenzó á conocer lo ridículo de tal escuela, y los novelistas hubieron de emprender otra nueva senda, por donde se lisonjaban darle gusto; entonces se dieron á escribir con una laboriosidad digna de mejores resultados, esas novelas que algunos han bautizado con el nombre de filosóficas, en que se ponen en ridículo las cosas y las instituciones mas venerables y mas solemnes que la sociedad ha establecido, como necesidades que nadie puede desconocer, en que se hacen figurar tipos inmorales, que unos son muy raros, y otros no existen por fortuna mas que en la imaginacion de sus autores, en que se refleja en fin la eterna duda, haciendo escarnio de todo lo que manifieste virtud, y contrastes extravagantes con cierto brillo romanesco. En el dia, la novela se ha lanzado triunfante por todas las sendas, sin vacilar y con fé; el célebre autor de los *Misterios de Paris*, la ha dado un ensanche extraordinario y una importancia é influencia de que solo era capaz el talento privilegiado del primer novelista contemporáneo, al cual rinden homenaje los hombres ilustrados, y cuyas producciones se disputan con empeño los periódicos de todos los partidos, porque han venido á dar al folletín, antes patrimonio de cuentos frívolos ó superficiales, tanta ó mas importancia que á las demas secciones de los diarios.

Por desgracia en España no existe al presente la novela nacional, y si alguna vez nuestros escritores, entre el inmenso cúmulo de traducciones han publicado tal cual obra de este género, en todas ellas se ha reflejado siempre el gusto dominante en el extranjero. Así es, que luego que el genio de Walter Scott sacó á la novela de la timidez, monotonía y frialdad con que antes se presentaba, y cuando despues Victor Hugo siguió la senda del Homero Escocés; Espronceda, Villalta, Larra y Escosura, emprendieron la publicacion de una série de crónicas revestidas de iguales formas que las de aquellos célebres ingenios. No han faltado tampoco imitadores de la escuela de Jorge Sand, Balzac y Soulié, cuyas novelas

yacen hoy olvidadas, desde que Sue con las suyas ha demostrado que esta clase de producciones de tanta circulacion entre todo género de personas, pueden tener por objeto algo mas que entretener al lector con el enredo del argumento, la belleza del estilo y el prestigio de la poesía, abrazando ademas miras mas grandes, tendencias mas vastas, cuales son poner en accion los vicios de que adolece la sociedad, revelarla los males que la aquejan y proponer medios oportunos y bien meditados de remediarlos. Ningun género de producciones con efecto mas á propósito para el objeto, las novelas hablan á la imaginacion, y á la imaginacion obedecen la mayor parte de los hombres.

Este mismo plan y objeto se ha propuesto seguir don Wenceslao Ayguals de Izco en la novela *Maria la hija de un jornalero*. Despues de los elogios que la prensa periódica ha hecho de ella, con portentosa uniformidad de pareceres, poco ó nada nos queda á nosotros que decir acerca de su mérito literario. En la dedicatoria á Eugenio Sue, el señor Ayguals desenvuelve el pensamiento que le ha guiado en la redaccion de su obra, y ciertamente que no puede ser mas acertado y laudable, toda vez que se propone abogar por las clases menesterosas, realizar sus virtudes y presentar el vicio en toda su deformidad, sea cualquiera la capa que le cubra, vindicar á los españoles de la equivocada idea que tienen formada los extranjeros de nuestros usos y costumbres, narrando al mismo tiempo la historia de Madrid durante el último periodo de nuestra revolucion, y enlazando ingeniosamente estos sucesos con una intriga dramática.

La edicion es preciosa, el papel del mejor de la fábrica de la viuda de Jordan y perfectamente glaseado, los tipos nuevos y sobre todo los grabados, viñetas y adornos que la enriquecen con profusion, se distinguen tanto por el aire español que en todos ellos se advierte, cuanto por el esmero en la ejecucion.

La novela de que nos ocupamos se está publicando en Paris en el idioma de aquella nacion con una introduccion escrita por Eugenio Sue, y con los mismos grabados con que sale á luz en castellano. En el *Charivari*, el *Nacional*, la *Prensa* y el *Diario de los Debates*, hemos leído párrafos en que se elogia con estremo á *A Marie L'Espagnole*, con cuyo título se imprime en aquella capital.



SOCIEDAD LITERARIA,

BAJO LA DIRECCION DE

D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

ANUNCIO INTERESANTE.



Mal corresponderia esta *Sociedad* á la benevolencia con que el público acoge todas sus publicaciones, si no diese á su establecimiento tipográfico toda la latitud é importancia que tienen los mejores del extranjero. Hace un año que con este objeto viaja el entendido jóven don Sergio Ayguals de Izco, y relacionado con todas las notabilidades del arte, ha tomado nociones en todas partes y está ahora recorriendo las grandes imprentas de Francia y Bélgica para montar la de esta So-

ciudad en términos, que nada tenga que ambicionar á las mas aventajadas de Europa.

Aprovechando la *Sociedad Literaria* la permanencia del señor Ayguals en París, ha hecho desembolsos inmensos para aumentar el número de sus elegantes fundiciones, preciosas viñetas, hermosos grabados en boj, cobre y acero, y caprichosos adornos de toda clase, magníficas prensas de hierro, elegantes máquinas litográficas y de satinación, con cuantos elementos son indispensables para la publicación de toda suerte de obras, desde las mas económicas hasta las de mayor lujo con grabados y láminas litografiadas.

Tampoco se han omitido gestiones ni gastos para adquirir un local á propósito, provisto de cuantas piezas requieren las grandes mejoras hechas en la parte material de la *Sociedad Literaria*; y en vastos salones, edificados á propósito, campeará en breve lo mas grandioso de este establecimiento, sin contar las demas piezas y almacenes de depósitos de papel blanco y de obras en rama y en toda especie de encuadernación.

La *Sociedad Literaria*, acreditada ya en los varios años que cuenta de existencia, por la religiosidad con que ha dejado siempre todas sus promesas cumplidas, y pudiendo contar con suficientes capitales para coronar su patriótico pensamiento, se ha propuesto hermanar la propagación de los conocimientos útiles con la amena lectura de puro recreo, elevando la belleza y elegancia tipográficas á la mayor altura posible. Desde el breve y festivo epigrama hasta la grave epopeya, desde un ligero y divertido cuento de hadas hasta la obra mas profunda y científica, serán para la *Sociedad Literaria* objetos de propagación, por manera que las prensas de este inmenso establecimiento podrán considerarse desde ahora como un eco universal de los adelantamientos del siglo.



PUBLICACIONES NUEVAS.

LA MARQUESA DE BELLA-FLOR,

6

EL NIÑO DE LA INCLUSA.

(Segunda época de MARIA, LA HIJA DE UN JORNALERO.)

HISTORIA-NOVELA, ORIGINAL

de Don Wenceslao Ayguals de Izco.

EDICION DE GRAN LUJO.



El interesante argumento de esta obra, enlazado con los acontecimientos políticos y costumbres de Madrid, comprende la historia contemporánea desde la revolución de la Granja hasta el casamiento de doña Isabel II, época la mas palpitante y fecunda en raros acontecimientos, que el autor describe con notable exactitud. Desarrollando verdades democráticas y filosóficas reflexiones, relata los sucesos de la regencia del valiente y malogrado Espartero, patentiza el origen de su caída, descubre el misterioso velo de las intrigas palaciegas que han germinado en estos

últimos años, particularmente en la breve duracion del ministerio Olózaga, censura las influencias de camarilla, revela los grandes misterios de la corte francesa respecto del casamiento de la infanta, critica los desaciertos y apostasias de ciertos camaleones, y anatematiza cuanto se opone á la prosperidad de España. El autor trata las mas graves cuestiones con el mismo decoro, imparcialidad y noble ardimiento, que tanto le han distinguido en las páginas de *MARIA*.

Esta *historia-novela*, si bien encierra un argumento distinto y enteramente nuevo, considerarse debe como continuacion y conclusion de la *HIJA DEL JORNALEIRO*, porque si esta pobre criatura fué dechado de virtud en medio de inauditos infortunios, elevada á marquesa de Bellafior, si es que haya elevacion en adquirir un título vano, vamos á verla rodeada de fausto y de riquezas, y exenta de orgullo tender á los desvalidos una mano protectora desde su brillante posicion social, ser el espejo de la aristocrácia, el objeto de adoracion de los menesterosos, el blanco de la envidia y de la calumnia.

La historia de la *MARQUESA DE BELLAFLOR* constará de dos tomos iguales en dimensiones á los de *Maria*, es decir, de 400 á 500 páginas de hermoso papel satinado y glaseado, fundicion elegante, é ilustracion lujosísima.

Se publicará con la mayor rapidez y sin interrupcion por entregas de 16 páginas ó sea dos pliegos en 4.º marquilla al precio de 2 rs. en Madrid y 2 y medio en las provincias franco el porte. Saldrán de dos en dos entregas con su cubierta de color. Las dos primeras están ya en prensa.

Los suscritores de Madrid deberán pagar de cuatro en cuatro entregas por adelantado y los de las provincias de ocho en ocho en los mismos términos, á fin de disminuir los olvidos y molestias que originan las renovaciones demasiado frecuentes.

A los que tengan pendiente algun adelanto por la suscripcion de *MARIA*, se les mandarán las primeras entregas de la *SEGUNDA ÉPOCA* ó sea *LA MARQUESA DE BELLAFLOR* y se les suplica que renueven inmediatamente la suscripcion sino quieren experimentar retraso en recibir las siguientes.

Al fin de cada tomo se repartirá una magnífica portada. Se suscribe:

En Madrid: En las oficinas de la *Sociedad Literaria*, y en las librerías de *Cuesta*, calle Mayor; en la de *Razola*, Concepcion Gerónima; en la de *Matute*, calle de Carretas; y en la de *Monier*, Carrera de San Gerónimo.

En las provincias: En todas las administraciones de correos y principales librerías.



EL TIGRE DEL MAESTRAZGO,

Ó SEA

DE GRUMETE Á GENERAL.

HISTORIA-NOVELA, ORIGINAL

de Don Wenceslao Ayguals de Izco.



Los escesos de un héroe de taberna, los torpes galanteos y cínico libertinage de un estudiante crapuloso, cuyos amorios y lances privados ignora el público, las atrocidades de un pícaro tan cobarde como feroz é inepto, que ya desde su niñez preludiva los crímenes que elevarle debian á digno defensor de la inquisicion y de los frailes, serán el objeto de esta *historia-novela*, que nadie con mas exactitud escribir puede que el que, como el señor Ayguals de Izco, ha observado todas las acciones de este funesto personaje, tanto por haberle hecho la guerra muy de cerca, como por los curiosos datos que íntimos amigos suyos y aun condiscipulos y compinches de travesuras y hasta concubinas del protagonista, no han tenido dificultad alguna en proporcionar al autor.

Constará toda esta *historia-novela* de dos tomos enteramente iguales en dimensiones y lujo tipográfico á los de la *Marquesa de Bellafior*.

Ademas de los retratos del protagonista, como grumete, estudiante y general faccioso, se intercalarán en el testo los de algunos célebres cabecillas, y profusion

de grabados que representarán escenas sociales, batallas y otros asuntos de los mas interesantes de la obra, á la cual se suscribe en los mismos puntos, á los mismos precios y bajo las mismas condiciones que á *La Marquesa de Bellaflor*.

DE GRUÑETE A GENERAL.



CLARA HARLOWE.

Drama de grande espectáculo, en tres actos, que se acaba de representar con asombrosa acogida en París, traducido del frances

POR DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Seguido de una minuciosa esplicacion de cómo DEBE PONERSE EN ESCENA tal como se ejecuta en Francia.

Véndese en las oficinas de la *Sociedad Literaria* y en las principales librerías del reino al precio de 8 reales en Madrid y 10 en las provincias franco el porte.



ATAR-GULL,

NOVELA MARITIMA

DE MR. EUGENIO SUE,

TRADUCIDA

POR D. JUAN DE CAPUA.

Prospecto.

Si en tal manera cautivan nuestra afición los cuadros que Sue nos presenta de los mismos sucesos y perspectivas que diariamente estamos observando, por ser dado á su pluma el doble poder de una representacion tan eficaz que corporaliza, si así puede decirse, las imágenes, y de un estilo que en todo fluye sentimientos y encanto: si tal prestigio alcanzan, repetimos, sus privilegiadas descripciones, sin mas que ofrecernos el trasunto de lo que á todas horas nos rodea ¿qué no lograrán cuando estiendan á nuestra vista regiones desconocidas, usos especiales, tipos exóticos, pasiones de otro timbre, y hasta las producciones y celages nuevos para nuestros ojos?

Pues esto precisamente deparan sus novelas marítimas, inspiraciones del navegante que parece decirnos:

«Tambien enmedio de ese piélago hay escenas; tambien corren las pasiones humanas por esa estension baldía, sonriendo en sus bonanzas y arremolinándose en sus huracanes; tambien rasan el escarcéo de sus linfas los ensueños mas gratos de la imaginacion, y cruzan sus nieblas, y se asoman á riberas peregrinas, que parecen mas bien salirles al encuentro.

«Quiero fundar un eco en los campos y en las ciudades, que reproduzca los suspiros que se pierden en esa inmensidad sin horizontes; que haga resonar esos gritos de audacia que se aniquilan en el perenne hervor del oleaje, ó se embazan en muertos arenales, si acaso aportan entre el murmullo de la resaca, quiero definir á esa gente de mar, ceñuda como sus brumas, suelta como sus vendabales, desordenada y bravía como sus crestas de espumarajo, perseverante y briosa como los marretazos sobre la playa, quiero publicar esos afectos sanos y primitivos que aun nacen y espiran en la rudeza del desierto; poner al lado del refinamiento social los instintos del hombre de la naturaleza, y prestar voz al odio de las razas.»

El argumento del *Atar-Gull*, agitado y de contrastes, desarrolla mas que otro alguno tan vastos temas con situaciones sorprendentes. Conducida la fábula en *navegacion* (digámoslo así por aproximarnos á la frase del autor en la carta al célebre Cooper con que la encabeza), jamás languidece, aunque tras de azarosas maniobras, se la mire arfar perezosamente á la bruñida faz de las estrellas, ó que salte á manera de episodio á sestear en aromáticas umbrías. Pero advertimos al lector que, á pesar de que estas aparentes calmas no escasean, se detenga á gozar del halagüeño paraíso en que Sue le envolverá con la profusa vegetacion de los trópicos; que se embebeca con el sonoro gorgo de aquellos pájaros de esmalte; y si, por transición fantástica, se siente mecer en festonada góndola, entre un coro ideal de bogadoras ninfas, prolongue cuanto pueda su embeleso, así como la ilusión del mágico palacio en que plazca al novelista embriagarle de amor y de deleite: que goce de todo esto con avidez, con anhelo; que se sacie: que esponje el corazón con las auras del bosque, que le conforte con la brisa marina, ó que le embargue y adormezca con el muelle ambiente del encantado alcázar; porque tales frutivos no habrán sido mas que treguas, y van á ponerse á prueba todas sus fibras.

Van á dársele á gustar sensaciones tormentosas, y los afectos serán tan arrebatados, que no los podrá seguir, y la crueldad tan lenta, que le helará de espanto; y los conflictos apurarán la sensibilidad hasta la congoja, y las esperanzas se quebrarán derramando desconsuelo. Y no le quedará el recurso de abandonar la lectura; porque estos períodos bárbaros de la trama tienen una influencia fascinadora que le encadenará; y cuando agoten sus facultades, le harán desearlas, y torturarse para seguir sintiendo; y aun se le antojará un sarcasmo irritante, si el autor que tuvo poder para sumirle en tan hondo desvarío, se apiada de él y trata de volverle á hacer flotar en las delicias ó despertarle de su afanosa pesadilla, llevándole á tropezar con algun espectáculo grotesco.

En fin, el *ATAR-GULL* es la composición en que mas ostenta Süe su poder sobre el corazón humano, poniéndole en las situaciones mas extremas con un total enagenamiento; y al sacarle palpitante de tan poderosas alternativas, le deja ver para colmo de su asombro, que en medio de aquel veleidoso artificio presidia un pensamiento humanitario del crítico.

A esta novela acompañan como en frances, los preciosos opúsculos que con ella consagra el autor á la memoria de su abuelo, anécdotas ligeras que completarán el cuarto y último tomo de esta publicación.

Con respecto á la traducción, baste decir que es de don Juan de Cápua para suponer que es correcta y elegante.

Por su excelente traducción del *Comendador de Malta* mereció el señor de Cápua, que el mismo Süe le mostrase su agradecimiento en los términos siguientes:

En la carta de Mr. Eugenio Süe á don Juan de Cápua dice: «Je suis tres heureux que vous ayez jugé le *Comendador de Malta* digne d'une traduction aussi elegante et aussi correcte que la votre. Ayant séjourné quelques années en Espagne, j'ai été á méme d'apprécier l'excellence et l'exactitude de votre travail.»

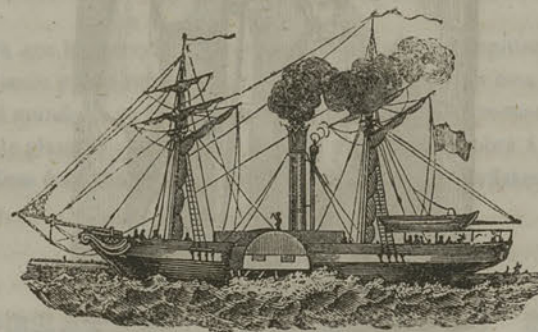
Traducción.—«Soy muy dichoso en que hayais juzgado al *Comendador de Malta* digno de una traducción tan elegante y tan correcta como la vuestra. Habiendo pasado algunos años en España, he podido apreciar por mí mismo la excelencia y la exactitud de vuestro trabajo.»

La que ofrecemos al público del *ATAR-GULL* es por todos conceptos digna del aprecio de los inteligentes.

Constará de cuatro tomos en 16.º marquilla de mas de 200 páginas.

El precio por cada tomo encuadrado, será: en Madrid, llevado á casa de los señores suscritores, 4 rs., 5 en las provincias y 6 en América y en el extranjero, franco de porte: adelantando por lo menos el importe del primer tomo al hacer la suscripción; el del segundo, al recibir el primero, y así sucesivamente.

Se suscribe en Madrid en las oficinas de la *Sociedad Literaria*, y en las librerías de *Cuesta, Razola, Matute y Monier*.



PUBLICACIONES PENDIENTES.

MARTIN EL ESPOSITO,

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

NOVELA ORIGINAL

de Mr. Eugenio Sue,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR EL DONGEL.



Constará de unos 14 tomos de mas de 200 páginas, con grabados y litografías. Su precio 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

EL TELEGRAFO.

Periódico de anuncios, de literatura, ciencias, artes y comercio. Se publica el primer dia de cada mes. Se suscribe á 20 reales al año en Madrid y las provincias.

EL FANDANGO.

Periódico puramente español, satírico, burlesco en grado superlativo contra todo extranjero: inundado de caricaturas. Sale el dia 15 de cada mes.—30 rs. al año.

Publicaciones terminadas, en venta.

MARÍA,

LA HIJA DE UN JORNALERO,

HISTORIA—NOVELA ORIGINAL

DE D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

EDICION DE GRAN LUJO,

con mas de doscientos grabados y un magnífico y muy parecido retrato del autor, dibujado en España y grabado en acero por uno de los principales artistas de Europa.

Esta obra que ha merecido universales elogios y está compitiendo en Francia, escrita en francés por su mismo autor, con las producciones de esos genios colosales que llenan el mundo de su fama, consta de dos grandes y hermosos tomos de papel perfectamente glaseado y satinado, y está de venta toda la obra á los precios de **160 reales en Madrid y 200 rs. en las provincias, franco el porte.**

OBRAS DE MR. EUGENIO SUE.

EL JUDIO ERRANTE.

Traducido por don Wenceslao Ayuals de Izco, consta de 22 tomos en 16.º marquilla: su precio 88 reales en Madrid y 110 rs. en las provincias, franco el porte.

La misma obra ilustrada con el retrato de Sue y 44 estampas en litografía: su precio 110 reales en Madrid y 132 fuera.

Nota. Tambien se venden por separado las láminas al ínfimo precio de *medio real* cada una; debiendo adelantar al hacer el pedido los 22 reales, importe de las 44 estampas que forman la coleccion. Con esta adquisicion, quedarán ambas ediciones enteramente iguales.

EL COMENDADOR DE MALTA.

Traducida al castellano por don Juan de Cápua. Consta esta obra de cuatro tomos de mas de 200 páginas cada uno en 16.º marquilla.

El precio de toda la obra, ó sea de los cuatro tomos con el retrato del autor perfectamente litografiado, es de 20 reales en Madrid y 24 en las provincias franco el porte.

TERESA DUNOYER.

Traducida por don Juan de Cápua con el mismo esmero y exactitud que la del *Comendador de Malta*, por la que mereció dicho traductor una carta autógrafa del mismo Sñe, en que le daba las gracias en términos los mas lisonjeros.

Consta de cuatro tomos de iguales dimensiones, papel y letra que los del *Judio errante* que ha publicado la *Sociedad Literaria*.

El precio de toda la obra es de 20 reales en Madrid y 24 en las provincias.

ARTURO.

Traduccion de don Victor Balaguer, consta de 3 tomos en 16.º marquilla.

El precio de toda la obra es de 12 rs. en Madrid y 13 en las provincias francos de porte.

EL CAÑONERO DEL PUEBLO.

Coleccion de novelas, cuentos, canciones y comedias originales en prosa y verso, escrita y dedicada al pueblo español por don Wenceslao Ayguals de Izco y don Juan Martinez Villergas.

Toda la coleccion consta de seis tomos de mas de 200 páginas en 16.º marquilla, y se obtendrán los seis tomos, ó sea toda la obra, por el ventajoso precio de 24 reales en Madrid, 30 en las provincias y 36 en América y en el extranjero, franco el porte.

NOVELAS DE VOLTAIRE.

Traducidas por *El Doncel*. De lo bueno de este autor hemos escogido lo mejor, y los seis tomos que forman la coleccion encierran lo mas selecto y deleitable.

Están de venta á 4 reales tomo en Madrid y 5 en las provincias franco de porte.

MUSEO DE LAS HERMOSAS.

Coleccion de las mas escogidas é interesantes novelitas que se publican en el extranjero, traducidas por don Victor Balaguer.

Aunque el *Museo de las hermosas* está destinado á formar una especie de biblioteca de las señoras, no por eso deja de tener interés para todo linage de lectores.

Consta de cuatro tomos en 16.º marquilla de 200 ó mas páginas, impresion inteligible y esmerada, elegantemente encuadernados.

El precio por toda la obra es de 16 reales en Madrid y 20 en las provincias franco el porte.

EL MAGNETIZADOR,

de Federico Soulié, traducida por *El Doncel*. Los debates que escribió y escita el magnetismo á los cuales dió pábulo el señor Cubí, determinaron á dar esta obra á luz, obra que ciertamente reúne á un interés creciente, la ventaja de apreciar en su justo valor todos los fenómenos magnéticos.

Consta de cuatro tomos que se hallan de venta á 4 rs. cada uno en Madrid y 5 en las provincias francos de porte.

LA CRIOLLA Y LOS JESUITAS.

Novela histórica, agri-dulce, joco-séria, ó como si digéramos escrita entre risa y llanto por el *Tío Fidel*.

La Criolla y los jesuitas está basada en un hecho histórico de nuestros inmediatos abuelos y aun quizá de nuestros padres.

Consta esta novela de dos tomos iguales á los del *Judio errante* que ha dado la *Sociedad Literaria*.

Está de venta á 8 reales en Madrid y 10 en las provincias franco el porte.

EL PILLUELO DE MADRID.

Biblioteca pintoresca, original, curiosa y entretenida por don Alfonso Garcia Tejero.

Consta de tres tomos en 16.º marquilla con grabados. Su precio 13 rs. en Madrid y 18 en las provincias francos de porte.

LOS JESUITAS,

ó análisis documentado de la Compañía de Jesus.

La historia de los *Jesuitas*, que publicó la *Sociedad Literaria*, es por mil conceptos de una importancia inmensa para todos, y de un interés particular para los lectores del *Judio errante*.

Consta de seis tomos, y se vende en Madrid á 30 reales toda la obra y 36 en las provincias franco el porte.

POESIAS DE DON FRANCISCO CEA.

Constan de un tomo en 8.º marquilla, de mas de 200 páginas, impresion correcta y esmerada.

Está de venta por 12 reales en Madrid y 14 rs. en las provincias, franco de porte.

ESPARTERO.

Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos, escrita bajo la direccion de don José Segundo Florez.

Edicion de GRAN LUJO con letras de adorno, primorosos grabados, litografias y retratos; cuatro tomos de gran tamaño y abultado volúmen, encuadernados á la rústica.

Toda la obra está de venta á 230 rs. en Madrid y 260 rs. en las provincias, franco de portes.

ESPARTERO.

Edicion de LUJO ECONOMICA, por el mismo autor. Habiéndose concluido tambien dicha obra, se hallará de venta tambien, á los precios de 120 reales en Madrid y 140 rs. en las provincias, franca.

CRISTINA.

Historia contemporánea, escrita por don Manuel Fernandez Manrique, bajo la

inspeccion de los primeros literatos de la corte: edicion de lujo con letras de adorno, primorosos grabados, litografias aparte y los retratos de SS. MM. y A.

Se compone de dos tomos de unas 400 páginas. Su precio en Madrid 72 rs. En las provincias 90 rs. En América y en el extranjero 117 reales.

HISTORIA DE CARTAGO.

La prensa periódica, particularmente el *Heraldo* y la *Gaceta*, han hecho grandes y merecidos elogios de esta obra.

Consta de un tomo en 8.º mayor de 322 páginas, impresion correcta y esmerada.

Se vende por 12 reales en Madrid y 14 en las provincias, franco de porte.

FAMOSO LITIGIO,

O sea espediente poético-prosaico dedicado á los escribas y fariseos por don José Bernat Baldoví. Edicion de lujo con profusion de caricaturas y grabados.

El precio de este espediente, encuadernado con una elegante cubierta de color, es de 6 reales en Madrid, 7 en las provincias, y 10 en América y en el extranjero, franco el porte.

LA RISA.

Redactada por la señorita doña Carolina Coronado y los señores don José Zorrilla, don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Miguel Agustin Príncipe, don Juan Martinez Villergas, don Wenceslao Ayguals de Izco, don Tomas Rodriguez Rubí, don Manuel Breton de los Herreros, don Modesto Lafuente (Fray Gerundio), don Santos Lopez Pelegrin (Abenamar), don Antonio Gil y Zárate, don Antonio Ribot y Fontseré, don José Bonilla, don José Bernat Baldoví, don Francisco Robello (*Tio Fidel*) y otros célebres literatos.

Cada tomo de esta enciclopedia contiene cuatro retratos lujosamente litografiados, y de ochenta á cien preciosísimas caricaturas.

Están de venta los tres tomos de que consta esta obra al precio de 30 rs. por cada tomo en la Península y 60 reales para ultramar y extranjero.

LA CARCAJADA.

Este tesoro de nuestra literatura antigua, se ha publicado con el mismo lujo tipográfico, profusion de caricaturas grabadas por los mejores artistas y en las mismas dimensiones que LA RISA. Consta de un tomo. Se vende á 40 reales.

GALERIA REGIA,

Obra pintoresca, literaria y religiosa. Edicion de lujo, ilustrada y adornada con los retratos de todos los reyes. Consta de cuatro tomos en 4.º mayor.

Se vende cada uno á 80 rs. en Madrid en la SOCIEDAD LITERARIA, calle de San Roque; y á 100 rs. en las provincias, franco el porte. Los pedidos se harán por Correos y demas comisionados de esta SOCIEDAD.

LOS SANTOS EVANGELIOS.

Un tomo de 320 páginas en 4.º marquilla con mas de 130 magníficos grabados, entre los cuales se cuentan las efigies de los cuatro evangelistas y la faz del Salvador perfectamente litografiada.

Está de venta á 140 rs. en Madrid; 170 en las provincias y 200 en América y en el extranjero.

EL DOMINE LUCAS,

Enciclopedia pintoresca universal. Dos tomos en 4.º mayor con profusion de grabados, á 20 reales cada tomo.

¡DIOS NOS LIBRE DE UNA VIEJA!

Comedia en 3 actos y en verso, original de don Wenceslao Ayguals de Izco, escrita para el gran teatro del Circo. Se vende á 8 rs. en Madrid y 9 en las provincias.

CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Compuesto por el P. M. Gerónimo de Ripalda de la Compañía de Jesus.

Edicion y encuadernacion de lujo, añadido é ilustrado con veinte y seis preciosos grabados, intercalados en el testo para hacer mas amena su lectura á los niños: tambien comprende el modo de ayudar á misa.

Se halla de venta en Madrid á 2 reales el ejemplar, y á 20 reales por cada docena. Se atenderán los pedidos que se hagan de las provincias solo por docenas á 24 reales cada una. Para la Habana y extranjero á 30 rs.

TAMBIEN LAS FLORES HABLAN.

Con este título publicó la *Sociedad Literaria* una obrita de don José Antonio de Francisco que es lo mas precioso y lindo que pueda producir la imprenta. Es un tomito lujosamente impreso de papel glaseado con profusion de hermosos grabados, que empieza por el calendario de Flora, en que se da noticia de todas las flores que nacen en cada mes del año; incluidas las de los árboles. Sigue el idioma de las flores en que se esplica el significado de cada flor y el modo de comunicarse dos personas sus sentimientos por medio de ramilletes. Sigue el reloj de Flora compuesto de doce flores que cada una se abre en distinta hora, de consiguiente no hay mas que ver la que está abierta para saber qué hora es, y otras doce flores que se cierran tambien á distinta hora y sirven por la tarde y noche; y concluye esta lindísima, amena, instructiva produccion con la Botánica en miniatura ó Fisiología del reino vegetal. Véase, pues, por esta sencilla esplicacion que el librito titulado *Tambien las flores hablan*, sirve de instruccion y recreo, y es por sus atractivos á propósito para el bello sexo. La edicion es de un lujo estremado y de una elegancia sorprendente, y sin embargo solo cuesta 4 reales en Madrid y 5 rs. franco en las provincias.

LA JOYA DE LA NIÑEZ,

es otra obrita de la *Sociedad*, y contiene la religion en compendio y los deberes y atenciones del niño, escrita en prosa y verso con 47 grabados. Su precio dos reales, tanto en Madrid como en las provincias.

SILABARIO MORAL DE LOS NIÑOS.

Escrito en verso por don Wenceslao Ayguals de Izco. Edicion de todo lujo con profusion de lindísimos grabados: las páginas son de elegantes y variados colores. Dédalo á los padres y preceptores, la *Sociedad Literaria* de Madrid.

Precios: Los que quieran comprarlos por docenas, los obtendrán á 20 rs. cada una y á 2 rs. sueltos.

PUBLICACIONES INMEDIATAS,
*que se anunciarán en su día por sus
 respectivos prospectos.*

PLAZO Y PALABRA, preciosa leyenda que está terminando para la *Sociedad Literaria* el acreditado poeta DON JOSÉ ZORRILLA.

OBRAS DRAMATICAS de don Wenceslao Ayguals de Izco.

ENCICLOPEDIA BARATISIMA, coleccion selecta de lo mejor que se haya escrito en toda Europa durante el presente siglo y de lo que vaya viendo la pública luz en todos los paises y sobre todos los ramos de la humana inteligencia.

Se han reunido ya inmensos materiales para emprender cuanto antes este colosal pensamiento de difundir la ilustracion por las masas populares, en una biblioteca que las clases menos acomodadas puedan adquirir por su extraordinaria baratura, conciliada con el esmero de la edicion.

Con los libros de instruccion histórica y científica, alternarán los de recreo y diversion, comprendiendo cuantas novelas aparezcan mas notables en el extranjero.

La *Sociedad Literaria* explicará mas detalladamente en el prospecto, que en breve dará á luz, el objeto de la ENCICLOPEDIA BARATISIMA, con cuya publicacion se promete dar á sus constantes favorecedores una nueva prueba del celo y gratitud con que procura corresponder á su honrosa confianza.

—•••••
PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid: En las oficinas de la *Sociedad Literaria*, calle de San Roque; en la librería de *Cuesta*, calle Mayor; en la de *Razola*, Concepcion Gerónima; en la de *Matute*, calle de Carretas; y en la de *Monier*, Carrera de San Gerónimo.

En las provincias: En todas las estafetas y administraciones de correos y principales librerías.

Se suscribe tambien directamente, pero enviando el importe en una libranza sobre la Compañía general de Seguros, Correos, ú otra de fácil cobro, á favor del *Director de la Sociedad Literaria*, calle de San Roque, Madrid.

No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

